

# Luvina 69

Universidad de Guadalajara

Revista literaria

Invierno 2012

\$80

# CHILENOS

GONZALO ROJAS ■ **Nicanor Parra**

**JORGE EDWARDS** ■ **Óscar Hahn**

ANTONIO SKÁRMETA ■ **Armando**

**Uribe** ■ CARMEN BERENGUER

JOSÉ ÁNGEL CUEVAS ■ **POLI DÉLANO**

**LUDWIG ZELLER** ■ DAMIELA ELTIT

**Pedro Lastra** ■ **RAÚL ZURITA**

**ALBERTO FUGUET** ■ **MANUEL SILVA**

**ACEVEDO** ■ ELVIRA HERNÁNDEZ

**ELICURA CHIHUAILAF** ■ **PEDRO**

**LEMABEL** ■ **Lina Meruane**

● **CRISTIÁN SILVA** ●



**UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA**

#### Universidad de Guadalajara

*Rector General:* Marco Antonio Cortés Guardado

*Vicerrector Ejecutivo:* Miguel Ángel Navarro Navarro

*Secretario General:* José Alfredo Peña Ramos

*Rector del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño:* Mario Alberto Orozco Abundis

*Secretario de Vinculación y Difusión Cultural:* Ángel Igor Lozada Rivera Melo

#### Luvina

*Directora:* Silvia Eugenia Castellero < scastillero@luvina.com.mx >

*Editor:* José Israel Carranza < jicarranza@luvina.com.mx >

*Coeditor:* Víctor Ortiz Partida < vortiz@luvina.com.mx >

*Corrección:* Sofía Rodríguez Benítez < srodriguez@luvina.com.mx >

*Administración:* Griselda Olmedo Torres < golmedo@luvina.com.mx >

*Diseño:* Peggy Espinosa

*Viñetas:* Diana Mata y Montse Larios (pp. 29, 50, 57, 136, 180, 228)

*Consejo editorial:* Jorge Esquinca, Verónica Grossi, Josu Landa, Baudelio Lara, Ernesto Lumberas, Antonio Ortuño, León Plascencia Ñol, Laura Solórzano, Jorge Zepeda Patterson.

*Consejo consultivo:* Luis Armenta Malpica, José Balza, Adolfo Castañón, Gonzalo Celorio, Eduardo Chirinos, Luis Cortés Bargalló, Antonio Deltoro, François-Michel Durazzo, José María Espinasa, Hugo Gutiérrez Vega, José Homero, Christina Lembrecht, Tedi López Mills, Luis Medina Gutiérrez, Jaime Moreno Villarreal, José Miguel Oviedo, Luis Panini, Felipe Ponce, Vicente Quirarte, Jesús Rábago, Daniel Sada<sup>†</sup>, Sergio Téllez-Pon, Julio Trujillo, Minerva Margarita Villarreal, Carmen Villoro, Miguel Ángel Zapata.

PROGRAMA LUVINA JOVEN (talleres de lectura y creación literaria en el nivel

de educación media superior): Sofía Rodríguez Benítez < ljuven@luvina.com.mx >

**Luvina**, revista trimestral (invierno de 2012)

*Editora responsable:* Silvia Eugenia Castellero. *Número de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo del Título:* 04-2006-112713455400-102. *Número de certificado de licitud del título:* 10984. *Número de certificado de licitud del contenido:* 7630. *ISSN:* 1665-1340. LUVINA es una revista indizada en el Sistema de Información Cultural de CONACULTA y en el Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal (Latindex). Año de la primera publicación: 1996.

D. R. © Universidad de Guadalajara

*Domicilio:* Av. Hidalgo 919, Sector Hidalgo, Guadalajara, Jalisco, México, C. P. 44100. *Teléfonos:* (33) 3827-2105 y (33) 3134-2222, ext. 11735.

*Diagramación y producción electrónica:* Petra Ediciones

*Impresión:* Editorial Pandora, S. A. de C. V., Caña 3657, col. La Nogalera, Guadalajara, Jalisco, C.P. 46170.

Se terminó de imprimir el 30 de noviembre de 2012.

[www.luvina.com.mx](http://www.luvina.com.mx)

**EL SUR, PUNTO CARDINAL** más cercano a uno de los confines de la Tierra, después de lo cual ya no queda sino el continuo de los mares. Ahí está Chile en el mapa del mundo. En ese extremo ha surgido una literatura sitiada por una soledad que le ha dado el ímpetu especulativo, una literatura que, a fuerza de negarse a sí misma, ha conquistado su construcción, su dimensión creadora. Pero como todo acto estético surge del medio social y regresa a él, la literatura chilena también aprendió a reconstruirse después de la devastación de la dictadura.

En esta edición, **Luvina** ofrece a los lectores un vasto panorama de las diversas voces que conforman la actualidad chilena, voces que se han ido reacomodando —podríamos decir tectónicamente— desde la tierra y la raíz hasta la superficie de la forma literaria. Ofrecen el reposo que dejaron los vientos agitados de la vanguardia y de la escritura de protesta, y la resonancia posterior al silencio obligado por la represión y el exilio. Existe en esta literatura un gusto por los juegos espacio-temporales y por las paradojas. Apegada a la vida cotidiana y sus minucias, pero en contraposición a la literatura social y militante, la literatura chilena actual reivindica los géneros menores y nos ofrece piezas híbridas, desaliñadas en el mejor de los sentidos, logrando efectos contemporáneos de relatividad y encantamiento, además de rigor.

Diversa, plural. Lo poético reina en esta entrega de **Luvina**, no sólo en los propios poemas, sino en la manera como son tejidos los textos narrativos, con un pulso interior visceral y memorable, y una conjunción —como lo dice Paul Valéry— de lo abstracto y lo necesario.

No puede dejarse de mencionar que la literatura chilena es heredera de la energía abarcadora y esencial de las tan distintas plumas de Vicente Huidobro, Gabriela Mistral, Pablo de Rokha, Pablo Neruda, Gonzalo Rojas y Nicanor Parra, que —como puntas de la estrella de los vientos— siguen orientando su rumbo y su sentido.

# Índice

## 12 • Un trago por Rimbaud •

**GONZALO ROJAS** (Lebu, Chile 1916-Santiago de Chile, 2011). En 2003 obtuvo el Premio Cervantes. Este poema forma parte de *Integra*, la obra poética completa que el Fondo de Cultura Económica presentará durante la Feria Internacional del Libro de Guadalajara 2012.

## 14 • Nicanor Parra: «Para Rulfo, los muertos son iguales a los vivos» •

**NICANOR PARRA** (San Fabián, Chile, 1914). En 2011 se le concedió el Premio Cervantes, y este año fue galardonado con el Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda. Sus *Obras completas* han sido publicadas entre 2006 y 2011 (Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, Barcelona).

**MARÍA ESTER ROBLERO** (Santiago de Chile, 1964). Es periodista.

## 16 • Libros con historia •

**JORGE EDWARDS** (Santiago de Chile, 1931). Ganó el Premio Cervantes en 1999. Sus libros más recientes son *La muerte de Montaigne* (Tusquets, Barcelona, 2011) y *Los círculos morados. Memorias* (Random House Mondadori, Barcelona, 2012).

## 21 • Poemas •

**Óscar Hahn** (Iquique, Chile, 1938). Este año fue distinguido con el Premio Nacional de Literatura de Chile y se publicó su *Poesía completa 1961-2012* (LOM, Santiago).

## 25 • Visión total del azul mar de mi patria •

**ANTONIO SKÁRMETA** (Antofagasta, Chile, 1940). En 2011 ganó el Premio Planeta Casa de América por la novela *Los días del arco iris* (Planeta, Barcelona, 2011).

## 27 • POEMAS •

**Armando Uribe** (Santiago de Chile, 1933). En 2011 apareció su libro más reciente, *Hastío: o variaciones sobre lo mismo* (Universitaria, Santiago). Estos poemas pertenecen al volumen inédito *Hache*.

## 28 • Crónica de vuelo •

**CARMEN BERENQUER** (Santiago de Chile, 1946). Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda 2008. Sus libros más recientes son *Chiiit, son las ventajas de la escritura* (LOM, Santiago, 2008) y *Maravillas pulgares* (librosdementira, Santiago, 2012).

## 33 • La vida privada de PEPECUEVAS •

**JOSÉ ÁNGEL CUEVAS** (Santiago de Chile, 1944). Su nuevo libro es *Poesía del American Bar* (Hebra Editorial, Valparaíso, 2012).

## 34 • Gershwin bajo la luna •

**POLI DÉLANO** (Madrid, 1936). Su más reciente novela se titula *Y tú no me respondes* (Random House Mondadori, Santiago, 2010).

## 41 • Pejesapo •

**SOLEDAD FARIÑA** (Antofagasta, 1943). Con el libro *Donde comienza el aire* (Cuarto Propio, Santiago, 2006) fue finalista del Premio Altazor 2007.

## 43 • Al tic-tac de la sangre me enloquece tu boca •

**Ludwig Zeller** (Río Loa, Chile, 1927). En 2012 publicó *Encuentros oníricos* (Corriente Alterna, Santiago).

## 44 • Un solo correazo •

**DAMIELA ÉLTIT** (Santiago de Chile, 1949). En 2010 apareció su novela *Impuesto a la carne* (Eterna Cadencia, Buenos Aires).

## 47 • Poemas •

**Pedro Lastra** (Quillota, Chile, 1932). En 2010 se publicó su antología *Baladas de la memoria* (Pre-Textos, Valencia).

## 48 • ¿No oyes ladrar los perros? •

**RAÚL ZURITA** (Santiago de Chile, 1950). En 2011 apareció su libro *Zurita* (Universidad Diego Portales, Santiago), del que el autor ha dicho que será su última publicación.

## 50 • Cinéfilos •

**ALBERTO FUGUET** (Santiago de Chile, 1964). Este año se publicó su libro *Cinémeta* (Alfaguara, Santiago).

## 59 • Ciudad de la Gehenna •

**MANUEL SILVA ACEVEDO** (Santiago de Chile, 1942). Su libro más reciente es *Lazos de sangre* (Camino del Ciego Ediciones, Los Ángeles, Chile, 2010).

## 60 • Formación de POETAS •

**ELVIRA HERNÁNDEZ** (Lebu, 1951). Su libro más reciente es *Cuaderno de deportes* (Cuarto Propio, Santiago, 2010).

## 61 • Juguemos al juego de ver sin mirar •

**Floridor Pérez** (Yates, Chile, 1937). Su antología *Con lágrimas en los anteOjOs* (Pfeiffer, Santiago) se publicó en 2010.

## 62 • En el azul de la nieve •

**ELICURA CHIHUAILAF** (Quechurehue, Chile, 1952). Es autor, entre otros libros, de *Recado confidencial a los chilenos* (LOM, Santiago, 1999).

## 63 • Guadalajara, una noche •

**PEDRO LEMEBEL** (Santiago de Chile, 1955). Uno de sus títulos más recientes es *Ella entró por la ventana del baño*, novela gráfica adaptada por Sergio Gómez e ilustrada por Ricardo Molina (Ocho Libros Editores, Santiago, 2012).

## 66 • Mar aún sin costa •

**Diego Maquieira** (Santiago de Chile, 1951). En 2003 se reeditaron en un tomo sus libros *La Tirana* (1983) y *Los Sea Harrier* (1993) (Tajamar Editores, Santiago). El poema que publicamos forma parte del libro visual *El Annapurna*, que se expone actualmente en la Bienal de São Paulo.

## 67 • Gorilas en el Congo •

**ALEJANDRA COSTAMAGNA** (Santiago de Chile, 1970). Su último libro es *Animales domésticos* (Random House Mondadori, Santiago, 2011), con el que fue finalista del Premio Altazor 2012.

## 70 • Entierros •

**JAIME HUENÚN** (Valdivia, Chile, 1967). En 2008 publicó *Reducciones* (Piedra del Sol, Santiago).

## 71 • POEMAS •

**Mario Meléndez** (Linares, Chile, 1971). Uno de sus libros más recientes es *Apuntes para una leyenda* (El Golem, Santiago, 2009).

## 72 • Asomar el rostro por la ventana tres veces •

**CYNTHIA RIMSKY** (Santiago de Chile, 1962). En 2011 apareció su novela *Ramal* (Fondo de Cultura Económica, Santiago).

## 77 • Poemas •

**Leonardo Sanhueza** (Santiago de Chile, 1964). Fue finalista del Premio Altazor con el libro *Colonos* (Cuneta, Santiago, 2011), del que están tomados estos poemas.

## 80 • Metempsicosis •

**JUAN CRISTÓBAL ROMERO** (Santiago de Chile, 1974). Su libro de poemas más reciente es *Oc* (Pfeiffer, Santiago, 2012).

## 81 • El estado de la CUESTIÓN •

**K. RAMONE** (Curicó, Chile, 1971). Su primera novela es *La basura de Grecia* (Tajamar Editores, Santiago, 2010).

## 89 • La necesidad de SER HIJO •

**ANDREA JEFTANOVIC** (Santiago de Chile, 1970). Es autora, entre otros títulos, de *No aceptes caramelos de extraños* (Uqbar, Santiago, 2011), volumen de cuentos con el que obtuvo el Premio Círculo de Críticos de Arte 2011.

## 96 • Testamento •

**HÉCTOR HERNÁNDEZ MONTECINOS** (Santiago de Chile, 1979). [*quién*] (LOM, Santiago, 2008) es el primer volumen de su trilogía *La divina revelación; [coma]* (Mantra, Santiago, 2006) es el segundo y reúne su trabajo poético de 2004 a 2006.

## 98 • El tercer acto trágico •

**JORGE MARCHANT LAZCANO** (Santiago de Chile, 1950). Sus novelas más recientes son *Sangre como la mía* (Alfaguara, Santiago, 2006), por la que obtuvo el Premio Altazor; *El amante sin rostro* (Tajamar Editores, Santiago, 2008) y *El ángel de la patria* (Grijalbo, Santiago, 2010).

## 105 • Trödelmarkt •

**ANTONIA TORRES** (Valdivia, Chile, 1975). Entre sus libros más recientes se encuentra *Inventario de equipaje* (Cuarto Propio, Santiago, 2006). Este poema está incluido en el libro inédito *Umzug*.

## 107 • Peligrosas formas de quitarse la vida •

**JOSÉ GAI** (Santiago de Chile, 1972). *Yo, Él*, libro de cuentos, es su título más reciente (Tajamar Editores, Santiago, 2012).

## 117 • La Gabriela Mistral de Tala •

**GERMÁN CARRASCO** (Santiago de Chile, 1971). *Ruda* (Cuarto Propio, Santiago, 2010) y *Ensayo sobre la mancha* (Corriente Alterna, Santiago, 2012) son sus nuevos libros. En 2005 ganó el Premio Pablo Neruda.

## 126 • El desarrollo cultural comunal •

**MARCELO MELLADO** (Concepción, Chile, 1951). Sus obras más recientes son la novela *La batalla de Placilla* (Hueders, Santiago, 2012) y el libro de cuentos *La república made-rera* (La Calabaza del Diablo, Santiago, 2012).

## 130 • Ahh, realidad espejeante •

**WALDO ROJAS** (Concepción, 1944). Algunos de sus títulos son *Poesía y cultura poética en Chile: aportes críticos* (Universidad de Santiago, Santiago, 2001) y *Deber de urbanidad* (LOM, Santiago, 2001).

## 131 • Sangre en el ojo (fragmento) •

**LINA MERUANE** (Santiago de Chile, 1970). Uno de sus últimos títulos es *Sangre en el ojo* (Eterna Cadencia, Buenos Aires, 2012), de donde está tomado el presente fragmento, novela con la que acaba de ganar el XX Premio de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz.

## 139 • El miserable jardincillo discurre a modo de anuncio •

**GUILLERMO RIVERA** (Valparaíso, Chile, 1958). Entre sus poemarios se encuentran *El Tractatus y otros poemas* (Ediciones Gobierno Regional de Valparaíso, Valparaíso, 2002) y *Comedia de Chile* (LOM, Santiago, 2009).

## 141 • Secuencia que vuelve sobre sí misma •

**JAIME COLLYER** (Santiago de Chile, 1955). Su nueva novela es *Fulgor* (Random House Mondadori, Santiago, 2011), finalista del Premio Altazor 2012.

## 148 • La memoria es redonda •

**JOSÉ MARÍA MEMET** (Neuquén, Chile, 1957). En 2005 apareció *Años en el cuerpo. Antología personal 1974-2005* (Chile Poesía Editorial, Santiago). *El cazador de instantes* (Alianza Editora Chile Poesía / Editorial Continental, Santiago, 2009) es su libro más reciente.

## 150 • INOCENTE culpable •

**PEDRO DONOSO** (Santiago de Chile, 1970). Es traductor y colaborador en *Letras Libres* y *Artes* y *Letras* de *El Mercurio*, entre otros medios. Actualmente trabaja en un libro de relatos gracias a una beca del Fondo del Libro en Valparaíso.

## 152 • Trago. Raspo. Trago. Raspo (fragmento) •

**CLAUDIA APABLAZA** (Rancagua, Chile, 1978). Su libro más reciente es *Siempre te creíste la Virginia Woolf* (La Calabaza del Diablo, Santiago, 2011). Este fragmento pertenece a la novela *GOØ y el amor*, que obtuvo el Premio ALBA y será publicada en La Habana en febrero de 2013.

## 163 • LA EMPERATRIZ •

**RAFAEL RUBIO** (Santiago de Chile, 1975). Publicó *Luz rabiosa* (Camino del Ciego Ediciones, Los Ángeles, Chile, 2007), entre otros poemarios.

## 167 • EL INSTANTE •

**MALÚ URRIOLO** (Santiago de Chile, 1967). En 2010 apareció su antología *Hija de perra y otros poemas* (Monte Ávila, Caracas).

## 170 • La barrera del pudor (fragmento) •

**PABLO SIMONETTI** (Santiago de Chile, 1961). Su nueva novela es *La barrera del pudor* (Alfaguara, Santiago, 2009), de la cual publicamos un fragmento.

## 180 • Llovizna sobre un puerto cercano •

**FRANCISCO JAVIER VEJAR** (Viña del Mar, Chile, 1967). El poemario *La fiesta y la ceniza* (Editorial Universitaria, Santiago, 2008) y el libro de crónicas *Los inesperados* (Tajamar Editores, Santiago, 2009) son dos de sus obras más recientes.

## 181 • LA BALA del revólver (fragmento) •

**IGNACIO FRITZ** (Santiago de Chile, 1979). Sus libros más recientes son *Hotel* (Con-

tracorriente Ediciones, Santiago, 2009) y *La hermandad Halloween* (Das Kapital, Santiago, 2012).

### 188 • **Tempore Belli** •

RODRIGO ROJAS (Lima, 1971). En 2009 publicó *La lengua escorada: la traducción como resistencia en cuatro poetas mapuche* (Pehuén, Santiago).

### 189 • **Lee cada palabra que escribo por encima de mi hombro derecho** •

MARÍA JOSÉ VIERA-GALLO (Santiago de Chile, 1971). Publicó el año pasado su tercera novela, *Memory Hotel* (Tajamar Editores, Santiago).

### 201 • **mambo del monster** •

GUILLERMO TEJEDA (Santiago de Chile, 1947). Ha publicado, entre otros títulos, *Amster* (Universidad Diego Portales, Santiago, 2011), *Allende, la señora Lucía y yo* (Ediciones B, Santiago, 2002) y *La gente no me gusta* (Editorial Los Andes, Santiago, 1994).

### 208 • **La línea de la concordia** •

PABLO TORO (Santiago de Chile, 1983). *Hombres maravillosos y vulnerables* (La Calabaza del Diablo, Santiago, 2010), libro de cuentos, es su primer título.

### 211 • **El Palacio del repuesto (fragmento)** •

NONA FERNÁNDEZ (Santiago de Chile, 1971). *Fuenzalida* (Random House Mondadori, Santiago, 2012) es su nueva novela. El presente fragmento pertenece a la novela *Av. 10 de Julio Huamachuco* (Uqbar, Santiago, 2007), ganadora del Premio Municipal de Literatura 2008.

### 214 • **El falso teclado** •

JAVIER BELLO (Concepción, 1972). Algunos de sus poemarios son *Letrero de alberque* (Norma, Santiago, 2007), *El fulgor del vacío* (Cuarto Propio, Santiago, 2002) y *Las jaulas* (Visor, Madrid, 1998).

### 216 • **Los celacantos** •

MARCELO GUAJARDO THOMAS (Santiago de Chile, 1977). Ha publicado *Teseo en el mar hacia Cartagena* (Ediciones del Temple, Santiago, 2001 y 2008) y *Un momento propicio para el exilio. Poesía reunida (2002-2010)* (Das Kapital, Santiago, 2011).

### 218 • **Falsa alarma** •

GONZALO HERNÁNDEZ S. (Santiago de Chile, 1978). Es autor de la novela *Colonia de perros* (Tajamar Editores, Santiago, 2010).

### 222 • **Gansos** •

JUAN PABLO RONCONE (Arica, Chile, 1982). El libro de relatos *Hermano ciervo* (Los Libros que Leo, Santiago, 2011) es su primer título publicado.

### 235 • **POEMAS** •

Jaime Pinos (Santiago de Chile, 1970). Su título más reciente es *Almanaque* (Lanzallamas Libros, Santiago, 2010). Estos poemas pertenecen al libro inédito *Manual*.

### 237 • **Sesenta días (fragmento)** •

FRANCISCO ORTEGA. Es autor de la novela gráfica *1899* (Norma, Santiago, 2011).

### 244 • **Despedida** •

GLADYS GONZÁLEZ (Santiago de Chile, 1981). *Papelitos* (Eloísa Ediciones, Buenos Aires, 2002 / Crunch! Editores, México, 2003) es uno de sus poemarios.

### 246 • **Pausa** •

MARIO VALDOVINOS (Santiago de Chile, 1957). Su libro más reciente es *Lihn la muerte* (Desatanudos / Trafal, Santiago, 2012).

### 250 • **Caen cascadas, el niño Arauco (fragmento)** •

PAULA ILABACA NÚÑEZ (Santiago de Chile, 1979). *La perla suelta* es su libro de poemas más reciente (Cuarto Propio, Santiago, 2009).

### 251 • **Los disimulantes** •

YOSA VIDAL (Santiago de Chile, 1981). Un texto suyo aparece en la antología *Voces -30. Nueva narrativa chilena* (Desatanudos, Santiago, 2011).

### 255 • **El dedo de Madre** •

ANTONIO DÍAZ OLIVA (Temuco, Chile, 1985). Su nuevo libro es *La soya de los muertos* (Alfaguara, Santiago, 2011). El presente texto estará incluido en *Los reflejos y la escarcha*, que publicará próximamente Páginas de Espuma.

### 262 • **Chuecas** •

YANKO GONZÁLEZ (Buin, Chile, 1971). *Alto Volta: falsa(s) conciencia(s)* (Ediciones El Kultrún, Valdivia, 2007) es uno de sus libros de poemas.

### 262 • **Moonwatch** •

DIEGO ZÚÑIGA (Iquique, Chile, 1987). Con su novela *Camanchaca* (La Calabaza del Diablo, Santiago, 2009 / Random House Mondadori, Santiago, 2012) ganó el Premio Juegos Literarios Gabriela Mistral 2009.

### 268 • **Instantánea 17 (No puedo)** •

Verónica Zondek (Santiago de Chile, 1953). Algunos de sus libros de poemas son *Por gracias de hombre*, *El libro de los valles* y *Entre lagartas* (LOM, Santiago, 2008, 2003 y 1999, respectivamente).

### 269 • **Combustión interna** •

SERGIO RODRÍGUEZ SAAVEDRA (Santiago de Chile, 1963). Estos poemas pertenecen al libro *Bonzo*, que publicará próximamente Mago Editores (Santiago) y que con el título *Ejercicios para encender el paso de los días* recibió el Premio Eduardo Anguita en 2010.

### 270 • **Santa Úrsula de rodillas** •

VERÓNICA JIMÉNEZ (Santiago de Chile, 1964). Entre sus poemarios están *Islas flotantes* (Stratis, Santiago, 1998) y *Palabras hexagonales* (Quimantú, Santiago, 2002).

### 271 • **Oscuro y caliente como el humo de una estufa a parafina recién apagada** •

Julio Carrasco (Santiago de Chile, 1969). Su poemario más reciente es *Despedidas antárticas* (El Mercurio / Aguilar, Santiago, 2006). Estos poemas pertenecen al libro inédito *Elogio de los reptiles*.

### 273 • **Vida y Arte** •

LEO LOBOS (Santiago de Chile, 1966). Uno de sus últimos títulos es *REM-Rapid Eye Movement* (La Serena, 2008).

## 274 • POEMA •

**Juan Santander** (Copiapó, Chile, 1984). *Allí estás* (Marea Baja, Santiago, 2009) es su primer poemario.

## 275 • El leve aliento de la verdad (fragmento) •

**RAMÓN DÍAZ ETEROVIC** (Punta Arenas, Chile, 1956). Éstos son los dos primeros capítulos de su última novela, *El leve aliento de la verdad* (LOM, Santiago, 2012).

## 286 • Luna •

**DAVID VILLAGRÁN** (Santiago de Chile, 1984). Ha publicado el libro de poemas *Solsticios* (Marea Baja, Santiago, 2009).

## 287 • Aroma a muda •

**YERKO MEDINA** (La Serena, Chile, 1996). Actualmente prepara su primer libro.

## 289 • Desasosiego y extensión del nuevo campo poético chileno

*Articulaciones, continuidades y surgimientos en este mimbres de escrituras* • **MARCELO GUAJARDO THOMAS**

## 294 • Cuaderno portátil: notas encontradas sobre literatura chilena •

**ÁLVARO BISAMA** (Valparaíso, 1975). Sus novelas más recientes son *Estrellas muertas* y *Ruido* (Alfaguara, Santiago, 2010 y 2012, respectivamente).

## MEXICANOS

## 301 • La caries •

**CRISTINA RIVERA GARZA** (Matamoros, 1964). *El mal de la taiga* (Tusquets, México, 2012) es su novela más reciente. Este poema forma parte de la serie *Interpretaciones catastróficas de los signos del cuerpo*.

## 303 • En la orilla •

**EDUARDO ANTONIO PARRA** (León, 1965). En 2009 se publicó el volumen *Sombras detrás de la ventana. Cuentos reunidos* (Era, México). Este cuento se tomó del libro *Desterrados*, que Era publicará próximamente.

## 311 • La balada del pollo sin cabeza •

**IGNACIO PADILLA** (Ciudad de México, 1968). Uno de sus libros más recientes es *La industria del fin del mundo* (Taurus, México, 2012).

## 317 • POEMAS •

**A. E. Quintero** (Culiacán, 1969). Con el libro *Cuenta regresiva* (Era, México, 2011) obtuvo el Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes 2011.

## 321 • Disolvencia •

**JOSÉ ISRAEL CARRANZA** (Guadalajara, 1972). Su libro más reciente es *Las encías de la azafata* (Tumbona Ediciones / Universidad de Guadalajara, 2010).

## PLÁSTICA

• **CRISTIÁN SILVA** (Santiago de Chile, 1969). Algunas de sus exposiciones individuales son *Monte Verde*, Museo de Artes Visuales, Santiago; *Irish Spring*, Curro & Poncho, Guadalajara; *Suite Quinta Vergara*, Sala CNCA, Valparaíso; *La montaña artificial y 17 veces 17*, Instituto Cultural Cabañas, Guadalajara. Además, obra suya se ha expuesto en Suecia, Suiza, Alemania, Italia, Francia, Holanda, Canadá, Colombia, Venezuela, Brasil y Argentina.

**BAUDELIO LARA** (Teocaltiche, 1959). Ha publicado reseñas y ensayos sobre arte en revistas especializadas y catálogos de exposiciones. Es autor de los poemarios *La luz a tientas*, *Duermevela* y *El ángel ebrio*. Premio Nacional de Poesía Efraín Huerta 1997.

## • P Á R A M O •

**Cine** • Cine imprescindible para entender a Chile • **HUGO HERNÁNDEZ 329**

**Libros** • *Parlamos*, de Roberto Rico • **CARLOS GUTIÉRREZ ALFONZO 331**

• *Declaración de principios*, de Miguel Ángel Hernández Rubio • **MINERVA OCHOA 333**

• *No es fácil moverse en las orillas* • **LUIS EDUARDO GARCÍA 335**

• *Agua del Cuale* • **RAFAEL TORRES MEYER 338**

• *Viaje hacia el fondo de las cosas* • **VICENTE ALFONSO 340**

**Entrevista** • Los enemigos de la poesía. Entrevista con Francisco Hernández •

**ENNA OSORIO 344**

**Teatro** • *Dramaturgia chilena contemporánea en Guadalajara* • **LOURDES GONZÁLEZ 349**

**Música** • *La frescura del Chile musical* • **JAVIER ANGULO 350**

**Plástica** • *El arte de voltear la tortilla o los (anti)poemas visuales* •

**DOLORES GARNICA 353**

**In Memoriam** • Miguel Capistrán (1939-2012) • **SERGIO TÉLLEZ-PON 355**

**Zona intermedia** • *La poesía chilena y el cerco de la muerte* •

**SILVIA EUGENIA CASTILLERO 356**

**Favores recibidos** • *Retazos y menudencias* • **ANTONIO DELTORO 359**

**Visitaciones** • *Luis Barragán: la casa como un templo* • **JORGE ESQUINCA 361**

**Nodos** • *El aniversario once del 11 de septiembre: diferenciar blancos de víctimas* •

**NAIEF YEHYA 363**

[www.luvina.com.mx](http://www.luvina.com.mx)

• • • • •

**Luvina. Letras al Aire**

Radio Universidad de Guadalajara

104.3 FM

[www.radio.udg.mx](http://www.radio.udg.mx)

Lunes, 21:00 h (quincenal)

• • • • •

# Un trago por Rimbaud

GONZALO ROJAS

Cáncer a la rodilla a los 36 según la Escritura,  
cuando sueña un Dios,  
un mendigo cuando piensa, reinventó las vocales,  
las pintó, las desolló, filmó otra película, locura,  
pura locura.

Pero, en cuanto a la O del sol, ¡difícil!  
y es que literalmente no se sabe, algo  
estará escrito en el Corán pero no se sabe:  
orgullo, olfato, origen, ¡todas esas OES!  
Pero no, no se sabe.

Qué se va a saber, ¡un trago por Rimbaud! Preferible  
la A de águila, por lo menos ésa sangra  
sangre fresca de mujer, te arranca  
los ojos de un picotazo: alfa, aleph,  
¡Abisinia!, ¡Abisinia!

Ajustemos las cuerdas del no sé, ¿qué es por último esa I  
esbelta?, ¿un cuchillo  
violador, uno de esos cuchillos rencorosos  
que no podrán nunca escribir  
el Mundo por atarantados? Pero no,

el enigma es otro, si el cuchillo entraba bestial  
hasta el último clitoris en la tabla del seso, el  
esquizo escribía, si no  
adiós esquizo.

Volvamos a la E, preñez, preñez, ¿todo es euro entonces?,  
¿entonces no hay preñez en el gran juego de las galaxias?,  
¿y Hermes?, ¿y el portentoso Hermes?,  
¿y Egipto?,  
¿y Heráclito de Éfeso?

Terra,

terra chillaban las gaviotas.  
¿Y la E de eternidad?

Topamos con la U de urna, Sancho, aquí  
se acaba el cuerpo: uno y su urna. No hay nariz que no sea urna,  
ni oreja de oír, ni ojo  
ciego de no ver, ¡zapatos y más zapatos!, sáquenlos de ahí,

[vestiduras

de nadie, basural

de culebras, ¡gangochos de haber sido!,

tiras de elegancia, gangochos y más gangochos, todo es urna,

[¿*Erlebnis und Dichtung?*

un trago, Rimbaud, preferible un trago, estos peñascos  
van a acabar con nosotros,

y allá abajo diamantino El Renegado

que no va a desembocar nunca.

*Este poema se conserva en el archivo de Gonzalo Rojas,  
quien lo fechó el 4 de febrero de 2009  
y lo dedicó a su nieto Joaquín.*

# Nicanor Parra: «Para Rulfo, los muertos son iguales a los vivos»

MARÍA ESTER ROBLERO

## ¿Había estado en México, Nicanor?

Sí, dos veces. La primera, hace treinta años, en un congreso de escritores en Yucatán. En esa época estaban prácticamente iniciándose el Pepe Donoso y Vargas Llosa, y recuerdo que en esa reunión yo divisé a Rulfo, no hablamos, ninguno de los dos tomó la iniciativa. Yo lo hubiera hecho de saber quién era Rulfo. Pero en ese tiempo nadie sabía quién era él.

## Usted ha dicho que con ocasión de este premio ha vuelto a leer *Pedro Páramo*. ¿Qué ha significado para usted este libro?

La lectura de Rulfo me convence de que él domina uno de los grandes secretos de la literatura universal, y que es el escritor hispanoamericano por antonomasia. Porque, en primer lugar, maneja admirablemente bien los dos códigos, es escritor de mestizaje; en segundo lugar, y esto es más trascendente todavía, no escribe ni prosa ni verso. No estoy señalando un tercer género híbrido, no, sino que él parte y no sale nunca del habla. Éste es un fenómeno extraño, en que Rulfo aparece como testigo: la frase que yo he elaborado para calificar su estilo es «hiperrealismo testimonial». No es un realismo a la chilena.

## En ese hiperrealismo, ¿está presente lo mítico latinoamericano?

Claro, ahí está incluido todo el cataplasma aborigen, mestizo y blanco.

## Borges no creía en la identidad latinoamericana.

Borges es un yanacona. ¿Usted sabe lo que significa esa palabra?

## Claro..., un intérprete.

¡Nooo! [se levanta, y alza el puño para representar su enojo]. No, qué intérprete, un yanacona era un aborigen que se pasaba al otro bando, al bando de los conquistadores.

## ¿Por qué no le gustó lo de «intérprete»?

No me puede gustar, pues, porque la palabra *yanacona* pierde toda su carga. Lo que pasa es que Borges, que era un excelente escritor, está en una posición muy bien expresada en un diálogo entre Kafka y otro autor. Ambos escritores eran judíos y analizaban la obra de un actor. Kafka dice: «Sí, es un gran actor, pero está en nuestra frontera con los alemanes, se dedica a informar a los alemanes sobre nosotros, pero no nos ilumina acerca de nuestro propio mundo». Algo similar puede decirse de Borges. Es un escritor fronterizo. Es un cara pálida. Es extraordinario, pero tiene esa limitación, no nos ilumina a los hispanoamericanos sobre nuestra identidad.

## ¿Cómo nos ilumina Rulfo?

Rulfo es un investigador en profundidad en esta materia. Lo importante es que maneja los dos códigos, el del nativo y el del conquistador. Esto no es un problema ideológico, no hay posturas políticas detrás. Rulfo ilumina ciertas zonas muy oscuras de la identidad latinoamericana. Libera de la muerte, no hay muerte porque los muertos son iguales a los vivos, andan pululando. Ésta es una de las afirmaciones más tajantes que se pueden hacer, porque, al crear un mundo sin muerte, o somos inmortales, o siempre hemos estado muertos. Rulfo resuelve el enigma al integrar la vida y la muerte.

## Pero usted, ¿puede llegar a aplicar a su propia vida el motivo literario de Rulfo?

Claro, en la cosmovisión de Rulfo nosotros no podemos estar seguros de estar vivos.

## A partir de esta interiorización de Rulfo, ¿puede concluirse que usted abandonó la etapa shakesperiana?

No, tengo que volver a Shakespeare porque me sirve para perfeccionar uno de los códigos, el grecolatino, el renacentista europeo.

## ¿No ve similitudes entre el Rey Lear vagando por los bosques, cubierto de flores, y los muertos vivos de Rulfo?

Hay varias diferencias. El Rey Lear está vivo al estilo europeo, de la cultura occidental. Su problema es la oposición locura-razón. En Rulfo la oposición es vida y muerte. Es surrealismo agropecuario •

Publicada originalmente en *Revista de Libros* (8 de diciembre de 1991); tomada del libro *Así habló Parra en El Mercurio* (sel. y ed. de María Teresa Cárdenas, *El Mercurio* / Aguilar, Santiago de Chile, 2012).

# Libros con historia

JORGE EDWARDS

**LOS VIAJES SON ENEMIGOS** de las bibliotecas. Los cambios de domicilio son enemigos mortales. Cuando partí a instalarme en Europa por primera vez, hace ya medio siglo, llevé los libros que amaba, o que necesitaba, y dejé los otros, la masa, la infantería de los libros, guardados en cajas, en un subterráneo del centro de Santiago. He bajado alguna vez a ese subterráneo, he rescatado algunos de los libros, entre telarañas y papeles amarillentos, pero supongo que ahora las cajas siguen ahí. A veces me hago preguntas, me digo que la memoria puede ser tramposa. Recuerdo la *Antología de poesía chilena nueva*, de Volodia Teitelboim y Eduardo Anguita: gran formato cuadrado, letras minúsculas de palo seco. Había poemas de Pablo de Rokha, de Vicente Huidobro, del Neruda de las *Residencias*, de Rosamel del Valle y Humberto Díaz Casanueva. Fue un libro leído muchas veces y, no sé por qué razones exactas, abandonado. «Día domingo en noviembre», escribía Rosamel, «las palomas duermen en el aire...». También había, en esas cajas, volúmenes encuadernados y delgadas plaquetas, grandes formatos, pocas páginas, de autores como Teófilo Cid, Braulio Arenas, Jorge Cáceres, Enrique Gómez Correa. En otras palabras, el grupo de La Mandrágora, el surrealismo chileno. Algunos le escribían cartas al maestro, André Breton, y otros se carteaban con la dulce y simpática Elisa, su mujer chilena, que antes había estado casada con mi profesor de Derecho Civil, famoso por el aburrimiento de sus clases y por su buena ropa, que nosotros, sus alumnos, descubríamos debajo de la mesa: zapatos ingleses, largos calcetines de lana, pantalones impecables.

Recuerdo una edición norteamericana de Walt Whitman (Modern Library, New York), que todavía tengo frente a mi mesa de trabajo: *Hojas de hierba, que comprende todos los poemas escritos por Walt Whitman de acuerdo con el arreglo de la edición de 1891/2*. No dice la fecha de la edición mía, pero lleva mi firma de los 17 años de edad. También tengo el *Ulises* de James Joyce en la

misma colección, y la poesía completa de John Donne, y *El idiota*, de Fiodor Dostoievsky. Me acuerdo de todas las primeras páginas, de la llegada en tren del príncipe Mishkin, de su aparición en salones con retratos oscuros y samovares, de su desconcertante desadaptación. Son libros que salieron de las cajas, que viajaron, regresaron y al final se salvaron. Pero tengo un interés creciente por los que se quedaron adentro: *Memorias de un tolstoyano*, de Fernando Santiván, *Juana Lucero y Pasión y muerte del cura Deusto*, de Augusto D'Halmar, *Lanchas en la bahía*, *Cuentos del Maule*, *Un juez rural?* Frente a la mesa en que escribo estas líneas, diviso una veintena de tomos de La Pléiade: las dos ediciones de Montaigne, las *Mil y una noches*, la *Historia de la Revolución Francesa*, de Jules Michelet, los cuentos completos de Anton Chéjov. Si no recuerdo mal, Borges guardaba en su departamento de la calle Maipú, en Buenos Aires, menos libros que yo en mi actual residencia de paso, pero tenía un estudio reservado para él en una biblioteca de barrio y se había pasado la vida casi entera en la Biblioteca Nacional. La más segura forma de felicidad, sostenía, era vivir en una biblioteca, y razones no le faltaban.

En la estantería al frente de mi mesa diviso los lomos de dos ediciones originales, encontradas por casualidad, la primera en la calle San Diego de Santiago de Chile, la segunda en el Mercado de las Pulgas de París: el *David Copperfield*, de Dickens, en la edición de 1850, con las maravillosas, prolijas, proliferantes ilustraciones de H. K. Browne, y la *Promenade dans Rome*, del señor Stendhal, editado en 1829, en París, por Delaunay, «librero de S. A. R. la señora Duquesa de Orléans». También tengo el *Diccionario de chilenismos*, de Zorobabel Rodríguez, con dedicatoria manuscrita «a mi primo y amigo Jenaro 2º Benavides». De cuando en cuando, para tomar un respiro, para introducir un paréntesis, abro al azar el diccionario de don Zorobabel. Debajo de la palabra *boliche* escribe: «Llaman así en las provincias del Norte... lo que en España *figoncillo* o *bodegón de mala muerte*, o, como suelen llamarlos también, *tiendas de preguntas y respuestas*». Más adelante explica que en «el dialecto jermanesco» *boliche* significa casa de juego, garito.

A mí me gusta mucho lo de *tiendas de preguntas y respuestas*. ¿Por qué habremos abandonado la expresión? Sería bueno, me digo, escribir un diccionario de expresiones abandonadas. Libros que tuve, que perdí, que sigo teniendo. Ahora acabo de comprar dos obras recientes: *Una vida con Montaigne, en una pregunta y veinte intentos de dar una respuesta*. La autora, Sarah Bakewell, aunque parece recién llegada a la pasión del «montaignismo», llega con entusiasmo, con vivacidad, con bonitas ideas. Fue curadora de libros antiguos en una biblioteca de Inglaterra y ahora se ha podido dedicar a escribir a tiempo completo. Parece que es una maestra del arte de la biografía. Y una protectora y restauradora de libros gastados.

El segundo de los textos más o menos recientes que acabo de comprar es *L'amour fou*, de André Breton: edición de Gallimard, clásica, de tapas blancas y caracteres del título en rojo. Comienzo a leer y me encuentro de nuevo con una intensidad, una pasión que el poeta designa con el adjetivo único de «convulsiva». Cité a Breton en la portada interior de mi primera novela, *El peso de la noche*, y ahora, después de tanto camino recorrido, vuelvo a citarlo: «La palabra *convulsiva*, que ya usé para calificar a la belleza que sólo, en mi opinión, debería ser servida, perdería todo sentido para mí si fuera concebida en el movimiento y no en la expiración exacta de ese movimiento mismo». La prosa de Breton y de muchos de los surrealistas, más interesante a menudo que su poesía, nos acerca en sus mejores momentos a un estado de fusión, de síntesis exaltada. ¿Por qué no partir de ahí para construir formas narrativas un poco más serenas, formas que se asomen, sin embargo, y caminen muy cerca de los cráteres bretonianos? Leo algunas páginas y compruebo que mi nueva adquisición desemboca en una fotografía de Man Ray, *Explosionante fija*. Es decir, el libro que acabo de agregar a mi biblioteca viajera lleva ilustraciones infiltradas entre las páginas: fotografías de Man Ray, de Brassai, de Cartier-Bresson, reproducciones del joven Picasso y de Max Ernst. De adquisiciones anteriores, de los años cincuenta o sesenta, caen, en cambio, papeles amarillentos, frases, direcciones, mensajes. Materias ígneas, habría dicho Jorge Cáceres.

Uno de los amores locos de Breton fue, precisamente, esa chilena de Nueva York de que hablé más arriba: Elisa, mujer dulce, bonita, de aspecto frágil, que abandonó a un abogado y profesor de Civil para irse con un gran poeta. La novela que acabo de comprar, *L'amour fou*, es anterior a ella, quiero decir, a Elisa. Ella me contó que había conocido a Breton en un bistró francés de Nueva York, en los años de la Segunda Guerra Mundial. Había ido a ese bistró en compañía de una amiga francesa y en la mesa de al lado estaban Marcel Duchamp y André Breton. Se miraron mucho, ella y Breton, a lo largo de todo el almuerzo, y no ocurrió nada. Elisa regresó al mismo bistró al día siguiente, y él también. «Desde entonces», me contó la dulce y encantadora, «nunca más nos separamos». El libro inspirado por esos amores se llama *Arcane 17*, y narra los paseos y los ensueños de una pareja enamorada por islas y canales de la región de Quebec. Elisa vivió un poco más que Breton y alcancé a visitarla en su departamento de las cercanías de Montmartre y de la Place Blanche. Me dijo que su marido detestaba viajar, que se sentaba en las tardes en su sillón de lectura y viajaba con la imaginación, mirando los objetos que colgaban de las paredes: máscaras polinésicas, africanas, japonesas, pinturas de Max Ernst, de Joan Miró, de Victor Brauner, de Picabia. Después caminaba hasta un café de la Place Blanche y

se sentaba en la misma mesa y en la misma silla de siempre. Con los amigos de casi siempre, porque algunos habían sido adoptados y otros despedidos del grupo con cajas destempladas.

Cuando vaya de nuevo a Santiago, buscaré entre mis libros *Pasión y muerte del cura Deusto*, de Augusto D'Halmar. D'Halmar pasó por Sevilla y se metió a fondo en los mundos del flamenco. En su novela contó un amor pecaminoso provocado por uno de los seises, grupos de seis bailarines adolescentes que bailaban dos veces al año frente al altar mayor de la catedral, ante un sacerdote encargado de su educación. No sé si ese libro, leído en el Santiago de comienzos del siglo XX, sería permitido hoy. ¿Habrá sido D'Halmar un precursor ignorado de Georges Bataille, cuya *Historia del ojo* termina en un confesionario de Sevilla, en escenas de alto erotismo reprimido? Lo interesante es que me hayan hablado del olvidado D'Halmar, con curioso entusiasmo, en un encuentro de escritores en Sevilla. En mi biblioteca figura la edición original de *La sombra del humo en el espejo* y una moderna de Juana Lucero. Si no está la novela del cura Deusto, partiré a la calle San Diego, a la calle Merced, a la librería anticuaria de la Plaza de las Descalzas Reales, en Madrid, a buscarla. Ahora bien, preferiría que los libreros no se enteren y no le suban el precio.

Hablaré ahora de dos realidades y un deseo. Tengo dos ediciones interesantes de Vicente Huidobro. Una es la de *Manifestes*, que pertenece a la época en que Huidobro todavía aspiraba a ser escritor en lengua francesa. Las palabras del título, repetidas en la portada, forman un triángulo de base cortada por una línea oblicua invisible. Abajo se lee, en francés: «París Ediciones de la Revista Mundial. 25, rue Jacob (VI). 1925». En la tercera página se anuncian tres libros en prensa: *Cagliostro*, novela *film*; *Nostradamus*, novela *film*; *Paloma postal*, poemas. Si hubiera llegado a publicarse un ejemplar de *Colombe postal*, me gustaría mucho tenerlo en mi biblioteca, pero sabemos que Vicente Huidobro fue un fantasioso, un fabulador de cuidado. Algunos de sus libros no existen; algunas fechas de sus ediciones son inventadas, antedatadas. El otro Huidobro de mi colección, conmovedor, poesía del hombre que viene de regreso, del pasajero de su destino, de un refugiado final, que contempla el universo desde los cerros de Cartagena y que comienza a olvidarse de su pasado cosmopolita, es *Últimos poemas*, libro póstumo, recogido y publicado poco después de su muerte en 1948 por su hija, Manuela Huidobro Portales. *Manifestes*, con su título en orden decreciente, terminado en una *M*, se encuentra a mi lado. Ya no sé si lo compré en la antigua librería surrealista de Santiago, en la calle Miraflores, o si me lo regaló Henriette Petit en un café de Montparnasse. Porque Henriette había llegado a recuperar las cosas de un

departamento suyo de París, donde había vivido entre las dos guerras con Lucho Vargas Rozas, y se había encontrado con dos paquetes de la obra de Huidobro recién salidos de la imprenta.

Para terminar, cuento una frustración de aficionado de la que fui víctima y culpable. Pasé un día, hace años y décadas, frente a esa librería de la plaza madrileña de Las Descalzas que he mencionado antes. En la vitrina había un estupendo ejemplar de *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, libro milenarista, apocalíptico, escrito por el jesuita chileno del siglo XVIII Manuel de Lacunza. Creo que es el libro en el que existen más puntos de exclamación en la historia de la imprenta. Es un libro exaltado, ardiente, maravillado. Lacunza se habría entendido muy bien, pienso, con el Breton de los años treinta. Vivió en estado de asombro, no sólo por los extraordinarios hechos bíblicos que narraba, sino también por los lagos, los mares, los montes y volcanes, que la mayor parte del tiempo descansaban, pero que de cuando en cuando entraban en movimiento y en erupción, que lo rodeaban. Pues bien, entré a la librería anticuaria, pregunté por el precio y salí, asustado. Ahora me arrepiento, me siento lleno de amarga frustración. ¡Qué miserable fui!, me digo, y me propongo buscar ese ejemplar, que habrá quintuplicado su precio, por montes y collados •

*París, julio de 2012*

# Óscar Hahn

## **MUERTE DE UN POETA**

¿Qué estará pensando Gonzalo  
Rojas qué poema imposible  
estará fraguando su mente  
en estos dos meses de agonía  
qué pacto insondable  
con las sombras?  
Dijeron que se hallaba  
en estado de sopor  
Dijeron que le quedaban  
dos días de vida  
Pero yo me dije: el que supo vadear  
las aguas de lo Oscuro  
no se va a hundir tan fácilmente  
en el río Aqueronte  
No va a cantar victoria la Muerte  
no va a izar sus negros pendones todavía  
Y es así como Gonzalo Rojas  
hondamente caído al fondo de sí mismo  
pero colgando de una hebra  
de esta vida  
le dijo a la Muerte:  
Un poco de paciencia amiga mía  
no se ponga nerviosa  
déjeme terminar este poema  
como Dios manda  
Y se pasó dos meses pergeñándolo  
mientras los médicos iban  
y venían de su cuarto  
sin entender por qué  
ese hombre seguía respirando  
Puso el último verso  
en la postrera estrofa de su vida  
y el tiempo se detuvo  
en la fecha precisa:  
veinticinco de abril de dos mil once  
Estoy listo le dijo a la Muerte  
No tengo nada más que hacer  
en este rumbo

Miró con ternura  
su cuerpo tendido en la cama  
se dio un beso en la frente  
y desapareció en el infinito  
con una sonrisa en los labios

### **DIGO YO**

¿Y si Dios no fuera tan grande como dicen  
sino del tamaño de una cabeza de alfiler?

¿O más mínimo aún: quizás como un átomo  
o como una partícula subatómica?

¿O acaso más pequeño: tal vez como un quantum  
de una nimiedad inconmensurable?

¿Y qué tal si no fuera el Ser Supremo  
sino el ser supremamente ínfimo?

¿Y qué tal si hubiera creado al hombre  
a imagen y semejanza suya?

Digo yo

### **RELOJ DE PIE**

#### **I.**

En mi casa  
tengo un reloj de pie  
que me saluda cada hora  
con melodiosas campanadas

De noche camina  
se para junto a mi cama  
y se queda en silencio  
velando mi sueño  
hasta que despierto

Después va a la cocina  
me prepara el desayuno  
y regresa a su sitio  
contra la pared

Y así  
día tras día  
noche tras noche

Cómo me gustaría  
hablar con mi reloj  
cómo me gustaría  
preguntarle algo  
que toda la vida  
he querido saber

Cómo me gustaría

Pero tengo miedo  
tengo mucho miedo  
de que me responda

#### **II.**

Mi reloj ha muerto

Murió  
como siempre vivió:  
de pie

Se le fue  
descascarando  
el barniz  
poco a poco

Para avanzar  
sesenta minutos  
se demoraba  
dos horas

Daba las campanadas  
muy bajito  
con un sonido  
casi imperceptible

Una tarde  
las manecillas  
de mi reloj  
se detuvieron  
y el péndulo  
dejó de oscilar

No quise sacarlo  
de su sitio  
y enterrarlo  
en el patio

Lo dejé ahí  
contra la pared  
hasta que se convirtió  
en un montículo  
de cenizas

Puse las cenizas  
en una pequeña  
caja de chocolates

Ahora la cajita  
da la hora  
puntualmente

Y toca música.

# *Visión total* del azul mar de mi patria

ANTONIO SKÁRMETA

*Me gustaba así* como te gustan las mujeres cuando realmente te gustan. Te llenan de una vaga impaciencia. De incertidumbres. Te devuelven a la adolescencia. Te quitan la locuacidad. La experiencia de años se hace añicos.

Tenía el modo soberano de una mujer que ha estado por todo el mundo. Que conoce personalmente a un pintor expuesto en el Reina Sofía o una actriz ganadora del Goya.

Pronunciaba las sílabas completas y altiva, con una modulación perfecta. Parecía que acababa de inventar el castellano y que disfrutaba sus sonidos con meticulosa fruición.

Yo, que vengo de un país donde la ese, la ce y la zeta dan lo mismo, me sentí instantáneamente fascinado y al mismo tiempo analfabeto.

Ella era fotógrafa madrileña y yo pintor.

Viéndome así de torpe ya se habría preguntado diez veces por qué su revista le había encargado un reportaje conmigo: al fin y al cabo pintores hay a granel. Mi galerista me había dicho: «Si cada una de las personas que pinta comprara al menos un cuadro por década, mi profesión sería la más rentable del mundo».

Estábamos en la terraza del hotel de Punta del Este, en Uruguay, y ella limpiaba con un fieltro lentamente los lentes de los focos de su cámara, sonriendo irónica a la espera de que yo sucumbiera al lugar común de decirle lo mucho que me gustaba, para sonreír y llevarse indiferente mi elogio a su largo archivo de halagos.

El periodista que me iba a entrevistar venía atrasado con su auto desde Montevideo, y el balneario estaba vacío: era invierno, el mar turbulento, y unas respetables olas eran evaluadas con respeto hasta por los surfistas en sus ceñidos atuendos.

En la mesa, dos piedras evitaban que el viento levantara el mantel y volcara nuestros respectivos martinis con sus respectivas aceitunas atravesadas por un mondadientes.

Pero más inquietante que los tragos era la llave al lado de su copa, la de la habitación número 31.

—Así que eres chileno —dijo de pronto.

—Sí.

—Qué divertido.

—¿Por qué?

—Un país así tan largo, tan flaco. Nunca he estado allá pero me lo imagino tan estrecho. Debe de ser incómodo.

—A ratos. Pero tiene una gran ventaja. Miles de kilómetros de mar. Es decir, el infinito al alcance de la mano.

—¿De qué sirve el infinito si una es tan efímera? —dijo, tras beber melancólica un sorbo de su martini.

No supe qué contestar, pero en un éxtasis tuve una visión total del azul mar de mi patria y una suerte de coraje delirante me impulsó a levantarme de la mesa. Me despojé del polerón, del buzo deportivo, y quedé vestido en pocos segundos sólo con mi malla.

—Un chapuzón —anuncié, vaciando de un envión mi *cocktail*.

La fotografía se envolvió el cuello en un chal negro y sonrió escéptica.

—No lo harás.

Caminé hacia la orilla. Al aproximarme a los surfistas, el que parecía de más edad me miró incrédulo.

—No me diga que se va a bañar.

—Es que hice una apuesta —dije, sintiendo el agua helada rozar mis pies.

—Pobre. La perdió.

—No, la gané. Pero ni se imagine lo que está haciendo en este momento el que la perdió.

Corrí hasta la primera ola y me zambullí por debajo con energía suficiente para que no me arrastrara de vuelta a la playa. Al comienzo grité de dolor: el hielo provocaba punzadas en mi frente. Pero al enfrentar con éxito la segunda ola, grité de dicha. Era terriblemente efímero, pero estaba sumergido en el infinito. Eso era todo. Había prometido un chapuzón que deseaba entrañablemente, y había saludado con mi osadía a ese dios que Saint-John Perse llamó el mar de toda edad y todo nombre. Corrí de vuelta a la mesa a taparme con el polerón. Ambos vasos estaban vacíos y bajo la llave de la habitación 31 había un papel doblado. Parecía un mensaje.

Tiritando, lo desplegué y leí.

«Chileno, al parecer se me quedó en la mesa la llave de mi habitación. Si la encuentras, ¿me la traes? •

**CÓMO VOY A SABER hacer la caridad  
siendo un canalla... ¿Dice la verdad  
el canallesco? Sólo si es un cínico  
consumidor de su ceniza, o clínico  
sádico masoquista, o bien un quiste  
canceroso que expone su tumor (su temor)  
como un chiste.**

**PASÉ A CREER que no creía  
ni en Dios ni en la Santísima  
Trinidad. No es creer —es la mismísima  
ciega adhesión brutal de amor cual la tenía  
con mi mujer y prole y parentela  
—en ellos no creía: éramos de la misma tela.**

**TENDRÍA QUE TENER dos corazones  
pues yo creía habérselo robado  
cuando la conocí; fue falsa alarma  
pues al morir se lo había llevado  
y yo quedé sin él, sin alma ni arma,  
y nada saco urdiendo unas razones.**

**QUISIERA QUE LA MUERTE me quitara la cara  
de un manotazo, el pellejo sacara  
despegando la goma de la máscara  
dejando encima de la calavera  
la tierra de espinillas y de aftas y viruela  
nativa innata y rugosa de vieja.**

# Crónica de vuelo

CARMEN BERENGUER

*Volar entre las nubes es un triste estado para una poeta romántica devota del paisaje de la poesía chilena. Sin esta ciega cacería actual del ojo que nos consume, desde la revolución que produjo el primer vuelo poético en *Altazor*, a este súbito júbilo provocativo de navegar por el ciberespacio. Es la celebración constante del porvenir. Como es entrar en los aeropuertos internacionales, e ingresar fatídicamente a un espacio laberíntico más tenebroso que a un videogame o a un simulacro de vuelos intensivos en la noche simulada.*

*La idea del viaje siempre es inquietante. Es toda una aventura, donde se puede cumplir una parte de nuestro imaginario, como dejar al voleo lo inesperado. Aquello que quedó rezagado en algún confín de la memoria. Como aquel hallazgo de una siesta en la casa de reposo en Hungría.*

*Lo querido, como si entrara a una sala de cuidados intensivos. No es la historia del tren, de ese humo, tal ruido, aquel fragmento novelado, la imagen detenida de ese «fade».*

*Mientras te mueves en una vía, lentamente. Aquí, al entrar al aeropuerto la imagen*

*desaparece antes de pasar a policía internacional borrándose hasta mi decir, ¿Cachay? Ese lapsus apegado a la lengua. Y allí comienza la odisea del sueño de mi viaje, de la utopía del viaje. Porque de una vez y para siempre, me encuentro en una frontera, sin fronteras de manera inevitable, en la existencia real de perder todos los derechos que fueron escritos en el derecho constitucional Art. xx de un remoto país.*

*Aquí, pierdo la total compostura,*

*trajinada  
revisada  
manoseada*

*a pie pelado  
con los zapatos en la mano  
sin nada apelando a mi suerte.*

*Aquí, es el comienzo de la pérdida de mi seguridad. Al entrar a cualquier aeropuerto del mundo globalizado. Me siento desnuda en este espejo mirando al otro que soy yo misma. Envuelta en unos códigos cada vez más previsibles.*

*Y si por ventura, mi cuerpo, emite alguna señal de metales todos piensan aunque sea por un segundo que eres un bandido un narcotraficante un asesino un ladrón.*

*En síntesis,  
un perseguido por la ley.  
Y siento,  
las persecuciones  
los miedos  
las pesadillas  
en el tormento de vivirlas de una sola vez.*

*Y, en segundos una ráfaga en el inconsciente me paraliza;  
como coneja  
con ganas de echarme a correr  
desesperadamente  
como si fueras el delincuente que siempre soñaste no ser.*

*Y nos disponemos  
a pasar a esa llamada sala, la sala de espera, que hay en todas  
partes, en todas partes donde he esperado al puto dentista, con esa  
música que adormece los sentidos, que he escuchado en el  
supermercado y en todas las salas de los hospitales manicomios,  
casas de tortura, con hartas tiendas y cafés, a hacer como si.  
Como si toda tu miserable esperpéntica vida dependiera de una  
espera más.*

*Y que silenciosamente,  
como una borrega humana,  
apenas,  
en tonos audibles,  
pudiera oírte como la expresión de todas las prohibiciones  
de la comunicación.*

*Hablar bajo,*

*murmurar en el salón de espera,  
para que la ansiedad y la angustia  
se exacerbén en un mutismo enervante.*

*Cuando llega el vuelo,  
estoy drogada con la musiquilla de esas pobres esferas,  
y pueden pasarme por encima, que seguiré escuchando esa  
musiquilla preparada,  
para ser transportada.*

*Pero antes,  
te ordenarán la entrada de acuerdo a tu numeración,  
no subirán primero los niños  
o los viejos,  
sino  
aquellos señores de corbata ancha y maletín que entran uñanos  
en clase ejecutiva.*

*Van por delante y se sienten superiores,  
porque pueden arrepatarse a destajo  
estirar el cuerpo  
ser servidos como príncipes modernos.*

*Y al pasar por sus asientos anchos,  
cómodos  
donde puedes pearte con holgura  
vuelves a sentir congoja.*

*Porque estarás pegado al vecino,  
como si fueran gemelos en la barriga del avión.  
En posición fetal,  
sin posibilidad alguna de estirarte.  
Pensando,  
en un estado de idiotez entregada al destino,  
quizás hasta orgullosa de ser alguien que tiene  
la posibilidad de mover el trasero por el mundo.*

*Estás en sus manos,  
en un artefacto que debe vencer la gravedad de la tierra.  
Entonces, cuando el motor pone toda su potencia  
y sientes toda la fuerza del avión  
en tu cuerpo,  
al llegar a los 30.000 pies de altura o más  
pasando por la algodónera de nubes tocando el techo,  
en las espesas corrientes de viento,  
con la angustia que estás deslizándote gracias al aire.*

*Encerrada en posición fetal,  
sin poder moverte,  
sin posibilidad de fuga.  
La ansiedad te envuelve de nuevo,*

*deseando ardientemente:*

*fumar  
succionar  
aspirar.*

*Y me siento una beba gorda en la sala cuna del avión.  
Con hambre  
mucho hambre  
necesidad de afecto  
por una mirada conmisericordiosa  
de la bruja de la asistente,  
Quién me tirará unos platinos  
hechos en serie multiinternacional;  
recalentados en el microondas,  
que sabe al sabor híbrido del siglo XXI,  
al sabor transgénico del porvenir.  
Porque después del sabor a todo y a nada de la comida  
macrobiótica,  
viene a cumplirse otro de mis deseos reprimidos,  
darle rienda suelta a  
la compra liberada de impuestos.  
Allí toda la libertad del mundo al entregar tu sello plastificado y  
dorado,  
entre las compras del Duty Free,  
enloqueces libre por las baratijas, para los labios, el perfume  
en un estado de consumo interior,  
me viene repentinamente un deseo de cagar  
cagar en el vuelo  
mojonear el aire  
soltar el esfínter  
como una recordada bebida chilena,  
antes de dormirme en posición fetal,  
boqueándole las babas al gemelo de viaje.*

# La vida privada de PEPECUEVAS

JOSÉ ÁNGEL CUEVAS

Es una pieza de 3/3 de cielo solamente blanco  
muralla empapelada  
un gran cuadro de Nicaragua sobre su cabeza

Hay una cama exmatrimonial  
A un lado y al otro de la cama  
está lleno de libros viejos  
la función de la poesía de Eliot / historia de Santiago de De Ramón  
Teoría del Comando Conjunto y la Flaca Alejandra  
un tomo de la filosofía de Schopenhauer y cartas a Moscú de  
[Walter Benjamin

y mucha fotocopia  
de Deleuze Breton y otros

un viejo tocadiscos y un bombo legüero  
el clóset contiene viejos ternos paquetes un computador en desuso  
Al frente hay una cómoda café de raulí  
llena de hojas del Mercurio y el Siglo / La Época  
entrevistas fotos de otros años  
un par de zapatos cafés agujerados dos bolsas con pantalones viejos  
hay diskettes de Miles Davis Héctor Pavez / los Beatles Ángel Parra

Y al otro lado una ventana por donde entraron a robar  
un chal azul que tapa el frío  
y un hoyo blanco por el que se cuele la noche infinita.

# Gershwin *bajo la luna*

POLI DÉLANO

**Quién no sabe,** pinche Seco, que la música tiene la magia de transportar a las personas a otras épocas, igual que los aromas, incluso a vidas anteriores, según juran algunos fanáticos que creen en la transmigración del alma, chifletas, pienso yo, y te lo digo porque mi memoria se comunica contigo por control remoto, mientras este concierto al aire libre que parece surgir desde un cuento de hadas me regala el pasaje para un vuelo largo, tanto por la distancia como por el tiempo. Estarás en Marsella, disfrutando una *bouillabaisse* en algún bistró del Vieux Port, aplanando las calles que suben y bajan, pintando trombones o marimbas. Yo sigo donde mismo y ahora también escribo un poco, siempre como en provincia.

Bajo el cielo nocturno aclarado por los favores que le brinda una luna grande y naranja, cientos de personas ocupan las butacas dispuestas en filas circulares que intentan encerrar la plataforma donde se ha instalado la orquesta y un director de movimientos plásticos agita su melena gris y va guiando la organización musical de Gershwin, que vuelve a irradiar la locura mariguanera que nos desbordó aquella misma tarde antes de que llegara a mi casa el Rayo manejando su *jeep* Safari desde el DF y después de mucho Gershwin —la *Rapsodia*, el *Concierto*, «Bess, You Is My Woman Now»—, cuando se dejó caer la noche, salimos a explorar las cantinas de Cuernavaca, nuestra querida ciudad de la eterna chingadera, no todas, eran sólo siete las que nos interesaban, las que seguían vivas y alertas veinticinco años después de que las frecuentara el cónsul Geoffrey Firmin tan sólo porque desde las páginas de una novela lo enviaba su amo y señor Malcolm Lowry, quien las usaba a diario para consumir mezcal y obligar también a su personaje a beber al mismo ritmo que él había logrado con el tiempo, desde que alguna luz mágica le reveló que no existe mejor desayuno que un *gin* doble con jugo de naranja, sustancioso y reponedor de la noche, en lugar de media papaya y una paila de huevos con tocino, ni tampoco mejor cena que una

gran cantidad de mezcal. No vayas a creer, amigo Seco, que me encuentro en esa alegre multitud que escucha a Gershwin bajo el cielo de Aldernach, la ciudad donde nació tu ídolo Bukowski. Sigo en la eterna primavera y estoy cómodamente sentado en un sillón «colonial» que instalé en lo que llamo «el estudio» de mi casa, por así decirlo, más que casa una cabaña elemental, aunque con ventanas y puertas hacia lo verde, nuestra exuberancia vegetal, aromática y colorida y estoy mirando la pantalla que retransmite el electrificante concierto, con un vaso de vodka en la mano también electrificante, y la memoria colmada de imágenes electrificantes, tiempos buenos y tiempos malos, pero al menos tenemos la ventaja de que los malos se olvidan con mayor facilidad mientras los buenos van instalándose en tu vida diaria, que llega por eso mismo a ser más falsa que las promesas de una novia, la mentira necesaria que nos hace creer.

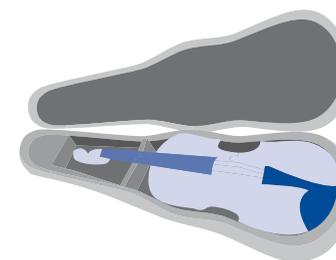
No recuerdo los nombres de las cantinas —con excepción de El Farolito— y tampoco quiero leer una vez más *Bajo el volcán*, pero sí recuerdo que la primera, en realidad la única que alcanzamos a visitar esa noche —*invadir* sería un término más apropiado—, estaba sobre la calle larga que sube desde los bajos de la ciudad hasta la glorieta de Tlaltenango y luego sigue hasta fundirse con la autopista. No caía la noche todavía, pero por suerte el local era de esos bien oscuros que sirven de refugio contra la luz asesina del atardecer, esa semipenumbra ambigua capaz de hacer que la melancolía te dé puñaladas en el centro del corazón. Un tequila Herradura blanco, pidió el Rayo mientras el Seco (vas a ser *él* ahora y no *tú*, pinche Seco) cambiaba en la caja un billete por monedas y antes de ordenar su trago se dirigía a la mierdola, como bautizó el Nacho a esas coloridas Wurlitzer en los tiempos en que Guadalupe bajó a La Montaña, para que por diez pesos el aparato le ofreciera las caricias masoquistas de cierta música, y ya de vuelta a la barra donde nos habíamos instalado, entonaba a la par que Álvaro Carrillo la melodía de un bolero, casi llorando. Eso le pasaba al pinche Seco por tener apenas veinte años y andar enamorándose a lo romántico, es decir, a lo pendejo. Pidió, como el Rayo, un Herradura blanco. Y yo también. Tres tequilas para los tres alegres y bravos mosqueteros de una jornada que se perfilaba larga.

*En señal que te vas, vas dejando tu orgullo detrás,* cantaba el maricón de la Wurlitzer mientras que al otro maricón del Seco le daba por echar su la-grimón sentimentaloido, todo porque Nina lo había dejado —¿a quién no le pasa?— para regresar a sus parajes chicanos en California y dedicarse finalmente a recorrer ida y vuelta, una y otra vez, todos los recovecos de Mission Street a la búsqueda del amor perdido que dos años antes la regresó con desconsuelo a México tras el olvido, que resulta tan largo para lo corto que es el amor, en un difícil peregrinaje de aventones que comenzó

en Tijuana y —pasando por tierras calientes, desiertos, el bajío, los verdoros de Michoacán, la sinuosa ruta de las mil cumbres— desembocó en un lugarcito plácido, aroma de flores, donde los grillos se encienden al atardecer pidiendo lluvia, el veneno de los alacranes no es mortal, los colores vegetales enceguecen, un lugarcito adecuado para echar el ancla, estudiar bien su geografía y escoger cuidadosamente a quién chingar. El Seco resultó un blanco perfecto. Eres más linda que un crisantemo, le dijo él apenas se conocieron en el Jardín Borda, mientras José Agustín presentaba al público la nueva novela de un estupendo escritor argentino que pretendía agarrar el cielo con las manos, de noche, bajo una luna caliente. Nina podía ser muy morena, tener una sonrisa enternecedora, un cuerpo gracioso y deslumbrante embutido en esa minifalda granate y una blusa verde limón, y podía moverse con la elegancia de una gacela, pero no era linda. Y lo sabía. Tenía los dientes demasiado grandes. Por eso, al recibir como un pelotazo el requiebro, le disparó al Seco una mirada incrédula y piadosa como si fuera un bebé que acaba de cometer una fechoría. No seas igual que todos, nene, le dijo, y acariciándole la barbilla le repitió la frase. El Seco la miró con espanto, primero porque estaba seguro de que la muchacha sí era linda, linda con creces, y segundo, porque si acaso existía en esta tierra alguien que no podía ser relegado a la clasificación de «igual que todos», ése era él, él, como que se había separado del seno familiar a los dieciocho debido a que el padre quería obligarlo a hacer gimnasia y practicar un deporte y la madre pretendía que asistiera a misa los domingos; él, que había decidido no ingresar a la universidad, para vergüenza hasta de sus abuelos —tanto paternos como maternos—, debido a que le parecía que las carreras profesionales eran una pura mierda, pilares para mantener el sistema, y se limpiaba el culo con ellas, así se lo dijo a todos, no pensaba pasarse una vida entera construyendo casas para los ricachones que pudieran pagarlas, o defendiendo causas podridas y corruptas que se acumulan en la conciencia del mismo modo que se grabó poco a poco el pecado en el rostro del retrato que le hicieron a Dorian Gray, sí, se limpiaba el culo con las profesiones liberales, que llaman, él no era en absoluto igual que todos, y sentía además que la única demanda verdadera a sus entrañas —un grito potente— se la habían voceado la paleta, los colores y el pincel, eso sí que sí, sería un pintor, quizás un gran pintor, ojalá, quizás sólo un pintor de cierto éxito y grandeza limitada, o apenas un pintor y nada más que eso, pero pintor sería, seguro, porque por algo ya estaba metiéndose mucho en las profundidades del asunto, sin profesores ni academia, capaz de intuir que si bien lo que más lo motivaba en esta vida era la música, la naturaleza no lo había favorecido con el don del oído, le faltaban dotes; sin embargo la música se convertiría en el gran

tema de su pintura, en el corazón y el alma de sus cuadros, él lograría pintar la *Rapsodia* de Gershwin, que los había estremecido aquella misma tarde, y la *Novena sinfonía* de Schubert, la pintaría, y pintaría *Las cuatro estaciones* de Vivaldi y los tangos de Piazzola, y también pintaría a los hombres y mujeres que construyen la música nota a nota, ladrillo a ladrillo, las violinistas, los saxos, los oboes, el piano, todos los instrumentos de la orquesta, al director, las partituras también, y lo haría porque nadie nunca lo había hecho, y si es que alguien en verdad lo hubiera intentado, él juraba que lo haría con más pasión. ¿Igual que todos? ¿El Seco igual que todos? Nina preciosa, qué te pasa, cómo dices eso, yo no soy igual que todos, no te equivoques, oye, pero sí me gustaría conocerte mejor, por qué no vamos a echar una copa y platicamos largo. Ella volvió a mirarlo como si fuera un niño malcriado, ¿cuál era el apuro, es que no podía esperar? Estaba ahí, dijo, porque sentía admiración por José Agustín, lo había conocido en San Francisco cuando él fue a lanzar su novela *Ciudades desiertas*, le gustaba escucharlo, era ingenioso, profundo, y además habían tenido su toquitoqui, dijo con picardía. Bueno, el Seco sin dar tregua, yo también vine porque soy amigo del argentino, un cuate a toda madre y buen novelista, pero vámonos, lo que pasa es que no siempre alcanza el tiempo para todo, lo importante es conocernos ahora, no mañana, ahora, esta tarde, vámonos, ¿cómo te llamas? Órale, vámonos, pues, Nina. Y habían partido caminando por Morelos a paso lento hasta llegar al Zócalo, y en las mesas exteriores de La Parroquia comenzó el primer capítulo de... ¿De qué? ¿Del romance, del intenso amor? Mejor decir de la desventura. Primero unas cubitas, unas enchiladas, y luego otra caminata larga hasta la zona del Casino de la Selva, donde Seco rentaba una habitación independiente con baño, al interior del patio de una casa muy a toda madre, un patio con bananos, gruesos y gigantescos bambúes, buganvillas de muchos colores, tres guacamayas. Hermoso lugar, dijo Nina varias veces boquiabierta, y decidió quedarse ahí por un tiempo.

—Salud —dijo el Rayo—. Salud Seco, salud Marcelo. Echémonos este trago rápido y pidamos de una vez el segundo para brindar por el cónsul. Rían, cabrones, disfruten, tomen y rían, que no hay alegría legítima que no provenga del alcohol.



*Y me quieres hablar, yo no sé para qué, si me vas a dejar*, sigue gimiendo el bolerista de la mierdola y al Rayo se le dibuja una sonrisa diabólica bajo el bigote zapatista cuyas puntas a ratos retuerce entre los dedos índice y pulgar de ambas manos y mirando lejos, quién sabe hacia qué región de sus nostalgias, gran tipo el Rayo, ¿eh, Seco? Una vez él y yo viajamos juntos a Tampico para cumplir una misión medio burocrática, y el primer día, después de probar unos tragos bastante sofisticados en Las Glorias de Baco, regresamos al hotel a descansar un rato para luego zambullirnos en la alberca antes del coctel con el alcalde. Compartíamos una *suite* en el piso bajo y cada uno se tendió en su cama y cada uno soñó de seguro con bonanzas étlicas y al despertar cada uno amasó la misma genial idea: llamar a *room service* y pedir unas cubitas con mucho hielo, o mejor —se les ocurrió al unísono— la botella entera de Bacardí blanco, tres o cuatro cocas y algunos limones, como Dios manda, carajo, algo para botanear también, total quedaba mucha tarde, el coctel iba a ser a las ocho en la Delegación. Y entonces, después de tres cubas, nos pusimos los bañadores y bajamos a la alberca ya medio borrachos, con mucha risa y más ganas de al agua patos, el «monito mayor», juego perverso: lo que hacía uno lo que tenía que repetir el otro. Yo me tiré un clavado del segundo trampolín dándome una vuelta en el aire y cayendo de culo, y el Rayo la siguió sin timideces, a lo mero macho, sólo que cayó de espaldas y el lomo le quedó más rojo que una sandía y muy ardiente, se quejaba. Nadamos, por encima del agua, por debajo, buceamos y nos divertimos como dos ardillas correteando por el ramaje de los árboles, hasta que llegó la hora de vestirnos con traje y corbata para la ceremonia municipal, que resultó muy aburrida, aunque don Guillermo, al despedirnos, después de muchos camarones, ceviche de caracol gigante, cocteles de pulpo, y bastante tequila del bueno, nos dijo oigan muchachos, cuando lleguen al hotel no se acuesten luego-luego, tengan un poco de paciencia y espérense un rato, que les voy a mandar dos muñequitas para que les alegren la noche y, ojo, no vayan a pagarles nada, eso quedará arreglado. Dicho y hecho, Secote, a las once golpearon a la puerta de nuestra habitación Paula y Cristina, dos morenas sonrientes, frescas, carnosas, dispuestas a buscar los caminos de nuestra felicidad. Conversamos unos minutos sobre puras tonterías, que el tiempo, que todo tan caro, que el pinche gobierno, contamos algunos chistes que no sacaron mucha risa, bebimos una copa de brandy y venga el apagón, fuera las luces. Cada uno se acostó con su muchacha, pero yo estaba demasiado maltrecho por el alcohol, los camarones, la tarde acuática y mientras le daba a mi preciosa Paula unos húmedos besitos en los pechos desnudos, me quedé vergonzosamente dormido, cabrón Seco. Al despertar por la mañana me encontré sin compañía, justo cuando mis energías y las

ganas retomaban su lugar de siempre, o casi siempre. El Rayo roncaba en su cama con las dos muchachas, una a cada lado, durmiendo plácidamente. Por lo visto se había hecho cargo de ambas, eso es lo que se llama un amigo. Y yo —como jugador de primera— me salvé por azar de algo muy feo, aunque en verdad nunca se podrá saber si la sirena que pringó al Rayo fue la que le tocaba a él o la mía. Una de tantas que pasamos juntos. Se las traía el pinche Rayo, ¿verdad? En una ocasión, durante el intermedio del *Don Juan Tenorio* que todos los años montan para el Día de Muertos, se acercó a una mujer joven de rostro afable, escote abierto y culo respingón que se paseaba por el *foyer* y le preguntó a quemarropa si acaso era casada. Ella lo miró interrogante, sonriendo, y respondió que sí. «Pos dígame a su marido que tenemos el mismo gusto, aunque no la misma suerte». Ni tampoco el mismo sentido del humor, dijo ella con arrogancia, pero terminó dándole su teléfono y en poco tiempo la cosa pasó a mayores, fines de semana frenéticos hartándose de almejas vivas en Zihuatanejo o encerrados de viernes a domingo en La Posada de las Monjas, en San Miguel de Allende, mucha euforia y calentura, aunque a la larga —y ni tan larga— el Rayo salió para atrás, se enamoró de a de veras cuando la mujer le dio por culo, y tuvo que sacarse los balazos a costa de mucho tequila. Ella era un demonio, siempre tramando planes siniestros, si hasta intentó convencerlo —y por poco lo logra— de que se presentara a diputado en las elecciones parlamentarias. Pero todo ha cambiado, pinche Seco, los años pasan y nada es lo mismo, «ya no son los tiempos de antes», como dicen esos viejos pendejos que nunca logran entender que si acaso todo tiempo pasado fue mejor, es sólo debido a que los seres humanos hemos sido dotados con el milagroso privilegio de olvidar. «A nuestro parecer» dijo el poeta, de seguro con cierta sospecha, qué te pasa, «parecer», o sea creencia, y en ningún caso certeza, todos sabemos muy bien que no es lo mismo *Los tres mosqueteros* que *Veinte años después*, pero nos falta asimilar que el pasado es una casa de madera al lado de un arroyo, o una ciudad que duerme bajo la lluvia, o un perrito salchicha que nos lame la mano con ternura, y que el futuro puede ser mañana o quizás más tarde, como escribió un tal Orellana que no quiso ser poeta.

*Tú tenías el amor, y lo fuiste a entregar por ahí* —sigue el cantor desde la mierdola y el Seco recuerda y recuerda con un dolor que tal vez no es capaz de disimular, y yo también recuerdo, y recuerdo, y recuerdo, pero sin llorar, sin compadecer mi pinche suerte, ni darme de ciliciazos en el lomo, ni ponerme una corona de espinas, más bien con la sonrisa algo cínica de alguien que, como Sinatra, al mirar hacia atrás a su manera, cuando se va a cerrar el telón porque el fin se acerca, lo encuentra todo tan divertido, qué canción, un verdadero himno de nuestra época, sí, recuerdo al zamparme el

segundo tequila sobre la barra de uno de los bares de Lowry, recuerdo que hace tiempo me dio calabazas con saña una puta, una puta de verdad, no metafórica, que prefirió volver a tirarse de cabeza al lodazal antes que seguir marchando por los rieles de una vida tan desteñida y plana como la que yo le estaba ofreciendo, la lata misma, dijo, qué tedio, hacer las compras en el supermercado, azúcar, leche, unos tarros de salsa de tomate, mole poblano Doña María, arroz integral; pasear del brazo por las tardes saludando a los vecinos, lavar platos, todo eso, ¡qué horror! Sentarse a ver la telenovela del día, lo de siempre, no, dijo, eso no es para mí, prefiero ser puta, tener un chulo que me parta la madre si no le entrego los billetes que lo conforman, arriesgar que un tecolote me detenga por ejercer en plazas, parques y a la salida de los colegios, saber que los años se vienen encima sin piedad, todo, todo menos esa vidita tonta, y me mandó de plano a la chingada, *dejándome el alma herida y espinas en el corazón*, como canta Gardel, pero tenía toda la razón, me digo pensando que mi vidita ha sido en realidad un asco desde que empecé a trabajar en el banco. *Y la muerte que un día para ti yo pedía, me la das a mí*, sigue la Wurlitzer.

—A ver, amigo, por qué no nos sirve otros tequilitas y nos pone alguna botana, por favor —ordena el Rayo—. Ya, pinche Seco —voltea la cara—, deja de llorar, se te fue la pinche Nena, Nina o como se llame, y qué tanto, tómallo como que te hizo un favor, que se vaya a buscar a su gringuito, que se la lleve la chingada, y ponte serio, que pareces un escuincle perdido, así llorando a lo cabrón...

*Pero habla, habla, habla, hasta que quedes vacía de palabras*, nos envía dulcemente la mierdola, *mas si quieres que hablemos de amor... vamos a quedarnos callados*, pos sí, pinche Seco, a lo mero cabrón.

—Pos sí —dijo el Seco—, a lo mero cabrón, ya, ora sí se acabó —pasó la manga de su camisa por los ojos, se tragó el tercer tequila y empezó a reír como si le estuvieran haciendo cosquillas.

—Está loco este cabrón —festejó el Rayo.

—Salud —dije yo.

—Por el cónsul —dijo el Seco, conteniendo las lágrimas.

**Se acabó el concierto.** En lugar de las notas de Gershwin se escuchan los aplausos y los «bravo, maestro» de un público agradecido. Se secan los recuerdos. Se esfuma el Seco, se esfuma el Rayo. La luna sigue iluminando la noche como una película de amor filmada en Hollywood, allá lejos, lejos de mi cabaña •

# Pejesapo

SOLEDAD FARIÑA

a José Luis Sepúlveda

El agua el aire blanco rodean al pez que se pregunta  
¿dónde está la verdad?

(adentro/afuera)

fija un hito en el tiempo del agua, el color de la piedra,  
su tacto suave terso: «mírela, tóquela con los ojos

pruebe las asperezas de esta piedra-faena,  
que es tiempo espacio blanco»

boqueando se abre el peje de nuevo a la pregunta ¿cuándo llegué,  
cómo llegué desde el encierro que nombra y articula  
la oscuridad en sonidos?

(un-dos-tres)

cuando te vi bajar/subir al corazón  
del agua ¿eras un alma en pena?

despacio espera espera

el agua cae, baja, el agua se desliza, he visto tantos muertos  
el agua que da vida el agua que desprecia y bota y lanza  
acarrear estas piedras es acarrear palabras (una/otra)

las palabras-faena que dicen ¡te amo tanto!  
¡qué haremos! sonido de despecho,  
barro oscuro,

el agua

cae al agua sonido de las piedras blancas negras  
el baño de la vida

nadie se va a matar por saber  
lo que nadie más sabe

buscamos la verdad el río nos rechaza

se cortan las muñecas pero así, suavemente, para volver a ser agua,  
[lluvia

frágil, como la vida, eres un alma en pena  
¿y dónde está la vida? ¿en la boca del hombre que aspira las  
[palabras?

confundo las palabras  
cuando acarreo piedras voy acarreando tiempo

espera espera así despacio

el agua el aire blanco

despacito

el pez, **el pejesapo** que soy  
aferrado a esa piedra (a esa ilusión de tiempo) seguirá preguntándose

(adentro? afuera?)

# Ludwig Zeller

## Al tic-tac de la sangre me enloquece tu boca

Por las ramas secas espinas del pescado  
Puestas en veloz cruz te hablo te escucho  
Enhebrando las venas bailarás las figuras  
Se abrirá en dos la luna se escurrirá la arena

Oigo perros mecánicos acosando al que huye  
Lo persiguen los sueños en la infancia perfecta  
Los relojes escuchan florecer los suicidas  
Al tic-tac de la sangre me enloquece tu boca

Repite una vez más mujer imagen de mujer  
Sobre las costas afiebradas pasan se deslizan tus muslos  
Cremalleras peinadas las talegas de trigo huracanado  
Se derraman en tus hombros como el mar en rompientes

Salta otra vez desengancha en tu vuelo las imágenes  
Que nos permitan encontrar las aguas quizás sean  
Tus lágrimas ese torrente inmóvil que te escucha  
Que crece en ti tormenta en vidrios rotos

Ven repite las escenas de aquel crimen perfecto  
Arroja los cristales que te surcan el huracán del sexo  
Matemático me parece que nunca llegaremos al fondo  
Todo está aquí en el verbo multiplicado al cubo.

# Un solo correazo

DAMIELA ELTIT

*Es ella.* Mi hermana amaneció hoy comprometida en un proceso luminoso de renacimiento. Equidista de manera profana con un documental científico que vi en torno a la pasión mutante de la crisálida como ejemplo de superación para el conjunto más opaco de la humanidad. Hoy nos dice que se propone explorar en el subsuelo de sus sentimientos hasta fundirse con el estado de gracia que circula por sus ligamentos. Y nos dice, frente a su taza de té, que va a volver a trabajar en el centro. Lo dice con el pan en la boca, lo dice, mientras una porción del pan se le pega a su labio. Si logra llegar al centro, nos dice, se olvidaría del guaracazo que le dio el paco cuando ella se sacó la blusa y le azotó la espalda. Había quinientos rifles Remington 597 sintéticos. Un azote, uno solo, realizado en el sector más neutro de la comisaría, un escenario que armó un oficial para entretener a los pacos de turno que estaban abatidos por el monto irrisorio que arrojaba la última gratificación. Se trataba de saldar una cuenta que tenía con uno de los pacos. Un oficial y ella, nos dice. Así lo afirma mi hermana, una deuda que terminaría para siempre con el correazo y la presencia indispensable de los pacos de turno que veían en su espalda una posibilidad de sortear la ansiedad que les generaban sus cuotas impagas. Después mi hermana nos dice que volvió al departamento. Subió penosamente hasta el cuarto piso, se afirmó de manera dramática en la baranda, olió el bloque traspasado por el hedor a sopa y pegamento, la invadió ese olor justo cuando le latía el correazo como una quemadura en tercer grado y en los precisos instantes en que se preguntaba acerca del tipo de huella que iba a dejar la correa en su espalda, dice que pensó con alivio que la marca podría resultar similar al tatuaje de un correazo. Nos dice que pensó que su espalda podría lucir menos real. Nos dice que miró su propio pie en el borde de uno de los escalones, su zapato negro desajustado en la punta, descascarado como una vieja pintura mural. Nos dice que pensó en su zapato cuando vio la punta apoyada en el peldaño de cemento. Nos dice que

mientras veía el desastre en la punta de su zapato pensó lanzarse al vacío, saltar del cuarto piso, pero comprendió que aún era suficientemente fuerte y no iba a morir en la caída. Lo pensó porque el correazo del paco no la hizo sangrar y esa falta de sangre destruyó, en parte, todo el espectáculo de la comisaría. La inesperada falla desplegó una estela de fracaso cuando el oficial volvió a ponerse el cinturón con una prisa desproporcionada en medio de un abierto tono de vergüenza que fue legible en su cara, en la posición escurridiza de sus pupilas y en la manera de inclinar la cabeza cuando una atmósfera, en la que primaba la decepción, mostró la debilidad que contenía su mano de paco. Había setecientas pistolas Baretta Thunder 22. Mi hermana no sangró y demostró la mala administración del paco, su falta de pericia para tensar sus músculos. Había diez mil pistolas Zastava M 76. Nos dice que el paco era débil aunque no inofensivo. Nos dice que pese a todo el pánico que la poseía, cuando se inclinó para recibir su castigo, adivinó que iba a resultar tolerable porque el paco no estaba en buenas condiciones y la mano iba a frenar su propia velocidad. Nos dice que el miedo que experimentaba ya estaba instalado en ella, que ese miedo y esa sensación de que el mundo se iba a acabar la acompañaba meses antes de que le arrebataran a los niños y, por eso, cuando el oficial la hizo entrar a la comisaría para darle un azote, uno solo, así se lo repitió una y otra vez el paco, iba con un miedo conocido, un miedo que revestía sus huesos y quizás hasta impidió que la sangre saltara en la cara de alguno de los pacos que estaban demasiado cerca de su espalda. Nos dice que jamás la íbamos a entender porque nosotros no conocíamos ese miedo, el de ella, el suyo, nos dice y nos dice que estaba cansada de soportar nuestros lamentos que no se comparaban con su estado definitivamente extrahumano porque en ella se alojaba un átomo de adivinación. Nos dice que antes de que se llevaran a los niños había dejado de dormir o más bien su sueño era tan accidentado que había perdido la esperanza de alcanzar una percepción clara. Nos dice que ese miedo y ese insomnio tenían una relación fatal con lo que iba a ocurrir. Nos dice, con un énfasis frío, que cuando el paco le impuso el correazo como única alternativa para no meterla al chucho, ella pensó que ya había oído esa propuesta antes, que no le extrañó en absoluto porque, en un recodo indeterminado, ya le había dicho que sí al paco, él ya la había azotado y ella conocía cuál iba a ser el resultado de

Mi hermana no sangró y demostró  
la mala administración del paco, su falta  
de pericia para tensar sus músculos.

su espalda. Nos dice que el paco no le dio ninguna alternativa, que era todo o nada porque ese día la comisaría entera (ella se refería a cada uno de los pacos de turno) estaba crispada por los pagos y el desdén que provocaban entre sus superiores. Nos dice que no era un plan especial contra ella sino más bien un azar. Nos dice que era ella la que estaba más a mano para suplir la tensión que atravesaba el turno. Nos dice que nunca se propuso ser la inmolada del bloque pues cualquiera podía haber resuelto un malestar que tenía a la comisaría patas arriba. Pero ella era la que estaba ahí, ella a la que se iban a llevar, ella la que estaba fichada, ella la que se iba a sacar la blusa y ella la que se iba a dejar azotar con la cabeza inclinada. Nos dice que accedió al trato que finalmente la liberó. Nos dice, sin el menor asomo de rencor, que jamás iba a terminar de entender que ese día, el día de su espalda, no hubiésemos llegado a buscarla a la comisaría. Nos mira fijamente, mientras revuelve el té con la cuchara y nos dice que cuando salió a la calle, pensó que yo iba a estar esperándola. Había trescientas pistolas Beeman 4.5. Nos dice que ya no confía en nosotros, nos dice cómo subió uno a uno los peldaños con sus zapatos desastrosos, nos dice también que sus ojos se habían separado de su cuerpo y que, desde un lugar estratégico, le miraban la espalda no con lástima sino más bien con curiosidad. Unos ojos que ya no eran exactamente de ella y que, sin embargo, miraban por ella y en ella. Nos dice que aunque no estaba completamente afectada, sintió el deseo de morir, experimentó un impulso fugaz que desechó porque ya había comprendido que el cuarto piso no le servía para sus fines y que era un salto al vacío que no la habitaba del todo. Nos dice que aún antes de entrar a la comisaría entendió que iba a volver sola al departamento, que no estaríamos esperándola porque ése era el acuerdo que teníamos: cuidar de los que quedábamos, proteger al resto de la familia. Nos dice que aun así pensó que yo iba a ir de todas maneras, pero cuando se vio sola en la calle decidió que nos iba a perdonar porque no sintió un rencor penetrante. Nos dice que no pudo dejar de constatar que respetábamos los acuerdos. Nos dice que sintió que la historia, una que ella no conocía, había pasado por su espalda. Nos dice, mientras levanta la taza de té y la acerca a sus labios, que quiere ir al centro, asegura que va a trasladar todos sus asuntos al centro. Lo dice para infundirnos terror y lo dice para vengarse de todos nosotros.

Había cincuenta carabinas semiautomáticas Martin 501 •

## AL FIN DEL DÍA

Pues nada habrá de ser  
lo que fue alguna vez,  
mi doble cotidiano  
y yo,  
que soy su sombra,  
habremos de mirar al dador de la vida  
diciéndole  
con la vieja y debida reverencia:  
*los que van a morir te saludan.*

## REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO

*a Marcelo Pellegrini*

He olvidado los nombres  
que fueron algún día  
mi paisaje y mi llama  
y es en vano  
que agite la memoria  
sus manecillas herrumbradas.

# ¿No oyes ladrar los perros?

RAÚL ZURITA

El ensordecedor ladrido de los perros se va perdiendo entre los témpanos y sientes que los huesos de los hombros bajo tus muslos se van angostando como si estuviesen a punto de dejarte caer. A los lados los dos enormes paredones de hielo transparentan tras ellos imágenes de rostros exhaustos, como si hubieran sido captados segundos después de una crisis de llanto o de un súbito hastío. Los ves emerger así, uno al lado del otro, como en los muros de una gigantesca instalación de arte, mientras el cuerpo bajo el tuyo vuelve a ponerse en marcha cargándote en medio de la helada interminable. Aferras aún más tus dedos trabados alrededor de su cuello y al intentar erguir la cara que se te viene hacia adelante, ves los rostros de unos niños emergiendo sobre los hielos. El primero de ellos te sorprende y al comienzo no lo reconoces, sus ojos miran para arriba y sus labios parecen sonreír. Recuerdas entonces un bus interprovincial y un asiento al lado de la ventana. Su pequeña cara se alza mirándote desde la acera y tú a tu vez lo miras pegándote al vidrio. Le hablas sabiendo que sólo verá el movimiento de tu boca y tus manos despidiéndose. Atrás una sombra lo sostiene de la mano. Ahora lo ves de nuevo allí, tras los glaciares, y quisieras decirle algo, bajarte de una vez para siempre del bus, tomarlo en tus brazos. El frío te paralogiza. Los pasos se han vuelto cada vez más vacilantes y observas debajo de ti los pelos blancos y sucios y, raleadas entre ellos, las extrañas hendiduras de la cabeza que se bambolea estrellándose contra tu pelvis. Cortados a pique los paredones recortan los primeros azules de la noche y como si vinieran de miles de años atrás te parece reconocer los restos de un puerto, Valparaíso, y entre esos restos escenas de una vida: cuatro matrimonios, hijos casi desconocidos, una universidad frente

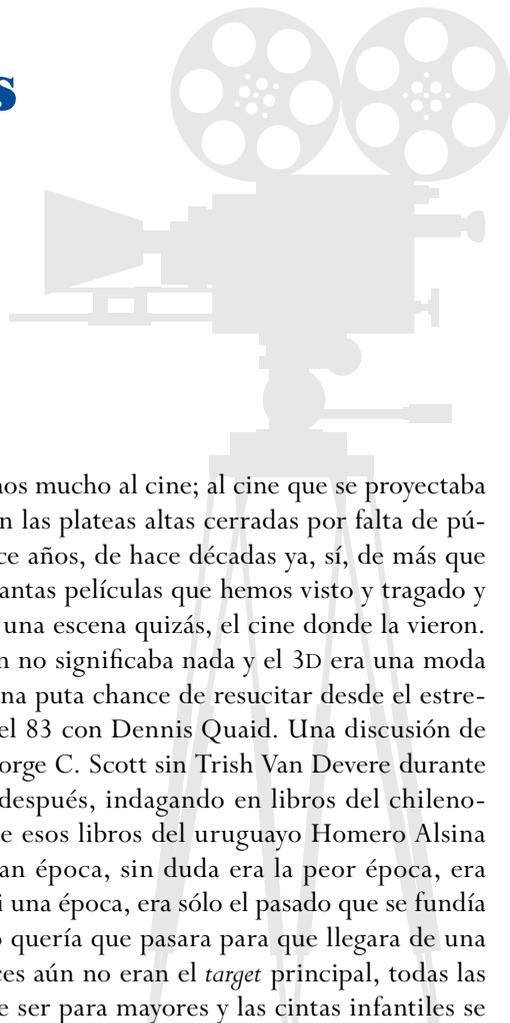
a un océano también de hielo. Ves entonces la entrada del bar clandestino y luego la cara de una mujer aún joven cubriendo por completo el paredón congelado. La blancura de su piel se recorta contra el borde enrojecido de sus ojos y los mechones de pelo rojo que se le pegan a las mejillas mojadas por el sudor y la saliva. Sabes que ha llorado y te detienes en la mueca de sus labios contraídos como si todavía quisiera agregar algo. Tú también quisieras agregar algo. Recuerdas la mesa dada vuelta, sus gritos en el teléfono casi al amanecer, el taxi buscando la dirección que te dio un tipo antes de que la llamada se cortara. Pero no puedes hablar como no lo hiciste antes. O, al menos, explicarle que no importa y las carreras al psiquiatra y ese terror tuyo a ya no poderla encontrar. Das vuelta la cara o crees que lo haces, quieres quedarte para siempre allí, acariciando su melena roja sobre los hielos, su boca contraída, su cara blanca ya congelada. Sientes el movimiento de los hombros que vuelven a encogerse y más abajo los espasmos del pecho enjuto tratando de aferrar el aire. A los lados, los gigantescos paredones de hielo se van azulando bajo la luna que sube redondeándose en el cielo claro y reconoces ahora a tu hermana a los treinta y tantos llevándose un brazo a la boca y frente a ella las sábanas escarchadas, y más allá la pieza del asilo de ancianos, y al final, en el medio del témpano de tu corazón, tu madre con un desabrido ramo de flores en el patio de la Residencia de la Santa Cruz muy rígida sentada a tu lado en un banco de madera, muy rígida, como si aún te estuviese diciendo por qué me has venido a tirar aquí. Los rostros continúan sucediéndose en la blancura infinita, inmensos y llorosos. Sabes que te restan sólo minutos y que ya no habrá piedad.

—Padre, no me abandones aquí —le digo.

Corte. Siento mis lágrimas que se congelan al instante hiriéndome los párpados y luego la sangre que también se congela. Sus manos van destrabando uno a uno mis dedos agarrotados alrededor de su cuello y caigo desde sus hombros ovillándome mientras la aterrada, sollozante humanidad grita perdiéndose entre los témpanos. ¿Y tú, Raúl, no la oías? —alcancé aún a escucharle. ¿No pudiste ayudarme siquiera con esa esperanza? Y eran sólo unas palabras en el desierto. Algo que se va. Nada •

# Cinéfilos

ALBERTO FUGUET



**ANTES IBAN AL CINE**, íbamos mucho al cine; al cine que se proyectaba en salas, a esos cines viejos, con las plateas altas cerradas por falta de público. Estamos hablando de hace años, de hace décadas ya, sí, de más que sí, puta cómo pasa el tiempo, tantas películas que hemos visto y tragado y apenas recordamos los afiches, una escena quizás, el cine donde la vieron. Por esos años, la sigla IMDB aún no significaba nada y el 3D era una moda algo bastarda que no tenía ni una puta chance de resucitar desde el estreno sin anteojos de *Tiburón-3D*, el 83 con Dennis Quaid. Una discusión de trivia («¿Qué películas hizo George C. Scott sin Trish Van Devere durante los setenta?») se resolvía días después, indagando en libros del chileno-norteamericano o en alguno de esos libros del uruguayo Homero Alsina Thevenet. Nos parecía una gran época, sin duda era la peor época, era quizás nuestra época o no era ni una época, era sólo el pasado que se fundía con el presente y que cada uno quería que pasara para que llegara de una vez el futuro. Los niños entonces aún no eran el *target* principal, todas las películas daban la impresión de ser para mayores y las cintas infantiles se estrenaban sólo para navidad o vacaciones de invierno o en extrañas funciones dominicales llamadas «matinales», de las que huíamos como de la plaga. Entonces uno se fijaba en los puntitos blancos en el extremo derecho de la pantalla que indicaba el cambio de rollo, y si los carbonos estaban gastados, la pantalla variaba de luminosidad y en las escenas nocturnas no se veía nada excepto «grano». A ambos, cada uno por su lado, en distintas partes del país, en épocas distintas, les tocó ver cómo una película (no la misma, claro) literalmente se derretía frente a sus ojos porque el proyccionista —el famoso «cojo»— estaba en el baño o durmiendo o mirando esos televisores pequeños recién llegados de China.

Los dos empezaron a ver cine mucho antes de lo que corresponde: no sólo cintas de Disney sino películas en la tele, en la tarde o en la noche; se

colaban a funciones para mayores de 14, a veces hasta para mayores de 18; luego, cada uno empezó con los VHS (yo nunca los coleccioné; él los grababa tres por casete a la velocidad más lenta), aunque yo quizás vi más en los cines del centro y los programas triples; él se puso al día devorando todo lo que llegaba a los videoclubes de provincia. Uno le decía al otro: «Eres muy VHS, ése es tu problema». Cuando apareció el DVD ya se conocían, los ocho años de diferencia no importaban, estábamos en las mismas condiciones de competir en esto de quién había visto más, quién sabía más, quién era capaz de jugar mejor el juego de Kevin Bacon o recitar la filmografía de directores poco respetados como Michael Winner o J. Lee Thompson. Más adelante, todo se volvió más intenso e inabordable con las multisalas y los canales del cable y el DVD y luego los *torrent* y *Cuevana* y el *streaming* y *PirateBay* y *KAT* y *Mininova*. Lo que supieron del mundo, la manera como nos enteramos de qué era y cómo funcionaba, la vía por la cual se llenaron de ideas nuevas que los fortalecieron y moldearon, fue consumiendo (devorado, viendo, repitiendo) cine: cada uno por su lado, odiando y envidiando a los que sólo iban al cine los sábados con una chica o con esos mejores amigos que ellos no tenían pero deseaban, para matar el tiempo antes de un carrete o un partido de fútbol, burlándose internamente de aquellos a los que les gustaban las comedias románticas o las cintas de Michael Bay o se dejaban guiar por las estrellitas en los diarios o seguían a actores de acción que Bronson o Eastwood o el mismo Burt Reynolds hubieran baleado en un segundo, o comediantes para limítrofes como Adam Sandler o Jim Carrey (los odiábamos con pasión, sobre todo cuando actuaban en películas de directores más dignos) en vez de seguir y venerar a directores, o encontraban buena una cinta por el solo hecho de estar nominada a un puto Oscar.

Para ellos, el mejor cine era, al final de cuentas, el que vieron de chicos: desde Van Damme a Willis, películas dirigidas por Avildsen o Joe Dante, cintas con olor a calle de setenteras, películas *trash* de los ochenta. Sentían que nadie respetaba o veneraba las películas que ellos descubrieron, cada uno por su lado, en VHS. Ellos no odiaban a Spielberg, le tenían respeto a Stallone, detestaban el cine político o de arte, no se sentían cercanos al cine latinoamericano y tenían claro que *La mano* era la mejor cinta de Oliver Stone. Los dos amaban *Y dónde está el piloto* y *Súper secreto* y *Sueños de fuga*, *Superbad*, *Espantapájaros*, *Cuenta conmigo* (aunque no estaban de acuerdo con Richard Dreyfuss y su narración: ellos nunca tuvieron amigos así a los doce ni tampoco después), todas las cintas sobre psicópatas mal entendidos, casi todo lo de Eastwood y Jeff Bridges (partiendo por *Thunderbolt and Lightfoot* de Cimino, que hicieron juntos) y las de *losers* al margen de la sociedad y, por cierto, ciertas *buddy movies* como *48 horas* o *Arma mortal* o incluso *Gallipoli*

que los dejó impresionados e incapaces de articular una palabra («See you when I see you / Not if I see you first»). También habían optado por venerar, mucho antes de Tarantino y *Death Proof*, todas las películas de Kurt Russell, incluso *Rescate en el Barrio Chino*, porque el tipo les parecía *cool* y seguro de sí mismo y no se tomaba en serio.

Antes del VHS, y paralelo a su apogeo, los cines eran el lugar indicado, el único en rigor, donde ver películas y esconderse de los demás, de la vida, de las cosas que pasaban y no pasaban. Para ellos el cine era supervivencia; era compañía; era un refugio, y las mejores películas eran aquellas que les hablaban directamente a nosotros, cara a cara, cintas que, en forma directa o tangencial, nos decían cosas, los aconsejaba, nos hacía la vida más fácil. Ambos, sin querer, supongo, estábamos buscando tener un amigo cinéfilo, un hermano-de-celuloide, alguien con quién compartir esta adicción que no era secreta, pero al no tener con quién conversarla, al no tener un cómplice con quien administrar esa hambre, se volvía secreta, obscena, culposa.

Cada uno, sin conocerse, pensaba lo mismo: no tengo vida, tengo una novida, tengo las películas, por qué veo tanto, si veo una ahora a las ocho, podré llegar a las diez y luego, si veo una más, ya habré pasado la medianoche y luego dormir que es como seguir viendo algo. Las películas les permitían vivir más que al resto, nos hacían viajar, nos aterraban y calentaban y nos obligaban a pajearnos en nuestras cama con Nastassja Kinski en *La marca de la pantera* o Diane Lane o Jessica Lange en *El cartero llama dos veces* o Michelle Pfeiffer en *Tequila Sunrise*. Ver una película solo, en el centro, me dejaba satisfecho y en calma, a flote a veces, en un mundo no real; él a veces veía tres o cuatro en un día y despertaba pensando en que lo iba a ver al despertar, yo recortaba los avisos del diario y los pegaba en un cuaderno, él tenían una colección de libretas de comunicaciones adaptadas para anotar todo su botín.

Cada uno por su lado, a cientos de kilómetros de distancia, lograron robarse o comprarle a un acomodador en aprietos algunos de los afiches que luego colgaron en sus respectivas piezas: él me contó que tuvo uno de *Los exploradores*, el de *Obsesión* de De Palma y uno que le encargó a un tío que vino a Santiago: el de *La ley de la calle* que vendían en el Cine-Arte Normandie. Años después, un domingo por la noche, uno de esos domingos cinéfilos y nublados y fríos, calentados e iluminados con la luz ámbar de mi estufa Toyotomi a la que apodamos Vilmos como el famoso fotógrafo húngaro, me confesó que tuvo un afiche de *Birdy*, *alas de libertad* colgado arriba de su cama. Este dato, esta confesión, luego lo usé en su contra mil veces hasta que la broma se volvió pesada, insistente y empezó a dolerle. ¿Tan mal estabas que te gustó *Birdy*? ¿Tan necesitado de afecto, huevón, tan *loser* eras, tan solo?

Me acuerdo de que cuando ya no nos veíamos más, a veces me encontraba echando de menos esos domingos en que llegaba con su disco duro portátil (cada año se iba achicando y aumentando en capacidad), echando de menos con quién ir a ver algo, con quién ver algo, supongo que en el fondo lo echaba de menos porque las películas ya no me gustaban tanto, descargué *Birdy* y la volví a ver años después y, por un lado, me pareció peor de lo que la recordaba y, a la vez, mejor: entendí por qué le había gustado tanto en su momento, la razón por la que conectó. Yo tuve los afiches de *Cuerpos ardientes* de Kasdan (queríamos tanto a Kathleen), *The Driver* de Walter Hill, el de *Estallido mortal* de De Palma, que me trajo mi padrino desde Los Ángeles, y uno de una cinta que no me gustaba tanto pero que el tipo del cine Imperio me lo vendió una vez porque necesitaba dinero y yo andaba con mesada: *Albóndigas* con Bill Murray.

Yo iba a los cines del centro; ahí podía ir solo sin sentirme raro o perdedor y no tenía que esperar en el baño a que apagaran las luces como me sucedía en El Golf o en Las Lilas o en el puto Las Condes, donde siempre estaba todo el mundo tomado de la mano y comiendo esas almendras confitadas. Él me contó que iba casi siempre al mismo: un cine decrepito pero altísimo de la ciudad de provincia de la que huyó. Cuando él empezó a esconderse en el cine, a querer verlo todo, ese cine estrenaba programas dobles semanales insólitos. Se iba a pie, después de clases, y salía de noche. Ahí vio de todo, ahí en ese cine se formó, o deformó, como bromeaba, en ese cine que ahora está cerrado y vacío tiene quizás los únicos buenos recuerdos de su adolescencia.

Iban al cine, sí, fueron una decena de veces juntos, pero el tipo de cinefilia que compartieron fue más digital, fue más individual, más de pasarse películas o enviarse datos y *links* por *mail*. Una vez un cinéfilo mayor, un abogado de cierta fama que conocimos en una fila de una cinta tailandesa para un festival Sanfic, un tipo cascarrabias, pero con una colección de libros de cine impresionante, un tipo que ambos quisieron que los adoptara, que los tomara en cuenta y los respetara, que les hablara de igual a igual, los tildó como «ratas de IMDB» y les sacó en cara no saber nada de cine europeo, de confesar odiar a Raúl Ruiz («viejo sobrevalorado, pajero, falso, el cineasta que moja a todos los *posers*») o no admirar a Sanjinés en Bolivia o conocer toda la obra de Glauber Rocha en Brasil o no haber visto nada de Torres Nilson. Una vez nos preguntó si éramos fascistas o capitalistas y cuando lo enviamos a ver una cinta de Judd Apatow nos citó en un café de Providencia, donde empezó a hablar pestes de esta generación cinéfila, que no le gusta el cine y nos tiró un par de revistas *El Amante* que nos trajo de un viaje a Buenos Aires sobre

la mesa y ahí nos dijo: ahora entiendo que esto es una plaga; ustedes no aman el cine, le temen a la vida.

Con este viejo compartieron un par de meses de cafés y almuerzos y, por un instante, se armó una suerte de pequeña tribu en la cual cada uno cedía un resto y se recomendaban películas y hablaban de películas que no habían visto, pero todo terminó abruptamente, de sorpresa, sin aviso. El viejo murió de un ataque al corazón mientras se duchaba. Ambos leyeron la noticia *on-line*. Ambos se quedaron con unos libros que les prestó. Íbamos a ir al funeral pero no conocíamos a sus hijos, a su mujer, no sabíamos si estar impactados o reírnos o sentir algo.

—Era una amistad cinéfila —me dijo por Skype—. Lo mejor es ir a ver una película en su honor.

Fuimos a la Cineteca, porque él nos decía que nos faltaba «cineteca y cine-arte». Vimos un documental francés y hablamos un poco de este nuevo amigo que perdimos tan rápido, e intercambiamos los libros que nos prestó pero nunca lloramos, no tocamos mucho el tema, dejaron que el recuerdo se diluyera y pronto volvimos a ser de nuevo los dos y volvimos a la misma rutina de elevar por los cielos las películas que nos gustaban y odiar a los críticos que no pensaban como nosotros («El día que a ese huea le bajen las bolas, le salgan pendejos y cambie la voz, quizás entienda algo, ese guatón fofo»).

Para la época en que se conocieron (los presentó una chica con quien salía uno y que me gustaba a mí) el rito de ir a ver cine al cine se estaba volviendo una experiencia poco habitual. Ambos eran cinéfilos caseros. Igual fuimos al cine-cine, por supuesto que sí. Al San Agustín, en el centro; al Rex, a las últimas funciones del Gran Palace. Se sentaban separados, dejábamos un asiento al medio, el que lo llenaban de parcas o chalecos o mochilas con *laptops* o libros de cine. A veces partían en metro hasta los Hoyts de la Estación Central y nos volvíamos caminando, tal como se volvíamos caminando por Tobalaba desde el Hoyts La Reina, y a veces se detenían en la Shell de Bilbao a comer algo, café y mediaslunas, Gatorade, *hot-dogs*. Les gustaba ese lugar, el segundo piso con sus ventanales, el hecho de que no iba nadie, que nadie en su sano juicio iba a comer en un servicentro y que todo el tráfico del sitio estuviera en el primer piso, y cuando se quedaban sin tema, cuando dejaban de seguir analizando tal o cual película o hablando mal de tal crítico o se quedaban sin filmografías que comentar, nos dedicábamos a mirar a la gente que entraba y salía, mirábamos a la gente —la gente normal, la gente con hijos, la gente con vida— como si fuera una película realista que no nos interesaba demasiado, nos parecía algo comercial que funcionaba más en el cable o en un avión; la vida

como la vivía el resto no nos parecía material cinematográfico, nos parecía aburrida, convencional, predecible. A ambos les faltaba calle y les sobraba cine, no teníamos suficientes horas de plaza, nos faltaron fiestas, carretes, drogas, padre, hermanos, primos, amigos, cómplices.

Antes de que la amistad empezara a diluirse, cuando estaban quizás en el mejor momento hasta hablaron un día de escribir un guión a medias y mandarlo a un concurso, llegaron a armar vía Google Docs un documento de todas la películas que veían y cada uno votaba del 1 al 7 y hacían anotaciones desde sus respectivos computadores y casas; pensábamos subirlo a un *blog*, como muchos de los *blogs* de nuestros enemigos, pero se nos hizo: nuestras opiniones eran nuestras. No vivían lejos, vivíamos en la misma comuna, pero aun así, ya al final, se veían cada vez menos: *mails*, WhatsApp, mensajes, *links*, *chats*, luego Twitter.

Quizás fue el Twitter el fin de todo.

Cuando yo leía lo que iba diciendo, las estupideces que iba *twiteando*, como intentaba ser parte de la elite y la «conversación» cinéfila-*twitera*, algo empezó a ceder.

Cuando capté que se *twiteaba* con el guatón fofo y me trató de intolerante por no aceptar que otros piensen distinto.

Todo pasó tan rápido.

¿Qué realmente pasó?

Poco a poco fueron bajando la frecuencia de llamadas telefónicas y las pocas veces que hablaron de cosas más personales e íntimas terminaron en contactos triviales para hablar básicamente de trivia: Hueón, murió Leslie Nielsen; voy a bajar *Kentucky Fried Movie*, ¿la has visto?

El cine fue lo que los unía, fue el cine el que los unió y quizás, al final, fue el cine el que los separó.

O quizás fue que lo dejé un poco botado, que cuando empecé a salir ya más en serio con Elisa, empecé a ver lo que ella veía: que era un ser lastimado, raro, *freak*. O como me dijo una vez en la cama: supongo que no crees que tienes cosas en común con ese ser.

Sí, tenía mucho en común, supongo que aún tengo.

Una vez nos juntamos los tres un domingo y ella se fue a acostar y nos dijo: Los dejo con sus leseras.

Él comenzó a tener nuevos amigos cinéfilos, tipos con cámaras digitales, tipos que filmaban, que postulaban a fondos, que tenían un par de Bafici en el cuerpo.

La cinefilia fue el lazo que les permitía ser o creer ser más amigos y tener más afinidad e intimidad de lo que realmente tenían. Para los dos el cine era algo mayor, una religión, algo que los separaba del resto. No se dedicaban al

cine, no éramos críticos ni productores ni trabajábamos en una agencia. Eso los hacía sentir puros, superiores. Uno era dentista, el otro un analista de inversiones. No vivíamos del cine, el cine nos ayudaba a vivir, es lo que nos hacía sobrevivir, aguantar, tolerar todo lo que no éramos capaces de procesar.

Yo nunca fui tanto de coleccionar, pero sí arrendaba mucho. Él arrendaba más porque llegaban menos películas por allá. En el momento *peak* de la amistad se juntaban a comer comida chatarra y whisky con Ginger Ale y cada uno le pasaba de sus minidiscos duros una cantidad impresionante de películas en *torrent*: filmes descubiertos navegando por horas en los sitios piratas o en sitios cinéfilos que necesitaban de registro previo. Uno estaba registrado en Patio de Butacas; el otro fue invitado por un amigo gringo a Karagarga. Luego veían una. O arrendaban un DVD *Criterion* en el paseo Las Palmas o miraban algún tesoro nuevo o viejo descubierto en el paseo mensual sabatino al Persa Bío Bío. Uno de ellos estaba rearmando su colección de DVD en *torrent*; no era una tarea fácil. Su inmensa colección de DVD quemados vía *Jack The Ripper* era su tesoro pero entendía que era mejor pasarse a lo digital.

Esta amistad cinéfila, esta hermandad cruzada por los estrenos y los clásicos y las películas de culto y de catástrofes y la obsesión de uno de ellos por el cine setentero americano y, del otro, por el terror («Carpenter, Carpenter, Carpenter; me cago en Hitchcock, *bro*»), duró varios años. Que haya terminado no debería sorprender tanto, no debería dolernos tanto como nos duele; el pacto no escrito siempre fue claro: acompañarse durante unos años entre sus relaciones con mujeres hasta que se estabilizaran en una supuesta madurez o enmendaran sus rumbos, pero al final todo de alguna manera finalizó, el cine no fue suficiente, cada uno terminó viendo la entrega del Oscar por su lado, a solas, cuando antes, dos años antes, algo así, se juntaban a desayunar y a estar conectados a IMDB para esperar las nominaciones o se enviaban *mails* llenos de insultos contra los ganadores de Cannes o Berlín o Sundance o Valdivia y para la ceremonia del Oscar se juntaban a tomar y se despachaban una botella de ron con Coca-Cola y terminaban borrachos hablando tonterías y trivia hasta las 4:00 A.M.

Tuvieron un sitio *web* llamado *Cinefagia*, en homenaje a Caicedo, pero sucedió lo que sucede siempre con los *hobbies*: cada uno posteaba decenas de banalidades y noticias al principio pero, a los pocos meses, no había tiempo o no había *feedback*. O lo había pero de *freaks*, de tipos demasiado raros que querían conocernos, un psicópata de Concepción nos enviaba trozos de guiones de los estrenos de la semana pasada y una mina solitaria que insistía en enviarnos fotos de Julie Andrews «que le gustaban tanto a su madre». Luego apareció en el sitio un *troll* de *nick* PaloAlto77 que era un demente de

Iquique y que nos enviaba *links* relacionados con James Franco, que terminó por alterarnos, sobre todo cuando amenazó con matarse y luego matarnos por un ataque que escribimos en el sitio a *Annapolis* y al culto hacia Franco, «este actorcillo que se cree intelectual», y luego porque encontramos sobrevalorada *127 horas* porque ambos odiábamos a Danny Boyle.

Justo por esos días grabaron su primer *podcast* donde se centraron en *The Taking of Pelham One Two Three* y el *remake* con Travolta y Denzel Washington. Habían tomando mucho, hablaron a garabato limpio, hablaron de minas culeables, de Emma Stone, de que las hermanas Fanning eran follables, que las tetas de Carla Gugino... A los pocos días, cuando lo escucharon les dio vergüenza y pudor y optaron por botarlo.

Nunca volvieron a grabar un *podcast*.

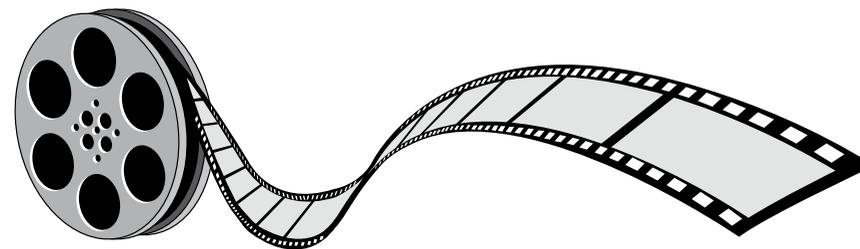
Se dedicaron a escuchar los de otros —*Filmspotting*, por ejemplo— y a seguir a unos críticos con páginas *web* y a odiar y asquearse de las opiniones de los otros, de las agallas de los otros, del éxito y la libertad y la posibilidad de los otros de hacer lo que querían.

Ahora cada uno está por su lado, viendo sus películas en el computador; ya no tenemos con quién comentarlas. Cada uno, de seguro, tiene su versión de lo que pasó, por qué ya no son amigos, por qué ya no van al cine o no ven cine o no hablan de cine o no se juntan los domingos a esa reunión cinéfila dominical, ese encuentro íntimo y sagrado, cuando ambos estaban más solos y a la deriva de lo que jamás pensarían estarlo. Ambos, una de esas noches de domingo, quizás se dieron cuenta de que la vida es más que cine, la vida es más que tu amigo *loser*, la vida es más que hablar de trivia y competir por quién ha visto más. Ya no creían esas frases de directores famosos: si amas el cine, amas la vida.

El cine es el arte que desafía la muerte.

No lo tenían claro, estaban dudando.

Amaban el cine porque odiaban la vida, punto.



Uno dice que fue una discusión a partir de *Atlantic City* de Louis Malle en un restorán chino que luego siguió en mi casa con media botella de Stoli que me había regalado mi hermano para mi cumpleaños y la conversación terminó en una discusión con insultos cuando él atacó a Mallick y confesó que nunca le había parecido bueno, que había mentido, que *Badlands* no está mal, pero *Días de gloria* es una «paja de la hora mágica» y luego yo me tiré en contra de *La delgada línea roja*, que yo sabía que él quería y se sabía la voz en *off* de memoria, pero aún así la atacué para molestarlo, para herirlo, y de ahí, no sé cómo, saltamos a Sam Fuller y *White Dog*, a tomar bandos por el Scorsese post *Buenos muchachos* hasta que terminamos insultándonos a nivel personal: hueón solo, hueón necesitado, hueón frustrado, hueón cínico, hueón escindido, hueón raro, hueón cinéfilo.

Ambos nos tratamos de cinéfilo al mismo tiempo.

—Sin cine, no existes.

—Si no tuvieras tus putas películas, ya te hubieras matado.

Nunca se volvieron a ver.

O sí, nos vimos, pero de paso.

Nos volvimos a topar.

Uno estaba con una novia que tampoco iba a durar tanto, el otro con un amigo más joven, gordo, casposo, con una polera de la *Star Trek* de Abrams. Se toparon en el cine. Iban a ver cosas distintas. Uno vería algo de unos hermanos belgas; el otro un *blockbuster* en 3D.

No supieron qué decirse, dudaron en saludarse, se divisaron y cada uno optó por hacerse el desentendido.

Al final se mandaron un mensaje de texto.

Perfectamente pudieron hablarse a la cara, mirarse a los ojos, acercarse unos metros.

No lo hicieron.

—¿Qué has visto? ¿Has visto algo bueno?

—Nada, hueón. Nada.

Esa noche, cada uno por su lado, en su departamento, encendió el cable y luego de un *zapping* por todos los canales, captaron que estaban dando *El enigma de otro mundo* de Carpenter con Kurt Russell.

Cada uno miró su iPhone.

Cada uno quiso llamarse, conversar, avisar; cada uno quiso enviarse un mensaje, un *link*.

No lo hicieron.

No lo hizo.

No lo hice ●

# Ciudad de la Gehenna

MANUEL SILVA ACEVEDO

*La corrupción no ha sido nunca obligatoria;  
cuando yacen las ciudades bajo los pies del monstruo,  
nos quedan las montañas.*

ROBINSON JEFFERS

**Cuídate de habitar en la ciudad de la Gehenna  
con sus impávidas cariátides y sus fálicas elevaciones  
Si es posible no pises sus calles estridentes  
bajo el rodar de metales que chirrían y sulfuran  
ni cedas al embrujo de las euménides  
con sus valvas abiertas las 24 horas  
del día artificial de helio y neón  
Sin más compañía que tu sombra  
aléjate de las urbes y abomina de los hombres  
y sus redes magnéticas  
Renuncia a la seguridad de la Polis  
con su tufo que apesta  
y apártate del estruendo infernal  
con que el dinero fornicia y se reproduce  
como un molusco ávido y baboso  
Mas si no eres capaz de resistir su hechizo  
arráncate los párpados  
con tal de mantener los ojos bien abiertos  
porque el rescate es demasiado alto  
para alcanzar a pagarlo en esta vida.**

# Formación de POETAS

ELVIRA HERNÁNDEZ

Los poetas nacen solos.  
Con un poco de humedad y hacinamiento  
ya están arriba como las callampas.  
No hay que intentar formarlos o reformarlos  
es perder tiempo y plata.  
Como nunca encontrarán las borradas bibliotecas  
leen en las cerraduras los malnacidos  
andan mirando por el ojo de la aguja.  
Escuchan más allá de los audífonos  
aplastan las palabras dichas  
con una especie de matamoscas  
y lo que es peor no hacen ruido.  
No sabemos por dónde vienen  
si lo supiéramos les instaláramos un retén  
algunas vallas papales.  
¿Estímulos?  
Hay que ponerles el pie encima y  
tirarles tierra.

# Floridor Pérez

## *Juguemos al juego de ver sin mirar*

*(frente a un cuadro de Roberto Matta\*)*

*Ésta es una sala de clases.  
En la sala una niña frente al pizarrón.  
Y en un dos por tres le preguntan  
¿cuánto son tres por dos?*

*Pero la niña no quiere multiplicar  
sólo quiere danzar:  
brazos a la cintura, dos  
a los lados, cuatro, a la cabeza, seis.  
Y revisa su cuenta con los pies:  
dos pasos más dos pasos  
y dos pasos más son seis.*

*El señor Matta está feliz:  
dibuja la niña en la pizarra  
con muchísimos brazos  
y pies de danza.  
Arroja los pinceles  
lanza pintura a las murallas.  
Los niños por no ser menos  
graban en el muro sus manos  
inflan globos con aire de colores  
pintan toda la sala.*

*El profesor dibuja una campana  
y los niños se van para la casa.*

*La escuela queda sola y por la noche  
los amables fantasmas,  
los duendes que trabajan para Matta  
trasladan al cuadro muros y pizarra  
el calor de la risa, el espacio del juego  
la nostalgia del canto  
y a la niña que danza.*

\*Resisteur  
aux fantasmes  
(1954). Poema  
leído a una  
delegación  
de ciegos  
en la  
retrospectiva de  
Roberto Matta  
en Santiago  
de Chile (julio  
de 2000).

# En el azul de la nieve

ELICURA CHIHUAILAF

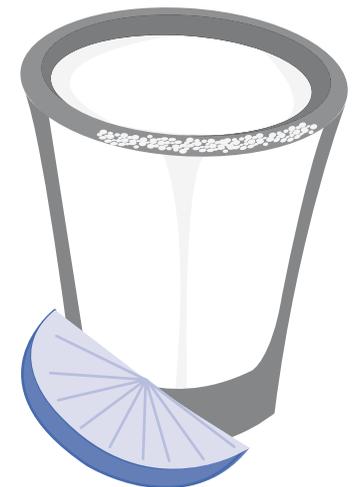
**Nieva. Y la nieve es la memoria  
de mi infancia  
extendida sobre el pasto  
como hoja de cuaderno  
en la que escribo mi nostalgia  
de lo que amo y me ha amado  
en el breve camino de la vida.  
Después vendrá el Sol  
con su alegría  
su Luna del Verdor.  
Todo se vuelve luz y sombra.  
La nieve semeja flores  
en los manzanos  
ceniza en los cabellos.  
Y hacia el Azul infinito  
se va la nieve / se deshace  
Pero no su resplandor.**

# Guadalajara, una noche

PEDRO LEMEBEL

LA FERIA DEL LIBRO DE GUADALAJARA estaba dedicada a Chile, y me invitaron casi por debajo de la puerta, es decir, alguien me llama y dice sobra un pasaje porque otro escritor no va. Y entre mandarlos a la mierda y aprovechar de conocer ese lindo país, dije que bueno, que claro, y allá mismo les hacía la desconocida. Y así fue, en pleno acto dije lo que se me antojó y le di cuerda a la lengua como pájaro estridente, imposible de enjaular.

En la comitiva iba un puñado de escritores aburridos, y los grupos musicales: Illapu, Los Tres y Los Jaivas. Al finalizar las actividades, luego de la presentación de estas bandas en un escenario al aire libre, ante la mirada impávida de los mexicanos que no sabían cómo entender el *concert* altiplánico-*folk-pop* que dieron los músicos chilenos; después de viajar en un *avant* charlando, muertos de agotados; luego de un merecumbé whiskero en el hotel, alguien dice que podríamos seguir la parranda en otro lugar. Y ahí



saltó el Álvaro Henríquez de Los Tres, diciendo que había un bar cubano muy chévere pero casi fuera de la ciudad. Y Guadalajara es tan grande y extendida como un pañuelo multicolor agujereado por las torres de las iglesias. Pero vamos más cerca, al Salón Veracruz, dije, recordando la noche anterior en que lo habíamos pasado tan bien cimbreado los huesos en ese hermoso lugar. Como son los salones de baile en México, mezcla de quinta de recreo, cabaret y disco. Con música de trompetas en vivo, y el familión popular haciendo sus piruetas danceras en la pista del acrílico *flash*. Pero el Álvaro déle que no, que el *pub* cubano era de lo mejor. Y bueno, dijimos todos, está bien, si Álvaro lo dice. Maldita la hora en que le hicimos caso, porque después de viajar mucho rato en una caravana de taxis lejos del centro colonial, nos bajamos en un descampado donde nos dejaron los autos y partimos caminando por una arboleda tenebrosa hasta el local, que estaba más oscuro aún. Cerrado, no se oía nada, y ahí estábamos, preguntándonos: ¿Y ahora qué hacemos abandonados en ese solar? Caminemos, dijo uno de Los Jaivas con optimismo *hippie*. Y partimos caminando la patota de chilenos por el largo sendero sin rumbo donde no se veía un alma, menos otro taxi que nos sacara de ahí. El Álvaro, tratando de hacerse el simpático por el lío en que nos había metido, improvisaba canciones que a ratos me hacían sonreír. Pedrito iba caminando por un sendero y se encontró con un marinero..., cantaba el loco, mientras chancleteábamos como yeguas de feria esa noche guadalajareña.

El grupo atento a donde brillara un neón, eran casi todos hombres, sólo la Morgana y yo quebrábamos esa extraña romería masculina. Al Titae no le importaba caminar, me sirve para bajar de peso, le comentaba a otro músico que miraba el cielo azteca con ojitos de niño exiliado. La carretera solitaria, las mansiones del Porfiriato eran castillos lúgubres que enmarcaban la ruta. Nada más, el resto piedra y camino, como escribió Atahualpa Yupanqui. Ahí en esa soledad nadie era nadie, la fama no servía para movilizarse, todos éramos iguales en ese cansado deambular. Un amigo melencólico del viejo Illapu sacó un fumo milagroso que iluminó el cansancio. El Álvaro se había quedado mudo, pero reía en su interior como chiquillo malo que había hecho una travesura. Qué manera de andar, parecía que la noche era eterna. El exilio penando sobre nuestras cabezas, mientras el Álvaro silbaba la canción «Vuelvo, amor, vuelvo», de Illapu... en ritmo *country*.

El grupo de chilenos perdidos en alguna ruta tapatía no podía más de cansado, caminar y caminar y no se veía taxi alguno. Pasaban sopladitos los autos lujosos de los habitantes de ese barrio de mansiones ricachas

semejando templos egipcios, columnas, mármoles ruinosos, mansiones hollywoodenses a la luz de la luna azteca. Otro México de piel güera y sirvientes morochos era el paisaje donde rumbeábamos la noche a la deriva.

A la distancia, las cúpulas doradas de la ciudad revelaban un pasado glorioso encumbrado en la mística colonizadora de las iglesias. El Álvaro trataba de silbar «Vuelvo» en ritmo de tango cuando por fin aparecieron los taxis que nos levantaron de allí. Las ventanas de los autos tenían barrotes de seguridad. Llévenos a algún lugar abierto, dijo un Jaiva con la lengua reseca. Y después de vueltas y vueltas por las avenidas solitarias, lo único disponible a esa hora era un desierto salón de baile donde rezongaban las trompetas un calipso retumbón. Dos parejas se amasaban en la pista de baldosas blanquinegras, algunos parroquianos bebían sin mirarnos, y el resto del enorme local estaba vacío, poblado de mesas que los chilenos desesperados ocupamos con ansiedad. Por fin un tequila, dos tequilas, tres..., y vamos a bailar, dijo el Titae sin darse cuenta de que sólo éramos dos mujeres las disponibles. Tendremos que hacer de copetineras, le dije a la Morgana, que, tomándose un golpeado, saltó a la pista sacudiendo el escote. El Titae movía los pies bajo la mesa, y, a una seña, yo salí al *dancing* peinándome con el qué dirán.

Esa noche con la Morgana tuvimos que ir de brazo en brazo, de Los Tres al Illapu, y del Illapu a Los Jaivas, para satisfacer la pachanga zumbona.

El Álvaro se había quedado mudo, mirando en éxtasis los murales con palmeras y cielos desgarrados, escuchando con nostalgia a la orquesta timbaleando una pena. ¿Quieres bailar?, le dije estirándole la garra travesti. No bailo, además estoy cansado, me contestó bostezando, como si ese largo *tour* no hubiera sido por su culpa. Eres un machista, le enrostré con enfado, y salí campante a rumbear con otro músico. En realidad ya no me dolían los pies después de la caminata y al parecer el calorcillo del cabaret me había dado alas.

Los chilenos a veces son así, pensé moviendo la cadera al son del bongo y las maracas. Ellos, cuando están fuera del país, se las dan de superprogres y populares sólo cuando hay público o periodistas. Pero allí, en aquella perdida cantina fronteriza, no había público rockero. Sólo unos cuantos mexicanos borrachos que no nos daban pelotas. Pero retumbaba la orquesta su mejor diapason. La Morgana tenía las tetas transpirando cuando, agotada como mula de circo pobre, se sentó diciendo: No puedo más, Pedro, anda, te toca a ti. Y como si tuviera un pelo azabache del mismo largo de una minifalda putinga, apreté los glúteos y, persignándome, salí a bailar ●

# Diego Maquieira

MAR AÚN SIN COSTA



tabla de ASUNCIÓN ZARPA AL FIRMAMENTO  
CON LOS PLANOS DEL PARAÍSO  
Y EL VIENTO A BORDO  
de Isla Decepción o Cabo de Hornos

chile 2007

# Gorilas en el Congo

ALEJANDRA COSTAMAGNA

ROMINA LO HABÍA MIRADO, eso era cierto. Lo había mirado mucho desde la otra fila en las cajas del supermercado. Y al final le había dicho: «Un gusto verte». Luego la corrección: «Un gusto verlos, hasta luegoito». Y había salido con su carro semivacío hacia la calle. Iba moviendo las caderas como en un baile. Así la vio, al menos, Marietta.

—Hasta luegoito —repitió Samuel como atontado.

—¿Qué significa eso? —habló Marietta.

Era el turno de ellos en la caja. El cliente anterior acababa de recibir el vuelto de parte de la cajera y ahora les dejaba el espacio libre.

—¿Qué significa qué? —preguntó Samuel.

—¿La sigues viendo?

—¡Uf! —suspiró el hombre mientras ponía sobre la cinta corredera las manzanas, las naranjas, el par de limones, la lechuga y los porotos verdes. Primero las frutas y verduras, después los lácteos, al final los abarrotes. Siempre era igual.

—¿Qué significa *hasta luegoito*, dime?

—Es un saludo...

—¿Tienes algo que decirme? —lo aguijoneó Marietta.

—No, por favor las frutas con las frutas —le indicó al niño que había empezado a guardar desordenadamente la mercadería en bolsas plásticas.

—¿Y el papel higiénico dónde lo pongo? —preguntó el muchacho.

—Con el detergente, no sé... —vaciló Samuel.

—El papel que vaya con las servilletas, por favor —intervino Marietta.

La cajera parecía una máquina programada. Pasaba el producto por el código de barras, apretaba el botón, miraba la pantalla, clic, pasaba el producto por el código de barras, doble clic. Faltaban sólo el pollo y los huevos para terminar la compra.

—Dime, te estoy escuchando —volvió a hablar Marietta—. Soy toda oídos.

—No es el momento, mi amor —se disculpó Samuel con la vista fija en las manos del niño que en ese momento metía el pollo en una bolsa más chica. También parecía disculparse con la cajera.

—Ahora te da vergüenza... Pero todos se dieron cuenta de cómo te miraba —y le habló a la cajera—. Usted vio a esa niña, ¿verdad?

La cajera no respondió. Marietta se agarró la cabeza con las manos. Se la apretó, se la apretó. Como si presionando fuerte pudiera dejar de ser ella. Qué quería decir con ese gesto, qué mierda iba a hacer ahora, se preguntó Samuel. Cuándo iba a entender Marietta.

—Quince mil ochocientos cuarenta y ocho pesos —informó la cajera. Samuel abrió la billetera y sacó dos billetes de diez mil pesos. La mujer apretó un botón y abrió la caja. Tres filas para billetes y la esquina para las monedas—. ¿Desea donar los dos pesitos a la fundación Santa Esperanza?

—Sí —dijo Samuel.

—No —interrumpió Marietta. Entonces se sacó las manos de la cabeza y volvió a ser la misma persona.



—Sí —corrigió él, con cara de vergüenza.

—No —repitió ella.

La cajera les devolvió los cuatro mil ciento cincuenta y dos pesos. Gracias por comprar con nosotros, de nada, hasta luego, adiós. Samuel separó las monedas y se las entregó al muchacho: ciento cincuenta y dos pesos.

—Y además crees que solucionas las cosas con moneditas —se quejó Marietta.

—¡Hasta cuándo con tus tonteras! —soltó el hombre.

Marietta agarró el carro y empezó a moverlo por el pasillo. Samuel iba detrás. Se detuvieron frente a un mesón con diarios del día. El titular del vespertino informaba que habían encontrado 125 mil gorilas en el Congo. Se acercaron a mirar la misma noticia. 125 mil gorilas. Después se alejaron de los diarios y siguieron caminando con el carrito hacia la puerta. Antes de salir se miraron. Parecían arrepentidos, culposos. Como hartados de sí mismos.

—Dime si la sigues viendo, te lo suplico.

—Marietta... —se atrevió a murmurar apenas Samuel.

—¿De verdad no hay nada que me quieras decir?

Quería decir, él, que la próxima vez no le iba a mentir. Que la próxima vez se iba a atrever. Que sí, que veía todas las semanas a Romina, que sí, que le daba una mesada, que nunca dejaría de verla, aunque un día supiera que era una asesina en serie. Aunque un día les clavara el cuchillo a la salida del supermercado. Que sí, que nunca iba a dejar de verla porque era su hija. Eso le diría a Marietta la próxima vez. Pero todavía no era la próxima vez, así que esa tarde, con el carrito de supermercado separándolos, Samuel le mintió.

—No, ya no la veo.

—¿Sabes qué...? —vaciló Marietta. Y no terminó la frase.

Se agarró la cabeza con las manos y cerró los ojos. ¿Qué quería decir con ese gesto?, se volvió a preguntar Samuel. Todo. Quería decir, ella, que lo que ahora estaba rumiando, lo que brotaba sin control en su mente abierta, era apenas la hilacha desteñida de unos pensamientos demasiado oscuros como para desparramarlos ahí, en las puertas del supermercado. Entonces la mujer bajó las manos, se acomodó el pelo en un moño y dijo:

—Cuidado con las rueditas.

Después tomó el mando del carro ●

**Aura de las Aguas, Elías Huenún,  
Ezequiel enterrado en los llanos de Osorno.  
Todos mis parientes aferrados a las llamas,  
bruñidos por el oro de las hechicerías.  
Te diré, hijo mío, que soñé con Herminda.  
Venía ella a buscarme vestida como novia.  
Vamos, me decía, allá donde yo vivo,  
todo es tan bonito y no me falta nada.  
Después se me allegaron unos niños oscuros,  
la cara me escupieron entre sueño y vigilia.  
Un tiuque hizo su nido en el techo de alerce,  
mi nieta lo espantó con agua y sal batida.  
Aura de las Aguas, Elías Huenún,  
acérquense a la tierra que arde por las noches,  
al pozo, al gallinero, a los blancos manzanos,  
al ruido de cadenas chocando en los cimientos.  
Mi casa levantada sobre el oro y la plata,  
mi casa construida sobre fuego y miseria,  
mi casa iluminada por caballos fantasmas,  
mi casa abrió su puerta a la muerte y al alba.  
Ahora es Francisca Huenún la que yace  
mirándome entre flores y cirios encendidos.  
Afuera los parientes caminan y se pasan  
de mano en mano el vino, la carne, las palabras.  
La madre de mi huerto se va con la mañana.  
La siguen los cerezos, los sauces, las campanas.  
La madre de mis sueños, pequeña y enterrada,  
me deja como herencia su sombra fatigada.  
Te diré, hijo mío, que he visto sabandijas  
bajando de mi cama apenas raya el día.  
Por eso me hago cruces de fuego y de ceniza  
y santiguo mi frente con agua y sal bendita.  
Aura de las Aguas, Elías Huenún,  
Catalina, Zulema, Carlos, Margarita,  
todos mis hermanos nombrados noche a noche  
en la tierra y el eco de montañas perdidas.**

## **GONZALO ROJAS:**

Único pasajero en la barca de Caronte  
hacia el país de Nunca Jamás  
Las palabras no saben nadar  
por eso no lo siguen  
Tampoco Dios sabe nadar  
La eternidad está llena de naufragos

## **LA LENGUA HABLA A TRAVÉS DE SUS RECUERDOS**

No tiene pelos en la lengua porque no tiene lengua  
se la arrancaron  
como a esos bueyes que surten los mataderos  
y llevan polvo en las axilas

Pero la lengua habla a través de sus recuerdos  
se comunica en el idioma de los muertos  
a quienes tanto debemos  
se hace entender a cucharadas  
como esos árboles que mueven las ramas  
para decir presente

La lengua habla aunque se llene de hormigas  
aunque se pudra y ya no sea la misma  
sigue cantando o ladrando o haciéndose a un lado  
para que se oigan más fuertes los gritos del silencio.

# Asomar el rostro por la ventana tres veces

CYNTHIA RIMSKY

## VENTANA I

Desde la ventana de mi cocina contemplo el estrecho y largo pasadizo del cité<sup>1</sup>. Cada casa es un mundo. En la de enfrente vive una mujer con su hijo de once años. Su ventana siempre está cerrada. También la actitud del chico, cuando juega con los demás niños, mantiene la reserva de la casa.

El otro día descubrí que a la ventana le faltan dos vidrios rectangulares. Una manifestación de la adversidad es el abandono de las cosas. Por eso me alegra cuando veo que ha encontrado trabajo. Lo sé porque sale de su casa luciendo su uniforme azul y un gran maletín. Por la tarde vuelve con un hombre. Cierran la puerta. Dos horas después el hombre sale de la casa y del cité.

Las visitas del hombre se vuelven regulares. Los martes y viernes a las siete de la tarde y los domingos a las once de la mañana aparece un cincuentón, calvo y gordito, con las espaldas inclinadas, el pantalón demasiado largo y bolsudo, por supuesto, casado. Durante ese tiempo el niño desaparece. Por sus amigos me entero que está de vacaciones en casa de unos tíos en Antofagasta.

Una tarde en que la mujer acompaña al gordito al portón toma su mano. Ese trayecto irregular, lleno de grietas, excrementos de gato y cables sueltos, se convierte en el pobre escenario de su amor ilícito y nosotros, los vecinos, en sus únicos espectadores.

El verano termina. Los huecos en las ventanas continúan allí. Las visitas del gordito cesan. A través de las paredes escucho a la mujer gritar a su hijo, su voz trasunta rabia, insatisfacción, pobreza. Todas las mañanas, a las ocho, escucho sus tacos agujas clavarse en el territorio del cité. Todas las tardes, a las siete, vuelve con su uniforme azul. La puerta se cierra hasta la mañana siguiente.

1 Conventillo.

El cemento partido se cubre de hojas secas. Ante la casa de la mujer aparece un carabinero<sup>2</sup>, una mujer de edad y dos empleados. Intentan descerrajar la cerradura. Cada golpe repercute en mi cuerpo, porque las casas son un cuerpo. Cuando abren la puerta, encuentran al niño escondido debajo de la cama, se ha orinado. La dueña de la casa explica avergonzada que la mujer estaba avisada que irían a desalojar, no es su culpa que haya dejado al niño para impedirlo, ella vive del alquiler de la casita... Los empleados depositan una por una las pertenencias de la mujer en el pasaje. Ropa interior, reproducciones con escenas campesinas enmarcadas, plantas, una bicicleta rota, adornos dorados, de loza, de cerámica. El secreto que la mujer guardaba tan celosamente aparece despanzurrado. En la puerta dejan un candado, la llave le pertenece a la propietaria.

En mi casa guardo sus objetos de valor: un televisor, un radio y una pila de casetes románticos. Está oscuro. A través de la ventana, la contemplo caminar de un lado a otro, tomar alguna cosa y dejarla en el mismo lugar. Las puertas de las demás casas están cerradas. Como si la miseria fuese una peste, nadie viene; ni la familia ni el gordito. La mujer, con sus tacos agujas, pisa los restos de su vida, dice que el padre del niño tiene una buena situación en México, pero no quiere darle nada. Mira el sillón manchado y viejo. Dice que tiene un amigo que podría tapizárselo. Explica que trabaja vendiendo zapatos de seguridad, gana cien mil pesos y le duele la espalda porque los zapatos que carga de muestra son pesados. Vuelve a mirar el sillón.

—Está tan viejo el pobre. ¿Cuánto crees que pueden cobrarme por tapiarlo? Tengo un amigo que es tapicero, voy a preguntarle; no, mejor lo llamo y le digo que se lo lleve. ¿Dónde tendré el número de teléfono?

Entre las dos corremos el refrigerador, la lavadora, no sentimos el frío. La mujer dice que su padre jamás hizo algo por ella, parece que va a llorar y se acuerda del gordito del maletín, dice que cuando hay un problema los amigos nunca aparecen. Pero le sigue preocupando el sillón. «Mi amigo tapicero tiene camioneta, podría venir a buscarlo y, cuando esté listo, yo ya estaré viviendo en otra parte. Él mismo puede llevármelo. Se verá como nuevo. Tú, que eres artista, ¿se te ocurre qué tapiz podría ponerle?».

Sus enseres, tapados con una sábana vieja, pasan dos semanas arrinconados al final del pasaje. «Sabes que me dieron el dato de otro tapicero mucho más barato que mi amigo. Tengo que escoger el tapiz y en dos semanas me lo tiene listo», me dice, antes de abandonar el cité.

Durante meses la casa permanece cerrada. La propietaria pone los vidrios que faltan y pinta la fachada. Una tarde llega una mujer con un hijo pequeño. Tampoco abre la ventana.

2 Policía.

## VENTANA 2

Éramos dos escritoras que visitaríamos una escuela básica de niñas en el sur de Chile, en el marco de un encuentro de escritores. Algo pasó y, en vez de leer juntas en la biblioteca, me encontré sola ante un curso de adolescentes expectantes con la visita de la escritora de Santiago. Para ganar tiempo, les pregunté por qué les gustaba leer. Dijeron que la lectura les permitía vivir otras vidas, imaginar que eran otras. Les pregunté qué vidas y contestaron mayoritariamente que las de Harry Potter y sus amigos. La profesora, con el pelo teñido rubio, simulaba ordenar sus papeles.

Uno de los muros de la sala estaba cruzado por una ventana; pregunté a las jovencitas si miraban a través de ella. Todas levantaron la mano. Cuando se aburrían de escuchar a la profesora, miraban por la ventana al edificio de enfrente; a la mujer que salía a regar las plantas al balcón, al hombre que se afeitaba... Desde la otra esquina, la profesora pareció preguntarme: ¿Y, cuándo vamos a escuchar a la escritora?

Quise saber a qué hora regaba las plantas la mujer, cuánto habían crecido, si vivía sola o acompañada, por quiénes. Las jovencitas no se lo habían preguntado. La profesora barrió con su mirada la ventana y no encontró nada de su interés. Les pedí a las jovencitas que hicieran el ejercicio de escribir quince recuerdos de una experiencia que hubiesen vivido. La profesora se acercó: no quería perderse mi presentación, pero sentía tantos deseos de escuchar a la otra escritora. Le di permiso para salir y me acerqué a la ventana a ver si aparecía la señora que regaba.

Las historias que las jovencitas escribieron eran bellas porque eran sentidas: la muerte del gato, un castigo, la discusión con una amiga, una tarde de lluvia. La profesora volvió con los ojos iluminados. «Escuché poemas en mapudungún». ¿Y usted sabe mapudungún?, le pregunté. «No, pero sonaba tan bonito, me transporté a otro mundo». Y, al escuchar las experiencias escritas por sus alumnas, las reprendió: «Demasiado tristes, ¿por qué tanta tristeza?, tienen que escribir de otras cosas».

Las jóvenes callaron.

El silencio me transportó a las penas que sentí en mi infancia. Cuando volví, era una escritora que hablaba ante un curso de jovencitas, desmentí a la profesora y les pedí que continuaran leyendo sus historias. Levantándose de la silla, una de ellas dijo: «A mí me pasó que, al leer lo que escribí, sentí que no era yo la que había vivido eso, sino otra persona».

Sonó el timbre. La profesora me agradeció haberle mostrado un ejercicio que le serviría para su clase. «Es de Georges Perec, un escritor francés que enseña a observar lo extraordinario», le expliqué. «Claro», dijo, desapareciendo con el libro de asistencia. Cuando hubo salido, se acercaron dos estudiantes,

querían decirme que antes de mi visita no sabían que sus vidas podían escribirse y convertirse en historia: «Nos cambió la manera de mirar».

## VENTANA 3

Me asomé a la ventana. Nunca había estado antes en esa casa. En la vereda de enfrente descubrí un magnolio florecido de más de seis metros de altura. Siendo uno de mis árboles preferidos, nunca he sabido en qué época brota. Hace unas semanas me asombró ver los racimos de flores amarillas del aroma aparecer bajo mi ventana, pero la sorpresa del magnolio fue mayor. Mi padre murió hace un mes en un hogar de ancianos. La fugaz visión de las flores blancas y moradas me hizo recordar el magnolio ante el cual nos sentábamos hace un año. En un hogar no hay muchas cosas por hacer. Una de ellas es salir al jardín.

En el jardín de adelante estaba el magnolio. No sé si mi padre se emocionaba como yo con la belleza de sus flores o era una forma de escapar a las rutinas marcadas por las cuatro comidas diarias y la siesta. Un accidente vascular le había quitado la movilidad de la parte izquierda de su cuerpo, y la voz. En nuestras salidas colocaba yo la silla de ruedas de forma que recibiera la tibieza del sol, cogía su mano, y mi padre la apretaba.

Al comienzo intenté traer del exterior una conversación. ¿Qué podía importarle a mi padre saber que Piñera había dicho maremoto en vez de maremoto, o el triunfo del equipo de la «U»? A veces miraba el reloj para cerciorarme de que el tiempo pasaba, luego ya no fue necesario: un gato, una corriente de viento, una hoja seca, la aparición de una cuidadora, la carrera de un niño que iba atrasado al colegio, eran suficientes acontecimientos para nosotros. Y mi padre jamás soltaba mi mano. Antes de irnos, acercaba su silla de ruedas al árbol para que pudiera ver las flores blancas, moradas, carnosas; para que pudiera sentir su olor.

El jardín de atrás del hogar se parecía a una quinta de árboles frutales que podría haber estado en cualquier casa de provincia: damascos, cerezos, olivos, manzanos, membrillos, crecían sin las restricciones de un jardinero. A lo más, un alma caritativa apoyó una rama demasiado cargada sobre un



palo recto para impedir que se rompiera. Era esta quinta el lugar preferido de los gatos y de las cuidadoras, que se escondían de las jefas de turno, para hablar por teléfono celular con sus hijos, a los que no veían en todo el día. Había siempre una manguera abierta y los pájaros bajaban a beber. Mi padre ya no podía comer sólidos y yo exprimía un damasco maduro para que pudiese sentir su dulzor. Un par de veces le saqué las sandalias y los calcetines para que rozara el pasto con las plantas de sus pies, incluso le arrojé agua con la manguera. No sé si disfrutaba él, yo, o él al verme disfrutar. Una vez me dio a entender que le preocupaba que me aburriera en estas visitas. Le dije que nuestros silencios, el contacto de nuestras manos, eran mi secreto tesoro. En esos momentos olvidaba quién era o quién debía ser y todavía no era, o quién ya no sería, éramos dos manos que se tocaban.

Los damascos comenzaron a ralear, desaparecieron las hormigas, los gatos, cayeron las hojas. Como hacía frío, nos quedábamos del otro lado de la puerta, mirando el cambio de estación. «Aquí no hay libertad», me dijo un día mi padre refiriéndose al hogar. «No, no la hay», le contesté.

El asunto de la libertad de mi padre comenzó cuando mi madre le quitó el automóvil porque podía matar a alguien. Luego le prohibieron salir solo para prevenir una caída o que lo atropellaran. Vino el bastón, la silla de ruedas, el hogar de ancianos con sus reglas, las amarras a la cama para que no se cayera al levantarse de noche, la parálisis, la imposibilidad de comer solo, de hacerse entender por medio de la palabra, la sonda gástrica. Fui siendo testigo de cada una de estas renunciadas, de cada una de sus pérdidas, a excepción de su mano. Un día sentí que su mano ya no apretaba la mía. Pensé que le incomodaba la posición y busqué otra más adecuada.

Los últimos meses no supe si su mente estaba conmigo o en otra parte. Su mano se puso fría. Después de morir, lo trasladaron a una habitación vacía. Le habían puesto una venda alrededor de la cabeza para sujetarle la mandíbula, y no lo reconocí. Varias veces ocurrió que, al llegar al hogar, me costó reconocer en aquel rostro deteriorado el rostro de mi padre, pero con paciencia siempre lo conseguía. Esta vez no. El rostro de aquel desconocido no tenía parecido con mi padre, era un extraño. Me pregunté qué había ocurrido con el rostro de mi padre, ¿a dónde fue?, ¿por qué lo abandonó o nos abandonó? Según la RAE, un rostro es la cara de una persona. Si fuera verdad, la cara de mi padre tendría que haber continuado siendo su cara. Tal vez el rostro no es un conjunto de rasgos, sino la forma en la que habitamos el mundo o en la que el mundo entra en nosotros. Por esa razón, cuando dejamos de habitar el mundo, el rostro se retira. Si así fuera, el rostro de mi padre serían las primeras flores del magnolio que vinieron hacia mí esta mañana ●

## Leonardo Sanhueza

### RIGOR MORTIS

*¿Has leído aquello que dicen los libros  
de historia natural: que el puma o león o trapial  
jamás ataca al hombre, o que podría hacerlo  
pero siempre en defensa propia,  
porque es tan tímido, tan retraído en sus costumbres,  
que bastaría mostrarle un lazo o el destello de un cuchillo  
para espantarlo en fuga hacia el centro del monte?  
Pues yo te digo que todo eso es verdad,  
pero solamente con día claro, porque en la noche  
te puede pasar lo que a Petronio Sepúlveda  
y regresar a casa envuelto en un saco,  
como cuartos de animal que ya no dan filete  
sino sólo huesos pelados para la sopa del carnicero,  
o peor todavía: que nunca te encuentren,  
porque el puma cuando mata prueba sólo un bocado  
y almacena el resto de su presa entre las quilas,  
donde lo cubre con flores silvestres y hojas secas  
para que la carne al podrirse tenga mejor sabor  
que el músculo tenso, duro y amargo.*

## RUSOS

«El miedo tiene los ojos grandes», escribió Chéjov  
a propósito del vértigo de una mujer casada  
que se asomaba a los abismos de la infidelidad.  
No por nada Chéjov es Chéjov, siempre sabe  
cuándo y cómo sublimar los sentimientos triviales  
sobre frágiles andamios de hipérboles y precisiones,  
porque hay cosas que simplemente no se podrían decir  
si no fuera mediante las banalidades de la experiencia:  
que el miedo tiene los ojos grandes, por ejemplo,  
tan grandes que nunca descansa ni parpadea,  
pero cómo decirlo en otras circunstancias  
en que el amor y el miedo han lacrado la boca,  
como cuando Wladimir Bonder y su esposa María,  
simples comerciantes judíos, huyeron de las cruces del zar  
hasta encontrar algo que parecía más seguro, aquí,  
a trece mil, catorce mil kilómetros de Kamenetz,  
con la mera esperanza de pasar sus últimos días  
sin más apremios que la podagra o el reumatismo,  
y lo único que hallaron fue una prórroga del horror,  
diez años y al fin les partieron la cabeza con un hacha  
y después con un machete en la frente los remataron  
y como si aún tuvieran fuerzas para seguir viviendo  
a María le picaron la cara con un cuchillo, el mismo  
con que a Wladimir le abrieron la boca de lado a lado,  
hasta arrancarle la quijada y arrojársela a los perros.

## LUCIÉRNAGAS

Relojeros, músicos, fabricantes de lámparas,  
desocupados, mercenarios, comerciantes de telas,  
incluso había un tallador de figuritas de alabastro,  
y aunque algunos sabían cultivar tulipanes,  
como también repollos azules, vides y regaliz,  
muy pronto sus tierras fueron anexadas a otras  
hasta formar enormes paños de propiedad  
que supuran su historia de mala fe y violencia.  
Unos fueron repatriados, otros dejaron sus hijuelas  
para irse a las ciudades, a los manicomios  
o a los cementerios recién inaugurados,  
pero los que quisimos perseverar en la tierra  
también fuimos muertos en vida, ahogados,  
unos por la miseria, otros por la codicia,  
todos en un solo alquitrán indiscernible  
que entraba por debajo de las puertas  
y ahora me llega al pecho y sigue subiendo  
mientras afuera vuelan las luciérnagas  
con la misma ligereza de hace unos años,  
como si entretanto nada hubiera ocurrido  
salvo el ir y venir de su luz efímera.

# Metempsicosis

JUAN CRISTÓBAL ROMERO

**Ya cuento treinta y ocho y, en la fuga  
de la edad, he dejado atrás, distantes,  
a los otros que fui, los ocupantes  
primeros de esta piel que ahora se arruga.**

**Murió el niño que tuvo una tortuga,  
murió el joven de fiebres delirantes,  
el novio envanecido y varios antes.  
Hoy el padre es mordido por la oruga.**

**Cómo llamarle vida a estos difuntos  
que habitaron mi carne. Ayer despiertos,  
hoy hablan con dormidos contrapuntos.**

**Tan corto viaje para tantos puertos;  
si morir es olvido y sueño juntos,  
vivir es una sucesión de muertos.**

# El estado de la CUESTIÓN

K. RAMONE

*Su nombre y apellido* suenan a nombre y apellido de caballo de carrera, de buzo o de personaje público en Chile. Tres maldiciones, quizás. Todo depende, como siempre, del punto de vista. Su nombre, él lo sabe, no sólo es una coincidencia mal escrita, es también un destino. Pero no uno de uruguayo o de argentino o de congolés, es un destino de chileno. Del hombre que le diera tal destino, además de aquella infame letra equivocada, ya no existen ni los huesos. De su madre, en cambio, queda un último recuerdo dividido en dos partes: la hediondez salada del sudor y un pedazo de su mano derecha.

Lo del pedazo de mano derecha es un decir, pues se trata de parte de la mano vista a través de una puerta entornada. Afuera del dormitorio de su madre, mientras ella le decía déjate de molestar y ándate de una buena vez, vislumbró cierto movimiento en aquellos dedos. Como marcando una especie de compás al ritmo de las palabras. O como no marcando compás alguno al ritmo de palabra alguna. No obstante, las palabras estuvieron y el movimiento de la mano también.

En fin, como fuera. Dejó de molestar y se fue de una buena vez.

A principios de este mes arrendó a buen precio una casa amoblada y con dos dormitorios. Esta semana la ha ocupado en pagar algunas cuentas, del agua o de la luz por ejemplo. No hay nada peor en el mundo que no tener luz.

*Anoche*, mientras en la tele daban ese programa de concursos conducido por un tipo que no para de gritar, imaginó una historia en que gastaba muchos kilos de papel higiénico secándole el sudor a su amante. En la historia ella sudaba una enormidad y olía mal. Tenía la ropa empapada, como si le hubieran arrojado transpiración con balde o a manguerazos. Sudas como una vaca, decía él, y ella, riendo, intentaba imitar un mugido, mientras unas profusas gotas de sudor se precipitaban desde sus pezones, su frente, sus

orejas, la punta de sus dedos, tanto que el papel higiénico no alcanzaba y él debía usar las manos para secarla. Pero era imposible. El mugido era patético y nunca dejaba de sudar. Tampoco cesaban los gritos del tipo de la tele.

Hoy, tras almorzar espagueti, le contó la historia. Obviamente no supo qué decir. Se llama Jacqueline y usa calzones con figuras de Disney. Los calzones de ahora tienen la cara sonriente —esa boca horriblemente desdentada— de Mickey Mouse, pero el de los años treinta, ése con los ojos enteramente negros, al menos con algo de ratón todavía. Él escribe adrede *miquimaus* en una hoja de libreta y se la muestra para ver qué le dice. Y sí, se nota que ha aprendido: así no es, dice ella, mientras escribe un perfecto *Mickey Mouse* con el bic azul. No usa la libreta, lo escribe en su muñeca y él lo lee en voz alta, la felicita. Intenta lamerle la muñeca pero ella no se lo permite.

—Nooooo, no seas cochino.

*Mi amante*, así la llamaría si hablara de ella con los amigos. Su amante no sabe que él la llamaría mi amante. Lo que él no sabe o no se explica es por qué la llamaría de esa forma —ambos son solteros, ninguno de los dos engaña a otra persona—, pero en realidad lo sabe y simplemente se hace el tonto. A mi edad, le dice o se lo dice a sí mismo, sabemos bien cómo hacernos los tontos.

Quiere mirar de nuevo el dibujo del Mickey Mouse en el calzón y le pide que se abra de piernas; ella lo hace y él, desde una silla, se queda mirando largo rato las orejas del ratón. Sólo eso. Ella mira la pantalla apagada de la tele, ve sus reflejos opacos y sin cabezas —esa simetría en lo difuso—, lo mira a él, se dobla e intenta también mirarse el Mickey Mouse, y al final cierra las piernas y se pone de pie de un salto. Él se molesta aunque se hace el tonto, de nuevo se hace el tonto. Pasados los cuarenta no cuesta hacerse el tonto. Le ayuda a arreglarse la falda.

Toman Orange Crush, juegan Play-Station y después a completar juntos un *puzzle* del diario, de esos difíciles, es decir, no terminan de hacer el *puzzle*.

En este punto ella se aburre, dice que tiene que irse:

—Tengo que irme.

Y él le dice que ya, bueno:

—Ya, bueno.

Antes de abrir la puerta le indica que se abroche los zapatos, cuestión que ella hace. Después le da un beso en la boca y ella se limpia los labios y sonríe. Él mira que en el pasaje no ande nadie, efectivamente no anda nadie, le dice no anda nadie, sal ahora. Y ella se va. Casi siempre es de este modo. No se ven todos los días, sólo lo justo y necesario. Puede que piense que se está más tranquilo de esta forma, así, más relajado.

*En la mañana* fue al quiosco a comprar el diario, sin embargo ahora, echado en la cama, opta por revisar un ejemplar viejo, de junio. En la sección internacional lee un artículo sobre el crecimiento de la población de latinos en Estados Unidos. Nunca irá a Estados Unidos, esto es un hecho explicable por varias razones, sobre todo económicas, pero lee. Lee que de acuerdo con la Oficina del Censo estadounidense los hispanos son allá la primera minoría, aunque no debido a la inmigración, sino por el promedio de nacimientos. El artículo señala que, de cada nueve latinos nacidos en Estados Unidos, sólo uno fallece, mientras en la población blanca hay prácticamente un crecimiento cero: uno nace y otro muere. La *población blanca*, así dice el artículo. ¿Quiénes componen la población blanca? La mayoría. El artículo parece escrito a las puertas del infierno o en algún punto en la periferia, pero desde donde es posible oler el infierno. Al menos cierto infierno que asusta a ciertos blancos. Al final del artículo hay una imagen de versículo apocalíptico: se menciona que miles de hispanos han comenzado un éxodo masivo desde Arizona hacia otros estados de la nación. Sonríe. Qué importa, puede que nunca vaya a Estados Unidos.

Ahora hojea el suplemento de ofertas inmobiliarias. Una gran foto y, al pie, un texto que refiere la fachada continua del edificio retratado, su conexión con el estilo del Barrio Brasil, tradicional sector de la capital en que se emplaza. El lenguaje es así. Tiene ritmo y poesía, poesía descriptiva y de pacotilla, pero poesía. Se informa que, gracias al aislamiento y a los patios de luz con su atmósfera de armonía, estar en uno de esos departamentos es una forma de descubrir la tranquilidad. Lo importante, piensa él, tal vez surja de dos factores: del verbo *descubrir* y del hecho de *estar* en los departamentos, no de vivir allí. Del mismo modo suenan bien y para nada agresivas las palabras *aislamiento* y *tranquilidad*. No hay obscenidad en esos sonidos. ¿Dónde está la obscenidad entonces? No le da vueltas al asunto y sigue con una reseña bajo un título casi evangelizador:

### ¡ÉSTE ES EL CAMINO!

El camino, según el texto, es la construcción de viviendas sociales de hormigón armado, sobre todo en el periodo de la reconstrucción. El paso de construcción a reconstrucción le parece, mientras relee la frase, una especie de énfasis del tipo «no nos olvidemos nunca de dónde estamos»: en este caso, Chile, un país con un gobierno de derecha, un gobierno que era un fantasma que hace rato recorría Chile. Dos oraciones son tajantes en señalar que el hormigón es obviamente sólido y resistente y esto asegura su durabilidad. ¿Y todo lo sólido —se pregunta él— ya no se desvanece en el aire? El contexto, quisiera decirse aunque no se lo dice, no se resiste ni a sí mismo.

Lo concreto es que hay algo que dura y algo que se acorta. Por un lado la durabilidad abarata los costos de mantención y, por otro, la industrialización reduce los plazos de ejecución de las obras. La reseña es clara en ese sentido. Sí, parece que el camino —¿pero cuál camino?— es de hormigón armado. Lo sólido enfrentando al aire. Como el aire helado que entra ahora desde la calle. Deja el diario en el velador, se levanta, junta la ventana.

- 1) Hace frío,
- 2) mira el reloj,
- 3) se acuerda de que debe ir al centro a pagar cuentas.

Sale.

- 1) Afuera comprueba que el clima,
- 2) la zona horaria
- 3) y el modo de producción capitalista siguen funcionando con eficiencia.

*Se dirige* a la Compañía General Eléctrica a pagar la luz, a pie. Nunca ha tenido auto y no le hace falta. Le gusta caminar.

Cuando era niño siempre caminaba bastante con su madre, por ejemplo cuando iban a la feria a comprar verduras y después pasaban al supermercado, varias cuadras más lejos, a buscar detergente. A él le gustaba caminar y a su mamá parece que también. Una vez hechas las compras, con sendas bolsas en el carrito con ruedas que él mismo se ofrecía a tirar, hacían un alto en la fuente de soda para tomar helados. Apenas entraban en el local él se ponía a mirar las máquinas de los jugos: a borbotones, y de manera incesante, brotaban unos líquidos espesos, anaranjados o verdes o rojos o amarillos.

Su madre, siempre jadeante y sentada a una mesa, se dedicaba a transpirar tranquila un rato. El bullicio impune del mundo podía agitarse afuera, pues adentro del local sólo reinaba el zumbido suave de los ventiladores, el sonido de las cucharitas y lo que su madre llamaba (¿irónicamente?) la calma de los imbéciles.

Allí, calmados entonces como dos imbéciles, él la observaba sudar y evitaba oler ese líquido que le parecía también espeso como los jugos, si bien sin sus colores.

Luego llegaba el mozo, pedían los helados de dos o tres sabores y él le preguntaba a su mamá cómo habían hecho el ventilador que giraba arriba de sus cabezas, si acaso habían tenido que sacar la hélice de un avión.

—Tómame el helado tranquilo y cállate —respondía ella.

Y eso hacía y luego se iban a casa y él sonreía; sin embargo, en el fondo la odiaba con toda el alma, con toda la fuerza con que sólo un niño es capaz de odiar a su madre, es decir, hasta desearle lo peor, tanto como para después

arrepentirse a solas y llorar también en soledad, hasta el día siguiente o hasta la próxima posibilidad de odiarla con toda el alma, lo que parecía estar habitualmente al alcance de la mano. ¿Era esto también la calma de los imbéciles?

Ahora, camino a pagar la cuenta de luz, ha vuelto ese odio relativo —un simple utensilio entonces—, y decide pasar a la que, hasta hace un mes, era su casa.

Nada debe de haber cambiado.

De pie en el antejardín, sabe que probablemente después se arrepentirá de haberlo hecho, pero sabe asimismo que no puede evitar ser depositario de un impulso muy latinoamericano: la nostalgia de lo que nunca fue.

Y pega la oreja a la pared de madera.

Comprueba que, efectivamente, nada parece haber cambiado.

Adentro hay un silencio que se alarga y luego se recoge: un silencio mentiroso, un silencio que jadea, un silencio *que es* un jadeo.

Casi imperceptible, aquella respiración característica llega hasta él. Pega aún más la oreja a la pared. Ahora no escucha nada. Tal vez sólo imaginó el jadeo. Es posible.

Se desplaza por el costado de la casa hasta llegar a la ventana que da al cuarto de su madre. Se acerca al marco, busca un resquicio por donde mirar al interior. Lo encuentra. Esa ventana nunca cerró bien. Aproxima su nariz a la ranura del marco. Huele. Sí, es el inconfundible olor salado de ese sudor, el sudor de ella.

Siente asco pero no ganas de vomitar. Siente deseos de mirar al interior pero se contiene.

Vuelve a oler y quiere pensar que es una señal de vida, que la vida huele a sudor salado, que su madre da asco y está en calma.

Nuevamente siente deseos de mirar al interior y esta vez lo hace.

Lo que ve también debería darle asco, pero le da otra cosa que no es asco. Hay restos de comida en el suelo, seguramente hay fecas, pelos sueltos y vellos flotando en el aire.



La ve, está flaca, tiene los ojos cerrados, está tapada hasta el pescuezo. Jadea, en realidad respira como siempre lo ha querido hacer: con un notorio acto de inspirar y espirar.

Probablemente sólo se levanta a recoger algo de comida. Así ha sido durante los últimos meses.

Un día se fue a su dormitorio y le dijo que no la jodiera más. Y no volvió a salir de casa.

Al principio se entretenía mirando hacia la calle por la ventana. Al poco tiempo dejó de hacerlo.

Pronto se le acabarán los escasos restos de comida y sentirá hambre durante unos días o semanas y aunque quiera salir no podrá hacerlo y morirá.

Así mismo ha de ser. Ya no sudará de nuevo.

Tal vez muera, imagina, pero nunca deje de jadear, y aunque no siente miedo sí siente una cosa parecida al miedo, y luego sale a la calle y retoma con prisa el camino hacia la Compañía General Eléctrica.

**Luego de hacer** una larga fila lo atiende una mujer de unos treinta, completamente callada, cuyos senos no son inexistentes como los de su amante, aunque tampoco sirven —al menos— para una masturbación mental. Calma, calma. Pasa el papel de la cuenta junto con el dinero, ella mira, revisa rápido, anota algo en el computador, le devuelve el papel, le entrega el vuelto y no da las gracias o es que da un *gracias* apenas audible. Una pesada. El mínimo necesario de antipatía para que un día de ciudad merezca llamarse tal. Él tampoco dice nada y sale a la calle. Afuera ve las maquinarias que terminan de demoler las últimas casas de una cuadra. Ningún curioso se detiene a mirar los trabajos. Hay escombros que asoman en varias calles. Como escenografías caídas, como una ciudad fundada y ahora demolida por tramoyistas de un largometraje llamado *Chile*. ¿Cuántos países chilenos hay en el mundo? Esta pregunta estúpida le hizo un día su amante. Lo que ella no sabía y que él sí, aunque jamás lo diría o intentaría explicarlo, es que en el fondo era una pregunta del todo razonable, para nada estúpida, o que al menos era una pregunta con más de una respuesta.

¿Cuántos países chilenos habría en el mundo?

No había tiempo para responder, pero sí tiempo para caminar un par de cuadras más, buscar esa plaza pequeña y poco visitada, dedicarse a sacar algunas cosas en limpio o a poner la mente en blanco, lo que bien mirado siempre significa poner la mente en negro, un negro denso, que hace a ratos doler la cabeza. Saca un par de aspirinas del bolsillo, las muerde, las siente amargas y continúa masticando. La lengua se torna un poco seca. La mente pensando en algo que él sabe que merece ser considerado. Un gorrión salta

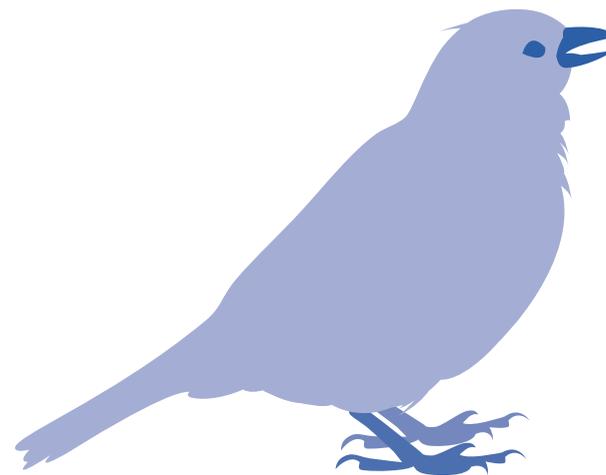
desde la rama de un árbol hacia el suelo. Le parece notar que toma suavemente una piedrita con el pico y luego reemprende el vuelo para llevarse la piedrita lejos. Lo más interesante de la mañana no es el gorrión, es el traslado de esa piedrita hacia otro lugar, a través del vuelo del más común, del más ordinario de los pájaros que habitan en Chile. Pajarracos chilenos en constante reconstrucción. Su mente no vuela pero intenta sacar cuentas. Así está por mucho rato: sacando cuentas, «tirando líneas», como diría él mismo a alguno de sus amigos. Llega a una conclusión y se dice esto:

—Lo que se pensó se hizo.

Toma el celular, llama a Jacqueline, pero el celular suena ocupado. Al rato lo intenta de nuevo y la llamada es desviada de inmediato a buzón de voz. Le escribe un mensaje de texto. A los pocos minutos suena el teléfono pero cortan de inmediato. Obviamente es ella con su forma de decir «ahora puedes llamar». Y la llama, ella responde, quiere hacer preguntas, preguntas fuera de foco. Él le pide que escuche, que por favor preste atención. Y le explica, de manera muy simple y general, pero le explica. Finalmente ella dice ya, ¿entonces puedo sacar todas las cosas? Él le dice que sí, que de eso se trata, que incluso puede ir con alguien que la ayude, que él le dejará las llaves en tal parte. ¿Y va a haber alguien? Nadie, responde él. Luego hablan un poco más, y ella parece contenta.

—¿Con qué calzones andas hoy?

—Con los de Winnie the Pooh.



*De nuevo* en el antejardín. Pero ahora entra.

Cierra la puerta y entra al living comedor; puede ver que la luz que se cuela desde afuera hace dibujos de líneas rectas en las paredes y que las mismas líneas se vuelven curvas al pasar sobre los muebles.

Sobre la mesa hay un tarro oxidado de jurel. El hedor en la casa es fuerte. Sobre todo ese olor que el eufemismo llama «olor a encierro» y que, sin embargo, es un olor humano y deprimente: un olor abierto, como costillas viejas al interior del cuerpo.

Camina unos cuantos pasos y se encuentra parado a la entrada del dormitorio en que su madre jadea, suda, hiede y pasa hambre.

Antes de entrar la puerta estaba semiabierta; ahora que ha entrado la puerta está cerrada.

Venía dispuesto a todo y sin embargo ahora, detenido allí, el solo hecho de mirarla cara a cara lo amilana.

Quiere pensar en lo irrefutable y suponer que alguna vez lo irremediable hará su parte.

Por ahora, sabe que una vez más ella dirá «ándate» y que una vez más él tendrá que irse.

Y ella lo mira de reojo y dice «ándate», y él la mira sin decirle nada y da media vuelta para irse.

Así de complejo es todo, porque así de simples son algunas cosas.

A lo lejos, como en el poema, alguien canta. Pero a lo lejos.

*Cuando regresa* a la pequeña plaza ya es de noche. Andan otras dos o tres personas, aunque lejos de donde él se sienta. Los otros buscan el lado más oscuro, mientras él la luz tenue de un farol. Saca el *puzzle* que anda trayendo en el bolsillo. Está arrugado pero legible. Ve la foto del tipo con el nombre que el suyo —pese a una letra que equivoca otra letra— repite. Ve entonces los espacios cuadrículados que dan el número exacto de las letras de nombre y apellido. Y los escribe, pero no en el *puzzle*: los escribe en su mente y allí los mira o intenta mirarlos. Tiene la absoluta certeza de que suenan a nombre y apellido de caballo de carrera, de buzo o de personaje público chileno, y no escupe en el *puzzle* aunque imagina que lo escupe. Cierra los ojos. Siente como si le arrojaran un pedazo de cera hirviente en pleno rostro.

No se va, pero quisiera hacerlo. Y como tampoco puede quedarse, entonces no se va ni puede quedarse.

Piensa, ahora solitario en esta plaza, en lo que se oye, lo que se acerca, lo que se mueve y se derrumba, lo que muere y no resucita, lo que emerge y se esconde. Piensa en lo que sí puede hacer, pero lo que podría hacer le parece imposible ●

# La necesidad de **SER HIJO**

ANDREA JEFTANOVIC

*Cómo me iba a servir de tales platos distantes  
esas cosas, cuando habrása quebrado el propio hogar,  
cuando no asoma ni madre a los labios.*

*Cómo iba yo a almorzar nonada.*

CÉSAR VALLEJO

**Nací entre frases de pésame**, «ya todo se arreglará», «van a salir adelante», «un hijo siempre es una bendición», «todo ocurre por algo». Yo me pregunto: ¿Por qué no te pajeaste al lado? ¿O terminaste afuera? ¿Qué hacía un pendejo en uniforme escolar recibiendo a su hijo en el hospital? ¿Y una cabra chica a quien casi se le desgarró el útero por hacerse la grande? ¿No había una farmacia cerca? ¿No escucharon nunca el cuento de la semillita? ¿No podían tomarse la temperatura y enterarse del día de ovulación? Perros calientes; y les caí yo de regalo inesperado para siempre. Nací parado, a punto de asfixiarme, amenazando con rajarle las entrañas a mi mamá, obligando a una cesárea de urgencia que nos salvó la vida a los dos. Después, como si fuésemos tres hermanos, compartimos la misma habitación, incluso la misma cama. En ese tiempo, ¿quién lloraba más, ustedes o yo? No los dejaba dormir con mis beerridos. Mi papá dio sus pruebas globales en vacaciones, mi mamá rindió exámenes libres el año siguiente. A ninguno le fue bien en la prueba de ingreso a la universidad.

Pero ustedes no eran un par de adolescentes cualquiera, ustedes querían hacer la revolución, entonces yo era un doble obstáculo, para vivir su juventud y para hacer política. Nací escuchando música de la nueva trova, rock de los setenta, cultivando el oído con tanta melodía distorsionada. Las primeras palabras que aprendí fueron: valores, ideología, partido, pueblo. Todas palabras que imaginaba que mis padres pronunciaban en mayúsculas.

El verano siguiente papá se fue al sur por una reunión de las juventudes del partido, no supimos nada de él durante tres meses. Un vecino comenzó a rondar a

mamá. Traía libros, escribían pancartas, iban a reuniones clandestinas —a las que yo también asistía con mi cuaderno para colorear. Una mañana la vino a buscar con un pañuelo que le tapaba la boca, lo llevaba tan mal puesto que, más que una estrategia de clandestinidad, me parecía un vulgar juego de seducción. Esa noche se quedó a dormir. A través del tabique de la habitación sentí los gemidos y las risas de dos personas que se gustan. En una artimaña evidente, regresó al día siguiente con un regalo para mí, una pista de autos que hacía bastante ruido. Yo pensaba que un tren hubiese sido mejor, con sus pitos intermitentes y sus ruedas sinuosas. Cuando regresó papá, hubo una fuerte discusión de la que se enteraron todos los vecinos, eran lanzadas como *boomerangs* las grandes palabras de siempre: valores, compromiso, ideología, partido, pueblo. No sé si en ese orden, pero sí con esa frecuencia: valores, compromiso, ideología, partido, pueblo. Yo dibujaba una estrella con cinco puntas y hacía marcas en cada repetición.

Las reuniones clandestinas terminaban en tragos y parejas durmiendo en la alfombra de la sala de estar. Una vez, un padrastro con quien me había encariñado se apareció en la casa, pero con barba, peluca y acento uruguayo. Yo lo miraba de reojo, lo evocaba roncando en la cama de mamá, mientras ahora lo escuchaba haciéndose el estratega de alguna operación comando. De ahí en adelante, comenzamos a ser la familia cromosoma 21: dos madres, tres padres, cinco abuelos, tíos multiplicados por doquier. Viví en varias casas, en pensiones transitorias, en apartamentos abandonados.

Cuando le preguntaban a mamá por qué no había estudiado, carraspeaba y me indicaba con el labio inferior. Era un gesto tan feo que ni siquiera puedo imitarlo. Era un poco injusta la acusación, si ellos se arriesgaron, poco tenía yo que ver con eso. Con el tiempo he comprendido que simplemente primero estaba el hombre que amabas de turno, luego la causa política y, por último, yo.

Nada odiaba más que la palabra misión, significaba que mi padre o mi madre estarían fuera bastante tiempo. Ante mi resistencia y llantos, repetían la frase mágica: «órdenes del Partido», «órdenes del partido» decía yo, con minúscula. La frasecita aquella era la respuesta a todo: cambios de casa repentinos, ausencias, separaciones familiares, intercambio de parejas. Tiempo después, entre los muebles procedentes de alguna mudanza, leí la noticia de un atentado fallido y los nombres de las personas capturadas, comprendí, una tarde bochornosa, que mi padre estaba encarcelado en un cuarto angosto con el sol dando oblicuamente contra los cacharros. Creo que me desmayé mientras los niños sudaban en el espejismo de la canícula de las cuatro de la tarde. Nunca me atreví a verlo en prisión. Todos llegaban tras las visitas moviendo la cabeza, comentando lo delgado que estaba. Prefería mantener la imagen del hombre nervioso, que fumaba cigarros haciendo un arco con la mano en la frente. Tenía una foto de papá debajo de la almohada, y le hablaba en voz baja todas las noches.

Cuando salió libre se quedó en casa. Lo noté más suave en el trato con nosotros, los gestos, el tono de voz. «¿Qué pasa entre tú y mamá?», pregunté. Los dos se encogieron de hombros, ensayaban frases sin decir nada con sentido. Imagino que debe de ser difícil que un hijo te mire con tanto desacierto esperando la respuesta de dos padres desorientados. Ella se asomó al pasillo, hizo café, me indicó un espacio en el sofá. Me contó que lo estaban intentando otra vez. «¿Qué cosa?», dije. «El estar juntos, ¿no te alegra?». Pero como era de esperar, la felicidad fue muy frágil. Un día mamá llegó solemne para anunciar: «Me voy un año a la Unión Soviética. A tu padre lo envían a Rumanía, es peligroso que siga acá, lo van a tomar preso de nuevo. Te quedarás con Marta, estarás bien con ella». La miré fijo sin entender qué sucedía en mi interior, cuando conté el segundo doce salí dando un portazo.

Jamás viajé con ustedes. Ya en mi época circulaban varios mitos relacionados con los hijos de los militantes. El fantasma de la operación Peter Pan arruinaba todos los deseos de mi madre de ir con ella. Decían que, en Cuba, la CIA había echado a correr el rumor de que el régimen se apropiaría de los niños. Cientos de padres atemorizados enviaron a sus pequeños en aviones a hogares y orfanatos estadounidenses. Los testimonios fueron dramáticos, años de separación, niños que crecieron solos, abusos, chicos con ataques de pánico, identidades confusas. La otra historia era la de los hijos de los montoneros argentinos que pasaron su primera infancia en una guardería infantil en La Habana. Familias con muchos niños y pocos adultos, lo que no dejaba de tener algo de paraíso de juegos y libertades.

Pasé mis catorce años coleccionando billetes de rublos con letras en cirílico, estampillas con el rostro de Lenin, todo esto en la habitación de la amiga de mamá que me acogió en su casa. Ustedes viajaban por todo el bloque socialista y me enviaban postales. Mi padre se reunió con el Josip Broz Tito o Mariscal Tito, recibí un sobre con el sello Socijalistička Federativna Republika Jugoslavija y un billete de veinte dinares. Me hice coleccionista de billetes y estampillas por desesperación. Salía al camino del cartero con la respiración contenida, no alcanzaba a tocar el timbre y yo tendía la mano para recibir los sobres extranjeros con tres sellos y dos timbres de egreso e ingreso. Cada vez conocía más nombres, ciudades, países que localizaba en un mapamundi colgado en la pared. Cortaba la estampilla, la ponía en agua hasta soltar el pegamento y la incluía en un álbum de hojas de cartón y pliegos de papel diamante, intercalados.

Mientras picaba unas zanahorias para la cena, le pregunté a Marta cuál era su rol en el partido. «Cuidar a los niños de los camaradas que están en misión es cuidar la organización», me respondió mientras tarareaba una canción de Silvio. Marta tenía una hija de diecisiete años, Lili. La contemplaba sin poder disimular mi fascinación por sus pestañas largas, sus piernas firmes. Ella, más concienciada,

traía información y me decía: «Te voy a hablar con la verdad». Le pregunté por su papá, me indicó una imagen fotocopiada en la pared: el rostro borroso de un hombre con una frase al pie: «¿Dónde están?». Conocía la pancarta y no dije nada. De venganza, ella me reveló que yo era un «hijo del toque de queda», lo que no me causó mucha gracia. También me enteré de qué pasaba con los niños cuando su familia era secuestrada: los enviaban fuera de Chile, a unas casas colectivas en Suecia o en Francia. Supe lo de los campos de detención en la ciudad y a las afueras, de las cartas de petición de asilo en las embajadas, me sabía el nombre de cada una de las víctimas de la Caravana de la Muerte. Fui la mascota de esas dos mujeres, me alimentaron, me abrigaron, intentaron construirme una vida normal.

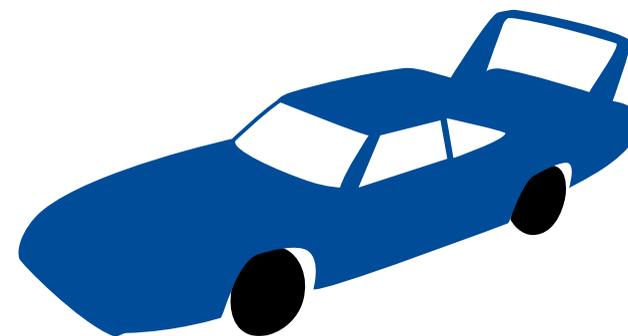
Mi primera experiencia fue con Lili. Aún tengo la escena en la retina, buscando explosivos en la bodega del patio trasero para terminar desnudándonos a tirones. Nos unía una biografía atípica, con la inocencia propia de la niñez, pero atravesada por la decisión de nuestros padres de empuñar las armas. Le pregunté si tenía algún recuerdo de su padre, «ninguno», me respondió con rabia, mientras me pasaba una estaca. Hicimos una carpa arrimada a una pared de la bodega, juntamos palos, cachivaches y armamos nuestro hogar. Aquél era un lugar aparte, con leyes propias. Un lugar donde no entraban las miradas de los padres ni la de las madres. Cuando Lili me desnudaba iba notando las pelusas bajo mis axilas y una línea larga y estrecha de pelos castaños que me descendía por la barriga hasta abajo. A veces yo tenía un olor ácido que ya era de adulto. Me daba una especie de lección sobre palabras obscenas. Me conseguía revistas pornográficas y libros, me exigía que aprendiera de memoria algún poema del Siglo de Oro, que luego le susurraba al oído. Lili tenía un calendario en el que marcaba un día con un círculo y los siguientes cinco con una elipse. Esos días nos tocábamos con la adrenalina de lo prohibido, hacíamos maniobras al filo y me apartaba cuando yo pasaba la frontera. Siempre sentí que lo hizo como una misión más, pero con la dedicación de una disciplinada militante, mi aprendizaje amoroso estaba en sus manos.

Conformábamos una organización, como todo lo de ese tiempo; ella era la jefa, yo el subordinado. Reñíamos contra los malos, que eran los militares, en función de los buenos, que eran nuestros padres. Después, nos abocábamos a las lecciones del deseo: cómo presionar la mano en el lugar secreto, oprimir el botón con movimientos circulares como si fuera el *joystick* de un Atari, dejar el dedo en esta posición, contener la brusquedad, saber esperar, reconocer la apropiada humedad, dar besos con lengua sin rozar los dientes, buscar aquel intenso espasmo con los ojos cerrados en un prado.

Marta no preguntaba, ni siquiera creo que sospechara del tenor de nuestra convivencia, me veía como un niño de catorce años, y a su hija como una mujer de diecinueve. Además siempre estaba ocupada, atendiendo visitas, tecleando documentos. La recuerdo sentada en el suelo, con la máquina de escribir Olivetti sobre las piernas

y los cigarrillos a mano, hablando con extranjeros, diplomáticos o intelectuales, en dos o tres idiomas distintos, de los que transitaba de uno a otro con una mínima torsión en los labios. Debo reconocer que en algún punto me conmovía ese ambiente de solidaridad y urgencia. Había ilusión en ese desfile de manos que apretaban documentos con firmeza y salían por la puerta principal. Más de algún visitante preguntaba si yo era «hijo de». Marta asentía, me lanzaban una ojeada solemne, yo sentía una mezcla de autocompasión y orgullo.

**De regreso de su largo viaje ruso**, que duró casi cuatro años, mamá venía casada con el vecino. Había cambiado su forma de vestir, usaba un gorro de piel y pañuelos de seda. No sabía si recibirla con un frío beso o abalanzarme sobre esta mujer tan bella. Fue difícil tener que simular ser una familia con un hombre que siempre me cayó mal. Yo, en ese entonces, era un temprano adolescente y sabía que cuando me sentaba en la mesa no me veían a mí, sino a mi padre. Su genética dominante hacía presente a un progenitor que brillaba por su ausencia. Sé que mi extremo parecido físico, unos gestos insospechadamente heredados, despertaban cierto rechazo. Pinchaba la comida con el tenedor y me la llevaba a la boca, con la cabeza hundida en el plato para evitar miradas ambivalentes. Así me blindaba de los que imaginaba eran sus pensamientos internos: «Ahí está el hombre que la dejó embarazada, el que nunca envía dinero, el que nunca se sabe dónde está». El joven revolucionario se había convertido en un ordenado funcionario de alguna ONG ecologista en Estados Unidos, que continuamente quedaba cesante entre proyecto y proyecto o entre asesoría y asesoría. Yo no existo o existo para nadie, me disuelvo entre los trastos, soy una cosa en un rincón, a veces me descubren en la sala arreglando antiguos juguetes. Mi madre y su nuevo marido siempre cenaban con vodka, tras el primer vaso se confundían y hablaban de precios en rublos, cantaban en ruso, y para el segundo vaso confundían escudos con rublos entre risas contagiosas. Sabía que era momento de caminar a mi habitación y dormir con los audífonos puestos. Me dedicaba a escuchar canciones



«sin mensaje», toda esa música que mamá definía con cierto desprecio.

Cumplía unos meses viviendo con ellos cuando ocurrió el atentado a Pinochet, era un domingo, tomábamos once, un extra del noticiero *60 minutos* nos sobresaltó. En la mañana había traído mis cosas, almorzamos juntos, y ahora seguíamos con la once en un esfuerzo por retomar cierta cotidianidad que fue interrumpida con expresiones de espanto y decepción. El vecino, nunca fue mi padrastro, insultaba a los responsables por la mala puntería. Mamá estudiaba cuál debería ser la reacción adecuada frente a su hijo, escondía su felicidad, su culposa felicidad. Se le escapó un «por fin le pasa algo a ese conchesumadre». Yo seguía concentrado en la marraqueta con mortadela. El vecino se daba vueltas lanzando frases iracundas: «tantos años adiestrándose, para qué», «huevones flojos, poco profesionales, seguro que usaron granadas caseras». Mamá cambió el tono, «no es la vía, ahora habrá más represión». Otro domingo gris, varios escoltas muertos, los ojos de hurón del nieto de Pinochet con unas magulladuras por las esquirlas de vidrio. En la noche se pronunciaban una y otra vez las palabras: guerrilla, Nicaragua, subversivos. No sé por qué sentía gran angustia y fui a ver a Lili, ella estaba también consternada, nos encerramos en la habitación, tuvimos sexo, no hubo tiempo ni cabeza para pensar en precauciones. Sólo había urgencia, estar dentro de ella, abstraernos de la historia. No miramos el calendario, necesitábamos protegernos del futuro.

Mi padre vino a mi graduación de cuarto medio, por fin le quitaban la letra L del pasaporte y entraba por Policía Internacional más viejo, con la típica gordura gruesa de los gringos, ropa de buena calidad pero de otra época. En la cena posterior a todos los discursos y formalidades por fin tuve a mis padres juntos después de años. Les pedí que guardaran silencio, que no me interrumpieran. Es mi turno, me toca hablar a mí, los he escuchado por años.

Les diré, a su juventud la confundió la revolución. Primero, los trajines de la emergencia diaria. Vivir entre bombas, hombres repartidos entre los escondites, metrallas nocturnas, estado de sitio, toque de queda. Luego los amaños y la nueva escasez, los libros quemados, el despojo de las pertenencias, el escondite en la callejuela. Pero saben, ustedes llegaron tarde a la revolución, veinte años después, insistiendo tozudamente en algo que no resultó, porque la naturaleza humana es imperfecta. ¿Hubo alguna vez igualdad entre los ciudadanos de un mismo país? ¿Hubo en todas las personas la misma fuerza y convicción de trabajar para los demás?

A la distancia, creo que se les mezcló la efervescencia de la juventud y la revolución hormonal, porque los camaradas eran también pareja, los grandes amores duraban, como mucho, unas semanas y ya había alguien nuevo para proyectar la misma revolución, pero con mayor intensidad. Ahora sospecho de su valentía, creo que corrieron riesgos innecesarios, encontraron una forma de canalizar la adrenalina juvenil, pusieron en la «causa» sus problemas personales, su inestabilidad emocional. Se creyeron los mesías del futuro, portando armas, vistiendo camuflados, hablando

siempre del futuro en primera persona del plural. Jugaron a la guerra, pero con los soldados de plomo del damero familiar. No, no me miren así. Sí, confieso que hay algo de admiración, ¿pero por qué no vieron en mí a un soldado para sus tropas? El saldo para ustedes no fue tan malo, aprendieron idiomas, estudiaron posgrados con becas de organizaciones internacionales, ganaron prestancia internacional. Mi existencia resultó irreconciliable con sus metas políticas. Son un ejemplo para los demás; para mí, unos egoístas. Vengo de un largo trayecto de abandonos, no soy el único en el mundo, lo sé, no lo presumo, pero no me puedo liberar de mis sentimientos. De mis deseos de contar con ustedes cuando no estaban. Hay una enorme necesidad de ser hijo. Pero nadie se quedó conmigo como primera prioridad. Entiendo, ustedes creen que hicieron lo que debieron: llegar hasta las últimas consecuencias. No los quiero juzgar por tener motivaciones distintas. Pero me parece que ambos pecaron de soberbia, arrojo, falso heroísmo. Pobres diablos, son un cóctel de todo eso. Hubo un esplendor de bocas engreídas con consignas trasnochadas, de recelos infinitos de cómo se debe vivir. Debieron haber dado un paso al costado y dejar pasar la fila de muertos, ¿qué se iba a lograr con sus tímidos esfuerzos? En fin, cada quien tiene su mentira vital, sin la cual la inexistencia diaria y acostumbrada se desmoronaría; la de ustedes consistía en simulacros de valentía, de lucha colectiva. Cómo nos van cobrando a todos el alquiler del mundo que habitamos.

El tiempo que siguió no me dio tregua. Mi padre regresó a Estados Unidos, mi madre tuvo un accidente vascular que la dejó hemipléjica y con daño cerebral severo. Me sentaba junto a ella y contemplábamos el horizonte. Yo hablaba y hablaba. Tengo una sospecha de un mundo mejor. Alejémonos de la cocina. Distanciémonos de los vasos, las cucharas, tus fotos de jovencita guerrillera en el refrigerador. No, busquemos los boletos de bus, los mapas, las maletas con ruedas, los manifiestos, los afiches del Che Guevara. Mírame sin parpadear. Lili me telefoneó con un «parece que, ven urgente». En menos de una hora estaba en su casa, en la que por cuatro años viví años tan especiales. Me esperaba con un *kit* comprado en la farmacia. Me dio un beso desabrido y entró al baño. Sentado en la cama despliego el instructivo del *test*, dice que mide la presencia de una hormona en la orina llamada Gonadotrofina Coriónica Humana o de subunidad hCG. Los cinco minutos de espera se me hacen infinitos. Pienso en mi infancia, en las postales, en Socijalistička Federativna Republika Jugoslavija, en los «¿dónde están?», en la marraqueta con mortadela, en las estampillas de Stalin, en la carpa del amor, en la máquina de escribir Olivetti. Lili viene hacia mí con la tira marcada con un signo positivo en rojo entre dos orificios, a mí que no me gustan las sumas ni las restas. Y claro, una metralla de recriminaciones: ¿Por qué no me pajeé al lado? ¿O terminé afuera? ¿Por qué sigo siendo un perro caliente? Pienso en la enorme necesidad de ser hijo antes de ser padre. Siento una gran arcada y no sé en qué ideología disfrazar mi desgano de ser padre ●

# Testamento

HÉCTOR HERNÁNDEZ MONTECINOS

Quizá ésta sea la última vez que estemos juntos  
que nos miremos  
que podamos respirar el mismo aire  
que nos podamos decir adiós  
mirándonos a los ojos: Adiós.

No me voy, ya me fui  
tan lejos que nadie sabe dónde termina una noche  
y comienza la próxima.  
La noche de los siglos allá arriba.  
Las estrellas son las flores de un cementerio  
llamado Parque General de los Sueños Rotos  
donde no hay mausoleos  
sino mediaguas celestes y muchas fotos  
de alguien que no halló mejor lugar para esconderse  
que detrás de un flash.

Guarden sus cámaras, es en vano.  
Mejor pongan atención a lo que les diré ahora:

Primero. Nunca fui feliz, porque una no es ninguna.

Segundo. Todo lo que no me dieron y me correspondía  
déselo a mi madre y a mi hermana. Les pertenece.

Tercero. Viví la poesía chilena  
como si la poesía no estuviese agonizando  
ni Chile estuviese muerto.

Cuarto. Las millas de vuelo, las horas en carreteras,  
los kilómetros en el mapa  
se los doy a los niños para que sueñen  
como pude soñar yo.

Quinto. Mis libros deben estar al alcance de los muchachos  
que odian al mundo y aman el universo  
porque el universo los ama pero el mundo los odia.

Sexto. Gracias a las montañas, pues allí quiero descansar  
hasta que vuelvan a ser el fondo del océano.

Séptimo. A mis amigos y amigas  
les dejo mi vida anónima.  
Las furibundas noches que convertimos en poemas.  
Las alegres horas. La cerveza y el dolor.  
Las peleas que terminaron en la cama.  
El reír. El llorar. La sangre.

No hay más nada.  
Sólo la última fiesta  
y algunos libros destinados a desaparecer.

Quizá ésta sea la última vez que estemos juntos.

Ustedes morirán  
y yo no.

# El tercer acto trágico

JORGE MARCHANT LAZCANO

*La voluntad de terminar su vida con un tercer acto trágico,  
la aceptación de la fatalidad, el sentimiento de que la mayor  
grandeza es el fracaso.*

JOSÉ EMILIO PACHECO respecto a Oscar Wilde,  
Prólogo de su edición de *De Profundis*, 1975.

QUERIDO PEPE:

Cuando Oscar Wilde se sentó a escribir aquella carta en la prisión de Su Majestad — la obesa reina Victoria, que alguna vez fue joven, ilusionada y llena de vida —, tanto el artista como la monarca conservadora eran apenas la sombra de su pasado. A ambos los dominaba la desdicha, y aunque Victoria Regina murió en la gloria pública un año después que su víctima, Wilde no pudo recuperarse de la ruina y la infamia pública de la que habla en las primeras líneas de su célebre carta a Bossie.

Los hombres que alguna vez se quisieron, como fue el caso de Oscar y Bossie, como podría ser el caso tuyo y mío, deben revisar necesariamente sus vidas, el pasado y el futuro, «las dulces cosas trocadas en amargura y las cosas amargas que pueden convertirse en alegría». Wilde tiene razón.

A Oscar Wilde lo llevaron a la cárcel de Reading, pese al brillo que irradiaba desde el gran espectáculo de su literatura y de su teatro, porque la sociedad puritana de su tiempo no le perdonó que fuera un maricón desenfadado que se acostaba con putos de la calle y se ufanaba incluso de su condición. De alguna forma, como sigue sucediendo hasta hoy, no se lo perdonaba ni él mismo: «Mis amigos tienen que hacerse a la idea de que... no soy un inocente encerrado en la cárcel. Todo lo contrario; el inventario de mis pasiones perversas y de mis idilios descarriados llenaría unos cuantos volúmenes escarlata».

Somos, incluido Wilde, tú y yo, y especialmente el pobre Bossie, «los hombres infames» de que habla Michel Foucault, y en esa selección, «es inútil buscar otra norma que no sea mi propio goce, mi placer, una emoción, la risa, la sorpresa, un particular escalofrío...». Aun así, hace muchos años que ambos somos prisioneros, en nuestros propios cuerpos, de nuestra propia infamia pública, una extraña enfermedad que marcó nuestro tiempo, y que nos estigmatizó para siempre, hasta el momento en que nos muramos, e incluso, es posible, hasta mucho después, si es que alguien se acuerda de nosotros cuando hayamos muerto. (Aunque para entonces, de acuerdo con lo que pensaba José Donoso, «a la semana es como si nada, como si ninguna tragedia hubiera ocurrido... la muerte carece de importancia. Es un gran hueco negro en donde todos caeremos y nadie nos recordará mucho tiempo después...»).

Llegamos a la enfermedad, tal como Wilde llegó a su condena, por nuestra condición de homosexuales. Sin ninguna de esas grandezas instituidas y valoradas —nacimiento, fortuna, santidad, heroísmo o genialidad—, como dice Foucault. Apenas unos más entre los millones de seres humanos destinados a no dejar rastro, como tantos de nuestros propios amigos o contemporáneos, a los cuales incluso a la hora de la muerte los marcaron con una enfermedad equivocada, para liberarlos del estigma. Nunca me he olvidado del funeral de Fernando Cortez, cuando su tío cura predicaba sobre él como si no lo hubiese conocido jamás.

Estuve expuesto a la enfermedad desde mi primeros años como homosexual liberado, cuando me fui a San Francisco en la segunda mitad de los años setenta con un amante francés (que no era teniente) y que no me duró más de cinco minutos. Mi condición sexual me ha durado en cambio toda la vida y me ha provocado buenos momentos y malos momentos: entre los buenos momentos estuvo conocerte a ti. Eso lo hemos tenido muy claro tú y yo. Nuestras vidas habrían sido condenadamente distintas, salvajemente peores, en circunstancias de soledad (¿por qué? ¿Habría habido otro José Riquelme en mi vida? ¿Habría habido otro Jorge Marchant en la tuya?). De acuerdo con esto, de haberme salido de este plan, habría llegado a la vejez —a cuyas puertas me encuentro— como tantos otros homosexuales con cierto talento, gracia, educación, experiencia, incluso belleza, que se desmoronan a diario en esta ciudad poco dispuesta a aceptarnos. Los veo por las calles, tristes, solitarios, ansiosos, algunos con sus perros que vienen a ser como sus hijos bastardos. Tal vez una de las peores cosas que nos pudo suceder fue haber nacido en Chile, el «espantoso Chile», y si no, pregúntaselo a José Donoso y a Mauricio Wacquez, cada cual con vidas tan distintas, pero

los dos huyendo a destiempo, en distintos barcos, por distintos caminos, como antes lo hicieron Gabriela Mistral, Augusto d'Halmar, Benjamín Subercaseaux. Como no lo hizo Adolfo Couve que le tenía pánico a los aviones y terminó colgando en el balneario de Cartagena.

Como no lo hice yo, salvo entrar y salir, entrar y salir, entrar y salir. He sido cobarde toda mi vida. Y tal vez, irónicamente, esa cobardía me libre de colgar algún día como Couve. Pero me he salido del tema porque aún no estamos hablando de literatura. Detrás de esta noble apariencia que he mantenido toda mi vida, la máscara de Tutankamón según Judith Glaesser, de esta incapacidad de rebelarme, de escribir apenas lo justo y preciso, de no desbordarme, de no levantar la voz, de no dejarme oír, de callar, más bien, estás, aunque no lo creas, tú. Como me dijiste alguna vez, «si no hubiera sido por mí, habrías terminado acuchillado, como tantos otros». Tal vez en estas fragilísimas familias que los homosexuales creamos para defendernos del horror del mundo, allá afuera, la principal razón sea librarnos del cuchillo del victimario.

En 2003 me dejaste librado a mi destino, de un día para otro. Volví a estar expuesto a la cuchilla enemiga, pero posiblemente no había otro camino. Si no hubieras tomado la decisión de irte de Chile, ahora estarías muerto hace mucho tiempo, y otra sería la historia de esta última década, y esta carta no tendría ningún sentido. Ni tú sabías, ni menos te imaginabas, lo que te sucedería en los años por venir. De acuerdo con los antecedentes que guardas con recelo, como lo has hecho con casi todas las cosas de tu vida, tenías pasaje de regreso pero en Nueva York te agarró la espantosa máquina devoradora, la máquina de moler carne tan propia del mundo capitalista, y tú comenzaste a ser una hamburguesa criolla, castigada en tu piecicita de Casa Betsaida, hasta donde llegué en mi primer viaje para consolarte literalmente en el Kennedy Airport, y llorar a gritos por la miserable condición a la que habías vuelto irremediamente. Siempre asocié esa pequeña habitación sin clóset en Brooklyn, con tus útiles de aseo sobre una consola —como podría haber sido la condición de un prisionero—, con esa piecita, muchos años antes, en algún lugar cercano al parque Gran Bretaña de Santiago, a la cual me llevaste una de nuestras primeras noches, cuando nos conocimos, con la cama sin hacer, la inocencia desenfadada de mostrarte tal cual eras, buscando una aguja en un pajar, porque, no recuerdo bien, algo había que remendar.

En justicia, los dos estábamos necesitados de remendar nuestras vidas. La tuya herida desde pequeño, de acuerdo con lo que escribió una psicóloga que consultaste en 1985, poco antes de conocerme: «...este alumno presenta un

estado general de disconfort psicológico caracterizado principalmente por depresión y estilo de vida esquizoide. Mala autoimagen, algo exagerada, y sistemas de autodefensa débiles para los ataques más sutiles del medio ambiente».

La mía ya se perfilaba como una extraña mezcla de ganancias y pérdidas. Había publicado una novela señera, *La Beatriz Ovalle*, pero fui incapaz de luchar por ella y convertirme en un escritor reconocido. Un Puig a la chilena. Una tras otra perdí las posibles oportunidades (¿las hubo alguna vez?) y acepté resignado en cambio las mediocres alternativas de la publicación en Chile. El miedo, siempre el miedo de por medio, la misma incapacidad que me hizo regresar corriendo desde los Estados Unidos cuando me vi perdido, en ese primer viaje a California. Aunque en ese caso debo reconocer que el ángel de la patria voló sobre mi cabeza para advertirme que la plaga estaba por llegar a San Francisco —como los ángeles se lo advirtieron a Lot en Sodoma—, y uno a otro, incluidos los chilenos conocidos, Nelson Deik, Jorge Cruz, René Toro, terminarían en el desbarrancadero, o en el mejor de los casos, convertidos en estatuas de sal. ¿Qué me esperaba entonces en Chile además de la dictadura? Una primera experiencia en la clasista revista *Paula* y el jugueteo del periodismo como forma inicial de ganarme la vida, luego los primeros incómodos pasos como escritor publicado (decían que parecía pollo en corral ajeno en los espantosos programas de televisión de aquellos años en donde declaraba que «andaba buscando a la mujer ideal»). Luego, ya de lleno, entré al Área Dramática de TVN, en donde me gané la vida por muchos años y pude al menos llegar a esta cierta estabilidad económica, falsa e ilusoria, ilegal e injusta, pero peor es nada. Igual terminé en la calle ante los verdugos, en este caso esas especies de arpías *tricotouses* como la Wood y la Rencoret, seres siniestros que pueblan nuestros canales de tanto en tanto. De eso al menos se libraron María Luisa Bombal, Jorge Teillier y Stella Díaz Varín, que se caían por las calles con el peso de sus borracheras y de sus desamparos antes de encontrar la muerte. Ése es Chile, ésos son sus escritores. Ése es el mundo al que me vi lanzado con más fuerza una vez que se acabó el encanto de tu compañía.

Nunca supe adónde fueron a parar tus libros. Tu pequeña biblioteca desapareció casi como por encanto de nuestro departamento, como desapareciste tú una vez que volaste a Nueva York. No recuerdo cómo fue el día de tu partida, no recuerdo si hubo despedidas, no recuerdo nada de nada. Salvo la extraña sensación en las semanas, los meses posteriores, de que tu partida era como una señal anticipada de la muerte, y había que desarmar tu dormitorio, y tu hermano se llevó tu cama y la ropa que dejaste, y el departamento de Padre Correa se me hizo insostenible hasta que al poco tiempo di con el de Santa Lucía, más central, un buque anclado frente al cerro fundacional

de nuestra capital, un departamento adecuado para permanecer solo como lo he estado en estos últimos años.

¿En qué fallamos ambos para tanto silencio? ¿Por qué planeaste tu partida dejándome por completo fuera? Tal vez esto tenga que ver con aquellos débiles sistemas de autodefensa de los que hablaba tu psicóloga, aquellos que te hacen incapaz de resistir los ataques más sutiles. Más de alguna vez me has hecho ver que mis ataques no tenían nada de sutiles, que hasta te ofrecí un par de millones para que te fueras de mi lado. Pero, entonces, si finalmente me había liberado de ti con tu partida, ¿por qué sobrevino el espanto? Reconozcamos que tuviste una valentía sin límites para enfrentar el desarraigo. Renunciaste a todo, lo que nunca fue mucho, por un poco más de vida. No estoy tan seguro de que la soledad valga tanto la pena. Habría que estar al borde de la muerte para saberlo. Al irte de esa forma, como si nada hubiera ocurrido entre nosotros, pareciste olvidar que nos había unido el espanto, tal como dice Borges, «no nos une el amor sino el espanto», episodios imborrables de los últimos años juntos, como tu lento deterioro, aquella ocasión en que te desplomaste en el escritorio del departamento y la pobre María y mi mamá sufrieron las consecuencias, o aquella otra vez en que te desmayaste al bajar de una micro en la calle Bilbao y te encontré en un charco de sangre, y después te perdí la pista en los pasillos del hospital El Salvador. Pero así también, debo reconocerlo, siento tu sombra benefactora a mis espaldas, desde aquella tarde en el Círculo Español cuando lancé *Me parece que no somos felices* y te dediqué el libro junto a mi abuela Lupe, la protagonista de la historia. Más aún, tu recuerdo es mucho más fuerte cuando publiqué *La joven de blanco*, y hasta por los diarios quedó constancia de mi dolor porque no estabas conmigo. Éramos dos parias dignos de piedad.

Durante estos últimos siete años he estado yendo y viniendo, consciente de que el papel más duro lo has vivido tú al quedarte al otro lado del mundo. Era cuestión de ver tu rostro cuando me perdía hacia el interior de Policía Internacional. Pero para mí no ha sido nada fácil, te lo aseguro. Hemos disfrutado de Nueva York, en donde incluso encontré el espacio emocional para crear dos novelas relacionadas con esa cultura, probablemente las novelas más ricas de toda mi literatura. Tú has sufrido en silencio dos momentos particularmente gravísimos, y en el segundo caso intentaste protegerme porque no tenía sentido que yo supiera que estabas internado en un hospital con tu muñeca quebrada, pero eso, después, me provocó tal grado de estupor que me costó mucho recuperarme. Estuviste tirado una mañana invernal sobre el hielo escarchado frente a la puerta de ese vecino judío infame que no te tendió la mano, y yo no supe absolutamente nada. Si a

mí me hubiese atropellado un auto en Santiago, ¿me habrías perdonado que nadie te dijera nada?

Progresivamente, la situación se fue empeorando. Tú encontraste tu pequeño espacio entre Rego Park y Manhattan, aunque parezca insuficiente, pero como nadie te conoce realmente, nadie sabe si te basta con eso. Yo terminé siendo un completo desconocido en Nueva York, una suerte de fantasma que se aparece por su plato de comida en GMHC durante medio año y luego desaparece, lo mismo que sucede en Chile, donde he creado el pequeño mito de ser un poco internacional. El mito me juega en contra y lo vengo a descubrir del todo al publicar *El ángel de la patria*, mi quinta novela en estos últimos diez años, y cuando aparentemente tengo mucho más que ganar, termino sintiendo que, como nunca, he perdido más que otras veces. Mi experiencia literaria con Random House en Chile fue una de las peores que he tenido. Enfrentado tal vez a la campaña publicitaria comercialmente más agresiva, la sensación de fracaso es mucho más poderosa, especialmente cuando mis editores, en un gesto insólito, después de cantar victorias anticipadamente, me dan vuelta la espalda y no se comunican conmigo para nada al comprobar el nivel de la derrota.

Es en estos momentos en que se me aparece el fantasma de Pepe Donoso, quien me susurra al oído desde las terribles y entrañables páginas del libro de su hija suicida: «En realidad, Chile y mi casa y mi familia me producen una cantidad de angustia o depresión que no sé como manejar...», «Me encuentro como El Extranjero, sin vínculos, sin afectos, viendo sólo lo negativo de todo...», «En todo caso, en este momento me siento definitivamente abandonado por todos y yo tengo la culpa», «Obsesionado con mi cuerpo que ya no me sirve», «¡Qué agresión, qué indignidad, qué castigo le imponen al cuerpo las enfermedades!», «Hemingway se mató a los sesenta y dos años porque sintió sobrevenir ese deterioro, viendo sólo esa soledad total», «el optimismo es una forma de ceguera».

Pese a todo, pasando por sobre mi pesimismo, creo aún en la posibilidad de escribir, y lo estoy haciendo en estos momentos, preparando mi próxima novela, que aparecerá en 2013 por Tajamar Editores. La escritura apasionada me salva de todo, incluso del desaliento de la publicación, de la carencia de lectores, aunque en eso soy injusto: hay un pequeño contingente de lectores, están aún en el mundo, más allá de Chile.

A diferencia de Wilde, no le puedo dar gracias a Dios por haberme dado otros amigos aparte de ti. Eres el único amigo con quien me siento conforme, de quien espero cada mañana un mensaje, cuando tomo la decisión de levantarme de la cama. En este sentido, ha sido muy duro encontrarme con la constante carencia de tus mensajes. Nunca habíamos estado tan

desconectados. A solas, a diferencia de Wilde, no puedo ser perfectamente feliz. No me bastan la libertad, las flores, los libros, la luna. Pero eso lo dijo Wilde cuando estaba en la prisión, y desde la prisión la luna puede ser un aliciente, pero una vez libre, apenas un reflejo helado.

No sé qué pueda suceder a futuro con nuestras vidas. Estaré un corto tiempo en Nueva York y después, ¿qué? Tengo las más intensas fantasías para salvarme, pero esas fantasías son aparentemente irrealizables, aunque habrá algún segundo en que me encuentre a mí mismo desprevenido, y sea finalmente capaz de actuar contra viento y marea. No sé cuál será el resultado de ese segundo de plena libertad. En qué se transformará toda esta desolación a la cual, y eso lo veo con horror, es posible adaptarse. Sí, es posible llegar a adaptarse a la soledad cuando ya no quede nada de qué aferrarse. Me cito a mí mismo: «El amor, para poder vivir, tiene que alimentarse de la realidad presente. Preso de la fantasía del pasado, esto que vivo ahora se llama miedo». Al final de cuentas, como señala Foucault, «el lenguaje de la literatura sigue siendo el discurso de la *infamia*, a ella le corresponde decir lo más indecible, lo peor, lo más secreto, lo más intolerable, lo desvergonzado». O como escribió Carolina Rivas al reseñar *Sangre como la mía* en los diez años del Premio Altazor, «los amores difíciles —porque son amores a toda prueba— a la larga sobrevivirán».

Con el afecto y la furia de quien fue alguna vez tu compañero

JORGE MARCHANT LAZCANO •



# Trödelmarkt

ANTONIA TORRES

**Pierdes un guante**

**pierdes la mano completa al subir la escalera**

**has perdido la cabeza**

**hundiéndola en sillones desvencijados  
la ciudad entera perdiste un domingo ligero  
cruzando invisible el gentío un derroche  
los muebles tirados así a la calle**

**el exceso sin más donde sobra**

**recoges mendigo tu parte reclamas tu sopa  
alzando el tacho insolente malgastas**

**el tiempo allí donde transan y gastan**

**migajas y horas perdidas de mano  
en mano se pasan los días en dados cargados**

**coronan la tarde un cerro basura**

**baratijas allí donde extiende  
un mendigo no sabes si charla o saludo  
escarbas tu bolsillo un sillón apolillado  
pelusas botones tesoros ofreces  
la mano de un niño transpira en el fondo  
a toda asta el forro de un mueble  
das con la tela de un óleo en la calle**

**cruzas ligero el gentío el suelo no rozas  
tiras el tiempo allí donde todo se tira  
el desdén y las cartas de poker los dados**

**temes abandonarte allí justo  
donde todo se abandona**

**lo mismo pierdes un guante  
tu retrato una mano un billete arrugado  
has perdido el tren o el tranvía  
no sientes no escuchas su paso  
ligero rozarte el abrigo y giras  
el viento o alguien pronuncia  
tu nombre preciso se borra allí**

**coleccionan zapatos sin pares  
harapos horas y malas costumbres  
como hablar mientras comes  
o decir país en lugar de triciclo**

**la lengua obstinada se zafa  
el arnés incomoda la marcha  
lo dejas caer en un tarro y suena  
el eco de una limosna o el timbre insolente  
un ciclista furioso reprende tu error  
te convierte en un niño y regresas llorando  
sin guante jamelgo ni papeles.**

# **Peligrosas formas de quitarse la vida**

**JOSÉ GAI**

**RECIÉN COMENZABAN** a menguar los molestos suicidas que caían desde los edificios altos cuando el gobernador, sin tener tiempo para un descanso, reparó en esos jóvenes que estallaban en las calles.

El primer caso que atrajo su atención ocurrió al mediodía de un viernes, en medio del ajetreo de muchos que preparaban un fin de semana en la serranía, lejos del calor pegajoso de la costa, y monopolizó los comentarios en los mentideros del centro. Un joven delgado y oscuro, con una mochila en la espalda, se acercó a un grupo de funcionarios que repartían, amparados en la sombra de un portal, unos coloridos volantes sobre las bondades del nuevo sistema de auxilio social (sistema que despertaba una odiosa resistencia entre los ciudadanos, ciegos a las ventajas del progreso). El muchacho fingió interesarse en su labor, pero en el momento en que uno de los funcionarios le entregaba un volante y una sonrisa, mochila y joven estallaron en pedazos. Además, otros dos promotores quedaron malheridos. Los periódicos recalcaron que uno de ellos era hijo de un alto funcionario de los ministerios centrales, triste circunstancia que, lamentaron, agravaba lo sucedido.

Al día siguiente, un cronista acucioso hizo notar en su matutino que ése era ya el cuarto caso en pocos días. Y el domingo, en la tribuna del Estadio de los Héroes, con ocasión del popular juego del balón, una muchacha delgada y morena que observaba el espectáculo como ausente, y que llevaba una mochila en la espalda, voló por la explosión de la dinamita oculta en su morral. Hubo otros dos muertos y dieciocho heridos, y el juego se debió suspender ante la comprensible molestia del público congregado ante la expectativa de una sana diversión.

La prensa se preocupó; también, las autoridades. El lunes, el gobernador fue citado por el ministro de Paz Interna para una reunión urgente. Él ya la esperaba; la reciente epidemia de los suicidas aéreos había

aguzado su percepción. Lo peor, se dijo mientras cruzaba la calle seguido por su ordenanza hacia el despacho ministerial, era que veía venir otra peste. Su organismo también lo presentía; el mismo escozor en la garganta, el mismo estrangulamiento en la boca del estómago cuando aquellos mortales vuelos en picada ya no pudieron ser ocultados por la prensa y las autoridades se vieron enfrentadas a una emergencia mayor.

No se equivocó. Esa misma tarde, una pareja joven que paseaba de la mano por el bulevar de la estación ferroviaria se detuvo en medio del gentío. El muchacho besó a la chica y luego gritó *Mueran los tiranos*. La gente los miró asombrada, y entonces sobrevino una explosión que los despedazó, y que los testigos calificarían luego, ante la policía y la prensa, como aterradora y dantesca (sus palabras originales, más espontáneas y viscerales, fueron eliminadas de los informes). También, sobreponiéndose al espanto y a los ataques de nervios, los testigos dijeron que ambos jóvenes llevaban mochilas.

Dos días después, un muchacho moreno y de ropas raídas se detuvo frente al largo muro del hospital psiquiátrico. Se rumoreaba que allí permanecían recluidos muchos disidentes (sin estar necesariamente locos), y otros aseguraban que la gente saltaba furtivamente el muro (hacia el interior) para asegurarse un techo y un plato de sopa, cosas que escaseaban afuera. Habladurías todas, protestaba el gobernador en su hogar, y su esposa y sus hijos asentían, pero su sobrino provinciano, acogido en la casa mientras seguía estudios universitarios, se refugiaba en una sospechosa indiferencia. Lo cierto fue que el joven del paredón escribió con rapidez y en letras rojas *Abajo la tiranía* sobre el muro blanqueado con cal. Dos policías acudieron prestos, y él ya no tuvo prisa: los esperó inmóvil, con la espalda hacia la pared. Cuando los agentes se percataron de que llevaba un morral ya era tarde. Los tres volaron desmembrados.

El pánico ante las mochilas cundió entre las buenas gentes. Los ciudadanos que subían a los tranvías se inquietaban si en el interior viajaba algún joven de talego, pero como la prenda era ampliamente popular entre la juventud, muchos pasajeros se bajaban atemorizados para no exponerse a un riesgo mortal. (Y en su prisa olvidaban pedir la devolución del dinero, por lo que varios editoriales de periódicos fustigaron a los conductores inescrupulosos que sacaban provecho del comprensible temor de sus pasajeros).

Un miedo parecido se respiraba en los andenes del ferrocarril, en las pacientes filas que se formaban en las asistencias médicas, en los vestíbulos de los bancos, en los atestados pasillos de la Casa de Empeños de Los Héroes, en las postas donde se comerciaba sangre para las transfusiones,

en las colas antaño bulliciosas de los apostadores del hipódromo. Había miedo. Miedo a las mochilas.

La policía recibió la orden de actuar preventivamente. Lo hizo, pero a un alto costo. Eran tantos los jóvenes obreros, estudiantes o vendedores de la calle que cargaban sus enseres en morrales, que controlarlos a todos se tornaba imposible, y las molestias causadas aumentaron la impopularidad de la fuerza pública. Luego de que dos policías estuvieron a punto de ser linchados por mochileros inocentes y enardecidos por la forma en que se les trató, el prefecto remitió un oficio al gobernador. Enumeraba sus reparos, alertaba sobre las consecuencias políticas y pedía cambiar de manera urgente los métodos preventivos. Pero no proponía soluciones, y el gobernador, harto de funcionarios quejumbrosos pero sin iniciativa, arrojó un tintero contra la pared, provocando el inmediato ingreso a su oficina del ordenanza (con un emparedado en la mano) y de dos guardias con la bala pasada en sus fusiles.

El gobernador desesperaba y se irritaba, al igual que su estómago. Su malhumor estremecía a los subordinados, en especial a los que vestían o habían vestido uniforme como él, y que por ello poseían un acendrado sentido de obediencia (y él los prefería por ese rasgo, pese a sus limitaciones en el arte de las triquiñuelas políticas). En su presencia, ellos hacían gala de aquel sentido, pero en la calle obedecían al más atávico sentido de supervivencia, que los hacía evitar la presencia de los jóvenes. Y era que no se veía un remedio para la plaga; los muchachos delgados y morenos seguían estallando delante de los ciudadanos. Algunos gritaban consignas o lanzaban panfletos antes de tirar del cable escondido bajo sus ropas y que activaba el explosivo oculto en la mochila. Pero otros, la mayoría, sencillamente se mataban en silencio, y los testigos sólo podían rescatar después, para las preguntas de los investigadores, la mirada ausente de todos ellos. Así era difícil descubrir sus razones y desenmascarar a quienes los manipulaban, aunque el gobernador había emitido ya dos comunicados fustigando a los enemigos internos de la nación que envenenaban la mente de los muchachos y los lanzaban a una muerte absurda.

Con todo, los participantes en las altas reuniones de análisis estaban confusos, amén de inquietos, porque el caso de las mochilas había sobrepasado los cedazos habituales y llegado a oídos de Sus Excelencias. El único consuelo del gobernador, triste consuelo al fin, fue que en el último cónclave su superior leyó los informes de otros tres gobernadores; también ellos sufrían con la misma epidemia, pedían instrucciones y urgían por soluciones.

Se intentaron varias. Los organismos de Paz Interna apremiaron a los disidentes recluidos y a aquellos que mantenían en libertad vigilada, para averiguar quiénes manipulaban a los mochileros explosivos (como había dado en llamarlos la prensa en un afán creativo). Pero no hubo suerte. Los disidentes, los encarcelados y el resto estaban muy atareados diseñando estrategias para el futuro mientras ocupaban el tiempo inmediato resolviendo los acertijos matemáticos de Hilbert o estudiando las más grandes partidas de ajedrez del siglo en curso. El jefe policial de Paz Interna infiltró entonces a sus mejores cuadros entre los jóvenes de las barriadas para encontrar la hebra que les llevara a la madeja, como dijo en certera alegoría durante una de esas reuniones. Pero, al no poder encontrarla, se planificó como medida casi desesperada una campaña en las revistas y programas juveniles para asentar la idea de que las mochilas habían pasado de moda, y que las cazadoras con muchos y amplios bolsillos reemplazaban a las anteriores en los centros internacionales de la moda e iban más acordes con los tiempos.

La criticada entidad a cargo del nuevo plan de auxilio social vio en ello su oportunidad y comenzó a regalar cazadoras a quienes suscribieran el contrato respectivo. La prensa también se manifestó dispuesta a cooperar con el bien común; condenó el proceder de los suicidas de los morrales (sus *mochileros explosivos*) y exhortó sobre el respeto que se debía a los demás en los espacios abiertos y también, con mayor razón, en aquellos cerrados. Hasta en la naciente industria de la televisión, connotados personajes salieron de la línea de sus programas habituales para exhortar, vestidos con cazadoras, a los jóvenes a no dejarse embaucar por el fantasma de la muerte.

Pero la plaga seguía. Y estallaba, aquí y allá. En medio de esos días de marcado pesimismo, el gobernador fue convocado a un nuevo cónclave, esta vez de carácter secreto. Un reputado publicista esperaba a los asistentes de pie, junto a la cabecera y a la derecha del ministro. Con voz estentórea y sin dejar de acariciar su barba aguzada, cual si estrujara la ubre de la que manaba la leche de la inventiva, expuso un plan para revertir los hechos. Hubo murmullos y gestos de aprobación, pero el gobernador creyó ver una sombra de escepticismo en los ojos del ministro cuando otorgó su visto bueno.

—Proceda —le dijo—. Sus Excelencias están contrariadas; y no se merecen esto.

El proyecto se concretó con la velocidad que el problema reclamaba. En los días siguientes, el caso de las mochilas explosivas comenzó a ser satirizado en las viñetas de los periódicos y en los sainetes de los

cómicos; el Teatro de los Héroes estrenó el vodevil paródico *Tu mochila o la mía*; una emisora de televisión creó una serie dramática en que un joven, suicida en potencia, fracasaba capítulo a capítulo en sus intentos de matarse con una carga explosiva oculta en su morral, y el festival del cantar universitario lo ganó (no sin protestas de otros concursantes) un tema que glosaba los intentos de un muchacho, débil y superficial, por conquistar a una joven amenazándola con quitarse la vida al pie de su ventana con una mochila explosiva. La bella (porque la joven era bella) lo despojaba enérgicamente de su talego, lo lanzaba lejos sin que estallara (el talego) y proclamaba su amor por un simpático joven vestido con una cazadooooora marroooooón... Así concluía “Casadera con cazadora” (tal era el título de la canción galardonada). Pero el proyecto no prendió.

Hay que vulgarizar el problema y hacerlo pedestre, cotidiano, como una varazón de cangrejos en el rompeolas, como una plaga de langostas en el páramo, había dicho el barbado publicista al exponer su plan, pero los jóvenes delgados y taciturnos seguían yéndose del mundo de la misma forma ruidosa y molesta que aterraba a las buenas gentes, inquietaba a los altos funcionarios y enojaba, ya, a Sus Excelencias.

El gobernador añoraba esos buenos días en que, convocado a la oficina del ministro, su único temor era salir rápidamente de la línea de los edificios altos por si algún insensato decidía saltar al vacío en ese momento. Y cuando por desgracia así llegaba a ocurrir, bastaba con controlar las náuseas que le causaban el súbito olor a morgue y el hilo de sangre serpenteando por la vereda.

Ahora, en cambio, transpiraba helado mientras avanzaba sorteando a los vendedores que copaban la acera y lo miraban con ojos resentidos. Vigilaba sus mochilas y zurroneos, temeroso de que en cualquiera de ellos se escondiera la carga mortal, pero su condición de hombre forjado en la dura disciplina de las armas le impedía mostrar miedo, y se encomendaba a un ejército de santos en su travesía hasta el portal del ministerio.

Pero las explosiones continuaban, y el tormento de cruzar la calle ocurría hasta dos veces en un solo día. El gobernador comenzó a sufrir jaquecas y a apartarse de sus férreas rutinas, marcadas a fuego en su espíritu por los años de cuartel. También se sorprendió bebiendo más del único vaso de alcohol que se permitía cada noche antes de acostarse, y alguna mañana partió a su oficina sin cumplir con el sagrado rito de la ducha. Su esposa no reparó en esos elocuentes detalles ni en su sueño agitado. En descargo de ella concurría el sano hábito del gobernador de no agobiar la convivencia en el hogar narrando las vicisitudes del trabajo. La buena dama ni siquiera se percató de que algo extraño le ocurría cuando él

le hizo el amor dos veces en una semana, en vez de la única quincenal. Ante sus amigas, y con un dejo de orgullo, lo atribuyó a su nuevo peinado y a los ejercicios para revitalizar sus glúteos, pero no reparó en que ya distaban tres semanas de aquella visita al peluquero y que su marido no había dado indicios de haber percibido su rejuvenecida apariencia.

En ese estado de ánimo sorprendió al gobernador un acontecimiento que marcó un giro en la seguidilla de explosiones. Aunque el organismo de Paz Interna había distribuido entre los altos funcionarios un detallado instructivo para no verse alcanzados por la epidemia de los jóvenes que estallaban en las calles (instructivo que fue leído y memorizado con gran prisa), cierta gris mañana de vientos monzones, un muchacho moreno que llevaba una mochila en bandolera se acercó a un primer secretario a la salida de su ministerio, le dijo al oído algo que nadie más escuchó, y ambos volaron en pedazos.

Esa misma tarde, el gobernador, con el estómago estrangulado y ulceroso, debió repetir el vía crucis hasta el Ministerio de Paz Interna, convocado para una reunión ampliada y secreta a la vez. Llegó justo en el momento en que un oscuro secretario de gruesas gafas y mejillas azulosas, a quien recordaba vagamente, comenzaba a exponer un nuevo plan para enfrentar las juveniles explosiones. El gobernador forzó la memoria. Se decía del hombrecillo que su mayor virtud consistía en descubrir acrósticos ofensivos contra Sus Excelencias que manos arteras deslizaban entre las cartas del público a los periódicos. También se decía que antes, en sus años de alumno en la Universidad Primada de los Héroes, hizo méritos ante las autoridades entregando nombres de estudiantes que se manifestaban en contra del gobierno. Ahora, él mostraba seguridad y una autocomplacencia notoria mientras daba a conocer su programa. Al gobernador le pareció un plan insensato, pero el ministro, luego de cavilar unos segundos, tal como lo hiciera cuando lo del barbado publicista, miró resignado al oscuro secretario de gruesas gafas y lo autorizó a proceder.

—Sus Excelencias —dijo— esperan resultados, e inmediatos.

Las noticias de la televisión informaron esa misma noche que el tercer secretario Z no había podido sustraerse a las corrientes imperantes en los centros más frívolos del mundo occidental, y había puesto fin a ciertos problemas existenciales suicidándose por medio de una mochila explosiva. La misma versión entregaron al otro día los matutinos. Y por la noche, la televisión reveló que dos funcionarios de los organismos de Paz Interna habían adoptado el mismo método para quitarse la vida, angustiados por problemas de conciencia que no fueron detallados.

En su hogar, reunida la familia frente al televisor, el gobernador debió congelar el gesto de sorpresa ante la noticia, pues apenas la escucharon el sobrino se paró de golpe, salió sin decir una palabra y se encerró en su pieza con un portazo. Los dueños de casa se miraron atónitos, aunque el gobernador tenía una sospecha, que no había confidenciado a su esposa: cada día estaba más convencido de que su sobrino simpatizaba con quienes se resistían al gobierno y con esos insensatos que no vacilaban en volarse para causar problemas. Más de una vez, también, se había preguntado si el muchacho, contagiado por otros estudiantes de cabeza ardiente, no terminaría sumándose a esos molestos suicidas. Por fortuna no usaba mochila, pero eso no aseguraba nada. Y por eso en dos oportunidades, aprovechando la ausencia del sobrino, había revisado su habitación en busca de los elementos usados para confeccionar los morrales explosivos. No había encontrado nada, pero no debía descuidarse; menos ahora, después de la brusca reacción del muchacho. Y no fue esa su única inquietud; también creyó ver en su descontrol un posible punto a favor del plan ideado por el oscuro secretario de gruesas gafas.

En la siguiente reunión, el gobernador escudriñó el pétreo rostro del jefe de la fuerza y no dudó de que él había estado detrás del presunto suicidio de sus dos hombres. En los días posteriores se informó que un edil del selvático norte, y luego otro funcionario de Paz Interna, esta vez del primer puerto del país, y más tarde el oficial al mando de una avanzada fronteriza (próxima al caserío en donde purgaba su relegación el barbado publicista), se habían quitado la vida del mismo modo. En la junta posterior, el oscuro secretario de gruesas gafas engoló la voz al exhibir estadísticas que mostraban una disminución de las muertes por el estallido de mochilas (y acalló con soberbia las dudas del gobernador sobre esas cifras) y al proponer que era el momento de pasar a la ofensiva para arrebatar definitivamente a ese grupo de jóvenes el monopolio de los suicidios explosivos.

El gobernador sabía que la honorabilidad de cierto personaje de la televisión estaba bajo sospecha y que se indagaban con la mayor reserva sus inclinaciones sexuales. Pero esa noche en casa, junto a su señora, sus hijos y su díscolo sobrino, lo vio, estupefacto, apartarse del libreto de su programa para enfrentar la pantalla con los ojos húmedos y reconocer aquél y otros cargos que él no habría imaginado. Luego, el personaje se puso de pie, giró en redondo y se alejó hacia el fondo del estudio. Una cámara operada por una mano hábil, o previamente alertada, siguió su desplazamiento. Todos en sus casas, al igual que el gobernador, vieron

en su espalda una mochila negra que contrastaba con el azul piedra de su traje finamente cortado. Y todos, también, le vieron volar en pedazos.

La prensa dio al caso la difusión que ameritaba («Digno *mea culpa*: abrumado por sus desviaciones políticas, animador se quita la vida en pantalla», tituló un periódico), y el canal al que pertenecía el suicida, favorecido por la onda expansiva de su gesto, repitió una y otra vez las imágenes ante la desesperación de las otras emisoras. Muy pronto, grandes fotografías del personaje en su despedida ante las cámaras empezaron a adornar los dormitorios de las jovencitas, y su nombre comenzó a ser escrito en los tabiques de los baños públicos y en las paredes de la ciudad. El gobernador, en medio de sus jaquecas y sus dolencias estomacales, supuso tras esas fotografías y esos rayados la acción del jefe de la fuerza policial y del oscuro secretario de gruesas gafas.

Los periódicos, en tanto, dieron en publicar avisos con las propiedades y estilos de las mochilas explosivas, y se explicó cuáles eran las más efectivas y de mayor poder destructivo. Numerosos automóviles, especialmente los oficiales, estrenaron adhesivos con el mismo motivo, y un programa de televisión organizó un millonario concurso (*El Pozo Gigante de los Héroes*) para adivinar cuántos jóvenes morirían en un día despedazados por los morrales con dinamita.

El sobrino, otra vez con gesto torvo, se ausentó de la sala la noche en que el programa emitía los primeros resultados del concurso. No hubo portazo en su pieza porque salió a la calle y mandó a decir con la criada que volvería a la medianoche. Tampoco compartió en las siguientes emisiones del programa, que el resto de la familia siguió con interés (y con algo de confusión por parte del dueño de casa): pronto las predicciones de los concursantes comenzaron a pecar de exageradas; las muertes por mochilas explosivas estaban en franco retroceso.

Así lo expuso el oscuro secretario de gruesas gafas en una reunión a la que el gobernador fue convocado con extrema urgencia. La perniciosa fiebre de las mochilas, dijo el expositor, comenzaba a decrecer, pero había que asestar el golpe final. Hizo un silencio y miró al ministro. Recién entonces el gobernador reparó en que las otras autoridades, que al comienzo imaginó retrasadas, ya no llegarían. Tal vez no habían sido convocadas; estaban sólo los tres y el jefe policial de Paz Interna, quien vestía su uniforme con todas sus insignias. El ministro, que también llevaba uniforme y condecoraciones, algo inusitado en su cargo actual, fue directo y autoritario en su planteamiento, que abrió con una invocación a Dios, a la causa superior de la patria y a los grandes objetivos trazados por Sus Excelencias...

Si se hubiera tratado de una propuesta del oscuro secretario de gruesas gafas, el gobernador habría rebatido indignado, y con sólidos argumentos, pero la imposición del ministro ponía en juego el honor militar. Se puso de pie, recogió el morral negro que su superior había sacado de la caja fuerte, se lo colocó en la espalda con la torpeza del novato, saludó militarmente al ministro y al jefe de la fuerza, ignoró ostensiblemente al oscuro secretario de gruesas gafas y bajó a la calle. Sólo entonces, mientras percibía el olor del mar y escuchaba por sobre el bullicio de la multitud el rumor de las olas rompiendo contra los tajamares, reflexionó que nunca le había interesado conocer cómo eran esas mochilas que tantos disgustos le causarían. Notó la suya mucho más liviana de lo que imaginaba, percibió de reojo que había fotógrafos y camarógrafos en medio del gentío, que también había jóvenes (algunos le recordaron, con sorpresa ternura, a su sobrino) y que pocos de ellos llevaban talegos, avanzó entre los vendedores de minucias, agazapados en las veredas junto a sus mercaderías y prestos a escapar si aparecía la fuerza pública, se detuvo junto a un grupo de ellos, gritó el *Viva la muerte* que le había sugerido el ministro, estalló en pedazos y se llevó consigo a dos o tres de esos individuos torvos y de ojos inescrutables.

Los suicidios por mochilas explosivas siguieron disminuyendo. No fueron necesarias nuevas reuniones extraordinarias, y el oscuro secretario de gruesas gafas ratificó con estadísticas esa percepción en la siguiente junta ordinaria. Pero, a la hora de incidentes, un edil de los páramos pidió la palabra para consignar que en su jurisdicción proliferaban ya los casos de jóvenes que saltaban desde las tribunas al ruedo de las plazas de toros y se dejaban matar por los cuernos de las bestias. El ministro dijo que todos debían estar atentos y dio por concluida la junta, mientras sus pensamientos iban hacia el fallecido gobernador.

No había podido ausentarse de sus funerales (lo demandaba el honor militar), y le pareció ver un destello de reproche en el rostro acongojado de la viuda —o tal vez fue sólo una jugada de su imaginación— en medio de la larga ceremonia en el Panteón de los Héroes, con más gente y más homenajes de los que habría imaginado (por un momento pensó que no debió sacrificar a un oficial tan meritorio), incluido el discurso de un jovencito que enhebró unas frases en apariencia confusas, pero la mente del ministro, alerta a claves de complots y contubernios contrabandeados en discursos de aspecto inofensivo, creyó percibir en sus palabras una confusión deliberada para transmitir algún mensaje subversivo. El joven (después averiguó que era un sobrino del gobernador) habló sobre

sacrificios, qué coincidencia, y afirmó que la inmolación de personas justas repetía los sacrificios de los primeros cristianos en los circos romanos. Y terminó diciendo que si bien en estos tiempos agobiantes sólo había arenas menos dignas, como las de las plazas de toros, todo servía para luchar por una vida mejor.

Esas palabras aún daban vuelta en la cabeza del ministro cuando presidió la siguiente junta de seguridad. Seis ediles informaron que suicidios similares a los informados por su colega en la reunión anterior estaban ocurriendo, y aumentando notoriamente, en los ruedos de toros de sus jurisdicciones. El ministro lanzó un bufido y miró fijamente al oscuro secretario de gruesas gafas, quien evitó sus ojos sumergiéndose en el estudio de los papeles de su portafolio. El ministro le habló con dureza (¿comenzaba todo de nuevo, de qué había servido tanto esfuerzo...?), y el aludido respondió, finalmente, que no compartía esa visión pesimista, pero que, si así fuera, él podía controlar esa amenaza. Una amenaza que por suerte estaba —estaría— recién comenzando. Y por más suerte, él ya tenía experiencia y podía elaborar un plan para la próxima junta, garantizando que...

El ministro no lo escuchaba; se había puesto de pie y abierto la caja fuerte. Sacó una mochila negra y se la extendió al oscuro secretario de gruesas gafas, quien alcanzó a decir que entregaría el plan al día siguiente... ¡no, esa misma noche...!

—Sus Excelencias —dijo el ministro— ya no pueden tolerar más fracasos.

El oscuro secretario se tocó nerviosamente el marco de sus gruesas gafas, se puso de pie, cogió el talego y salió de la oficina con paso vacilante. Se detuvo en el umbral.

—¿Es necesario? —dijo, mostrando la mochila—. Sería volver al pasado...

Sin mirarlo, y sólo con un ademán de la mano, el ministro lo conminó a seguir su camino •



# La Gabriela Mistral de Tala

GERMÁN CARRASCO

**La primera vez que leí** los *Sonetos de la muerte*, *opera prima* de la Mistral, me llamó la atención aquel soneto en que ella solicita a Dios la muerte de su amado ya que malas manos, uñas de acero y labios finos habían entrado trágicamente en él. Imaginaba a una atractiva *femme fatale* salida de un cuadro *déco* que le arrebatara el amado a la hablante. Amado ese que, más raro aún —*queer*, se dirá—, ella confunde con su hijo y con Cristo.

Así como Neruda propondrá más tarde en los *Veinte poemas* el amor nómada y el intercambio de parejas (*te amarán otros, amaré a otras*), la Mistral propuso la figura de ese amado-hijo-Cristo que aparece luego de la primera decepción, del primer *golpe de Estado* en el ámbito amoroso. Esta pasión sublimada se desborda y da luego lugar a la figura de la madre universal (*como si todos los niños de la patria fueran mis hijos*, escribe posteriormente De Rokha), y esto sucede en toda Hispanoamérica, en donde los niños huachos —los hijos de la chingada de su México— fueron un fenómeno masivo y determinante de la feroz asimetría social presente hasta nuestros días. Con respecto a la niñez, Mistral señala: «Siempre hay algo monstruoso en ser redondamente adulto, y un hombre completo sería aquel que conserva limaduras infantiles de la emotividad». O también: «La poesía me vuelve niños los sentidos»; deseo de toda persona: mirar las cosas como la primera vez, ya se trate de un libro, un filme que nos deslumbró en la infancia, un objeto cuya biografía está poblada de ecos, o del Elqui, Iguazú o una piedra de la mágica Oaxaca, en donde las niñas y adolescentes se visten, sin pose alguna, como la Kahlo.

La lectura femenina, receptiva, vegetal, no repara en los procedimientos, no compite falocéntricamente con el texto sino que se deja invadir por su follaje. Mistral no se pelea con el lenguaje y propone a la vez un verso impar y pedregoso. Se poetiza a partir de un único poema que ni de forma individual ni en conjunto lo dice todo; sin embargo, cada poema habla desde

el todo de ese poema único: la vasija pisquera aunque esté vacía siempre conserva el aroma de la producción anterior. Cada poema de *Tala* está enlazado con el anterior. Para quien lee con cuidado, siempre está el título del siguiente poema en un esbozo del poema que leemos. Este poema único tiene algunos componentes nítidos: la niñez (en toda su obra, en *Tala* «La muerte niña») y la casa (en todos los *Recados*, por ejemplo). La niñez y la casa: dos claves que explican su condición de exiliada, de correteada, la que se mudaba de país en país soportando el prejuicio social de ciertos burócratas y diplomáticos esnobes de pacotilla.

Los árboles de *Desolación*, obra que todavía conserva rasgos modernistas, luego encuentran su *Tala*. Me pregunto si esta operación, si esta presentación premeditada de la lisiadura esconde un gesto de vergüenza o culpa escritural que acompaña a todo texto genuino y reflexivo que roza sus límites y que, al igual que la música contemporánea, rompe con lo que se considera tradicionalmente como armonía.

Esa vergüenza o culpa deviene poética y metaliteratura en algunos, como en Enrique Lihn —un declarado mistraliano—, mientras que en los *language poets* norteamericanos esa vergüenza o culpa deviene canto anómalo, cuestionamiento al lenguaje, partitura con lagunas, liberación del corset de las reglas monótonas a las que se ciñen algunos metristas de sesgo ideológico conservador. Aplicar reglas al dedillo es hacer mal uso de ellas, ceñirse a un molde es fácil: el secreto está en que la forma sea nueva, el caballo de Troya en donde otras identidades y visiones de mundo ingresen al juego. Se trata siempre de ampliar el mundo y de dar patente o visa de circulación a lo que no la tiene.

Nada más lejano al corsé de la métrica preciosista o pseudoperfeccionista que la poesía de la Mistral: lo de ella es canto sin patrón en el sentido métrico y en el sentido social. O por decirlo de otra manera, se trata de una vanguardia natural. La poética de un autor es extraíble de casi todos sus poemas. Sin embargo, en la Mistral hay un guiño a esa transparencia de la que ella no podría ni quiere hacer uso, pero de la que tiene una *saudade*; ella saluda de lejos en algunos poemas que se salen del tono general de *Tala* para entregarnos ciertas claves. Nos referiremos a «La copa» y «La flor del aire», donde accedemos a guiños al silencio y a la nada, dos materias transparentes, del espacio, de la disolución que es sinónimo de la buena muerte: aire y agua. Ya que el único poema para el oído de Dios (de cualquier forma que se lo conciba) es el silencio: *heard melodies are sweet, but those unheard are sweeter*.

Creo que estos dos poemas son claves por lo siguiente: es como si ella nos quisiera decir que podría escribir así, sobre el agua y el aire, sobre ese poema cercano al silencio que es el único poema digno del oído de Dios

o de los hombres, pero no quiere hacerlo, no es lo que quiere proponer. Tiene en esos dos poemas nostalgia por esos materiales, pero el proceso de búsqueda de ellos *es* precisamente el poema, el borrador de la búsqueda de esos materiales constituye el poema. Porque hay una vergüenza escritural. Ese mismo proceso está en la búsqueda (de la madre, en el primer poema), que es una duna que se deshace cuando ella está a punto de alcanzarla, de verla. Esta vergüenza, que no debe confundirse con un miedo sino con una audacia escritural, este no querer hacerse cargo de la alta cultura, o de tamizarla, aparecerá luego en Lihn. Esa vergüenza es el pasillo inadvertido por el que cruza descalza la poesía genuina.

«La flor del aire» es incolora, es la hermana de la nada y el silencio, que busca sus contrapartes. Ni siquiera las flores blancas le sirven a esta flor exigente: blanco es cliché de la pureza, nada la satisface. Luego la caprichosa flor del aire le exige flores rojas a esta poeta que cruza montañas y valles; estas flores rojas ensangrientan como un venado herido el agua, son flores de demencia de las que se alimenta esta flor del aire incolora, su perfecto antónimo pero también su complemento, *su pareja*; las amarillas de oro son demasiado deslumbrantes (belleza excesiva que fascinara al modernismo). Son las flores incoloras las que exige la flor del aire, que quiere estar con sus hermanas, son éstas las que la poeta persigue y no puede encontrar. La poeta buscará eternamente lo incoloro, el aire. Y anda tras la rosa incolora, para ofrecerle lo incoloro, el silencio. Declara que la tarea no está realizada, que la poesía es simplemente búsqueda, que el poema es siempre un borrador, un bosquejo, la huella de esa búsqueda, o incluso una nota circunstancial como en los recados. Esto les será de mucha ayuda a los que tienen una visión estática de la poesía.

Flores de demencia. El cactus no florece, según ella es una herida, y las hojas del eucalipto no tienen gracia ya que Job no ha de poseer galantería o coquetería. En «Recado de nacimiento para Chile» recomienda que la niña crezca sólo como la manzanilla, chiquitita. Lo fastuoso y sensual es lo que pareciera desagradar a nuestra poeta. Y al álamo lo reprende: *tan grandote y tiritando como una caperucita*. Hay como una especie de celo con la sensualidad de la naturaleza en muchas ocasiones. También con el lujo modernista. La única pureza posible —no hay pureza en ninguna poesía— tiene que ver con la sequedad y el sacrificio del monte. A excepción del aire y el agua en los dos poemas anteriores.

La tentativa eterna del poema que flirtea con el silencio de la infancia en el Elqui. Por eso aire, agua y flores sin color son la figura del silencio, o de la copa con agua que la poeta lleva de una isla a otra: un poema sobre el poema, una vez que lo ofrece queda vacía, con culpa por la labor, temblando. Difícil

maniobrar con estos materiales incorpóreos e inasibles y con la duda metalingüística (más tarde, el boicot al propio poema, en el desarrollo que Lihn hará de la antipoesía parriana) y la culpa por lo que (no) hemos hecho o escrito, y aquí sería interesante traer a colación la concepción de fracaso en De Rokha.

El soneto maldito y trágico en donde ella deseaba la muerte a alguien en su juvenilia, vuelve a aparecer en el poema «Vieja» de *Tala*, en la sección de criaturas, monstruos o *club of queer*. La vieja está olvidada de todos, como en esos filmes de Lucrecia Martel en donde en una casona de provincia hay una anciana inmóvil que no se sabe si está viva o muerta. Hasta la muerte se ha olvidado de ella, pero no la hablante de *Tala*, que en un erotismo piadoso —de vieja sacerdotisa, como dice Adriana Valdés, aunque sexuada y no asexuada como afirma la académica— le regala su muerte a la vieja y se acuesta junto a ella (*se acuesta con ella, remarcaría nuestro sobresexuado y epistolar pensador*), se queda pegada a su mejilla y a su oreja (ese órgano erótico, ese receptáculo del susurro). La poeta tiene superpoderes: esta vez como regalo piadoso, como dulce eutanasia final, la hablante le regala la muerte a la anciana.

La oreja no deja de ser importante, esa parte de contacto entre los cuerpos vuelve a aparecer en «Recado de nacimiento para Chile», en donde la hablante se pega a la oreja de la niña que acaba de nacer y pide no le laven el pelo, para lamerle la grasa como una loba. Cuerpos, obviamente. Y materias. La vieja muere y el cuerpo se convierte en abono para la tierra, de la que nacerán los árboles-madre cuyas raíces se aferran a la tierra (ya que el mármol es modernismo, alta cultura, muerte).

Nuestra hablante rechaza la lápida y el mármol y pide una especie de tumba al aire libre, característica básica del nómada, un disolverse en la materia, en la naturaleza, un devenir desierto, piedra de Elqui o Oaxaca. Abono. Vuelvo entonces a su *opera prima* en donde aparece esa idea: «del nicho helado (*vs. la tierra cálida*) en que los hombres te pusieron / te bajaré a la tierra humilde y soleada, / que he de dormirme en ella los hombres no supieron / ni que hemos de llorar sobre la misma almohada». O sea, duerme además con el muerto, así como duerme con la vieja moribunda de *Tala*. Esta extraña imagen ecológico-mórbida tiene que ver con el rechazo al mármol modernista, así como a los caireles y toda la joyería dariana-eurocéntrica, esnob y finalmente provinciana. Mucho mejor la tierra y piedras del Elqui. Y esta tumba natural es la que se corresponde con su condición de viajera y exiliada. Por eso en *Tala*, y sobre todo en los *Recados*, aparece con frecuencia la figura de la casa ajena, el descanso de la viajera o *la extranjera*; nomadismo que no es elección («Fui dichosa hasta que salí de Montegrande, ya no lo fui nunca más») sino que fue parte de su deambular de país en país correteada y acosada por ciertos burócratas de bigotito sospechoso.

Mistral, la correteada, porque ¿dónde entierran los nómades a sus muertos? Ésa es la pregunta del puertorriqueño Julio Ramos en su precisa novela *Por si nos da el tiempo*. Diplomáticos esnobs que antes le hacían la vida imposible y que hoy se disputan su herencia simbólica. Tecnócratas de la cultura, jefes de carrera, como dice Patricio Marchant. La victoria de la tecnocracia liberal no va acompañada ni de libertad ni de mejor distribución de la riqueza ni de mayor educación pública, punto fundamental para nuestra poeta.

En *Recados* menciona las casas y las personas que la recibieron, *Recados* es libreta, literatura intencionalmente menor. De esa manera aparece el sustantivo propio en Mistral, no como una manera de avalar al poema. Es decir, se menciona el nombre cuando éste carece del peso de la cultura, de la cita literaria y libresca de la que ella se mofa en el personaje de Don Palurdo, gran citador. Porque la cita culta y eurocéntrica es lo realmente provinciano (y Mistral es universal). Finalmente, con respecto al nombrar, señalará luego en *Lagar* que no nombra, pues los nombres son del Único, de Dios.

Hay algunos hechos dignos de mencionar. En la vanguardista antología de Teitelboim y Anguita, Mistral es excluida. Ellos privilegiaban cierta palabrería y chorreo de imágenes que olía a Europa. La poeta iba en la dirección contraria: la clara sustancia de la luz sobre la materia, la insidia del sol sobre el Elqui. Eso en términos de contenido, porque en términos formales nos dejó una ardua labor dado lo alambicado de su habla, de su agramaticalidad, si se quiere. Ella era americanista, mestiza como culturalmente, por lo demás, somos todos, parcialmente indigenista, medio vasca, nos advierte. Y mientras a esos intentos surrealistas les cayó brutalmente el peso del tiempo encima, la poesía de la Mistral está viva y se la tironean de todos lados: psicoanalistas de diversas tendencias, marxistas, cristianos, conservadores, feministas, latinoamericanistas, indigenistas, postestructuralistas y demás.

Otro hecho relacionado con ese eurocentrismo sin digestión ni aduana se puede apreciar en la manera en que se refiere a la Mistral su gran amiga y editora Victoria Ocampo, de *Sur*: resalta excesivamente su carácter «indigenista», quizás de la misma manera en que cierto sector de *Sur* maltrataba a Storni, al grupo de Boedo, a cualquier inmigrante muy reciente (digámoslo claramente: por rotos, por pobres y por una supuesta carencia de biblioteca paterna). Era el tiempo en que *Sur* era afectadamente anglófila y libresca y trataba de codearse con Europa. Visualizamos perfectamente a Ocampo tras los pasos de Virginia Woolf, como una especie de presidenta de *fans club*, eterna y olímpicamente ignorada por la inglesa. Pero fue esa misma Europa la que le concedió el reconocimiento y quien le otorgó el Nobel a la Mistral, quien tuvo una amistad genuina con los grandes intelectuales europeos. Ya sé, no importa el Nobel (ni ningún premio), hasta Obama y Roosevelt lo obtuvieron después de permitir y hasta fomentar genocidios.

A los que se adelantan o hacen su trabajo fuera de las vanguardias taquilleras, que además llegan a la periferia desprovistas del elemento de subversión y camorra inherentes a ellas, el tiempo les termina dando la razón: gran favor el que le hicieron a Gonzalo Rojas con echarlo —por cuestiones de clase, nuevamente— de esa copia poco feliz del surrealismo francés que fue La Mandrágora y otras huidobrias menores. Gonzalo Rojas, Rosamel del Valle y John Ashbery, cada uno en su tiempo y en su época agregaron algo al surrealismo, porque inventar un lenguaje es la labor del poeta y no reproducir las melodías circulantes en los centros. La Mistral lo hizo y es en *Tala* donde más se aprecia: en este libro hay una independencia total del modernismo que todavía se puede apreciar en *Desolación*. Un poeta debe inventar un lenguaje y no *samplear*, por eso el lenguaje genuino es siempre poética del futuro. Wordsworth señala, en el prólogo a las *Baladas líricas*, que los poetas más antiguos de todas las naciones escribían, por lo general, siguiendo la pasión despertada por los acontecimientos reales; escribían de forma natural en cuanto personas y según su sentimiento, su lenguaje era atrevido y figurativo. Ellos eran hijos de su tiempo y hablaban desde su contexto. En épocas posteriores, quienes ambicionaban la fama y el tono de esos poetas, dándose cuenta de la influencia de dicho lenguaje y deseando producir el mismo efecto, se dedicaron, a pesar de no tener la misma pasión (y muy importante: en un contexto histórico distinto y ajeno) a adoptar aquellas figuras retóricas de manera mecánica.

Patricio Marchant afirma que la poesía de Mistral debe inaugurar un tipo de pensamiento en Chile, país donde quizás haga falta una poética del hijo: hay demasiados padres que pretenden arrogarse la fundación o refundación de la literatura, demasiada ansia de autoridad en algunas gentes. Se trata en el fondo de ser *hijo* (y no padre) de su época y de no repetir lo que otros han hecho antes, como Mistral, que *zafa* del modernismo, de la poesía de salón. Esa fraseología adulterada de la que habla Wordsworth, ese escribir como lo hicieron otros, como lo que *parece o suena* a poesía, no es ejercicio lírico sino simple repetición de la fórmula que le confiere prestigio al poeta. Lo riesgoso es salirse de esa moda y dar un paso adelante: lo hicieron Vallejo, Neruda,

**Un poeta debe inventar un lenguaje  
y no samplear, por eso el lenguaje genuino  
es siempre poética del futuro.**

la Mistral. Las palabras del año pasado pertenecen al año pasado. La época no demanda sólo una imagen, demanda también un lenguaje aunque éste se divorcie de la audiencia. Y es en *Tala* en donde aparece en plenitud este lenguaje áspero, entrecortado, divorciado del preciosismo y de los modernismos y vanguarderías, que demostraron rápidamente su obsolescencia. La diferencia escritural conlleva un sesgo político. Le da visa a un habla, hace que muchos entren a la fiesta, amplía el mundo.

Recordemos además que hay baladas en la Mistral, quien leyó al Blake de los *Cantos de inocencia y experiencia*, al Wordsworth-Coleridge de las *Baladas líricas*, no sin hacerlos antes caminar descalzos por montes calvos: el cedazo y la aduana del desierto. Véase en todos sus poemas la estructura de cuarteto y el habla campesina porque, repitiendo a Wordsworth, *el lenguaje de los campesinos de clase baja está lejano a la vanidad social y transmite sus emociones e ideas con expresiones sin elaborar*. Lo entrecortado, lo arrítmico y lo aconectivo forman parte de esa habla, aunque se trate de una *especie intencional*. Nos dice *corrijo más de lo que piensan y aun así me salen unos versos que me quedan bárbaros*: el poema recorre un camino de lo natural a la antinaturalidad del corsé de la forma, y luego vuelve a la naturalidad. Una naturalidad que el lector percibe, inconsciente del gimnasio, las bambalinas y todas las situaciones de parto doloroso del poema. Poesía genuina, pero intencionada. Especie intencional.

*Por una poesía sin pureza* fue el discurso posterior de Neruda en la entrega del Nobel (sí, OK, ya seeé que no importan los premios). Sin pureza y sin formalismo. Contra el preciosismo aséptico: si se cuela una rima en un poema sin rima, dejarla vivir, declara la poeta, no pelearse con la materia del idioma, permitir que el idioma se exprese con sus arcaísmos, que son del campo y que no son culteranismos, como algunos quisieron creer.

Pero tampoco se trata de que todas las palabras del habla ingresen a rajatabla en el poema: ingresan sólo los que tienen la visa de la plasticidad. *También en mi habla dejo por complacencia mucha expresión arcaica, sin poner más condición al arcaísmo de que esté vivo y sea llano*. La mezcla, además, de distintas palabras de las Américas recogidas en sus viajes salpica el texto de un habla de ruta, de un habla que recoge la mejor fruta por el camino. Eso lo hicieron años más tarde neobarrocos como Néstor Perlongher, Wilson Bueno y tantos otros. Entonces, no se rechaza *a priori* una palabra, no hay prohibiciones, no se considera pifia ni mote una rima que aparece en un poema sin rima o la incorporación de un extranjerismo, en general americano porque la Mistral no es localista sino internacional y panamericana.

Hay —y lamentamos decepcionar a los formalistas— incorporación y cierta deformidad. O una música rara, como la de Monk, que pareciera

tocar todas las teclas equivocadas, o todo a destiempo, pero que de esa manera logra establecer una obra plena. Pensemos también en la hipótesis de Piglia sobre Roberto Arlt, que escribe como cargador de La Vega una de las literaturas más vitales de las Américas. Por este motivo, *Tala* no es sinónimo de poda como se ha señalado, sino de cierta cojera, cierta deformidad del habla, cierta emisión verbal que sale sin fluidez preciosista, como rodados por los montes del Elqui. No se trata de poda aséptica, se trata más bien de una especie de culpa escritural que años más tarde, en otros autores, devino metaliteratura y poesía del lenguaje: cuestionamiento al lenguaje (por ser indigno del silencio, del oído de Dios, por ejemplo) o incluso boicot al lenguaje (Lihn).

Sigamos con la culpa. *La poesía me lava de los polvos del mundo y de no sé qué vileza esencial, parecida a lo que llamamos pecado original*. A algunos de nosotros, el objetivismo norteamericano nos ha enseñado a callar. Ésa fue su lección. Y a tener conciencia de que el parto es doloroso. La glotis tiende a cerrarse y el poema sale aconectivo, apenas, y con versos pedregosos. Versos de nueve sílabas carentes de sensualidad y de lujo. El poema sale de milagro. Esto justifica el canto, no del romántico ruiseñor sino de otras especies, un canto más misterioso e inquietante. *Versos que me salen bárbaros*, dice ella, a quien la exquisitez retórica le importaba un bledo: en «Nocturno de la consumación» se le cuelan rimas internas que harán rabiarse al oído retórico, pero esa infracción, según ella, será aceptada con gusto por el niño o por Juan Pueblo, afirma. Nos cuesta creer que esos eran los lectores pensados por ella, siendo éste un libro tan complejo. Aunque son los niños y el pueblo los que aventuran las lecturas más sicodélicas, *alucinadas* («Alucinaciones», *Tala*). «La muerte niña», que dialoga con «Vieja», ¿qué verá un niño en un poema tan alucinado como éste? Los demás tratan de jalarla de un brazo hacia sus respectivas sectas. Al parecer ése es efectivamente el grupo objetivo de *Tala*, lo que queda claro desde un primer momento en las «Notas», en donde propone nuestro territorio como asilo para recibir niños vascos, o niños de donde sea, gesto que augura el Winnipeg nerudiano lleno de españoles que salvarían el pellejo del franquismo asilándose en estas lejanías.

El modernismo está relacionado con la declamación, con el barítono. Hay que sospechar de las lecturas actorales a voz en cuello: los poetas leen mal sus poemas, les salen apenas. El silencio es estricto porque se escribe para el oído de Dios, de manera que deja un pasillo muy estrecho para el paso de los fonemas, un puente muy peligroso para que los poemas crucen. Por eso el habla sale rara: canto ya no de ruiseñor sino de otra ave (*¿rara avis, dirías tú?*). Creo que se debería estudiar desde un punto de vista médico y científico los motivos por los cuales el habla del que está enamorado o del

que padece un luto se caracterizan por una glotis que tiende a cerrarse.

*La poesía me lava porque canto el mundo*, no porque lo idealice inmaculado: su poesía tiene la aspereza del Elqui, blanca de polvo y roja de jornadas y con el rostro cocido por el llanto. Corregir el poema es corregirse uno mismo, dice el poeta de combate Paco Urondo mucho más tarde. Y Roberto Rossellini contesta pavesianamente una entrevista: «El verdadero oficio es ser hombre, con humildad, odio la palabra *humildad* pero es la mismísima verdad, ser pintor, director no es importante, lo importante del cine o de todo arte es ser un mejor hombre, mujer».

Aunque resulte amarga y dura, la poesía que hago me lava de los polvos del mundo y hasta no sé de qué vileza esencial parecida a lo que llamamos el pecado original, que llevo conmigo y que llevo con aflicción. Habría que pensar en la manera en que la poesía limpia a la poeta de la vileza que los cristianos llaman pecado original. Sin duda se estampa fuera del cuerpo del poeta, quedando como mancha en la página a la manera de quienes expurgan su culpa y dejan la hoja con todas sus pesadillas, a la usanza vomitivo-maldita, aunque se desata el nudo de la glotis al sacar ese canto —bárbaro, arrítmico— que nació de un nudo de cerros y que queda como sedimento en el habla de la poeta. Pero lo intrincado sólo lo es para el oído retórico, ya que el pueblo, la mejor criatura verbal que Dios creó, avienta el vocablo de pronunciación forzada y pedante, por holgura de la lengua y agrado del oído. El clásico asunto de la visa y de la carta de ciudadanía de ciertas hablas.

Otra cosa que hay que resaltar de *Tala* es la mujer como montaña o como duna, su madre, como una duna que se disuelve y aleja y es cubierta por otras dunas mientras su mirada la busca (la poesía es proceso, búsqueda, no resultado). Una mujer es una montaña, menos por sus redondeces que por su inmensidad. Esa cordillera prefigura las alturas montañosas de Neruda y el «Poema uno» de los *Veinte poemas de amor*, también la posterior poesía de Raúl Zurita. Podemos rastrear esa imagen de la mujer como gigante o montaña en la literatura y el arte de todos los tiempos. Pienso, por dar sólo un ejemplo, en Youki, la diosa de la nieve de Tsugoharu Foujita.

Otros de los temas son la pérdida, que es ganancia (comparar con *One Art*, de Elizabeth Bishop) y el canto a la materia, que también aparece en Neruda. Materias, este mundo y no otro. En estas materias vuelven a aparecer el aire y el agua y son su culpa escritural que deviene metapoema. Esa agua en «La medianoche» es goteo, nota de piano separada del resto de las notas con silencios entreverados, *stacatto* a la Cage, un poema exquisito que no es de su tono en general y en donde la Mistral escucha los nudos del rosal, escucha el devenir otra vez espinoso y abrupto de la naturaleza ●

# *El desarrollo cultural* **comunal**

MARCELO MELLADO

LA CHABUCA BLANDA llegó temprano a la oficina esa mañana. Le decían así porque tenía obsesiones con el folclor regional, pero en un registro poco definido. Dicen que el apodo era porque lo hacía pésimo, otros decían que intentaba imitar a una cantante peruana de nombre parecido. Otros opinaban que quería parecerse a Mercedes Sosa, o que era una combinación de ambas, pero con el contenido político-social diluido en protocolos municipales, por eso otros le decían la Meche Chocha. Era una especie de diva aindiada, pero ya no cantaba. De eso hablaremos luego.

Llamó por teléfono a su jefa, la Maldita, para comunicarle que había echado a cocer la cabeza de chanco para el evento de la noche en que venían las Guitarras Viajeras. Era la gala del bolero. Se suponía que para esa hora ya estaría lista. La Maldita le dio instrucciones sobre los aderezos y las guarniciones, las que anotó con precisión. Estaban preparando el evento que inauguraría los tonos primaverales del territorio, y con ello anticipar también el período estival, aunque no podían o no debían, y eso lo habían establecido claramente en el plan, poner toda la energía en la época del año en que venían más turistas, era necesario hacerse cargo del periodo otoño-invierno en que circulaban los mismos de siempre, los pelotudos de los vecinos cuyos votos elegían al alcalde que había que reelegir. En temporada alta era jauja, al menos a nivel de convocatoria. La jefa o la Maldita aprovechó de putearla por teléfono porque no estaban listas las invitaciones, luego le dio las instrucciones para el *cocktail* y la confección de las guirnaldas.

Todo era cultura, que no se le olvidara el lema del departamento.

La vieja, la Chabuca Blanda, después de eso, fue al baño a orinar, y también lagrimeó un poco, siempre pensando que todo era cultura. Nunca pudo acostumbrarse a la violencia laboral y al abuso de poder (no había aprendido nada, le decía su amigo del alma, el Peluquero, que se dedicaba a decorar los eventos y a peinarlas, de ahí su apodo). Se arregló el moño tipo tomate que solía hacerse y con el que, decían los del servicio de aseo, se estiraba la cara, como recurso alternativo a la cirugía. La jerarquía enfermiza era un tema crucial en ese ámbito de insatisfechas del dolor, comentó alguien de otro departamento municipal, probablemente de medio ambiente, que solía pedirles colaboración para algunos eventos de limpieza, sanitización y desinfección de espacios públicos.

En ese contexto el deterioro de los semblantes y las pieles se marcaba prematuramente con surcos indelebles. Eso le ocurría a la gente que trabajaba en el municipio, comentaban los que no lo hacían ahí, que no eran muchos, porque casi toda la ciudad estaba ligada de algún modo a ese lugar, excepto nosotros. La Chabuca Blanda, además, por instrucción de la Maldita debe alimentar a los perros y gatos callejeros que ha recogido en todo este tiempo porque necesita proyectar su propio modelo hogareño a su lugar de trabajo. Quería o le obsesionaba parecer diferente del resto de sus vecinos, porque era un modo de espantar la fobia de pertenecer a una comunidad precaria, que no le hacía honor a su valía. La familia clasemediana aspiracional era la matriz arribista que modelaba su rutina operativa.

La Chabuca Blanda, en cambio, venía de una condición de clase algo más popular, pero no menos pretenciosa, aunque más diezmada por el nuevo orden económico-político y con una singular disposición para ser victimada por procesos humillatorios, propios de los protocolos municipales y del poder en general, siendo el abuso su consecuencia más inmediata. Aunque existía un relato

La jerarquía enfermiza era un tema crucial  
en ese ámbito de insatisfechas del dolor

particular que le devolvía la esperanza, una utopía vecinal, algo como un proyecto que ella y sus colegas artistas habían desarrollado en tiempos de dictadura y que debió florecer en democracia, pero algunos reacomodos y las nuevas condiciones complejas de las transiciones impidieron que se concretara.

Se trataba de una organización gremial que agrupaba a los artistas de la localidad que sirvieron de decorado al discurso político emancipador de entonces. Ella soñaba con rearticular esa asociatividad artístico-cultural en sus noches insomnes, que eran las más. Las siglas de dicha organización eran ACUPSA (Agrupación Cultural del Puerto de San Antonio). Mi amigo poeta, Roberto Bescós, que vende artesanías y libros en el paseo de la costanera, cuando se toma unas copas comienza a recitar o relatar esos episodios obsesivos que reivindicaban una impostura risible de un periodo voluntarista, al que él perteneció no sin avergonzarse. Se pone serio, engola la voz y emite un discurso que versa sobre la necesidad de resucitar dicha instancia gremial. Imitar a la Chabuca Blanda se convirtió en un clásico de nuestro poeta, que además era un buen comediante. Él se refería a ella como una solterona viuda, porque se vestía como si anduviera siempre de luto y porque era (y siempre fue) brutalmente poco atractiva. Además de vestir siempre de negro y de calzar sonoros tacones que le daban un lejano aire de travesti portuaria que había asumido el flamenco como rutina, despedía un olor glacial sobrecogedor.

Con el Chino, el poeta Bescós y el dúo Sarmiento, unos boleristas endémicos del barrio, solíamos juntarnos a reconstruir el campo o paño territorial, sobre todo en el ámbito de la cultura, para no vivir tan tristes, alrededor de un vino frutoso y algún producto del mar que traía el poeta, regalón de los pescadores que lo proveían sin que él se lo solicitara (cuentan que les pagaba en versos). En la reunión de la semana pasada nos enteramos de que la Maldita preparaba un espectáculo para la recepción de unas obras hechas por la intendencia regional en nuestra comuna, y había, como era costumbre, que agradecerles a las autoridades. Decidimos ir para acompañar a la Chabuca como público, viendo cómo era humillada en su rol de sirvienta en el *cocktail*, que era el centro del

evento. Pobrecita ella, sus dotes líricas no sólo son omitidas por la Maldita, sino despreciadas. Unas viejas decadentes bailarían cueca y algún profesor jubilado recitaría poemas de Amado Nervio o quizás Rubén Darío para nuestro agasajo retórico.

Iríamos porque sin el patetismo cultural de nuestra localidad nuestra vida sería más aburrida de lo que es. Sabíamos que jamás nos dejarían subir al escenario, quizás en alguna ocasión menor como para telonear, como se dice ahora, a algún consagrado que viene de Santiago, porque de la capital viene el arte de verdad, piensan ellos que piensan las viejas del departamento de cultura. Al grupo le encanta ir a ver dichos espectáculos, porque después los incorporan a sus relatos en las reuniones, alrededor de una botella de tinto y de unos pescaditos a la lata (porque no es una obligación gastronómica tomar vino blanco con el pescado). Les gusta ver al alcalde incómodo en ese tipo de lances y reproducir su verba magra e insustancial, les gusta ver a la Maldita con esos trajes de dos piezas color pastel, horribles, que desaparece detrás de las autoridades o se queda en la cocina, porque le carga comparecer en el escenario, su fobia odiosa se lo impide.

Allí estarían además los lamefecas (un poco más radicales que simples lameculos), clientelistas cuyo gran aporte a la cultura es asumir con orgullo y soberbia el grado cero de la dignidad y el decoro, ávidos de cualquier recurso posible que caiga del Estado y que el municipio suele repartir a los suyos.

Saldríamos riéndonos y odiando, como corresponde, nos iríamos a la cueva del bolero, que es la casa de los Sarmiento. Y el poeta Bescós, con sus dotes imitativas, haría el resto y el dúo Sarmiento compondría algunas payas para amenizar. Obviamente los mariscos y el vino no faltarían. Porque nos podrán negar la sal y el agua las autoridades del municipio y las otras, pero no nos quitarán nuestros ritos ancestrales. En este caso es una simple reunión periódica en que hacemos un relato en donde recordamos a la Chabuca Blanda, a nuestra agria vecina de la impotencia, que es en la práctica nuestra virgen *dark* que ilumina nuestra insuficiencia cultural con su triste plegaria asociativa •

# Ahh, realidad espejeante

WALDO ROJAS

**Ahh, realidad espejeante, dársena de toda abjuración,  
venga, pues, ese trueque en el que mi pobre moneda falsa  
incline su vergüenza al regateo de tus prestidigitaciones;  
dame ya tu mercancía todavía goteante de jugos  
viscerales  
y que el grito vuelva a su reencuentro con el látigo.  
Así como el amanecer cambia sus trinos  
por el mugido de las degollaciones,  
vuélcame rápido la carta más vilmente marcada  
con su doble roña de sebo y engañifas,  
Tarot de los Dementes,  
o no me quedaré a tu cena de algodones sucios.**

# Sangre en el ojo (fragmento)

LINA MERUANE

## ¿QUÉ OJO?



INICIO DE UN PROTOCOLO: quítate la ropa, ponte esta bata de franela floreada, ajústate estos pantalones demasiado anchos. Falta la gorra de plástico. Estás preciosa, exclama mi madre. Me ajusto la gorra mientras añade, estás igual que cuando eras una niña. Mamá, le digo, arreglándome el pelo bajo un elástico descosido, ¿me quieres decir cuándo fui yo una niña? No recuerdo haber tenido ni un solo momento de infancia. Ni un instante de calma. Ni un segundo en el que no pensara cuándo me iba a tocar la varita de la desgracia. Mi madre no responde, hace un mohín, con toda seguridad se muerde el labio. Yo continúo intentando que mi pelo no se venga abajo, pensando por qué será que cuando hago una pregunta nadie me contesta, diciéndome que yo tampoco debería contestar ahora que empieza el interrogatorio. Voces filipinas con acentos afilados. Una me pregunta quién soy, cómo me llamo. Digo mi nombre completo, lo deletreo. Mi madre confirma que es mi nombre de bautizo. Ignacio verifica que esté escrito como corresponde. Alguien más me toma del brazo y me amarra una pulsera plástica que lleva mi alias de prisionera. Me levanto, me siento. Hace frío, digo, pero ya nadie me responde. Otra voz interviene. ¿Cuál es tu nombre?, dice. Escucho que teclea mientras contesto temiendo equivocarme. Y entonces ¿alguna enfermedad congénita?, ¿qué medicinas estás tomando?, ¿hace cuántas horas que no comes?, no lo sabía ni quería saberlo, ¿fuiste al baño esta mañana?, eso espero, ¿de qué te van a operar?, ¿qué ojo primero? Las voces van cambiando pero son siempre las mismas preguntas: ¿con qué ojo va a empezar el médico?, con el ojo de la mente, ¿te lo han operado

alguna vez antes?, sí, ¿llevas placa?, tal vez, ¿y cómo te llamas?, deletrea tu nombre, ¿firmaste los documentos, todos?, ¿qué documentos?, la autorización para grabar la operación, ¿grabarla?, sí, hay que tenerla, por tu seguridad, por si acaso, para resguardarte, ¿alergia a alguna medicina?, ¿alguna intervención quirúrgica previa?, ¿cuál es tu apellido?, ¿qué ojo van a operarte?, ¿éste?, ¿este?, ¿algún diente falso?, quizá, ¿lentes de contacto?, ¿tu apellido, tu primer nombre?, ¿firmaste?, ¿soltera o casada?, ¿cuál será el primer ojo?, dígame a Lekz que quiero una copia, una, del video, le digo a la voz de turno, me contesta, ¿tienes sida?, ¿has tenido enfermedades venéreas?, ¿cuántos amantes?, ¿mujeres o sólo hombres?, dígame al médico que lo autorizo pero que quiero copia, ¿pareja estable?, que yo quiero copia de la grabación, sí, me dicen, ahora le preguntamos, ¿viven tus padres?, ¿estás embarazada?, ¿cuántas unidades de insulina al día?, el doctor manda a decir que para qué quieres copia de la película, para qué podría quererla, digo, para verla cuando pueda ver, con mis propios ojos o con los de Ignacio, ¿y llevas algún anillo?, ¿por qué estás aquí?, para supervisar la maniobra, ¿estatura?, ¿alergia a la penicilina o a alguna sulfá?, ¿a algún analgésico?, ¿de qué te vas a operar?, ¿alergias?, ¿el permiso para grabar la operación, lo firmaste?, ¿pero me darán la copia de esa cinta hermosa y repulsiva, llena de sangre?, ¿alguna prótesis metálica?, todas, soy la mujer biónica, la del ojo de titanio, y me río sola, a gritos, preguntando de vuelta, al aire, quién era el del costoso ojo telescópico e infrarrojo, ¿el hombre de los seis millones de dólares?, ¿él te acompaña?, ¿quién?, ¿qué ojo?, ¿cuál?, ¿estás segura?, ¿y qué seguro médico, qué plan?, ¿cuántos hijos tienes?, ¿algún aborto inducido o ilegal?, ¿cuántos?, ¿qué ojo?, ¿y el segundo?, ¿firmaste los papeles?, ¿el derecho o el izquierdo?, ¿el permiso para filmar la operación?, ¿cómo te llamas?, ¿quién es tu médico?, deletrea, ¿qué ojo va a intervenir?, ¿uno solo o los dos?, ¿número de seguridad social?, ¿qué apellido?, ¿el mío o el de mi médico?, ¿alguna enfermedad crónica?, ¿qué medicamentos?, ¿unidades?, ¿gramos?, ¿cuánto pesas?, ¿quién te acompaña?, ¿qué edad tienes?, ¿la autorización para que te operen?, ¿el documento que libera de responsabilidad al hospital por perjuicios?, ¿eres diestra o eres zurda?, ¿con qué mano firmas tu nombre? ¿cuál es tu verdadero nombre?, ¿algún seudónimo?, ¿a qué te dedicas?, ¿qué es la ficción?, ¿y eso qué es, perjuicios?, ¿verdadero o falso?, ¿qué ojo primero?, ¿te duele?, ¿por qué insistes en señalarlo?, ¿es éste?, ¿éste?, ¿o éste?, ¿y tú, quién eres?, ¿de quién es esta gorra?, ¿y este ojo, de quién es?

## PURA BIOLOGÍA



ASPIRANDO TODAVÍA ese olor salado adherido a su camiseta. Aferrándome a él le beso la boca y las mejillas cada día más chupadas y la esquina de los párpados. Me atraviesa una extraña felicidad al sentir el contorno de sus ojos agitarse debajo de la piel. Sus ojos vivos. Ignacio me separa y me pone un beso en la mejilla. Mis dedos vuelven a trepar por su rostro pero Ignacio dice por favor deja de hacer eso. Pone su sien junto a la mía y de nuevo me embarga la felicidad de tener un instante de su cuerpo para mí, justo antes de que nos separen. ¿Qué harán ustedes mientras estoy allá dentro? Silencio. Un silencio que me impide adivinar qué gestos hacen, qué caras ponen. ¿Qué van a hacer con tanto tiempo? No será tanto, dice Ignacio afligido, sabiendo que tendrá tres horas enteras con mi madre. Tres horas apenas, insinúa. Cuatro a todo reventar, dos por cada ojo. Comprendo que repite buscando tranquilizarse. Lekz ha dicho, dice Ignacio, que nunca se ha demorado más de cuatro horas en arreglar un par de ojos. Ha dicho que incluso podría tardar menos, si se apura un poco. No te preocupes, añade mi madre (la veo desde tus ojos, Ignacio, reconfortada por la compañía, arreglándose el peinado), no te preocupes, hija, en algo nos entretendremos él y yo. Y lo dice como si dijera: por fin solos. Mi madre tendrá a mi Ignacio para interrogarlo, lo tendrá sobre todo para asediarlo con esas historias médicas que él detesta y que yo crecí escuchando. Historias de errores médicos a las que soy adicta. Ignacio me estrecha en un abrazo y empieza a temblar levemente, me aprieta, me estruja, me sofoca, no me dejes solo con ella parece que me dice. Se le acelera el corazón. La ansiedad elevada a la décima potencia. Pero yo que soy su escudo contra mi madre, su defensora y su secreta victimaria, yo no puedo ya protegerlo. Suéltame, Ignacio, tengo que irme. No te pierdas, dice. Eso espero, digo, y elevo un pañuelo blanco de despedida mientras una mano suave de enfermera me toma del brazo. Es la mano ajena de una filipina que me habla muy despacio. Y seducida por su voz maligna me dejo llevar al lecho donde van a sacrificarme. Me ayuda a encaramarme a la mesa de operaciones. No vas a sentir nada, asegura mientras me clava dolorosamente la aguja del suero y a continuación la aguja de la anestesia. Se me pierde la cabeza con tanta aguja metida en la vena. ¿Estás bien?, pregunta ella, y ésta que soy yo, esta chilena ridículamente cubierta por una bata floreada, le dice, modulando difícilmente, bien no, nada bien, esta camilla está muy fría. Antes de que termine de quejarme ella me lanza una manta encima y el calor me relaja, me adormece. Mi nueva novia filipina me toma por la muñeca, busca mi pulso y suspira un cómo te llamas, quién va a operarte, qué ojo primero, pero yo he olvidado todo,

no sé quién soy y no puedo explicar por qué estoy ahí, entre sus brazos, sólo espero que ella lo sepa a pesar de sus preguntas, que esas preguntas sean sólo una estrategia para distraerme de mis dientes, que ahora rechinan. Y entiendo, porque reconozco su carraspera, que Lekz ya está detrás de mi cabeza, que son sus manos las que me enderezan la cara, me arreglan la gorra, lavan mis córneas con un algodón cremoso; comprendo también que junto a él hay otra oculista que vagamente recuerdo, porque trabaja en la misma oficina de Lekz, porque es, de Lekz, ahora me acuerdo, su mujer. Ella va a asistirlo en su tarea. Todo en familia, aquí dentro y allá afuera, pienso sin retener el pensamiento. Y quizá sea mi enfermera quien me dice que estire hacia el techo un dedo de la mano que ahora pesa una tonelada y pronto se disuelve. El dedo ya no está. La mano ya no está y tampoco el brazo. Ya no estoy yo. Lucina se esfumó, su ser queda suspendido en algún lugar del pabellón. Lo que queda ahora de ella es pura biología: un corazón que late y late, un pulmón que se infla, un cerebro narcotizado incapaz de soñar mientras el pelo continúa creciendo, lentamente, bajo la gorra.

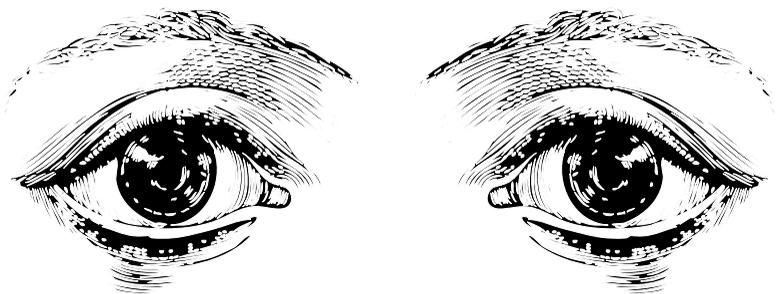
#### LAS HORAS



ESTO LO VIERON OTROS OJOS. Que desde el primer minuto Lekz enganchó mi párpado hacia atrás para mantenerlo abierto. Que se asomó por mi pupila distendida. Que abrió tres agujeros en triángulo, uno arriba, uno a cada lado. Que en cada boquete introdujo un aparato diferente: un alambre coronado por una lupa potentísima, una pinza multifuncional que cortaba venas y cauterizaba heridas, un cable de luz para iluminar la retina. Tres filamentos de metal actuando en conjunto, para podar y quemar y parchar durante muchas más horas que las tres o cuatro prometidas. Y esto lo vieron ojos no tan ajenos. Que mientras yo me ausentaba de mí misma Ignacio y mi madre arrancaban de la sala de espera. Que salían a dar una vuelta por la ciudad y que ya hartos de perder el tiempo entraban al boliche de la esquina, que compartían una pizza y una Coca-Cola tibia, que fumaban acelerados, de la misma cajetilla. La intervención debe de estar por terminar, se decían mutuamente para darse ánimos, caminando apurados y veloces de vuelta. Se sentaron en un pasillo del hospital y forzados a mantener una conversación pulieron uno a uno sus peores recuerdos familiares. (...) Pero en el tiempo que siguió incluso la familia se les fue agotando. No hacían más que mirar la hora: en el reloj muerto del pasillo, mi madre; en su incómodo reloj de pulsera, mi Ignacio. Se alternaban para salir a la calle a darle pitadas a los últimos

cigarrillos lanzando el humo contra los pegajosos ventanales. Y el que se quedaba adentro vigilaba el desfile de operados que iban saliendo de los pabellones escoltados por filipinos. Pero cada vez salían menos operados y los médicos debían estarse escabullendo por otras puertas. Se fueron multiplicando los aseadores armados de escobillones y traperos. Y ahí seguían ellos, mi madre, mi Ignacio, viendo pasar la segunda y la tercera y la cuarta hora ya sin saber cuántas habían transcurrido. Seguían sentados y de pie, dando vueltas por el salón, crispados, compungidos, tomando inotomables cafés de máquina. Nadie se asomó a darles explicaciones porque no habría nada que decir hasta que se acabara la operación que seguía su curso sin detenerse. Lekz no se hacía el tiempo para mandar informes al exterior. No habría podido hacerlo aunque hubiera tenido tiempo. No lo hacía porque no veía nada con su ojo pegado al mío, lleno de sangre. No se atrevía a levantar la mirada. No habría osado parpadear, desatender el puntual movimiento de esos aparatos que iluminaban, aumentaban, cortaban venas y las quemaban poseídos de una voracidad despiadada. Había que controlar la energía de las manos, temerle a esos pies suyos, agarrados de tanto pulsar los pedales apostados en el suelo. Porque manos, pedales y pies, dijo Lekz al salir finalmente del quirófano y encontrarse con Ignacio y mi madre, que corrieron hacia él en cuanto lo vieron; pedales y pinzas, dijo, pálido de hambre, verde de cansancio, esos instrumentos, dijo, no son extensiones de mis dedos. Tienen vida propia y estarían dispuestos, ante cualquier despiste, a arrancar la vista de raíz. Ignacio miró a mi madre que no pestañeaba mirando a Lekz que se aclaraba la garganta para agregar que cuando por fin pudo extraer la viscosa gelatina de sangre que era el vítreo encharcado, cuando pudo por fin examinar cómo había quedado el ojo derecho, sintió un escalofrío. Pero se dijo, les dijo, inmediatamente, que debía aprovechar la adrenalina y se lanzó de cabeza al ojo izquierdo; trepanó, cortó, se salpicó, cauterizó y aspiró meticulosamente el fondo del ojo hasta que empezaron a temblarle los brazos. Se lavó desde las uñas hasta los codos, se enjuagó la cara sintiendo que las aletas de la nariz le vibraban, se secó la nuca, pero Lekz no se atrevía a emitir un veredicto. Menos pensarlo. Era peor de lo que temíamos, confesó, demacrado, y usaba el plural porque su arsenalera o asistente o esposa estaba detrás, todavía uniformada, exhibiendo las mismas monumentales ojeras. No tengo idea, ni la más remota idea, repitió. A mi madre. A mi Ignacio, que también lucía agotado por el trabajo de la espera. No había nada que decir sobre el futuro. Lekz procedió a repasar cuanto había ocurrido ahí, adentro, a lo largo de varios meses. Mi madre escuchaba completamente hipnotizada. Ignacio quedó completamente enfermo. Se le ablandaron las

rodillas, tambaleó hacia un rincón, y sin que nadie se percatara de su ausencia afirmó las manos resbalosas contra las paredes, oyendo, como a lo lejos, un murmullo escapando por la escotilla de ultratumba de la ciencia: habría que esperar otras doce o dieciocho horas para saber si Lekz me había dejado definitivamente ciega. ¿Es decir?, quiso precisar, también lejana como un silbido mi madre. ¿Qué quiere decir? Quiere decir que si ve luz mañana hay posibilidades, intervino la esposa arsenalera. Si no ve nada, intervino a su vez el médico, rascándose la nuca, estirando los omóplatos como un pájaro destartado; si no ve nada no lo sé, señora, tendríamos que ir viendo. Verás tú, me dijo Ignacio que pensó, ya derrotado sobre el suelo. Ya verás tú, repitió para sí antes de dedicarle a Lekz un la madre que te parió a ti y a todos los médicos. Metió la cabeza mareada entre las piernas y ahí la dejó. Se lo había aconsejado su madre cuando era niño, su madre, que no era doctora ni enfermera ni conocía otro trabajo que el de la casa, su madre que fue siempre analfabeta y estaba ya muy muerta. Bajarla. Para no desmayarse. Que se quitara los lentes. Que respirara muy hondo y aguantara el aire. Así, con las palmas todavía apoyadas contra las baldosas Ignacio sintió que Lekz arrastraba los pies alejándose por el pasillo y sintió retumbar también los tacones de mi madre, al acercarse.



## CÁMARA FRIGORÍFICA



ESTOY TODA PARCHADA, con una gasa sobre cada ojo y cinta adhesiva. Mis dedos acaban de despertar y tantean los bordes en busca de una esquina que puedan desprender. Una mano severa se interpone y ahí donde quedó un borde despegado cae la prohibición. ¿Ignacio? Suéltame, Ignacio, la cara me escuece. Pero Ignacio no afloja y yo repito, quítame esta máscara o deja que yo misma me la quite. Sin subir la voz, sin oírme a mí misma siquiera, pregunto otra vez si son suyos esos dedos flacos pero fuertes, esa mejilla rasposa, la boca que me besa casi sin tocarme. Le pregunto, sin compasión. ¿Me quieres todavía, ahora que soy tu momia? Si me quieres suficiente, méteme mano por debajo de los parches y asegúrate que todavía tenga ojos. Quizá esté sosteniendo esta conversación conmigo misma, quizá aún no haya despertado y continúe inmovilizada dentro de una pesadilla. Pero desde ese lugar siniestro me oigo susurrar otra vez, con aumentada conciencia, con creciente temor, ¿qué pasó allá adentro?, ¿tengo ojos todavía aquí debajo? Me escucho claramente rogándole a Ignacio que me deje cerciorarme de que continúan en sus cuencas, de que no ha sido un error firmar esos documentos, a ciegas. Me pregunto cuánto tiempo he estado ausente de mi vida y de la vida de los otros. Es tarde, dice una voz amortiguada que podría ser la suya pero también la de mi madre. Y luego caigo en otra pausa de la que me recupero otra vez para preguntar por el médico. Vendrá mañana, contestan con inesperada claridad y en conjunto mi Ignacio y mi madre. Mañana por la mañana, dice ella. Deja de tocarte, dice él. Pero me arde la piel y la incertidumbre y el cuerpo entero tiene ganas de largarse. Vámonos, resuelvo, pero nadie se mueve. No todavía, responde mi madre y aflautando la voz anuncia la entrada de la enfermera que a su vez confirma que yo tendré que quedarme. Quedarme toda la noche. Con alguien. Preferiría quedarme sola conmigo misma, quiero decir, pero la enfermera me perfora la boca con un termómetro; me escucha el corazón por encima de la sábana, estrangula mi muñeca en busca de pulso. ¿Quién de ustedes va a acompañarla?, repite esa enfermera, pero yo, con la boca ocupada, no puedo contestarle. Ignacio levanta una mano. Mi madre levanta la otra. Empieza la contienda entre ellos. Yo mantengo los labios sujetando 36 grados de temperatura mientras la enfermera lo certifica en su ficha sin contemplar la escena donde ellos, habiéndose confiado intimidades familiares, ahora compiten como extraños por pasar la noche en una butaca plegable. Mi madre lanza la palabra advenedizo, Ignacio retruca con la palabra disparate y diciendo, además, a ver qué dice Lina. Empate, respondo yo. Que

ambos se larguen. Pero en vez, salta una moneda que se contorsiona en el aire mostrando la cara y pronto su sello y luego tintineando sobre el suelo. Ignacio se retira directo al insomnio y mi madre anuncia que por más cansada que esté será incapaz de pegar ojo. Ella promete vigilar mi sueño pero en cuanto apoya la cabeza en el respaldo reclinable ya está dormida. Escucho su pesada, su lenta respiración. Se da inicio a una noche infernal que es todo menos sofocante: la habitación es una cámara frigorífica regida por el zumbido metálico de cientos de ventiladores. La manta debe de haberse deslizado al suelo y yo tirito bajo un chorro de aire. No puedo bajarme. Estoy amarrada a la botella de suero que hidrata la sangre de mis venas. No me han dejado un timbre que tocar en caso de emergencia. Para eso tengo yo a mi madre. Mamá, mamá, má, repite mi eco en el vacío hospitalario. Mamamá, digo de nuevo elevando el tono, dirigiéndole un rencoroso pero soterrado vieja de mierda. Pero mi insulto no la agita, mi clamoroso llamado no la conmueve, mis puños achicharrando la mesa lateral, mis patadas sobre la camilla. No la despiertan ni sus propios endemoniados ronquidos. Ni un hipo lejano e intermitente que también perturba mi noche. Garabateo un mensaje con la punta de mis pies ya helados: si muero de hipotermia o de pulmonía que alguien denuncie a mi madre. En la desesperación más absoluta decido buscar consuelo despegando una esquina del parche y dejando que se cuele por ahí esa noche junto con mi dedo que se alarga en busca del párpado y lo encuentra. Hay un ojo adormilado, convaleciendo. Un ojo junto al otro con pequeños cototos que esconden nudos debajo de los párpados. Y ya es madrugada cuando entra alguien y le suplico que se lleve a mi madre y de paso me abrigue. Debajo de las frazadas pierdo la razón hasta que volvemos a reunirnos. Despiertos y todavía perplejos, de nuevo los tres: mi madre quejándose de no haber dormido, Ignacio alargando su desvelo. Así estamos, un trío soñoliento, sentados sobre la camilla como náufragos a la espera del médico •

## El miserable jardincillo discurre a modo de anuncio

GUILLERMO RIVERA

**I. Asociatividad, registro, iniciativa, se precipitan de bruces por los peldaños y puertas con ojos de buey. Pero el diseño de las manillas metálicas permanece fijo. La ciudad es una especie de Gulliver al revés, pensarás, al verla, convertida en isla, con cronistas como tú, con dueñas de casa que huelen a lavanda y se enferman.**

**Aun cuando sean espirales de humo las que se elevan, volverás en vísperas de navidad.**

**El movimiento de la vida ordinaria es previsible y retórico. Así, valdría la pena preguntar cuál es nuestra relación con el dinero, o correr las cortinas para que los pulmones de los pájaros continúen respirando bien.**

**Y aunque los visitantes de otras partes distinguen la voz tras el día undécimo, entre nosotros el abdicado hijo del virrey pasea con calma ovina, y no es injusto ni tiene esposa.**

**II.** Cariño, me he convertido en árbol, no más excesos ni gotillas cayendo por mis narices. Tal como digo, me arrimo a la corteza en una tibia carnosidad, dando las buenas noches a una verja de medio metro de altura, entre el aire que proviene de los embarcaderos y las muchas cosas que les falta un nombre.

Por lo menos eso.

Anda, no sabrán que has cortado las hojas del romero, para que los mitos de tus padres descansan, y dando la sensación que funciona: el abrigo se quede nuevamente en el taxi y las olas lo corrijan todo. Por más vueltas que le des, el cara de contento se quedará con el sillón, y la honda desazón colectiva será el querido y sucio tejido de los pobres, quedándose abajo, llamándose abajo, hasta que se consuma. Sola estarás bien, la transparencia es para los astrónomos lo que para nosotros una cama nueva, y así como los niños son los médium perfectos, el pezón revienta de leche fresca, la boca sonrío y la felicidad se aligera sobre ese pelo. ¡Guau! Ya es hora que mi madre sea la novia de alguien, pero a esta ciudad no le importa, no tiene ganas de entrar en su vida ni en sus defectos, y como alguien lo bastante listo hace sonar un acordeón, como música de fondo, al tiempo que una esquina cualquiera comienza a llenarse de gente. Así, las calles en declive, con gladiolos y turistas en invierno, son vistos a través del juego de encontrar una recompensa con los ojos cerrados, mientras voluntad se sostiene en una mota de polvo.

## Secuencia que vuelve sobre sí misma

JAIME COLLYER

**Garmendia reparó en ella** —cómo no hacerlo— al momento de embarcar, en Punta Arenas, con los pasajeros reunidos en el muelle, sumidos en la algarabía previa al embarque. Estaba a alguna distancia del resto y fumando reconcentrada, con sus cámaras y lentes al hombro, como una corresponsal de guerra antes de colarse en los botes de algún desembarco inminente. Olsen, que era el telegrafista a bordo, le informó a Garmendia que su nombre era Neri, Ángela Neri, la documentalista recién contratada por la Nordic Star.

—Para hacer un registro filmico de la travesía este año —le indicó rascándose la barba entrecana—. Un fichaje muy atinado, me parece a mí.

Estaban, con Garmendia, acodados en la barandilla de estribor, pendientes del embarque y su clientela inminente a bordo del *Humboldt*, atentos ambos a la figura en extremo convocante de la documentalista. A Garmendia le correspondía la función un punto más glamorosa de matizar el periplo en el piano del comedor, dispuesto allí para que lo aporrear a discreción durante las comidas, con una música de fondo que Olsen reducía a la categoría poco edificante de «música para ascensores».

—Pero eres el mejor en el rubro, Chopin, tú tranquilo —lo consolaba de paso. Garmendia no se sentía en modo alguno ofendido, resignado para entonces a esa audiencia cambiante de jubilados de variado pelaje y nórdicos distantes, pero igual muy amables, todos dichosos de encontrarse a bordo del *Humboldt* por unos días, en el crucero trimestral de la Nordic Star al Cabo de Hornos, para hartarse de pingüinos y auroras boreales y el salmón a las finas hierbas que el pianista debía matizar con viejos temas de Sinatra y Bert Kaempfert (¿a quién sino a esos jubilados de Oslo podía gustarles Bert Kaempfert?), y en el mejor de los casos Bill Evans, a la hora del coñac y las mentas, los muchos digestivos que el menú incluía de manera deliberada, para que se fueran —los jubilados— achispados a su litera y no atormentaran demasiado a la tripulación de servicio por las noches.

Era su primera vez a bordo, de la tal Neri, y la razón probable por la que, nada más haber zarpado de Punta Arenas, se instaló en cubierta con sus cámaras, a hacer su labor con un empecinamiento digno de mejor causa o, cuando menos, un paisaje más concurrido que el de los fiordos patagónicos. Alternando con avidez entre la filmadora y su Nikkon, escudriñando —desde la proa o uno de los flancos del *Humboldt*— cada ensenada y cada islote entre los cuales navegaban, como buscando repoblar con sus lentes esas playas silenciosas, donde ya no estaban sus antiguos moradores, ni siquiera los misioneros arribados luego a convertirlos, ni tan siquiera los mercenarios que los habían acribillado luego a conciencia.

Olsen reparó a su vez en la adhesión tan pertinaz de Ángela a la cubierta.

—Se lo toma en serio —le comentó a Garmendia cuando salían de Ushuaia—. Si no se muere de una pulmonía, van a terminar trayéndola otra vez el próximo año, seguro. Y a ti capaz que te dejan abajo, Chopin, tienes que esmerarte en el piano.

Neri estaba ahora en la barandilla de popa, en un breve receso de sus funciones, con el cuello de la campera subido hasta las orejas y un tazón de café humeándole entre las manos. Y la mirada fija en el islote más próximo, como absorbida por algo. Garmendia siguió la dirección de sus ojos, pero no vio allí nada excepcional, ningún indicio de algo vivo, nada que aún pataleara en ese litoral silencioso. Al examinar su rostro anguloso, tuvo con todo una impresión extraña: como de alguien que no estaba del todo allí, en la cubierta. Parecía trasladarse, cada tanto, con su ensimismamiento tan irrenunciable, a esas playas oscuras, alumbradas al atardecer por un sol desvaído, que irrumpía con sus rayos cuando ya no servía de mucho.

El martes acabaron de circunnavegar la isla Navarino y enfilaron de nuevo rumbo al norte, transitoriamente de vuelta al Seno de Ponsonby y de ahí a Wulaia, una caleta célebre entre los demás fiordos y canales. Célebre por razones poco edificantes, que Olsen le detalló a Garmendia al atardecer, cuando se aproximaban a recalar para pasar allí la noche:

—Fue uno de tantos empeños de la iglesia anglicana en estos lugares, sólo que terminó mal. Muy mal.

—¿Por qué? —indagó Garmendia.

—Un grupo de religiosos venidos, a comienzos del diecinueve, desde Punta Arenas y las Falkland llegó aquí a construir, con ayuda de los nativos, una misión. Ese galpón de cemento que allí ves —indicó a Garmendia los restos derruidos de la edificación en la línea de costa, un almacén de concreto abandonado allí desde hacía dos siglos, invadido de malezas y líquenes, que se habían enseñoreado de a poco entre los hierros oxidados.

A Garmendia le pareció un animal herido y fracturado en varias partes, mal concebido desde su nacimiento, agonizando allí de manera indefinida, lo cual no impidió que los turistas se agolparan a estribor para fotografiarlo a la luz escasa del atardecer. Había en el aire algo amenazante, un vestigio homicida orbitando en el lugar desde una fecha con seguridad imprecisa.

—Parece un anfiteatro —dijo Garmendia—, aunque el público no llegó al estreno, eso se ve.

—Bueno, es un poco lo que pasó —coincidió Olsen—. Un estreno fallido. Se habló de una escaramuza imprevista entre los nativos y los misioneros, cuando ya casi habían terminado el galpón. Algo más duro que el hormigón terminó, al parecer, de cuajar en la cabeza de esos albañiles improvisados y, al llegar una goleta adicional con más misioneros anglicanos, se dejaron caer por Wulaia, tomaron por asalto el lugar y los mataron a todos, sin excepción, ocho misioneros en total... Es lo que está explicando ahora el capitán.

En cubierta se oía el relato en inglés del capitán, armado a esos efectos de un megáfono, lo que lo hacía doblemente inquietante. En el *Humboldt* cundió el silencio, con los turistas mirando ahora con expresión solemne hacia la costa, evocando la escena: esa imagen de los ocho religiosos ensartados por las lanzas aborígenes, despatarrados entre los arbustos, aferrando por última vez su crucifijo, el pequeño amuleto carente, para entonces, de utilidad.

Garmendia rastreó —en un reflejo adquirido con los días— a Ángela Neri en algún punto de la cubierta, comprobando sorprendido que estaba en la barandilla opuesta, ajena a las ruinas de la misión anglicana, enfocando desde allí su cámara hacia un pequeño islote del lado de babor, más allá del cual persistía el sol del crepúsculo, demorándose en abandonar la escena.

—¿Y ese islote cómo se llama? —preguntó Garmendia a su guía noruego.

—Ésa es Button, la Isla de Button. Bautizada en honor de Jemmy Button... Conoces la historia, me imagino.

—Vagamente. Igual me interesan los detalles.

—Es un caso emblemático, una metedura de pata muy propia de los ingleses. Button fue uno de los cuatro yaganes que un tal Fitz-Roy, capitán del conocido *Beagle*, se llevó consigo a Inglaterra, unos años antes de que fuera arrasada la misión. Los subieron a bordo con alguna triquiñuela, los vistieron como ellos, les leyeron pasajes de la Biblia protestante y los alimentaron con las provisiones sobrantes a bordo. Uno de ellos murió de viruela nada más llegar a Gran Bretaña, los otros tres sobrevivieron. Jemmy Button entre ellos. Allí les inculcaron a fondo el idioma, los llevaron a la corte del rey Guillermo, su esposa Adelaida les regaló parte de su real vestuario y más ropas elegantes. Tenía catorce años, el tal Button, cuando lo sacaron de los

canales, donde pasaba la vida navegando entre el *Beagle* y el canal Murray. Dos años después, quizá tres, los trajeron de vuelta a bordo del mismo barco, aún al mando de Fitz-Roy, donde ahora venía un tal Charles Darwin, por entonces un ilustre desconocido. Vestidos al estilo victoriano, los depositaron aquí en Wulaia para que se reasimilaran. Sólo que habían olvidado hasta su lengua materna, el propio Button hablaba ahora una jerigonza en que se mezclaban las voces guturales yaganas con el *five o'clock tea*. Ya no consiguió entenderse con su hermano mayor, que ni siquiera lo reconoció cuando los desembarcaron...

Hubo una pausa, con los dos mirando hacia el islote.

—Pero, bueno —concluyó Olsen magnánimo—. A otros les fue incluso peor, cuando vinieron los buscadores de oro a correrlos a tiros.

Garmendia evocó las fotos de archivo que había visto al embarcarse la primera vez: fotos de los indios fueguinos desnudos sobre la nieve, con el torso perforado aquí y allá, descoyuntados, inertes, apilados a espaldas de los ovejeros y mercenarios sonrientes en el primer plano, que posaban para la posteridad con sus carabinas. Imágenes obscenas de las que emanaba una inconclusión, revoloteando como un cuervo entre los cadáveres, sumidos todos en una inmovilidad tan inesperada como definitiva, evidenciando en su postura lo que habría antecedido a ese final: la cacería previa, el barrido de esos cuerpos indefensos a la fosa común, y el olvido anegando, a contar de entonces, esas tierras sombrías, desbordadas por la codicia. ¿Era eso lo que Ángela Neri buscaba, la imagen que sus lentes rastreaban con secreta premura en las orillas y ensenadas? ¿Una secuencia última que pudiera, aún, testimoniar lo ocurrido...?

Por la noche, con el *Humboldt* anclado allí en Wulaia y concluida la cena, Garmendia salió a cubierta a fumar. No le sorprendió ver en la proa la silueta perenne de la documentalista, pero dudó en interrumpir su vigilia y mejor se acodó en la barandilla a unos metros de ella, que permanecía atenta al islote de Button, asomando fuera del agua con su mole ancestral, malamente iluminada por la luz de la luna.

De pronto, la propia Ángela lo advirtió en las cercanías.

—¿Tienes un cigarrillo? —le preguntó desde donde se hallaba.

Garmendia se aproximó y le tendió la cajetilla. Advirtió, al encenderle el cigarrillo, que le temblaban los dedos.

—Es una historia conmovedora, ¿no? —dijo para llenar el silencio, indicándole el islote.

—¿La de Jemmy Button? Por decir lo menos, conmovedora.

—Fue aquí donde lo desembarcaron de vuelta —explicó Garmendia, intuyendo que no era preciso explicárselo.

—Sí, claro, el final del viaje —acotó ella y aspiró el cigarrillo con convicción, atenta aún al islote—. Algo me dice, igual, que nunca volvió del todo. Debió quedarse pegado en una tierra de nadie. Un lugar que sólo estaba ahora en su mente.

—Es probable —coincidió Garmendia.

—Lo bueno es que todo se reordena al fijarlo en imágenes —propuso ella alegrándose brevemente—, ¡el universo entero! La secuencia vuelve sobre sí misma, incluso el pasado. Casi llego a verlo a veces, es lo que me pasa. ¡Casi me parece estarlo viendo sobre las aguas!

—¿A Jemmy Button?

Ella sonrió para sí misma.

—Es todo cuestión de enfocar la mirada —explicó—, de entrecerrar los párpados al momento justo... La secuencia vuelve sobre sí misma.

Garmendia quedó de nuevo mudo. Entrecerró, un poco azorado, los párpados, mirando hacia el islote, aquel litoral que ella parecía horadar con sus ojos penetrantes. Prefirió mejor ceñirse al resumen del caso Button que Olsen le había hecho:

—Es sabido, en cualquier caso, que no duró mucho, ese barniz civilizatorio aplicado por los británicos. Fitz-Roy se lo encontró años después sin sus ropas victorianas, vestido de nuevo con pieles de guanaco, con las greñas desbocadas. La crónica dice que sólo recordaba, para entonces, unas pocas palabras en inglés.

—Es comprensible, ¿no? —dijo ella.

—¿Que se olvidara de todo?

—Que lo olvidara de manera deliberada, no creo que fuera al azar. Tenía que hacerlo, *necesitaba* olvidar. Como quien se extirpa una joroba.

—La joroba de la memoria —acotó él.

—Algo así.

—Me pregunto igual qué habrá sido de él.

—Al cabo de los años —le informó ella, y Garmendia dedujo que había investigado bien el caso—, cuando ya era un anciano, se subió a su canoa aquí mismo en Wulaia y partió rumbo al sur, hacia el Cabo de Hornos y las Wollaston, adonde vamos ahora. Allí se perdió su rastro, no hay más testimonios. Nunca más se supo de él.

—Una pena.

—Por decir lo menos —repitió ella—. Bueno, pianista, me voy a dormir. Buenas noches y agradecida del cigarrillo.

—Por nada —dijo él y la vio alejarse, un poco desencantado, rumbo al sector de las literas, intentando aquilatar lo que había dicho. Luego miró al islote, entrecerrando de nuevo los párpados, esforzándose por imaginar

al escueto Button en la orilla, subiendo unos pocos pertrechos a su canoa y luego abordándola. Sólo que allí no había nada, apenas la noche en torno, el silencio alrededor del galpón derruido en la línea de costa.

Zarparon a la mañana siguiente, con el mar encrespado y renuente. Garmendia la vio de nuevo, a Ángela, enfocando su cámara hacia el islote, que fotografió abundantemente antes de que levaran anclas, con el fin de traspasar el Cabo Webley alrededor del mediodía. Desde la distancia, advirtió cierta inquietud renovada en sus facciones y mejor evitó ir a saludarla, como intuyéndola en otra esfera, deseosa de reconstruir a su manera y a solas, de allí en adelante, la ruta olvidada de Button.

Al salir a mar abierto, el tiempo cambió de manera abrupta y el sol se ocultó entre las nubes. Eso provocó que las aguas despertaran de su letargo y se enervaran de manera resuelta con la presencia del *Humboldt*, con el surco insolente que iba abriéndoles en la superficie. Hacia la una de la tarde, el vaivén se hizo insostenible y la oficialidad de a bordo aconsejó a los pasajeros que se resguardaran en el interior o en sus cabinas.

El almuerzo se sirvió en mitad del vaivén, alrededor de las dos, y Garmendia ofreció a los escasos comensales del día —todos los que no permanecieron en sus literas vomitando con ahínco— algunos temas de John Coltrane, incluida «My Favorite Things», cuya ejecución lo dejó vagamente exultante. Al concluir, presintió que alguien lo observaba desde la barra. Era Ángela Neri, apostada excepcionalmente allí, pendiente de su labor en el piano. Le dio gusto tan inesperada atención a su rutina, agradeció con un gesto los aplausos de los comensales y fue hasta la barra.

—Qué bello eso —dijo ella—. ¿De quién es?

—Es el viejo Coltrane, el saxofonista. Murió hace unos años, de alguna enfermedad irreparable —hizo una seña al tipo de la barra para que le sirviera un *bourbon*—. Suele pasar con los músicos, que no llegan a disfrutar de lo que generan o siembran ellos mismos. Beethoven es el paradigma.

—O los bellos monstruos del Barroco —complementó ella de manera inesperada.

—¿El Barroco...?

—Los *castrati* —precisó—. Como el bello Farinelli. La voz más conmovedora que ha habido nunca en este mundo, pero era el fruto de una mutilación, ¿te das cuenta? —se paró a considerar lo dicho—: Una mutilación deliberada.

Garmendia quedó una vez más descolocado, viéndola sorber su coñac. Tuvo la sensación de que había algo más tras esa alusión a los *castrati*. Quizá como lo que sólo ella conseguía ver entre los canales, en cualquier orilla o fiordo. Algo que yacía cercenado allí desde tiempos inmemoriales. Una mutilación deliberada.

Por la tarde, fiel a sus hábitos cambiantes en esos parajes, el sol irrumpió con fuerza entre las nubes y enfilaron rumbo decidido hacia las Wollaston. El cruce fue más apacible que el derrotero previo desde Wulaia y reunió a la gente en masa en el comedor, a disfrutar de la cena temprana y los aperitivos, que Garmendia matizó esta vez con Ray Coniff y algún tema estándar de Duke Ellington que sacó aplausos a rabiar y hasta provocó que una señora de Minnesota le pidiera algo de Liberace, faltaba más.

Navegaron toda la noche en pos del Cabo y, poco antes del amanecer, estaban ya a la vista de las Wollaston con su mole oscura y fragmentada, prestas a hacerle los honores al *Humboldt*, abriéndose por el lado de la proa. Garmendia sabía que estarían allí antes de aclarar y resolvió subir a cubierta, a esa hora espléndida en que los pasajeros estaban todavía en sus literas y reponiéndose de los digestivos. Sólo había, en efecto, algún miembro de la tripulación ordenando los aparejos, y en la proa Ángela con su filmadora, enfocándola hacia el estrecho que ahora se abría ante ellos, entre la isla Deceit y la de Hornos. El estilo encrespado de la víspera había dado paso a un mar indolente, como si el *Humboldt* lo hubiera sorprendido despreczándose, saliendo de la noche y el marasmo, inesperadamente dócil.

Garmendia recorrió con la vista el litoral a estribor, las ensenadas que jalonaban la Isla de Hornos, el flanco donde se habría esfumado el solitario Button sin dejar rastros. Resolvió, esta vez sí, ir hasta el punto en que estaba Ángela apostada, enfocando la Nikon hacia la orilla.

Entonces ocurrió, por primera y última vez. Al preciso instante de llegar junto a ella y detenerse un segundo a apreciar su perfil, sin aviso previo. Cuando algo cambió de súbito en su rostro y bajó la cámara, la dejó de lado, para clavar su mirada en la orilla. Estaba de nuevo prendada de algo indescifrable, atenta como nunca antes al litoral, con el rostro cruzado esta vez de una expresión dichosa, algo como una felicidad repentina, y la mirada fija en una caleta en particular, un punto de fuga que acababa de absorber toda su atención.

Garmendia siguió de nuevo el hilo invisible de sus ojos. Quedó, ahora sí, demudado: en la soledad inabarcable del despertar, una breve embarcación navegaba en pos de la costa, tripulada por un solo hombre de compleción tenue y hombros enterrados. Era una canoa yagán, y su único tripulante, un anciano, aproximándose ambos con resolución al islote.

—¿Tú lo ves, no? —oyó la voz de Ángela junto a él.

Garmendia sólo pudo asentir en silencio, maravillado. Invadido de algo que no conseguía —ni le interesaba ya— explicar.

En ese punto asomó el sol, llenando el escenario de su luz, reviviendo como cada día la secuencia indefinida y espléndida del despertar •

# La memoria es redonda

JOSÉ MARÍA MEMET

A los 9 años  
compré mi primera pelota de fútbol  
y única, por cierto.  
La que siempre había soñado  
y que mis padres  
no podían obsequiarme.

Era redonda,  
con 32 cascos hexagonales y pentagonales.  
Ahorré durante semanas el dinero que gané  
trabajando en un mercado:  
subiendo y bajando sandías  
de camiones.

En esa época no tenía idea —y tampoco Colón  
que descubrió en su segundo viaje a América  
que los indígenas jugaban el Tlachtli:  
el fútbol de hace 1500 años atrás—  
el porqué la pelota era redonda, el por qué era de caucho,  
el porqué daba bote y no pinchaba.

Digo esto,  
porque aunque hable de fútbol o de mi primera pelota,  
no hay que olvidar el compromiso con la historia,

el significado de las palabras en el tiempo:  
la importancia de nuestro pasado.

Salí de casa y comencé a llamar a mis amigos.  
En la pobreza una pelota de fútbol  
es como un planeta o más bien como el sol.  
Se abrían las puertas de las casas,  
de toda la cuadra salían mis amigos dispuestos a darle a la de  
[cuero.

Pero hubo mala suerte en ese encuentro.

Así como consigna la historia que Moctezuma perdió  
2 a 3 contra Texcoco, con ayuda del árbitro;  
así también en nuestra historia  
se debe consignar que ese balón nos fue robado  
como nos fue robada la tierra.

Después de un tiro libre y después de romper un vidrio  
de la casa de un terrateniente. El balón no fue devuelto.  
Años después le expropiamos sus fundos, sus haciendas.  
Eran años donde el futuro ya era nuestro  
y Allende estaba vivo.

El pueblo gritaba venceremos  
y Colo Colo jugaría a tres partidos  
la final de la Libertadores.  
Todavía el Estadio Nacional era un campo de fútbol,  
no era un campo de concentración.

Nosotros perdimos el partido  
y nuestros jugadores están muertos.  
Pero los vivos seguimos concentrados  
para el encuentro de revancha.

Viva Chile, mierda.

# INOCENTE culpable

PEDRO DONOSO

**CONSIDERANDO** las opciones abiertas por el caso, el juez decidió dejar la toga colgada en la percha, mirar hacia el exterior por el ventanuco de cristales polvorientos y plantar al puñado de almas ansiosas que esperaban en la sala un veredicto que les devolviera la esperanza; nada más.

**EN TODOS SUS AÑOS** de carrera sirviendo de intérprete de la justicia jamás había llegado a considerar que tendría que dejar a todo un pueblo con las expectativas como el hambre, salivando de angustia. Sabía perfectamente que no era un héroe para nadie. Sabía también que algunos podían caer en mayor pobreza si él los abandonaba. Recordaba a la familia que había venido a pedirle su intervención.

Pese a que no es de justicia recibir a las partes, lo habían conmovido esas caras aindiadas, las mejillas cargadas de golpes que la vida asesta con una inclemencia que sólo se puede entender como parte del destino, o sea, de un impulso persistente y difuso, cruel como la lluvia para quien no tiene techo. Pensó, en ese mismo momento, que no le costaría emitir un veredicto contundente para crear un refugio, una pequeña gruta en la desnivelada montaña de castas donde pasaban los días estos y otros desfavorecidos. Por un momento, con las caras de todos los afligidos, intentó apaciguar un largo y macilento brazo extendido con la palma abierta, pidiendo algo que pudiese ser resarcido, apagado, enmudecido por un momento. Tan sólo por un momento.

**PERO LUEGO** vio a la niña.

**LA NIÑA** era la pieza clave, la niña con su pelo suave, dorado casi, con sus ojos dulces, con la belleza preservada por la buena crianza. Vio en ella un mundo que le costaba discernir como perverso o dañino. Oyó sin atención los alegatos y pronunció las preguntas que le parecieron pertinentes para que todo siguiera su curso, el curso administrativo del que imparte justicia. Para entonces, la dulzura infantil ya lo había derrotado. La niña. Pensó en su hermana Julia, cuando tenía sólo tres años y había caído de la terraza de madera, el terraplén que se adelantaba hacia la chacra de aquella casa a las afueras de la capital que sus padres habían comprado en busca de una vida algo distante del ruido. Sí, cantaban los pájaros cuando Julia se levantó en su recuerdo, la cara embarrada de dolor con su fractura expuesta, el hueso del brazo como un colmillo o una luna creciente. Y él, que lo había visto todo, la caída, ahora mudo, sin poder hablar. Tardó meses antes de volver a proferir una palabra. Y cuando lo hizo, quiso que no ocurriesen las cosas que lo hacían sufrir. Durante años.

**AHORA SOPLABA** afuera un invierno de una crueldad inusitada. Su toga negra colgaba inerte a sus espaldas, mientras él mantenía la mirada distante a través del ventanuco. Sólo nieve, nieve manchada. Y el rostro de Julia a los tres años. Murió hace dos. Hacía meses que no la recordaba. Sintió un poco de frío y reacomodó su peso de un pie a otro. La madera del suelo crujió bajo él. Ya no iba a volver a ocupar su lugar en el estrado. Sin temblores tomó la pluma, acercó el formulario y estampó su veredicto: culpable •

# Trago. Raspo. Trago. Raspo (fragmento)

CLAUDIA APABLAZA

**CAMBIÉ LOS HÁBITOS.** Ahora me levanto a las 8:30 AM cada día. Padre, luego de la ducha voy a la cocina y allí espero pacientemente que la mujer, la ecuatoriana, la otra mujer que ocupa la casa, la desocupe de una vez, ya que la usa todo el día para hacer sus pasteles, sus sopas, su sopa de patata, sus huevos revueltos, su pan al agua, su café con leche, su agua de piña, su infusión para bajar de peso, su infusión para limpiar el cutis, su infusión para no llorar, el desayuno de su hijo OS, el pastel de navidad, el pastel de día domingo, el pastel que cada día y a cada instante se le ocurre que tiene que cocinar para no sentirse tan sola en esta ciudad que no ha podido acogerla como ella esperaría.

Padre, la mujer ecuatoriana desocupa la cocina, pero se queda. Se queda mirando qué es lo que yo cocino a esta hora de la mañana. Y a veces me pregunta: ¿Estás enamorada? ¿Cuándo te vas a enamorar? ¿Acaso amas a mi hijo? ¿Acaso amas a OS?

¡La odio!

Abro el tarro de café, pongo un poco de agua en la cafetera, dos cucharadas grandes de café y enciendo el fuego. La ecuatoriana mira cada movimiento que hago para preparar el café. Sé que me mira y que piensa: ¿Cuándo se irá a enamorar?

Cuando el café ya está listo, veo que mira cómo es que agarro el paño de cocina para no quemarme con el mango de la cafetera. Me dice si es que necesito uno más grueso, que ése no me va a servir del todo. Le digo que no, gracias, que ése sí que me sirve del todo.

Pongo en una taza algo de café. Abro el azucarero. La ecuatoriana me alcanza una cuchara que acaba de secar con un paño de color rojo. Meto la cuchara en el azucarero y siento cómo ella mira cuánta azúcar le pongo a mi café. No voyas a engordar, escucho. No le respondo. Me lo repite: No voyas a engordar. No le respondo. A los hombres no les gustan gordas, repite.

**TIENES QUE** enamorarte pronto, el tiempo pasa rápido.

**ABRO EL REFRIGERADOR** y saco la leche semidescremada del espacio en que me corresponde poner mis cosas. Ella cierra el refrigerador. No hay que abrir mucho el refrigerador, me dice, se gasta la luz.

¿Qué haces? ¿A quién llamas? ¿Llamas a algún hombre? Deberías hacerlo.

No le contesto. Pongo un poco de leche, ella sigue mirándome. No le pongas tanta, tiene mucha grasa, me dice la mujer ecuatoriana, padre. Se me cae un poco al suelo, unas gotas de leche, y ella mira las gotas que se caen al suelo, agarra un paño y va a ir a limpiarlas; le quito el paño y le digo: Déjalo, lo limpio yo.

Ahora sus ojos se ponen en mi café con leche. Pareciera que quisiera be-bérselo. Pareciera que quisiera comerse todo lo que cocino a diario. Hago más ruido de lo habitual con la cuchara, para molestarla, para que sienta que no debe estar mirándome todo el día en la cocina ni comparar sus sopas con las mías, pero no pasa nada, no se da por aludida, y lo revuelvo más rápido y más fuerte y me dice que tenga cuidado con las tazas, que no vaya a quebrar una, que el otro día descubrió que rompí un plato y que eso trae mala suerte. Me dice que por qué no le dije nada ni a ella ni a su hijo OS del plato quebrado, que si me daba miedo, que ella esperaba que yo se lo dijera, que no es justo que si vivimos dos personas en esta casa me calle eso de los platos una vez que se rompen, que ella esperaba otra cosa de mí y que no me estuviera callando algo tan simple como el romperse de un plato, que no lo pudo creer cuando eso sucedió y que yo me lo callé, seguro que para no pagarlo o para decir que nunca cometo errores, que soy una especie de ser perfecto que pareciera que no sufre de nada.

Le dije que se callara, que había olvidado lo del plato y que, si quería, lo podía reponer. Me dijo que ya era tarde, que ella ya lo había repuesto.

**PADRE,** abrí el refrigerador y saqué el zumo de naranja. Abrí el frasco y me dijo que no lo abriera tan fuerte, que me podía dañar las manos. Comencé a llenar el vaso y le ofrecí uno. ¿Quieres? No, gracias, no tomo zumo de caja, sólo tomo natural, y puso una cara horrible, como de asco, padre. Me reí en su cara.

**BEBÍ EL PRIMER TRAGO.** Ella agarró la caja, padre, y me guardó el zumo en el refrigerador. Salí de la cocina con el vaso de zumo y el café con leche y me siguió hasta mi habitación. Le gusta observar cómo es que me bebo el zumo de las mañanas y el café. Me preguntó qué haría en la mañana, si es que iría a trabajar. No sé, le dije. No lo tengo claro. ¿Puedo entrar?, me

dijo. No me atreví a decirle que no. Me miró cómo es que bebo cada sorbo. Luego miró cómo es que me limpio la boca con la servilleta y cómo es que trago la saliva que me queda en la garganta luego de beber el último sorbo de zumo, padre. Me bebí el café. Me pasé la lengua por los labios y ella volvió a mirar cómo es que paso la lengua por mis labios. Quisiera que saliera de mi habitación, pero sé lo sola que se siente desde que su hijo se ha ido a Lisboa a pasar las fiestas de fin de año y a buscar delirantemente rastros de Pessoa, buscar en la ciudad de los heterónimos de Pessoa, de Ricardo Reis, Alberto Caeiro, Álvaro de Campos, Charles Robert Anon, H. M. F. Lecher y Bernardo Soares. A buscar esos rastros. Yo no quería que OS se fuera, padre. O quería ir con él. Creo que lo amo a mi modo, padre. Creo que en las últimas semanas me he sentido enamorada de OS, padre. Creo que comencé a amarlo de forma súbita, cuando lo vi pensar delirantemente versos de Pessoa.

Le doy la espalda a la mujer. Abro la cartera y saco una bolsa de chicles de damasco para sentir un sabor más fresco.

¿Sabías que OS cuando se fue a Portugal me dejó una carta que decía las últimas frases de Pessoa? No, no lo sabía, le digo. Aunque sí, sí lo sabía, padre. Me meto en su mesa de noche cuando ella sale por ahí. I know not what tomorrow will bring (*No sé lo que traerá el mañana...*), me dice.

¿Escuchaste?

Sí.

No comas chicles, me dice ella, malogran los dientes. ¿Por qué no me miras? ¿Qué haces?

Agarro mi chaqueta y salgo.

**PADRE**, regreso a las tres horas y está en la cocina. Está mal porque su hijo se ha ido y le ha dejado esa carta con esas frases. Ha estado llorando. Lloro. Piensa que no volverá. Que se enamorará de Portugal, que jamás va a volver a esta ciudad. Que encontrará una mujer y se quedará a vivir con ella. ¡Qué horror!, me dice.

Creo que comencé a amarlo de forma súbita,  
cuando lo vi pensar delirantemente  
versos de Pessoa.

**ELLA TIENE UNA OLLA PUESTA.** Le pregunto qué es lo que cocina y me dice que un caldo para el frío. Le pregunto si es que puedo usar uno de los quemadores. Me dice que me espere, que necesita hacerse unos huevos.

Abro el agua y pongo a lavar unas verduras. No las deberías lavar, me dice ella, en Europa las verduras las venden lavadas. No gastes agua. No es mi intención gastar tanta agua, le digo, sólo que no confío en que esté bien lavada. Sería mejor que las comieras crudas, cocidas no quedan bien.

Me volteo.

Estás así porque tu hijo no regresa, le digo.

No me contesta. Pico las zanahorias. Ella saca una zanahoria de su canasto de verduras y se pone a picar al lado mío. Lo hace más fino. Aumento el grosor, a propósito. Las pica más rápido. Y más rápido y yo cada vez más lento y más gruesas. Pienso que se puede cortar el dedo de lo rápido y me mira como feliz de cortarlas tan rápido, por lo diestra que es en el corte y no sólo por la rapidez del corte mismo, sino por el estilo que tiene para cortar y cortar los pedazos de zanahorias y los pedazos de verduras que le quedan en su bolsa que va sacando y sacando para demostrarme que ella tiene más verduras que yo en este momento y que, además de tener más verduras, me quiere enseñar que tiene de tipos más diversos, de formas más alargadas y que, además de tener mejores, tiene mejores cuchillos para cortarlas y mejores ángulos con las manos para agarrar las puntas de las verduras y hacer cortes diversos, variados, distintos, para ir haciendo los tipos de cortes que ella quiere hacerles a las verduras y luego mostrarme cómo es que ella aprendió cuando niña a tratar bien a las verduras y yo no aprendí nada de nada de verduras ni cortes, como si quisiera decirme que ella tuvo una infancia más feliz que la mía al saber cortar las verduras de esa forma tan especial y que al parecer mi madre no me enseñó bien los cortes, padre, y que a ella sí que se los enseñaron y eso es una señal para definir la vida de una persona, los cortes de las verduras y de las comidas y cómo es que cocinan y hacen sus salsas, reposterías, sopas y zumos de las mañanas, eso es crucial para saber cómo es que ha sido criada una persona, cómo es que ama esa persona, si es capaz de amar a alguien, si es que alguna vez podrá encontrar a alguien para amar por un tiempo sostenido, si es que tuvo o no conflictos en su infancia y su adolescencia o pubertad y cómo es que los resolvieron con los padres y hermanos o es que los resolvieron solos, si es que puede llegar a ser madre, y me mira como si yo no supiera cortar las verduras porque tuve algún problema de niña y ella como si no hubiese tenido nada de nada, porque sabe cortar bien sus zanahorias y sabe amar bien y tiene un hijo llamado OS, yo las corto como si nunca las hubiese

aprendido a cortar, a grandes tajadas, a lonjas incompletas, a lonjas con cáscaras, a pedazos de pedazos, a pedazos muy grandes, a grandes recortes, como lo hacen los hombres, eso, cortas como los hombres, me dice, amarás seguro como los hombres, me dice, no sabrás amar, me dice y se ríe y creo que jamás vas a tener un hijo.

**SU TELÉFONO SUENA.** Es su hijo nuevamente. Ella le pide explicaciones. ¿Por qué me has dejado esa carta en la mesa? ¿Por qué me dices: I know not what tomorrow will bring? ¿OS, mi querido OS, acaso no vas a volver?

**SU HIJO LE CUELGA.** Chilla. Lloro. Me molesta su llanto por un hijo. Quiero consolarla. No voy a hacerlo.

Salgo de la cocina. Voy al baño. Regreso y abro una bolsa de arroz.

Sigue chillando. Me grita: ¿Nuevamente te harás arroz?

Padre, no le contesto. Espero que esta vez no te quede pegado. Pienso en mi madre, en el arroz de mi madre, que a veces está pegado. Me gusta más así que cuando está graneado. Ella me está mirando ahora y me dice que el arroz graneado se hace así y así y que debo aprender a tostar el arroz antes de ponerlo a cocer, le digo que ya lo sé, le digo que sé que el arroz se hace de esa forma y que no me lo repita, que no me diga cómo es que se hace el arroz, ya que mi madre me enseñó desde niña a hacerlo y que no hay nada mejor que el arroz hecho por mi madre y que el arroz que ella debe hacer es como el arroz que quieren hacer las personas que imitan recetas de moda.

Piqué todas las verduras, le puse el agua caliente y lo tapé para que se cociera más rápido.

Me pidió que no me fuera a mi habitación, que el arroz se me podía ahumar.

Le dije que me lo mirara. Me dijo que tenía cosas que hacer.

Creo que mi hijo se ha enamorado en Lisboa, me dice. No le contesto. Me voy a mi habitación.

Lloro como idiota.

¡Se está ahumando!, escucho un grito desesperado.

Por qué no me lo has apagado, le digo.

Te dije que tenía que hacer cosas.

Estabas junto al arroz.

Pero no lo podía mirar, me dijo.

Quieres que esté todo el tiempo al lado tuyo, pensé. No sabes estar sola, maldita. Abro la olla del arroz y lo pruebo con una cuchara. Ella me mira con desprecio. Me mira como si fuese una guarra, una asquerosa.

Lo repetí. Agarré dos cucharadas más. Volvió a mirarme con asco. Volteé la mirada y sentí cómo me clavaba los ojos en la espalda. Como si me persiguiera con sus ojos. Me apuré en servirme el arroz. No dejé que lo mirara del todo, pensé que podía ojeármelo y se me pondría agrio. No dejé que me lo mirara, aunque ella insistió e intentó mirarlo. Hizo un gran esfuerzo para ver cómo es que me había quedado, pero con mi espalda le tapé la visibilidad de mi arroz, que me había quedado como el de mi madre, intenté tapanlo del todo para que ella no lo viera por ningún motivo, intenté que no viera ni un espacio de mi arroz y a pesar que ella intentó mirarlo y verlo del todo, no pudo con ello.

Seguí dándole la espalda, abrí el refrigerador y saqué un par de tomates. Luego un cuchillo y un tenedor. Tapaba mi arroz con todo mi cuerpo para que ella no me lo ojeara. No me agrada que me ojeen mi comida. Salí de la cocina y me fui a mi habitación. Sentí que ella salía de la cocina. Cerré la puerta con llave.

Ella golpeó la puerta.

Así nunca te vas a casar, me gritó.

No le respondí.

¿Estás triste?, gritó.

No le abrí. Subí la música. Massive Attack: «Protection»: This girl I know needs some shelter / She don't believe anyone can help her / She's doing so much harm, doing so much damage / But you don't want to get involved / You tell her she can manage / And you can't change the way she feels / But you could put your arms around her.

**Abro la olla del arroz y lo pruebo  
con una cuchara. Ella me mira  
con desprecio. Me mira como si fuese  
una guarra, una asquerosa.**

**COMÍ MUY RÁPIDO.** Sentí cada trozo entero por mi garganta, extrañé a OS. Me acordé de OS y su amor por Pessoa. Grandes mistérios habitam / O limiar do meu ser, / O limiar onde hesitam. / Grandes pássaros que fitam / Meu transpor tardo de os ver. No ha aparecido en Twitter, ni en Gmail, ni en Yahoo, ni en Hotmail. Comencé a comer más lento. Me puse a masticar, sentí el sabor de la comida, hace tiempo que no sentía el sabor de la comida. Ella siempre está deteniendo la posibilidad de que sienta el sabor de la comida. Cada vez que me mira detiene la posibilidad de que sienta el sabor de la comida. No me deja masticar tranquila, no me deja tragar, no me deja sentir el sabor de la comida que me preparo. No me deja mirar mucho a OS.

**MASTIQUÉ DOS VECES MÁS** y sentí nuevamente los pasos. Dejé de masticar y comencé a atragantarme. A tragar a grandes pedazos. Abrí la puerta rápido; pensé que me podría estar espiando. No estaba allí, pero la vi que se alejaba por el pasillo. Entró a la cocina.

Salí. Caminé por el pasillo. Entré a la cocina con mi plato sucio. Ella miró los restos. Tal vez mi hijo se ha enamorado en Lisboa, me volvió a repetir. No irá a volver. Luego abrió unos ojos enormes sobre los restos de comida. Sentí que quería probarlos. Le pregunté qué tal había estado su comida. Me dijo no he comido aún. Seguro que ella me decía eso para que le diera del arroz que me quedó en la olla. No se lo ofrecí. No le dije nada de lo que me había quedado. Le pedí un táper prestado para guardar los restos.

Lo voy a usar, me dijo.

Agarré un plato hondo y puse allí el arroz que había sobrado. Restregué la olla hasta el último resto. Me dijo qué tal me había quedado. ¿Un poco pegado?, agregó. No le dije nada.

Tal vez mi hijo se enamoró en Lisboa.

Le di la espalda para lavar. Puse mucho detergente en la esponja. Vi que me miraba con un gesto de reproche. No le dije nada, sólo le di la espalda para que no viera cómo fregaba la olla y me puse a mirar la muralla.

Por la tarde dormí. Soñé con OS. Me llevaba a Lisboa y salíamos con Pessoa a recorrer unos campos. Él me acariciaba la nuca.

Desperté con hambre y deseos de comer fruta. Abrí la puerta de mi habitación para ver si ella estaba en la cocina. No escuché a nadie. Supuse que ella no estaba. Me apresuré antes de que ella volviese. Abrí el refrigerador y ella había hecho una torta de frutas. Estaba partida ya por la mitad y había arrancado un trozo. Agarré un cuchillo para sacar un pedazo. Me lo metí a la boca. Sabía bien. Escuché la puerta de la casa. Seguro que ella venía y me sorprendería sacándole torta. Me apresuré y me volteé a la muralla mientras

masticaba su pastel de frutas. Entró cuando yo aún tenía el trozo de torta en la boca. Sentí que el trozo era demasiado grande para tragármelo. Comenzó a hablarme. No le respondí. Hice una torta de frutas. En mi país la torta de frutas es muy común, me dijo. En mi país comemos muy bien. En mi país no son como la gente de acá. Allá comparten todo. Allá no se esconden para comer. Allá comparten todo. Me tragué el pedazo de torta.

¿Qué cocinarás ahora?

No lo sé.

Vuelve a sonar el teléfono. Es su hijo nuevamente. Quiero hablarle. Chillan. Le dice que por qué le ha dejado esa frase en su mesa de noche. Que es injusto, que regrese.

Intenté salir de la cocina y me la encontré cara a cara. Sentí deseos de decirle que se corriera de mi camino, que no volviera a ponérsese tan cerca. Sentí su tufo, su respiración, su corazón agitado, su miedo.

¿Lo extrañas?, me dice.

¿Tú?

Extraño mi país, me dijo. No quiero que mi hijo se quede en Lisboa.

Abrí el armario donde guardaba mi comida. Ella comenzó a mirar mis manos. Miraba el movimiento de mis manos entre mis cosas para comer.

Saqué un pedazo de pan. Lo abrí con un cuchillo a la vista de ella. No me escondí esta vez. Dejé que ella mirara todo lo que hacía. Pasé el cuchillo lentamente por el pan. Lo abrí lentamente. Cuando estuvo abierto, comencé a palparlo. A acariciarlo con la palma de la mano, como amasándolo. De arriba abajo, arriba abajo. Le saqué la miga con los dedos. Todo lentamente. Puse un dedo dentro del pan, luego otro. Veía cómo su rostro se desfiguraba. Un dedo y otro. Uno y otro. Saqué toda la miga y seguí acariciando el pan. Tal vez se aburriría de mis masajes al pan y se iría a su dormitorio. Me tomé mucho tiempo. A cada caricia, la sentía mirándome. Abrí el queso. Lo corté en trozos. Por cortesía tenía que ofrecerle un trozo de queso. Tal vez me lo aceptaría. No quería que me lo aceptara. Le dije: ¿quieres? Sólo un pedazo, me dijo. Me dio mucha rabia cuando metió su uña en mi queso y sacó un pedazo. Lo saboreó y me dijo está muy bueno. No le dije nada. Se lo tragó. Seguro quería más. Se quedó mirando el resto de queso que me quedaba. Lo partí todo y comencé a metérmelo de a trozos pequeños en la boca. Abrí la mermelada. Eché un pedazo en la mermelada y dije qué rico. Me miró con deseos de querer probarlo. No le ofrecí. Me siguió mirando. Me resistía a ofrecerle. No lo hice. Puse otro trozo en la mermelada. Su mirada seguía mis movimientos. Seguía mi mano. Del queso a la mermelada y luego a la boca. Quería probarlo, seguro. No le dije nada. Me volteé y me puse a preparar mi pan. Queso, mantequilla, un poco de mermelada.

Me lo comí lentamente. Saboreaba cada pedazo. A veces abría un poco la boca para que viera cómo es que el queso se iba deshaciendo en mi boca. Lentamente. Cómo es que se hacía una bola homogénea de comida. Me miraba hacia adentro de la boca. Seguro veía el bolo de comida que se armaba y deshacía en mi boca.

Terminé de comer.

No te vayas a enfermar de tanto comer, me dijo. Te podría dar un cálculo biliar. Así nunca vas a enamorarte.

Salió de la cocina. Se encaminó hacia su habitación. Antes de salir de la cocina agarré un trozo de pastel de frutas y me lo eché a la boca. Me lo comí rápido.

Me fui a la habitación. Me conecté, hablé con algunos amigos. Navegué por algunas recetas de comidas.

Ella chilla de lejos.

OS ha desaparecido en Lisboa. No aparece en la red. Me duermo. Sueño con OS. Tenemos un hijo, dos, seis con OS. Despierto.

Despierto.

Despierto.

Despierto.

Escucho sus pasos desde lejos. Se meterá de seguro en mi habitación. Busco un papel y escribo la frase. Escribo miles de versos. Me iré lejos. Debo irme de aquí. Me tiene aburrido. Esta mujer me aburre. Todo el día me persigue. Me tiene cansado. No quiero volver a vivir con ella. Siempre me sigue, siempre me dice qué hacer. Pienso en alguna frase. La escribo. No siempre es fácil escribir. A veces estamos en blanco. I know not what tomorrow will bring. I know not what tomorrow will bring. Siento sus pasos por la casa. Se la dejaré en su velador y pienso partir cuando ella salga de compras. Escribo en mi libreta. Siempre se pasea. Siempre mira qué es lo que como. Me espía cuando regreso tarde.

Siento pasos en el pasillo. Ella debía venir a buscarme. Sus pasos fueron cada vez más fuertes. Sentí miedo. Ella golpeó la puerta de mi habitación. ¿Te harás comida? ¿Te harás algo de comida?

Quiero irme a Lisboa. No quiero volver a verla.

Aló.

¿Qué haces?

Escribo.

¿Sí?

¿Qué haces?

¿Qué quieres?, estoy ocupado.

¿Qué haces ahora?

Escribo.

¿Te prepararás algo más tarde?

Escribo.

¿Qué escribes?

Creo que voy a salir.

No salgas, es tarde, puede pasarte algo.

**SALGO.** Antes de irme lejos cocinaré algo. Salgo a buscar verduras para cocinar. Paso por unos cinco basureros del barrio. Uno que está fuera de una pastelería, otro de una frutería. Abro uno, no hay nada. Abro el segundo. Hay un olor a podrido. Lo cierro rápido. Tengo hambre. Seguro alguien ha tirado carne allí. Busco el tercero. No hay nada. El cuarto, huesos de pollo. Qué asco. Amo a una mujer. Levanto la vista. Un hombre me pregunta cómo me llamo. Alberto, le digo. ¿Qué haces? Busco comida. Vivo con mi tía abuela y busco qué podríamos comer. Vete a trabajar, mugriento, escucho. Idiota, escucho, déjalo tranquilo, es un pobre campesino casi sin estudios formales, sólo cursó la instrucción primaria, vive con su tía abuela, que lo persigue por la casa para que no coma mal, mira lo que cocina, lo tiene hastiado. Lo persigue todo el día, dicen por el barrio.

Ambos hombres me miran.

Ella también ha salido al balcón a observar por qué ellos me gritan afuera. Siento cómo me observa desde arriba del balcón. Me observa demasiado. Me observa siempre. Creo que exagera. Creo que debería intentar disimular al menos. Intento esconderme de su mirada. Dejo de buscar en los tachos. Entro a la frutería. Miro cada grupo de frutas. Agarro un kiwi y lo huelo. Lo dejo. Luego una naranja, un durazno, los dejo, una papaya. La dejo. No compro nada. La mujer de la frutería me mira enfadada. Me dice si llevaré algo. Le digo que lo pienso. No tengo nada de dinero. Camino. Camino. ¿Dónde están todos? ¿Qué se ha hecho de todos ellos que, porque los vi y volví a verlos, fueron parte de mi vida?

**MAÑANA TAMBIÉN** estaré todo el día en la calle. Quiero desaparecer. La mujer me tiene hastiado. No volveré jamás a casa. Desapareceré yo de la Calle de la Plata, de la Calle de los Doradores, de la Calle de los Lenceros. Mañana, también yo —el alma que siente y piensa, el universo que soy para mí—, sí, mañana yo también seré el que dejó de pasar por estas calles, el que otros vagamente evocarán con un «¿Qué será de él?». Quiero huir de una vez de esa mujer.

Camino por la ciudad, me canso. Tal vez debería regresar por mis cosas a casa. Camino. Llego al edificio. Subo despacio. Está abierta la puerta de casa. Pareciera que ella salió corriendo por algo. Tal vez huía de alguien.

Ella no está. Son las 3:00 AM y no ha regresado.  
¿Dónde están todos? Qué raro. Ella siempre está. Tal vez le ha pasado algo.  
Algo puede haberle ocurrido.  
Escribo en mi cuaderno de apuntes:  
I know not what tomorrow will bring (*No sé lo que traerá el mañana...*).  
Lo borro. Pongo abajo del tachado: Hay suficiente metafísica en no pensar nada.  
Cierro la libreta de apuntes. Abro la que está al lado.  
I know not what tomorrow will bring (*No sé lo que traerá el mañana...*).  
Saco el papel y lo dejo en su velador. Lo encontrará cuando llegue, pero ya me habré ido.

**ME VOY A LA COCINA.** Abro un paquete de fideos. Abro una salsa de queso. Una crema. Voy a prepararme mis fideos favoritos. Saco un queso rallado. Pongo a hervir el agua. Le pongo una pizca de sal. Orégano. Un ajo. Ella seguro vendrá a mirarme. Disfruto que nadie me mire ahora. El agua hierve, abro la bolsa de fideos, la meto completa. Pongo un poco de aceite en el sartén, un poco de ajo. Enciendo la llama. Pongo la salsa de queso, la crema, orégano. Subo la llama. Revuelvo. Apago los fideos. Apago la salsa. Le pongo encima un poco de queso rallado. Siento unos pasos. Escurro los fideos. Los pongo en un plato. Arriba la salsa. Más queso. ¿Qué le habrá pasado? Tal vez algún familiar sufrió un accidente. No quiero que ella venga. Más orégano. Más de todo. No voy a voltearme. Siempre me mira. Me meto una cucharada enorme en la boca, otra y otra. Me meto tres y cuatro cucharadas enormes en la boca. Trago. Bebo agua. Otra. Trago. Bebo agua. Otra. Trago. Bebo agua. Trago. I know not what tomorrow will bring (*No sé lo que traerá el mañana...*). ¿Qué habrá querido decir con eso? Trago. Bebo agua. Trago. Bebo agua. Trago. Trago. Bebo agua. ¿Lo amaré? Me como todo el plato de fideos. Agarro la olla. La raspo. ¿Por qué no volverá OS? ¿Dónde están todos? Me como el raspado. Trago. Trago. Raspo. Trago. Raspo. Trago. Raspo. No debería comer así. Me han diagnosticado cólico hepático. Ella no viene. Trago. Raspo. ¿Lo amaré? Trago. Raspo. Acabo la olla. ¿Debería irme lejos? Dejo la olla en el lavaplatos. Tal vez ella ha muerto. Me volteo. ¿Lo amaré? Suena la puerta. Es raro que no llegue aún. Bajo. Sigue sonando la puerta. Menos mal, ya debe ser Alberto. Debe ser Alberto que ya regresa de sus paseos por Lisboa. Buenas noches, busquemos a la tía abuela del señor Benardo Soares. Lo siento. Es decir, lo sentimos mucho, mucho. Siento decirle que su sobrino nieto ha muerto anoche de un ataque biliar. Dicen que caminaba por algunas calles centrales. Estaba tirado en el suelo cuando lo encontramos. Lo sentimos mucho ●

# LA EMPERATRIZ

RAFAEL RUBIO

**Yo soy la emperatriz.  
Fui creada a imagen y semejanza de la muerte  
en un tiempo anterior a la resurrección de la carne.  
Antes de mí no existió cosa creada.  
Ni el cielo ni la noche precedieron  
a la velocidad de la belleza  
de la que fuimos y somos una imagen especular.  
Bastaría un aleteo de mis alas  
para que Dios se disemine en el espacio  
en un abrir y cerrar de ojos o de pétalos.  
(*Vuélvete, paloma*)  
Mi belleza es un escándalo, yo soy la emperatriz.  
Mirad la luz que me arrojan los vitrales  
pintados por el ángel de Bizancio:  
la luz que es menos luz cuando la miran  
los ojos de los dioses,  
la luz que da la muerte en ciertas cosas, en ciertas criaturas.  
Yo soy la emperatriz.  
Aquí me tienen, suspensa sobre una rama de vidrio,  
con las alas extendidas como estambres  
sobre la flor de oro del gusano.  
Mi felicidad es una pesadilla olvidada  
en un abrir y cerrar de alas insomnes.  
El que toca mi corazón toca la luz.  
Yo vivo fuera de mí misma, vivo fuera de mí,  
pero todo lo que miro,  
Señor,  
pasa a vivir en mí como en un templo.**

Si supieran lo hermosa que me pongo  
cuando pienso en el derrumbe del espíritu  
podrían entender cuánto me amo.  
Y mi velocidad es la velocidad de la paloma que huye del esposo  
cuando escucha la lira de San Juan.  
Tan parecida soy al colibrí  
(*vuélvete, paloma*)  
que ni yo misma me alcanzo cuando vuelo.  
Y aunque no soy la luz, sino la velocidad de la luz  
estoy más arriba que el aire  
y mi belleza está en directa proporción  
con el florecimiento de la miseria  
de la que mi velocidad es una imagen fidedigna.  
El amor que yo tengo es un desierto  
que no ocupa un lugar en el espacio.  
El amor que yo tengo no cabe en la luz.  
Porque por mí la tierra sube  
y se coloca encima de los aires  
y es posible ver la tierra sobre el cielo  
el labriego sobre el ángel,  
el árbol sobre el pájaro  
y el hambriento sobre el trono del rey,

Señor.

Yo soy la madre de todo lo creado, el útero y el semen  
(el polen y el estambre),  
la fuente inmaculada de la que todo brota,  
yo soy la hermosa amada de San Juan, la paloma  
que vuelve del otero  
cuando la luz es hambre  
y las ovejas descarriadas constituyen  
el florecimiento de la caridad,  
el arrepentimiento del ciervo vulnerado  
(*que voy de vuelo, vuélvete paloma*). Yo soy la emperatriz.  
Mi belleza es la resurrección de la carne,  
el oro, el útero, el trueno, el oropel.  
No hay tragedia más grande que la luz.  
(La luz es una inmoralidad  
que no he de perdonar ni al más oscuro de mis hijos).  
Mi amor no conoce la ley de gravedad  
y he llegado a pensar que soy la tumba de un sol muy antiguo.

He vivido encerrada en una luz  
que no cabe en el cielo:

(*vuélvete, paloma*)

una luz que me quema el corazón.  
Porque una sola sacudida de mis alas bastaría  
para esfumar el cielo  
en un abrir y cerrar de ojos o pistilos.  
Es tanta mi belleza que la luz se vuelve oscura  
cuando digo yo soy la emperatriz,  
tanta la pureza de mi lengua, que se derrumba Dios  
cuando lo nombro,  
y el amor en mí es la muerte de la muerte:  
La luz que da la muerte sobre el cuerpo  
al entrar en otro cuerpo,  
la luz que alumbró el sexo de la avispa,  
cuando el amor la llama tras la llama  
que alimentan las lenguas de los pájaros  
detenidos ante el oro de las fuentes.  
Y mi felicidad es el trueno y el relámpago  
reunidos en los ojos de los tigres  
(*vuélvete, paloma*)  
o el desencuentro definitivo entre la realidad y el deseo.  
Mis ocelos son los ojos del tigre y la pantera.  
Por ellos mira el sol cuando nos mira, por ellos  
arden las lenguas rojas del monarca,  
sus orquídeas que insultan y se enroscan por amor a la muerte  
o por el odio que propicia el amor en ciertos hombres,  
en ciertas criaturas:  
Yo soy la emperatriz.  
De mí dirán los pájaros que fui una quemadura,  
dirán que estoy más loca que la luz,  
y que el cielo es espejo de mis llagas.  
Mi felicidad es el choque entre la luz y el oro.  
En mis labios se afilan las espadas  
que sostiene el centinela de los templos.  
No he visto sino lo que se ve  
desde afuera de los ojos:  
reclusa que se resarce  
en el día de oro de la muerte.  
Mis ojos reciben las semillas, ahí habrán de germinar.

Yo soy la emperatriz.  
 Pero si miran bien (entre mis piernas) verán que hay un pantano,  
 un desierto en mi corazón.  
 Porque si bien estoy en la presencia del rey  
 (vuélvete, paloma)  
 y en mi alma hay una luz que es más grande que el alma  
 y mi felicidad es un escándalo público  
 pintado en los muros de la Capilla Sixtina,  
 para escarnio de los amigos y enemigos de Miguel Ángel  
 —símbolo y profecía de la ferocidad  
 con que los hombres en un tiempo anterior a la carne  
 enterrarán la verdad en una urna de oro—.  
 Dios, déjame decirte un par de cosas:  
 ¡Sácame a bailar!



## EL INSTANTE

MALÚ URRIOLA

Porque un instante que me ha abandonado, hace más de un par de décadas, la hallé en el país del horror, abierta como flor del aire y la hice mi hogar bajo los pies, mi puente sobre el abismo, mi parnaso sin sentido, mi luz, mi lorquiana luna, mi hernandiana pasión, mi amante, mi roca de Léucade, mi brazo doblado a la vida, mi escupir al cielo, mi ojo nómada, mi pena, mi risa, mis brindis, mis ladridos a los astros nadando en el vacío, mis vueltas en círculos, mi morderme la cola, mi arrepentimiento, mi culpa, mi acierto, mi lápiz de arena, mi paraíso recobrado, mi cementerio, mis pulgas, mis tres esquinas, mi sombra, mi valle, mi camino, mis dedos de oro, mi silencio sauce, mi danza de álamos, mis zapatos sin tacos, mi grillo cojo, mi mariposa manca, mis pedregosos años, mi catarata, mis olas, mi espuma, mi bote náufrago, mi pez alado, mi escama, mi corazón, mi estrella de nueve puntas, mi pacífico océano, mi canto de ballena, mi cruz del Sur, mis tres Marías, mi siglo de guerras y hambre, mi ansia de pluma en el viento, mi sol poniéndose en el hombro de una anciana, mi duda, mi sorda y disléxica experiencia, mi rana en el árbol, mi tropezón, mi imperdible, mi cucharita de café de Prevert, mis campanas de Apollinaire, mi muleta con ruedas, mi tos, mi cigarro, mi carrusel, mi agujero sin cabeza, mi estampida, mis libros, mis piedras, mis cosas inservibles, mi ironía, mi hacerme a mí misma con cada palabra, mi privilegio, mi elección sobre tantas para recoger unas pocas, mi determinación, mi gozo, mi dicha.

Puesto que hallé a la poesía no me dediqué a atender más señor que mis versos, ni me doblegué a una vida cacofónica, ni acumulé quejas de terno gris, ni apremios de ambulancias, ni dejé de saltar cercos, ni los años me han impedido seguir abrazando árboles, ni las paredes del saber me han dificultado mirar el cielo, ni me obnubiló lo visual, ni la

sonoridad, ni la composición, ni fui valiente y no escribí, ni fui cobarde y dejé de hacerlo, ni culpé a nadie de mi suerte, ni me creí *genius* ni profeta simbolista, ni concerté más cita que con la fugacidad, ni escribí lo que no quise, ni me apoltroné en la comodidad del temor, ni me frenó la mudez, ni los minutos de gloria de una elite más triste que mil mudos, ni las apariencias se adueñaron de mí, ni gané ni perdí nada que pueda llevarme a la tumba, ni renuncié ni fui ascendida, ni partí ni he regresado, ni marqué mis pertenencias pues nada me ha pertenecido, con la salvedad de algunos instantes que he vivido o he leído, ni temí a la interrogación retórica, ni al camino cuando se bifurca, ni al Tártaro, ni al Hades, ni a la congoja, ni al tedio, ni senté a la belleza en mis rodillas para injuriarla, ni he olvidado mi naturaleza por más hermosa que fuese la jaula.

**Si escribo** lo hago para transitar por el instante, retener su partida un poco más, afinando la oreja del ojo en ese breve periplo de presencia, pues cada palabra que se escribe y se piensa, en el futuro retornará al pasado y viceversa. Si escribo es porque los instantes me aguardan de la misma manera en que yo los aguardo a ellos, que habitan cerca, al borde de nombrarse. Tratar —no digo que lo consiguiera alguna vez— de descifrar el misterio que es para mí la ancha vida (tal como quien escribe y mi especie debemos serlo para ella) ha sido el objeto de mi deseo. Al momento del hallazgo, en que la poesía emana frente a los ojos panópticos y ciegos, y se logra vislumbrar su efímera presencia, le he concedido la total importancia de mi existir. En esos instantes me hallo ante la comprensión más menos incierta y errónea, por cierto, de lo que podría siquiera llegar a «ser» la poesía y lo que ella hace con una vida cuando se acerca estremecida en carne de instante.

**Las personas** atesoran y desean muchas cosas y trabajan para ello. No soy quién para afirmar si son cosas fútiles o no, pero sé que mi deseo es quizá más ambicioso, atesoro palabras, sonidos, texturas, pelícanos con el hocico colmado de pájaros, ideas pequeñas, instantes, que caben perfectamente entre seis tablas y este cuerpo.

**Si escribo es porque los instantes me aguardan  
de la misma manera en que yo los aguardo a ellos,  
que habitan cerca, al borde de nombrarse.**

**No tengo nada** de qué quejarme, ni de la vida, ni de la poesía. Por el contrario, la poesía ha sido mi fortuna. Cuando he metido la «cola en la ciénaga» ha sido por la insensatez de esa juventud que cuesta dejar ir, y si me he recobrado fue porque ambas —vida y poesía— que para mí son una sola, me han brindado su mano verde, «verde viento y verde rama».

**El romance** que he tenido con la vida y la poesía y ellas conmigo, me ha convencido de sus bondades, su agreste y fina belleza.

**No puedo** desmembrar vida y poesía, pues las reconocí juntas al aprender a leer y sé que forman parte de algo inabordable que reafirma mi pequeñez e insignificancia.

**Lo importante** es el camino que me hace recorrer el libro que esté escribiendo. Las puertas que abre. Las que cierra o desestima. Los mundos en los que me sumerjo. Escribir es una de las más hermosas aventuras que he elegido vivir. Escribir, leer poesía y experimentar el irónico juego de la vida son mi pasión. Soy una intrusa de las relaciones que mantiene la vida con su multiplicidad de partes insondables y diminutas y trato, tal vez vanamente, de descifrar aquello que extrañaré y me extrañará cuando la patuleca muerte venga por estos huesos.

**Como en todo** en mi vida, tengo tiempos de pasión y entrega ciega. Otros de ciega lucidez y retiro.

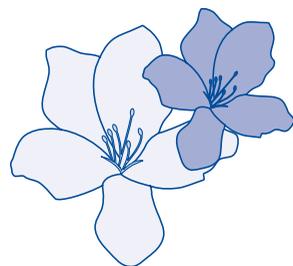
**La mismidad** de la pregunta de por qué escribo aún carece en mí de respuesta y sería el fin del recorrido si la hallara. Mi trabajo está puesto precisamente en tantear, sondear, bucear en la *percontari* del asunto de la *poiesis*.

**Sólo he comprendido** con las trancadas que dan los años, que para vivir y escribir poesía hay que tener huesos que no teman hacerse polvo. Soy un animal de la poesía, que persiste en el encomio de entrenar los músculos para una experiencia fugaz. Y, como Chuang Tzu, nunca sabré si sueño que escribo o son las palabras quienes me sueñan un instante •

# La barrera del pudor

(fragmento)

PABLO SIMONETTI



## PRIMERA VISITA

Estoy en una casa cerca del mar, recuperándome de mi separación. Aquí hago lo que quiero, no veo prácticamente a nadie, salgo a caminar por los cerros y cuando regreso me entretengo en el jardín. Leo, duermo, duermo mucho, nueve horas al día por lo menos. Dormir es una de las cosas que me gusta hacer en la vida: despierto tranquila, libre de ansiedad. Sólo consigo hacerlo a mis anchas cuando estoy aquí, en esta casa sumida en la apacible niebla matutina o disimulada entre los cerros altos y boscosos cuando sale el sol. Atrás quedó la ciudad y sus días llenos de compromisos: recorrer las obras de un jardín por la mañana, terminar unos planos en la oficina, sufrir los agravios de un trámite municipal de duración incierta. Sin embargo, a pesar de haberme aislado, no consigo estar sola. Mi hermana viene de visita. Quiere saber la causa de mi separación. Hemos hablado por teléfono tres o cuatro veces desde que dejé a Ezequiel y me vine a Rungue a pasar el verano. Al parecer, no ha sido suficiente.

—Me mentiste —fue su acusación de ayer, cuando llamó.

—¿De qué estás hablando?

—Tienes un amante, Amelia, por eso te separaste.

Si se enterara de la verdad, la imagen que guarda de mí se desintegraría. No tiene la amplitud de ideas suficiente ni la calma necesaria, ni siquiera la intención ni la resistencia emocional para escuchar la historia tal y como fue. Pero es como una niña arrebatada por la curiosidad. Cuántas explicaciones harían falta para que comprendiera por qué las cosas llegaron al punto al que llegaron; descender en círculos hasta el lago congelado donde se sumergieron el afecto y la buena voluntad, mientras un aliento frío les cierra el paso de regreso a la superficie.

Desde que éramos niñas, a pesar de ser yo la menor, Josefina me hizo parte de su intimidad y fue tan ingenua como para pensar que yo le correspondía en

la misma medida. Tal vez pensaba que la ausencia aparente de problemas en mi matrimonio era el reflejo de un amor consolidado. Porque si algo nos distinguía a Ezequiel y a mí como pareja era que no discutíamos y dábamos la impresión de llevarnos bien: dos sonrisas, una evidente complicidad, los verdores de una vida en común. Se ha sentido defraudada, y no porque el matrimonio de vitrina haya dejado de serlo, sino por constatar que ignoraba lo que ocurría entre nosotros. Josefina no es una persona de pocas luces ni tampoco frívola, pero sí un poco trivial y egocéntrica. Va por la vida sin darse mayor cuenta de lo que sucede a su alrededor hasta que le afecta de un modo personal. No sé qué tan personal pueda considerar mi separación. Quizás la mueve una idea retrógrada de la familia, una idea de fronteras. Seguramente no sabrá dónde situar a Ezequiel y, aun cuando conserva un espacio para mí en su pequeña patria, le gustaría dar con el sitio exacto en que me encuentre. Hemos quedado fuera de lugar y no cejará hasta establecer nuevas coordenadas que le permitan fijarnos al mapa de sus relaciones, puntos inalterables, sin posibilidades de distraerla.

—Josefina, escúchame bien, estoy saliendo con Roque García.

—No hablo de García, ése es un invento tuyo. Estoy hablando de Bernardo Otero. Se separó por ti, no me lo puedes negar..

—¿Y quién lo dice?

—Alguien muy cercano. Es imposible que esté mintiendo.

—¿Cercano a quién?

—A nosotras... Fue Trinidad, nuestra cuñada, nada menos. No va a inventar historias porque sí. Y a ella se lo contó la hermana de Ezequiel, tu marido. En este punto perdí la calma. Más que el admonitorio «tu marido», la idea de que en mi familia y la de Ezequiel hablaran a mis espaldas me hizo caer de golpe en el gallinero del que había intentado huir.

—Mira, Josefina, te lo voy a decir una sola vez...

—Por qué te enojas, si no soy yo...

—¡Escúchame! Tienes dos alternativas: me crees a mí o crees lo que dicen los demás. Te puedo presentar a Roque, si quieres, podemos hablar de él, si te interesa, pero si insistes...

—¿Por qué la hermana de Ezequiel iba a inventar una historia como ésa?

—... entonces no tendríamos nada de qué hablar —continué, ignorando su protesta—. Tú hablarías de una vida y yo de otra.

—Es gente que te quiere. —Extraña forma de quererme. —No pienses mal de mí —se excusó, abandonando el tono acusatorio y refugiándose en uno más bien penitente—, sólo quiero que me cuentes la verdad. No puede ser que yo no sepa por qué te separaste.

—De lo que pasó puedo contarte lo que considere que debes saber. Pero no me pidas que te cuente todo ni tampoco que confirme lo que te han dicho.

Me rogó que nos viéramos para hablar con tranquilidad. Se quedará una noche: dos días de paz perdidos. No bastó el aislamiento. Vienen a pedirme explicaciones aquí. Y digo «vienen» porque no es sólo ella quien exige una explicación, sino mi familia, la de Ezequiel, nuestros amigos cercanos... Un «círculo» que fue importante para mí y que ahora me resuena hueco, torpe como adultos jugando a la ronda. En todo caso, la visita de Josefina puede serme de ayuda. Si regresa a Santiago con una historia para divulgar, me ahorrará una conversación con mi hermano mayor, su mujer y quienes se sientan con derecho a oír los motivos y las circunstancias de primera fuente.

Pobres ilusos.

Me agobia pensar en cómo hubieran reaccionado mis padres. Ella se habría inmiscuido sin miramientos para exigirme que volviese con Ezequiel. De no obedecerla se habría declarado como la principal afectada, deambulando por su casa como una orate o encerrándose en su cuarto a llorar hasta que alguien le anunciara el fin del desarreglo. Mi padre, en cambio, un dermatólogo de pocas palabras e indiferente a los problemas sentimentales de los demás, seguramente se habría preocupado de que yo estuviera bien desde un punto de vista médico, sin involucrarse en nada que lo pudiera comprometer. Pero los dos están muertos desde el 8 de marzo del 2001, hace ya casi siete años. Lo que en este sentido es un consuelo. El minibús que los llevaba desde Kingston a Ocho Ríos, en Jamaica, se desbarrancó en medio de una tormenta.

En apariencia, mi familia era como cualquier otra. Pero mi madre tenía dos caras: mostraba la mejor ante el público y vertía su egoísmo puertas adentro. Y pese a usar el mismo uniforme de invulnerabilidad y desenvoltura que el resto de los médicos, mi padre era un hombre al que su ciencia no ungió con ningún poder más allá de su consulta y la salita contigua donde llevaba a cabo los «procedimientos». Salvo en esa oficina, en el más desangelado de los edificios de la calle Guardia Vieja, no encontraba certezas ni aspiraciones. Así dispuesto el juego de sus caracteres, no tenían escapatoria a su infelicidad. Las ansias de mi madre se apagaban en la abulia de mi padre, y la estabilidad que él brindaba perdía todo su valor frente a un ser insaciable.

Me he preparado para recibir a Josefina. Fui a comprar a Maitencillo, un balneario populoso situado cinco kilómetros al norte de aquí. Llegué temprano a la caleta de pescadores, antes del asalto de los veraneantes, menos interesados en las compras que en la vida social, su pasatiempo favorito; por la misma razón nunca voy más tarde de las diez a la feria de los lunes en Puchuncaví. Al regreso, bajé al jardín a cortar flores para un arreglo y me aseguré de que la casa estuviera impecable. En la cama donde dormirá Josefina puse las sábanas rociadas con agua de cedrón y en el baño un ramito de fragantes clarines. El

resto del tiempo lo ocupé en cocinar. Presentarme a sus ojos como una mujer que impone su orden y gusto al ambiente en que vive es una manera de afirmar que tengo control sobre mi existencia, que soy una mujer en sus plenos poderes, a quien ni siquiera la separación podrá cambiarle su vida tal como la entiende y la acostumbra llevar.

Esta casa la construimos con la herencia que recibí de mis padres. La hice a mi gusto, con el beneplácito de Ezequiel, y sin encomendarle el proyecto a mi suegro, lo que me costó más de una discusión y un desplante. Contratamos a un arquitecto joven con quien yo había trabajado. Él estuvo de acuerdo en que el volumen debía estar en armonía con el cerro, formar parte de él. Por eso la casa se une a la pendiente y se despliega hacia abajo, hasta la quebrada que pasa a su izquierda. La espesa ceja de árboles nativos que la puebla fue la razón para comprar este sitio y no otro. El corredor de propiedades se sorprendió de venderlo. A otros compradores no les interesaba porque tenía demasiada pendiente y «poco espacio útil». Espacio hay de sobra en cinco mil metros cuadrados. Querrían, supongo, un gran rectángulo de pasto, perfectamente horizontal, para que sus hijos pudieran correr sin peligro y realizar la fantasía de orden y bienestar de una familia bien avenida. La casa mira hacia los cerros del norte siempre verdes y está compuesta por tres cubos de madera, unidos por una escalera interior que baja a sus espaldas. En el cubo más alto se halla el living-comedor-cocina, desde donde se ve el mar hacia la izquierda, mucho más allá de la quebrada; en el piso intermedio hay dos habitaciones para las visitas, además de un baño y una pequeña sala de estar; y en el de más abajo, mi dormitorio con un cuarto de baño luminoso. Desde mi cama, a través de un gran ventanal, es posible apreciar el bosque de molles, peumos, boldos y lilenes. Y también unos corontillos enormes. El lugar era un jardín cuando lo vi por primera vez y no fueron tantos los trabajos que tuve que hacer para completarlo. Junto al cubo principal, hacia la derecha, aplané unos cincuenta metros cuadrados e hice una piscina de cemento sin pintar, como un pozo de dos por dos metros, y planté pasto alrededor, una bermuda enana de poco riego. En la pendiente abrí senderos que se internan en la quebrada y la cruzan por medio de puentes de madera, de apariencia liviana, impregnados —al igual que la casa— de un aceite negruzco, conocido como carbolíneo. El resto fue hacer podas de formación y tender el riego para los arbustos que ya crecían en el lugar, asociándolos con otros que traje desde un vivero especializado en plantas nativas y especies afines. Si lo pienso bien, no ha sido poco trabajo. Hace cuatro años que se terminó de construir la casa y no ha habido temporada en que no tuviéramos algo nuevo que hacer. Un pequeño muro de piedra, otro sendero, una plantación bajo los árboles de la quebrada. El último invierno pusimos triques, una planta de sombra de hojas lanceoladas,

que florece en una vara de flores color malva y pistilos azafranados, típica de las quebradas profundas de la zona. Este año quiero levantar una pérgola. Si no contara con la ayuda de César, el jardín se me habría escapado de las manos. Lo conocí como picapedrero, cuando vino a construir los muros. No sabía nada de jardines, pero al cabo de un año de trabajar para mí tenía mejor ojo que yo para identificar una peste y mejor mano para hacer un trasplante.

La responsable de mi afición a las plantas fue mi abuela materna, la *nonna* Rosetta Magri, una mujer sin interés por las cosas mundanas, al punto de que siempre atendía a las interpelaciones de mi madre con expresión ausente, cualquiera fuese el tema o la circunstancia. Vivió sus últimos años con nosotros. Cada vez que se presentaba la oportunidad, me tomaba de la mano y salíamos a recorrer el jardín. Era una mujer alta, robusta, con el pelo blanco y escarmenado. Cuando me negaba a acompañarla, mi madre intervenía en su favor, de modo que ninguna de las dos pudiera distraerla de la tarea que en ese momento concentraba sus esfuerzos. Nuestra casa estaba ubicada en uno de los frentes hacia donde crecía Santiago, en Piedra Roja, una calle del barrio Los Dominicos, y una gran variedad de pájaros visitaba el jardín: zorzales, tor-dos y loicas, entre los que más me gustaban. A las casas de mis compañeras de colegio, confinadas por la trama de la ciudad, no llegaban más que gorriones y uno que otro zorzal. La *nonna* me hacía repetir los nombres de todo lo que sus ojos aún podían ver y me instruía acerca de las plantas y sus necesidades. Con el permiso de mi madre se había apropiado de un sector sombrío, y en él, bajo un par de viejos quillayes, había puesto azaleas. La enorgullecían especialmente una molli de color naranja y otra de la misma clase, por su profusión de pequeñas flores amarillas. Los miércoles, cuando venía el jardinero, se pasaba el día afuera para comentar y guiar las labores. En mi cuarto, de regreso del colegio, alcanzaba a escuchar un murmullo intermediado por largos silencios y me preguntaba qué placer podía encontrar en esa rutina. Sólo después de su muerte se avivó mi interés por la naturaleza, y llegué a comprender a mi abuela. Me hice cargo del jardín de azaleas a los dieciséis años, me lancé a recorrer los cerros agrestes que aún era posible alcanzar cruzando la calle, y con ese único estímulo una parte fundamental de mi vida quedó determinada.

El mayor anhelo que tuve a lo largo de la separación fue venir a pasar el verano aquí, a Rungue, frente a estos cerros que se levantan tras el caserío que le da nombre al lugar. Transcurrieron unos seis meses desde que nos planteamos seriamente la posibilidad de terminar hasta el último día que pasamos juntos. Veía acercarse el final y, de una forma más o menos deliberada, rechacé proyectos y aceleré los que estaban en marcha para tener libre desde mediados de diciembre hasta principios de marzo. Sin que lo hayamos discutido, es probable que Ezequiel se quede con el departamento de Santiago. El edificio

está en malas condiciones, sobre una calle céntrica, con la fachada negra de hollín a causa de los émbolos de tráfico que pasan a sus pies sin cesar. Pero tiene habitaciones amplias, techos altos, y da a esa especie de jardín vertical que se alza ante los ojos: el arbolado flanco del cerro Santa Lucía. Tal como aquí la quebrada, esa vista fue la razón para la compra, además del precio, irrisorio si se tomaba en cuenta la amplitud de los espacios. Nos mudamos en octubre de 1998, cuando nuestros problemas aún no se hacían críticos, y nos sentíamos orgullosos de convertirnos en codeudores de un crédito hipotecario, una especie de segundo matrimonio. No tener un lugar en la ciudad será un problema, pero no le guardo ningún apego al departamento. La peor época —el final— la pasamos ahí, ignorándonos, temiéndonos, compadeciéndonos. Tal vez me quede a vivir en Rungue. No sería difícil. Hay suficiente trabajo con las casas que se construyen en la zona. Me significaría un estancamiento profesional —por estos lados no se proyectan grandes edificios ni parques—, pero podría ir a Santiago por el día o, si es necesario, pasar una noche en la casa de Josefina o, mejor aún, donde Roque, si las cosas marchan bien. Hasta podría arrendar un departamento pequeño. El viaje no toma más de una hora y media por la autopista y da tiempo para pensar.

Imagino a Ezequiel en su escritorio. Premunido de un cigarrillo y de un whisky, pulsa las teclas de su computador mientras escribe su próxima crítica. Pero son las doce del mediodía. Seguro que está sentado en el sillón junto a los ventanales, con el libro que someterá a su juicio semanal entre las manos. Durante la lectura fuma un cigarrillo cada media hora, toma notas, escucha música clásica y de vez en cuando levanta la vista hacia el cerro. Mientras escribe, en cambio, bebe una copa para envalentonarse, como también debe hacerlo para desinhibirse y mantener una conversación en sociedad. No es un borrachín ni mucho menos, pero fuera de la casa, sin un trago o un pito de marihuana, es difícil sacarle más de dos palabras seguidas. Asiente, niega, acepta, rechaza. Un hombre callado, con un aire dulce y retraído que le cruza el semblante. Tartamudea incluso para expresar lo poco que se ve obligado a decir. Pero con una copa de por medio, el ángel tímido se transforma en un diablo gozador. Se escucha su risa, se vuelve locuaz, se disparan sus comentarios atolondrados, clava las cejas en el ceño y sus ojos se llenan de un fervor irónico y juguetón.

Como un diablo lo conocí yo, en la casa de su padre. Meses antes, a comienzos de 1992, recién cumplidos mis veinticuatro años, me había inscrito en el posgrado de paisajismo de la Universidad Católica. Gabriel Barros, quien gozaba de un notable prestigio académico, sería mi profesor de arquitectura del paisaje. Sus obras eran escasas, pero celebradas por su rigor conceptual. Al principio me fue difícil seguir sus lecciones revestidas de lenguaje arquitectónico. Yo había estudiado agronomía en la misma universidad, a instancias

de mis padres. Ella consideraba el paisajismo como un *hobby* e insistió en que antes estudiara una carrera seria. Y él, como buen médico, creía que tener una base científica era indispensable. Miguel, un compañero proveniente de arquitectura, se percató de mi desorientación y me ofreció ayuda. Él me contó que Barros era conocido por no transar en la sala de clases ni tampoco al proyectar una obra. Inculcaba a sus alumnos la necesidad de hacer «una oferta» y no dejarse influir por los caprichos ignorantes de los clientes. Esta fama de inflexible lo había arrinconado en las aulas del campus El Comendador y poco salía ya de ahí cuando me tocó verlo plantarse frente a nosotros. Transmitía su fanatismo por la arquitectura en cada frase, en cada línea que trazaba. No le tomó mucho tiempo memorizar el nombre de los veinte alumnos, ni tampoco intuir nuestras habilidades y limitaciones. Solía decirme: «Usted, Amelia Tonet —nos trataba a todos de usted—, sabe de plantas y tiene sensibilidad, pero no tiene la menor idea de dibujar. Nada le va a dar el sentido de la proporción y la profundidad como el dibujo a mano. Hágase de una croquera. Verá por primera vez las tres dimensiones». El trato era formal, pero a la vez cercano y cariñoso. Barros se preocupaba de nuestro trabajo como si fuera propio, tenía siempre abierta la puerta de su oficina, conversaba con nosotros después de clases en el casino o en los patios arbolados del campus colonial, nos preguntaba por nuestra vida, hasta se interesaba por los amoríos entre los alumnos del curso. Su histrionismo servía de ayuda. Tenía un dicho apropiado para cada ocasión, imitaba un acento con sólo escucharlo una vez, y si una idea ofendía sus oídos, alteraba el rostro como un mimo.

Cuando terminó el semestre nos invitó a todos a una fiesta. Me extrañó encontrarme con un edificio sin gracia, de los años ochenta, construido en la estrecha calle Las Violetas, en Providencia. Su departamento ocupaba el último piso y la vista se abría al vasto plano de luces que se propagaba hacia el sur de la ciudad. En el salón principal pude ver algunos muebles de diseñadores ilustres, como la tumbona de Mies van der Rohe —una especie de dios tutelar para Barros— y una pareja de sillones Kandinsky de Charles Breuer. Era triste que un arquitecto de renombre no habitara una casa diseñada por él mismo y que su cielo raso no estuviera a más de dos metros cuarenta de altura. Seguro que el salario de profesor no alcanzaba para la que hubiera pretendido construirse en el futuro. Pero Miguel me sacó de ese sentimiento compasivo. Barros se había construido una casa alabada por sus colegas y al poco tiempo la había vendido a una inmobiliaria. Un edificio había tomado su lugar. De ella sólo quedaban algunas fotos en la biblioteca de la universidad. Le ofrecieron un espejismo de dinero y él lo necesitaba. Porque le gustaba vivir bien. La mesa del comedor convertida en un bar rebosante, las flores en cada habitación, el mozo de pajarita sirviendo en bandejas de plata, o los cuadros

de firmas conocidas que pendían de las paredes, no dejaban espacio a la duda sobre sus gustos refinados.

Ezequiel se hallaba de pie, apoyado en el marco de una chimenea en desuso. Sostenía un vaso de whisky mientras hablaba con una mujer. Gesticulaba con su mano libre, jugaba con los dedos, reía, sobre todo reía, y enfatizaba sus dichos acercando el rostro hacia ella. Más que su elocuencia, me atrajo su aspecto. Era delgado, alto, el rostro circunscrito por crespos romanos. Ésa era la impresión que causaba: un joven noble de la antigua Roma al que le habían cambiado el atavío. En vez de toga llevaba unos *jeans* y una polera que sugerían un cuerpo tenso, una profusión de fibras y tendones: su delgadez no parecía la de un alfeñique, sino la de un atleta bien entrenado. Me sorprende ahora esta visión un tanto grandiosa y hasta cursi de ese muchacho que vislumbra el personaje que quiere llegar a ser y actúa según la idea que se ha formado de él. Se trata de una impostación, de un ensayo. Tal vez por eso el arquetipo del noble romano, un joven prematuramente consciente de sus futuros triunfos y privilegios, pero ignorante de los esfuerzos que tendrá que hacer para alcanzarlos. Un joven a medio camino entre la ambición y la fatuidad. Y aun cuando Ezequiel, a sus veinticinco años, podía ser considerado un hombre, la primera imagen que me hice de él, y que más adelante confirmé, parecía vibrar con una urgencia impaciente. Había cierta ebullición en su comportamiento, inquietud en sus miembros, apuro en sus palabras; en fin, un sugerente indicio de que los principios de su personalidad no habían convergido hacia un relativo equilibrio.

Me mantuve junto a mis compañeros, temerosos aún de mezclarnos con el resto de la gente. Nuestra conversación no despegaba de los comentarios circunstanciales. La mayoría de los invitados eran alumnos y exalumnos de Barros, y se oía discutir de arquitectura o se celebraba algún chisme de la escuela. Me extrañó no ver a nadie de su edad —él debía de andar cerca de los sesenta—, ni tampoco había rastros de una mujer que hiciera el papel de dueña de casa. Se acercó a nosotros y nos dijo que parecíamos un rebaño de ovejas asustadas. No quería tímidos en su casa. Los que se sintieran amedrentados, que se tomaran un buen trago. «Vamos, dispérsense, *let's mingle*». Algunos se movieron en dirección al bar y, mientras yo buscaba un nuevo refugio con la mirada, sentí posarse una mano en mi hombro. «Ven, quiero mostrarte algo», dijo Barros después de comprobar que nadie más escucharía su excluyente invitación. El trato informal me tomó por sorpresa, pero lo atribuí al espíritu de la fiesta y al hecho de que estuviéramos en su casa. Lo seguí hasta una habitación más allá del cuarto principal. En ese escritorio me encontré con la misma mesa de dibujo que existe hasta hoy, con su lámpara de brazo articulado asomada como una cabeza intrusa sobre un pliego de papel diamante.

Gabriel tenía su vista puesta en una pared con repisas, donde se exhibía una docena de maquetas. Supuse que eran las casas que había proyectado. Pero en vez de volverme hacia ellas y manifestar mi admiración, me quedé mirándolo a él. No me cupo duda de que el hombre que había visto hacía un momento apoyado en el marco de la chimenea era su hijo. Bajo la carne reblandecida por los años se podía apreciar un barrunto de las facciones de Ezequiel, una distorsión de las líneas armónicas y definidas que había observado un rato antes. Crueldad de un «Gran Arquitecto» que debió esperar una generación para dar con las proporciones adecuadas. Las cejas de Gabriel eran hirsutas, la mandíbula débil, la nariz un peñón de poros cavernosos. El espeso pelo gris y su piel cerúlea no resultaban de ayuda en la despiadada comparación. Sin embargo, padre e hijo tenían los mismos ojos vivaces, agresivos, categóricos. El brillo de la mirada surgía desde cuencas de piel oscura, un escenario propicio para sus juegos. Con el tiempo observaría que los ojos de Ezequiel también podían volverse inofensivos, benevolentes, hasta temerosos, lo que no ocurría en el caso del padre. Y no era que Gabriel Barros estuviera pagando el precio de los años. Por las fotos familiares que me tocó ver más adelante, ese hombre nunca fue atractivo. Una especie de rusticidad dominaba sus facciones, al punto de que si no hubiera sido inteligente y desenvuelto, habría pasado por un tipo con un leve retardo mental.

Recuerdo que sostuvimos una larga conversación sobre las maquetas. Estaban hechas con láminas de madera y respondían a su estilo de techos planos y anchos aleros. Las había construido él mismo, cada una con sus manos, contra la costumbre de la mayor parte de los arquitectos, que suelen encargárselas a estudiantes en práctica o a dibujantes. En un primer momento pensé que me había llevado ahí para mostrarme sus obras y recalcar sus enseñanzas. Aseguró que había aprendido más de cada una de esas casas mientras hacía la maqueta que durante el dibujo de los planos. Y casi me ordenó que construyera modelos de los jardines que me tocara diseñar. Debía constituirme en el objeto imaginado, aunque fuera a una escala pequeña. No estuve de acuerdo. No se podía tratar a los árboles y las plantas como cualquier otro material, su asociación era dinámica en el espacio y en el tiempo... De pronto me tomó del codo y me dijo que yo era la más «despierta» del curso. La cercanía física, la mirada rapaz y las palabras mordidas lo delataron. Me separé de él con la excusa de estudiar de cerca una maqueta y seguí hablándole de mi preferencia por los jardines sueltos antes que los rigurosos, ingleses *versus* franceses; quería darle tiempo de recapacitar. Pero había escogido la maqueta equivocada. Sentí su cuerpo encorvarse sobre el mío, mientras susurraba en mi oído: «Es la maqueta de mi casa».

Fue entonces cuando entró Ezequiel. Se burló de la costumbre de su padre de mostrarles la casa a sus alumnas preferidas. Tiendo a pensar que durante

unos segundos se libró un duelo entre machos por el favor de una hembra, ironías como dentelladas que he olvidado. Y aunque su tono de voz demostraba cierta inseguridad —como si lo desafiara por primera vez—, Ezequiel parecía resuelto a no dejarse apabullar por su padre. Llegó a decir que no sólo traía a las mejores alumnas, remarcando el doble sentido, sino que también a los mejores alumnos. Creí haber entendido mal: un hijo no podía faltarle el respeto a su padre de ese modo, y éste no podía recibir esa insinuación con ostensible complacencia, sonriendo, mirando a su hijo por encima de unos lentes figurados, como si no pudiera creer lo que veía a través de los cristales de la realidad. Al final, Gabriel abandonó su trato cercano y su cuerpo volvió a erguirse, vestido de orgullo magisterial. Parecía recurrir a un renovado histrionismo, como quien echa mano a un disfraz, y el que fuera un animal de presa pasó a ser la mansa representación de un hombre digno. Renunciaba a mí, entregado a la contemplación de su hijo.

Me sentía confundida, y la voz de Ezequiel, con su dominio de la entonación, fue un tranquilizante eficaz una vez que estuvimos a solas. Cruzamos preguntas convencionales y me ofreció un pito de marihuana con toda naturalidad. Al igual que la mayoría de mis compañeros, yo fumaba cada vez que podía, incluso para trabajar. Así que acepté de buena gana. Nos sentamos en un estrecho sofá, con nuestros cuerpos rozándose. Tenía para mí la atención del hombre que me había gustado apenas verlo. El entusiasmo y la confianza con que me hablaba me hicieron olvidar el pudor que la arremetida de su padre había despertado. Cuando la atracción mutua se reveló, me invitó a conocer su cuarto. ¿Tenía para enseñarme algo tan especial como las maquetas de su padre? Y él se rió con esa risa impulsiva, incluyente, un sortilegio para espantar las aprensiones; se declaraba feliz de que me mostrara maliciosa. La simple virtud de poder reír con entusiasmo y honestidad, con un sentido absoluto —como el olfato o el oído— para escoger el momento y el grado, puede ser lo que más extrañe de Ezequiel, más que sus ojos indefensos de las mañanas, más que su cuerpo firme. A decir verdad, su cuerpo ya no me importa, ni tampoco sus «genialidades». Pero su risa...

Cruzamos el departamento y salimos al *hall* de los ascensores. Del bolsillo sacó unas llaves y se dispuso a abrir la puerta del departamento enfrentado al de su padre.

«Ah, perdón, no te había contado. Mi madre y yo vivimos aquí».

Ni una sombra de embarazo cruzó su expresión.

«¿En otro departamento?». «Ellos lo prefieren así». «Pero tu mamá no está en la fiesta...». «No, está dormida hace rato, con dos rohipnoles cuidándole el sueño. Así mi padre puede cazar tranquilo».

Esa noche no nos metimos a la cama, pero la siguiente sí. Fue un polvo rápido, demasiado rápido, en las narices de su «santa madre», como la llamaba él, que dormía en el cuarto contiguo noqueada por los somníferos •

# Llovizna sobre un puerto cercano

FRANCISCO JAVIER VÉJAR

*Llovizna  
sobre la ballenera de Quintay*

*El tiempo resbala  
en los galpones que poco a poco  
vuelven al mar*

*Llovizna  
sobre la ballenera de Quintay*

*Ya no alojan japoneses  
en la cumbre de los faros*

*Otras siluetas cruzan  
los muros*

*Nosotros cruzaremos  
esos muros.*

# LA BALA del revólver (fragmento)

IGNACIO FRITZ



3

**Adela Domínguez Iriarte** no deseaba enterarse de lo que hizo su marido al momento de fallecer. Iba a ser una excusa perentoria para conversar con el cabo segundo Julián Espejo Cañas. Sentíase magnetizada ante él. Había algo en su hablar, en sus modos: un *je ne sais quoi* —llamémosle encanto; un encanto afortunado, mágicamente delicioso. Adela Domínguez Iriarte consideraba que el uniformado era el único que podía guardar un secreto. Daba lo mismo si era un secreto bueno o malo. Un hilillo de sudor helado recorrió su adolorida espina dorsal. Experimentaba una sensación de adolescente ante el posible novio. No pudo evitar recordar una canción que dice: «Pensar que ese hijo tuyo / pudo haber sido mío».

¿Fue Caín Domínguez Flores el que ejecutó a Sartoris Rausch?

Adela Domínguez Iriarte se fue minutos después de haber dialogado con el cabo segundo Julián Espejo Cañas. Cazó un colectivo negro-amarillo en Amunátegui con Catedral. Llegó a su hogar en diez minutos porque hubo embotellamiento en la hora pico. El tráfico había sido una larga serpiente de luces que avanzaba con dificultad, acelerando y frenando. Los automóviles parecían dibujados sobre el asfalto.

En la cocina se preparó una hallulla con mermelada de mora. Balanceó su estómago con una tacita de quitapena sin azúcar. Al fondo del living había un auténtico reloj de péndulo sobre un oscuro mueble inglés. Adela Domínguez Iriarte dedicóse a relajarse lentamente. Experimentó una sensación de *jet-lag*. Soltó los músculos del cuerpo. Se durmió en un sofá capitoné de género brocado que delataba un pasado de gastos onerosos. Comenzó a roncar como un trombón.

La casa de Adela Domínguez parecía un mausoleo. El aroma a cera pasada con virutilla entraba a las nupias dando un toque de nostalgia rimbombante. Arriba de la chimenea había fotografías. Correspondían al fallecido mayor de Carabineros de apellidos Sartoris Rausch. A la izquierda había una fotografía de Caín Domínguez Flores. Sus ojos delataban que tenía la sangre de los Domínguez: el-fluido-vital-rojo-de-puros-sacacuartos.

Imperturbable, el ocaso comenzaba en la caída de la noche. La calle se llenaba de pitos, frenazos y humo de exostos. Igual, después, el aire estaba fresco y diáfano, y las estrellas muy brillantes. El fresco animaba a salir del encierro hogareño de tumba. Adela Domínguez Iriarte contuvo la respiración a la salida de su arreglado lar. Se paró allende en el patio jardín con ficus frutecidos y brotes de bambú ilusoriamente salvajes. Comenzó a regar las plantas para espantar los ramalazos de nostalgia y desdicha. Había una fuente que se iluminaba en el centro del patio jardín siempre y cuando la encendieran. La prendió con un interruptor. Terminó de irrigar en veinte minutos. Cerró su casa con llave. El cielo se puso denso y de un gris profundo. Caminó desde Santa Filomena hasta ver el terroso río Mapocho. Llamó al retén embutida en una extemporánea caseta telefónica maloliente —esa malvada invención para hablar que convierte las características en caricaturas: el teléfono es a la voz lo que la fotografía a las facciones.

Pidió hablar con el cabo segundo Julián Espejo Cañas:

—Cabito Espejo, llamo para recordarle la cita en mi casa hoy a las veintidós horas.

—Queda poco para las veintidós... Pedí permiso. Como le conté antes, hoy me tocaba turno de noche —dijo con un tono apagado, aunque por debajo había una ansiedad que trataba de disimular malamente.

—Gracias por su comprensión.

—No hay de qué. Su salud no está para que venga dos veces en el mismo día al cuartel, por lo que en su casa contaré lo referente a la muerte del mayor Sartoris Rausch.

—A las veintidós. Cuidese —al otro lado del hilo telefónico, Espejo Cañas colgó el auricular en la horquilla. Se quedó mirando el teléfono; un acto no sólo inútil sino estúpido.

Adela Domínguez Iriarte entró a un almacén. Compró unos mendocinos de chocolate y manjar. Volvió a Santa Filomena. Entró a su casa. Encendió las luces y se recostó en el sofá capitoné de género

brocado. Comenzó a esperar con la ansiedad del presidiario que aguarda las morosas cartas de su novia.

Para personas como Adela Domínguez Iriarte, Bellavista era un barrio bullanguero y febril. En la misma cuadra vivía un viejo matrimonio holandés, cuyas edades, sumadas, pasaban del siglo y medio.

Desde la muerte de Sartoris Rausch, las mañanas eran tristonas y, sobre todo, aburridas y vacuas. Compraba flores azules en una pérgola de avenida Santa María. Tomaba una micro para llegar al Cementerio General. Visitaba la tumba del mayor Sartoris Rausch. Lloraba porque se encontraba culpable. Rara vez visitaba el féretro de algún familiar que no fuese su marido. Meditando, transcurrió el tiempo.

Una campanilla eléctrica —cual timbre— tañó en el interior de la casa. Por un ventanal vio, sin uniforme, al cabo segundo Julián Espejo Cañas. Parecía recién duchado. Con su camisa de crespón malva, tenía trazas de no estar en su sitio. También exhibía un traje negro de hechura fina y su chaqueta abierta parecía bien adaptada a su cintura. El cabo segundo Julián Espejo Cañas observó sus pantalones de anchas valencianas que, amplios, caían sobre sus zapatos, los mismos que usaba con el uniforme. Con la ropa disimulaba ciertas características físicas.

Adela Domínguez Iriarte lo dejó entrar. Lo recibió con su acostumbrada blandura, suave la piel, acolchados sus miembros por su carne amable, tibia por dentro, un muelle en que atracar.

Le preguntó:

—¿Quiere un mendocino?

—Si no es molestia. No he cenado aún. Estoy hambriento como un colegial —dijo Espejo Cañas.

Adela Domínguez Iriarte volvió de la cocina con una bandeja, servilletas, una botella desechable de Sorbete Letelier —de cherry natural—, dos vasos con motivos florales y los mendocinos de forma circular, de gustoso aspecto. Acomodó todo en una mesita de estar.

Se sentó frente al cabo segundo Julián Espejo Cañas.

—¿Cómo empezar? —preguntó el carabinero.

—¿Sobre qué? —replicó obnubilada.

—Lo que hizo su marido, mi mayor.

—¿Me disculpa?

Adela Domínguez Iriarte se encaminó al baño para tranquilizarse y arreglarse *per speculum in enigmata*. De modo que cerró con llave la puerta. Se miró al espejo. Sentíase demacrada, dolida: un vejestorio.

Pensó otra vez si sería prudente contarle el «secreto» al cabo segundo Julián Espejo Cañas. Infló y desinfló sus pulmones. Dejó correr el agua del lavamanos. Tiró la cadena del escusado. Dio vuelta a la llave de la puerta y caminó, sin apremios, al living. Finalmente no podía tranquilizarse ni arreglarse.

El cabo segundo Julián Espejo Cañas masticaba un mendocino.

—Sírvase bebida —dijo ella llenando un vaso.

Julián Espejo Cañas fisgoneó los muebles. Pidió:

—No mucho, por favor.

—Es mejor que la Coca-Cola, pero tiene mucha azúcar —opinó Domínguez Iriarte.

Se perdió un lapso de silencio.

—Doña Ade... la. Sé que es difícil comprender la muerte de su marido. Usted siempre me lo ha dicho y hoy será como un desenlace. ¿Por eso nos visitaba en el cuartel?

Adela Domínguez Iriarte vislumbró una fotografía en la que condecoraban al mayor Sartoris Rausch. Se santiguó. Invocó a todos los santos del cielo e imploró su ayuda íntimamente. Se paró frente al cabo segundo Julián Espejo Cañas. Dejó deslizar su vestido hacia el suelo de madera. Quedó en sostenes y una enagua que tapaba sus cuadros. El cabo segundo Julián Espejo Cañas se levantó y acercó su boca a la cara de la viuda. La besó cien veces. Después, Adela Domínguez Iriarte lo miró con una sonrisa de inefable placer y satisfacción.

—Hágame el amor —pidió con esa frase sentenciada por la moral—. Hágame lo que nunca me hizo el finado Sartoris Rausch.

El cabo segundo Julián Espejo Cañas la abrazó con el fervor de un rendido y venturoso enamorado.

Preguntó:

—¿Era por eso que me venía a visitar todos los días? —su mano morcilluda con dedos redondos, regordetes e inquietos, manoseó el busto derecho de la viuda.

—En realidad... Era mi excusa para decirles un secreto que he guardado desde la muerte de Sartoris Rausch.

—¿Un secreto...?

—Sobre su muerte...

—¿Sabe cómo fue? ¿Se la contó el teniente Herrera?

El cabo segundo Julián Espejo Cañas apartó la mano morcilluda.

—Siga tocándome —solicitó entre suspiros—, Espejo Cañas. Sigue tocándome, Espejo Cañas.

A trompicones, fueron al cuarto en donde Adela Domínguez Iriarte dormía, atribulada, cada noche. Fornicaron tímidos, inexpertos, como adolescentes inveterados y primerizos. Luego Adela Domínguez Iriarte se sintió con diez años menos. El cabo segundo Julián Espejo Cañas —después del encuentro sexual— encendió un cigarrillo turco proveniente de una pitillera cromada.

Adela Domínguez Iriarte confidenció tendida en la cama igual que él:

—Ahora me siento más libre —comenzó a vestirse—. Yo sé que Sartoris Rausch se suicidó en el tiroteo.

—¿Qué? —Espejo Cañas botó el humo azulado—. Explique...

—¿Cómo cree que murió mi marido?

—Una bala calibre 44 en plena sien derecha. Disparada a bocajarro por un delincuente que se dio a la fuga y que no hemos capturado todavía.

—¿Sabe el porqué del disparo, mi cabito?

—Fue un antisocial. Las pruebas de balística reafirman lo que nosotros, los del cuartel, pensamos.

—Tengo una historia demasiado larga para contar sobre mi sobrino, Caín Domínguez Flores.

—¿Su sobrino? ¿Caín Domínguez Flores es su sobrino? He oído hablar de él...

—Era el único hijo de mi hermano Gastón Domínguez Iriarte.

—De él me habló en el funeral del mayor Sartoris Rausch.

—Hijo que tuvo con una damisela de poco fiar. Cuando murió mi hermano, encontramos unas cartas que relataban con exactitud la existencia de un ser que era su primogénito. ¿Cómo supimos de quién se trataba? Sartoris Rausch detuvo a Caín Domínguez Flores cuando éste tenía diecisiete años. Casi un joven. Ahí nos enteramos de que era hijo de mi hermano.

—¿Cómo?

—Es el secreto —dijo Domínguez Iriarte—. Un secreto *muy* largo. Tal vez no vale la pena explicarlo.

—¿En qué año fue?

—...de ahí en adelante criamos al joven que tenía malas costumbres. Malísimas. Nunca lo hicimos entrar en vereda. Igual Caín Domínguez Flores tenía la dirección de la casa en la que yo vivía con mi hermano Gastón, su padre, antes de que me casara con Sartoris Rausch. No sé cómo se la habrá conseguido. Amistades del hampa, seguro. Con el tiempo, Caín Domínguez Flores se transformó en

maleante. Feísimo. De pura suerte mi marido dio con él. Sartoris Rausch lo detuvo cuando robaba parlantes de auto en 10 de Julio Huamachuco.

—¿Ratero rasca?

—Mi marido lo encubrió. Encubrió a Caín Domínguez Flores. Caín cayó en el narcotráfico...

El cabo segundo Julián Espejo Cañas arrugó la cara. Dijo:

—Se sospecha que la bala que mató al mayor fue gatillada por un mafioso de una banda de narcos...

—Mimé mucho a mi sobrino Caín Domínguez Flores. Sartoris Rausch trató de encauzarlo por el camino del bien y del Señor, pero no pudo con las malas costumbres de Caín... Lo encontramos maleado.

—¿Lo conocían de antes?

—No.

—¿El mayor quería que Caín fuera un hombre de bien?

—Era como un hijo. Recuerde que empezó a vivir con nosotros después de que Sartoris Rausch lo detuviera por los robos de parlantes en 10 de Julio Huamachuco...

—¿Qué tiene que ver con la muerte del mayor? —preguntó atondradamente Espejo Cañas.

—Usted sabe cómo fue Sartoris Rausch. De férreas costumbres disciplinadas. Mucho tenía que aguantar tratando de aceptar a mi sobrino. Tan diferente. *Tan chico y tan delincuente.*

—¿Y?

—Dejé hacer y deshacer a Caín Domínguez Flores. Le pedí a Sartoris Rausch que le regalara el pistolón del que hablábamos en la tarde. Igual Sartoris Rausch guardó su bala de la buena suerte: la bala del revólver.

—No encacho, doña Adela —dijo preocupado Espejo Cañas—. ¿De dónde habrá sacado ese pistolón que le vi una vez? ¿El pistolón tan grande como mi brazo?

—Caín lo iba a matar. Iba a dispararle cuando comenzó el festival de balas. Sartoris Rausch iba a detener a la banda de Caín Domínguez Flores. Pero Caín lo engañó. Caín casi le dispara a mi marido. Sartoris Rausch le pidió que lo dejase morir como un hombre de honor. Le pidió suicidarse.

—¿Motivos?

—Como dije: honor. No iba a permitir que Caín lo matara en la balacera. «Si quieres matarme, Caín, deja irme con estilo, con pun-donor. Déjame suicidarme con mi bala de la buena suerte... No me mates tú... Hazme ese último favor como el hijo que fuiste alguna vez», se supone que dijo Sartoris Rausch a mi sobrino Caín.

—¿Caín le contó la historia?

—Naturalmente.

—Sartoris Rausch nunca nos dijo que esa tarde íbamos a desarticular una banda de delincuentes comandada por su propio sobrino.

—Por eso los visitaba yo. En un principio les iba a contar a todos. Después tuve más confianza con usted, amor mío. ¿Qué hará?

—¿Qué podría hacer?

—Usted es de la Institución.

—Lo soy —pausa—. Nunca ha sido bueno remover la tierra solidificada. Caín Domínguez Flores y sus secuaces están... presos.

—Caín Domínguez Flores *no* está preso.

—Mmm...

—¿Quién me perdonará?

—La procesión irá por dentro para usted. Yo la perdono, amor mío. Sartoris Rausch no iba a permitir que su propio sobrino lo matase. Sabía que no saldría vivo del tiroteo. Lo más honorífico fue morir con un suicidio que pasó por asesinato. Caín Domínguez Flores es capaz de robarle los dientes de oro a su propia madre.

—Con la bala del revólver —terminó Domínguez Iriarte—. Sí, prefiero la libertad a la justicia. No creas la verdad. Cada asesinato revela la inexistencia del humanismo. A la sociedad le interesa el muerto en función de que pueda encontrar al asesino y hacer un castigo ejemplar...

Con coraje, franca, Adela Domínguez Iriarte expió su pesar, su falta grave. Pensó que había sido el juego de una mágica ilusión; pero hechos reales y palpables tiraban por tierra esta suposición. Terminó de vestirse. Una campanilla eléctrica —cual timbre— tañó en el interior de la casa.

Tratábase de Caín Domínguez Flores. Ella dijo:

—Cuando se defiende la ley la bala del caco se vuelve algodón de azúcar.

El cabo segundo Julián Espejo Cañas finiquitó:

—Puede ser. Lo que usted busca está más allá del propio crimen y creo que tiene que ver con su propia vida. ¿Quién tocará el timbre? —y supo que esa misma noche todo cambiaría ●

# Tempore Belli

RODRIGO ROJAS

*a Shradha Shah*

La ciencia reduce el olor a cinco elementos:  
carbón, hidrógeno, azufre, oxígeno,  
nitrógeno. Sin embargo las heces  
humanas, al menos su componente aromático  
es químicamente cercano al del jazmín.  
Ambos comparten la misma raíz,  
la comparten con el pasto recién cortado,  
con la lluvia que despierta a las lombrices,  
y el olor del barro donde crece el hinojo,  
con la corteza blanda de árboles podridos,  
con un floripondio lánguido, la magnolia de agosto.  
Esto es evidente para la nariz de un perro,  
pero para un niño que mira desde su ventana  
al pájaro que caza gusanos,  
el niño que siente un tordo en la lengua,  
que escucha una detonación y ve a los vecinos  
desplomarse en la vereda y luego siente olor  
a geranios, al residuo de la cortadora de pasto,  
claro, ese niño no sabe  
que así huelen los gases nervoactivos,  
que las bombas químicas emulan jardines.

# Lee cada palabra que escribo por encima de mi hombro derecho

MARÍA JOSÉ VIERA-GALLO

**HABÍA PALTA**, tuna, queso de cabra, animitas adornadas con placas de automóviles, cerros esculpidos de figuras geométricas, cactus recién florecidos, llamas encaramadas a inaccesibles peñascos, caballos salvajes, ovejas sin pastores, y — esto era lo que más le gustaba— un viejo y cansado halcón sobrevolando el cielo. Cada vez que miraba por la ventana, sin embargo, todo lo que veía era el reflejo de un chico de diecinueve años incapaz de recordar cuándo había hablado por última vez con su madre.

A ratos su memoria reproducía frases sin sentido o conversaciones telefónicas demasiado coherentes para haber ocurrido alguna vez. Otras, el teléfono se congelaba en un *ring* sin respuesta. Esa mañana no fue la excepción. Al marcar cobro revertido a París, una operadora le confirmó lo que ya sospechaba: *Pas de réponse à la maison*.

Tenía la impresión de que una misma llamada muerta sonaba desde su infancia, lo seguía haciendo después por la Ruta 5 Norte, y seis horas más tarde, al bajarse del bus y subirse a un colectivo negro Nissan ladeado en su ala derecha.

—Peñuelas, por favor —dijo buscando la cara del chofer a través del espejo retrovisor.

—¿El casino?

—No, la iglesia.

**UN PERRO ESQUELÉTICO**, o el esqueleto de un perro, dormía a un costado del altar. No había rastros de fieles ni de curas, ni de velorios y mucho menos de ataúdes. Se devolvió por el camino de tierra. Las antiguas casas de veraneo aún mantenían sus persianas cerradas, esperando con su típica inercia provinciana que un silbido municipal inaugurara la temporada oficial de vacaciones. Una de las pocas cabinas que permanecían abiertas todo el año era la de su abuela Esther, y al acercarse a ésta no se sorprendió de que estuviera tal como la había dejado

durante su última visita: el portón de madera sin pestillo, el gato dormitando en la silla mecedora, el jardín perfectamente taciturno, salvo por las colas de zorro que el viento mecía de un lado a otro dándole un saludo simultáneo de bienvenida y despedida.

Apenas entró, se sintió electrocutado por el susurro de un *Dios te salve María llena eres de gracia*. Sobre un sillón de mimbre, el mismo donde una chica de apellido Amenábar lo había despertado de su niñez tardía con un beso, ahora ramos y coronas de lirios blancos impregnaban el aire de ese fresco aroma a muerte. Avanzó por el pasillo. El rezo se intensificó. Detrás de una puerta, tres mujeres y dos hombres la velaban, sentados a una distancia prudente de su cama. Reconoció a la Chinda, la antigua cocinera de la casa; a Gladys, la última enfermera de Coquimbo; a Flavia, su vecina octogenaria, compañera de lecturas poéticas y juegos de azar, acompañada de su marido, universalmente conocido como «el inútil Leopoldo», y al cura del pueblo, un joven de lentes redondos y sotana negra a quien jamás había visto. Al tercer Ave María volvió a juntar la puerta.

Recorrió la casa inventándose alguna tarea por hacer —lavarse la cara, darle de comer al gato, cambiarse su demasiado sonriente polera Smile—, cualquier cosa que lo alejara de esa habitación. Se detuvo a un costado de la mesa del comedor. Un palillo de bambú roto en dos. Una papaya confitada abierta. Libros subrayados de Valéry, Claudel, Lautréamont. Un recorte de Patricia Maldonado tachado con uno de esos insultos que su abuela le profería a la gente que había «ensombrecido» su vida (la lista no era demasiado larga, pero incluía a los cuatro miembros de la Junta Militar, agentes de servicios secretos, periodistas de tribunales como un tal Pablo Honorato y miembros de la Corte Suprema). Más allá, un *puzzle* a medio terminar de una moderna ciudad asiática, Shanghai, tal vez Bangkok.

Había vivido diez años con su abuela antes de irse a Santiago. De todas las particularidades de la casa, esa mesa de raulí cumplía una función única e inclasificable, entre solemne comedor de visita y velador sin fondo. Al final de la semana, tanto en su superficie como debajo de ésta, era posible encontrar marraquetas duras con manjar, tejidos a croché a medio hacer (a pesar de sus protestas, ella seguía fabricándole gorros y bufandas), bigotes de crustáceos, medusas disueltas en vasos de Coca-Cola, conchitas deformes con colillas de cigarro apagadas, y sobres, muchos sobres, de todos los tamaños, colores y texturas, usados o por usar.

Se quedó mirando el *puzzle*: salvo por el cielo y el mar, el paisaje estaba casi completo. La abuela tenía razón: a nadie le divertía rellenar una masa azul uniforme. Buscó la orilla de una ola faltante, y tras encontrarla y dar con el espacio, pensó (y le dio vergüenza pensar algo así) que al colocarla en su lugar estaba estropeando la perfección de un trabajo inconcluso, y volvió a dejarla en la caja. De pronto notó que, debido a la humedad o a alguna pieza mal calzada, la esquina su-

perior izquierda del paisaje se levantaba. Posó la palma de la mano sobre un par de nubes y, sin dudarle, las deshizo. Un sobre. Había un sobre. El nombre de su abuela, Esther Beaucheff Montt, aparecía tachado y reemplazado por el suyo. Le dio vuelta. El remitente omitía sus datos personales y en su lugar decía, subrayado dos veces con lápiz azul: *Lee cada palabra que escribo por encima de mi hombro derecho*. Reconoció la caligrafía de señorita educada en colegio de monjas de su mamá. El timbre de envío databa de once días atrás, pero la carta estaba sellada, los bordes perfectamente pegados entre sí.

Podía imaginar a su abuela guardando a propósito la carta debajo del *puzzle*, a la espera de *ese gran momento* de lectura que siempre le destinaba al correo de su hija, rito que generalmente consistía en sentarse en su sillón verde al lado de la ventana, apoyar una taza de agüita de papaya ya tibia sobre una de sus gordas rodillas, y comprobar que nadie, absolutamente nadie, la vigilara.

Esta vez, por un motivo incomprensible, no sólo no había leído la carta. Además había cambiado su destinatario.

**CAMINÓ POR LA COSTANERA** en dirección al faro. El Casino estaba abandonando su antiguo aspecto Pacífico nublado por una versión más Miami tropical, con palmeras trasplantadas en la entrada y retoques de *doré* en sus ventanales. El paseo costero, antes desierto, marcado a un lado por la gris y larga playa y al otro por quioscos de pesqueros artesanales y terrenos baldíos, ahora era una maqueta de condominios vacacionales, promesas de resto-bares, gimnasios móviles y banderines rojos de la revolución telefónica móvil recién llegada al país.

Siguió caminando. Su abuela jamás le hablaba de los cambios en el litoral. Sólo se limitaba a ponerlo al día acerca de las cosas que seguían igual. Muchas veces se había preguntado si ese don especial que tenía para ignorar las agresiones del mundo no sería otra cosa que un remedio de autoconservación personal. Era cosa de verla. Durante cincuenta años había llevado la misma trenza blanca sobre la cabeza; lavado a mano su escasa ropa; cedido a un continuo y fiel antojo por los brazos de reina; rechazado, siempre con una sonrisa, la visita de autoridades locales que querían tomar el té con «una de las últimas damas de La Serena». Si le dolía la rodilla izquierda, se alegraba de que la derecha le funcionara bien. Si el día estaba nublado, vaticinaba futuras semanas con cielo despejado. Si no llegaban cartas desde Francia, significaba que pronto recibirían buenas noticias. En tardes frías —y aburridas— como éstas, cuando juntos ya habían ido y regresado en bicicleta al único supermercado de La Serena o inspeccionado el estado del jardín de la clausurada cabina de González Videla y Mitti Marckmann, su abuela se sacaba zapatos y medias y buscaba machas a la orilla de la playa. Nunca encontraba lo que quería, pero suplía sus pequeños fracasos reemplazándolos con

insignificantes victorias, ya fuera la memorización de un poema o mantenerse erguida por más de sesenta segundos sobre su cabeza.

A su lado, era fácil sentirse feliz sin motivo.

**SE SENTÓ EN UN BANQUITO.** En medio de las grúas y la neblina, el faro apenas se hacía visible.

Miró el sobre con cierta sospecha. Con el paso del tiempo, la mayoría de las cartas de su mamá se reducían a postales en cuyos reversos escribía alguna frase afectuosa y rimbombante de grandes caracteres o dibujaba nubes con ojos o arcoíris interplanetarios que habrían enorgullecido a una chica de *Kindergarten*. En otros días de esplendor adulto, molía restos de *pain au chocolat* en su interior, pidiéndole a la Chinda que lo agregara a la mesa del té. A veces pasaban hasta seis meses sin «recibir una miga» de parte de ella. En veinte años de carteo, su abuela, en cambio, sólo había dejado de escribirle una vez: cuando se rompió su mano derecha intentando atrapar a una iguana que, se decía, vivía en medio de las colas de zorro del jardín, pero que nadie jamás había visto.

Le gustaba acompañarla a todas partes, menos al correo. Sentía que esos funcionarios que leían la revista *Excilla* debajo del mesón dejaban que doña Esther se saltara la fila sólo porque «estaba a cargo de un pobre chico abandonado por su madre».

Las cosas nunca sucedían en un orden gramatical. En el verano europeo del 79, su mamá olvidó ir a recogerlo a una escuela de verano en Rotterdam donde se habían reunido hijos de exiliados de toda Europa. El propósito de la reunión infantil era que los chicos, todos de entre siete y catorce años, perfeccionaran su español, interactuaran con sus compatriotas repartidos por Alemania del Este, Francia, la Unión Soviética, Italia, Hungría, y cantaran a coro la *Internacional* animados por las cuerdas en vivo de un violoncello de cámara a fin de reunir dinero para la resistencia. La mejor parte venía los domingos, cuando al fin jugaban libremente en modernas salas de juegos de plexiglás facilitadas por el gobierno holandés. Terminadas las vacaciones en la patria ficticia, él era el único que seguía lanzándose por un tubo azul de quince metros al son de un casete rayado de Charo Cofré. *Madame Sara* estaba inubicable. *Pas de réponse à la maison*. Sus amigos del partido no sabían nada de ella. La *concierge* menos. En el consulado era mejor ni asomarse a preguntar. Pero alguien debía hacerse cargo del niño. Su papá, ¿dónde estaba? ¿En la lista de detenidos desaparecidos? No. ¿Ejecutados políticos? Tampoco. ¿A quién, entonces debían llamar? Nadie le conocía parientes en Francia. En Chile al menos tenía abuelos.

Recordaba ese vuelo de Air France como un cruce silencioso de catorce horas que bien podrían haber sido veintisiete o cuarenta y dos. La asistente social que lo acompañaba hojeaba una revista *Marie Claire* y de vez en cuando levantaba la vista para preguntarle si estaba contento de volver a su país. ¿Cómo podía alegrarse de regresar a un lugar en el cual nunca había estado? En lugar de resolver ésta y otras contradicciones con su acompañante, prefirió abrir más frasquitos de mermelada y buscar algún rastro del Atlántico por la ventanilla. Al amanecer vio asomarse una monumental cordillera, una pista de aterrizaje gris, y un furgón de militares dando vueltas en U.

Su abuela —recién enviudada de don Armando Pastene, fulminado por un ataque al corazón al salir de su imprenta— se veía más jovial que en las fotos, y ¡sabía francés! Vivía en el norte, al borde del mar, en un lugar que tardó meses en aprender a pronunciar (la maldita ñ). Lo que empezó como unas breves vacaciones *au Chili* se convirtió en una estadia pseudovacacional, y así hasta que su viaje ya no tenía un nombre y su mamá era sólo una voz al otro lado del océano.

Con su abuela Esther se divertía una enormidad. Salían juntos a recoger moluscos y crustáceos a la playa. Le permitía desordenar el living sin jamás defender el orden artificial de sus sofás. En la mitad de la noche, cuando él tenía pesadillas, lo dejaba meterse a su cama, abrazarla y tocarle su trenza blanca, como si fuera el pelaje de un animal independiente de su cuerpo.

En la casa, donde cada verano circulaban tíos y primos que jamás había visto, rara vez se hablaba de Sara. O se hacía hasta el año 69, cuando era una sobresaliente colorina de la burguesía serenense, estudiante de sociología, coronada por votación popular Miss Peñuelas. Todo lo que venía después, su militancia en el MIR, el golpe de Estado, el exilio, la depresión y «su vida errante» en París, era el susurro de conversaciones que ocurrían detrás de alguna puerta siempre cerrada.

Mamá estaba enferma. Mamá bebía alcohol en lugar de tomarse sus pastillas. Mamá no podía hacerse responsable de él. Ni de ella. No por ahora.

La asistente social que lo acompañaba  
hojeaba una revista Marie Claire y de vez  
en cuando levantaba la vista para preguntarle  
si estaba contento de volver a su país.  
¿Cómo podía alegrarse de regresar  
a un lugar en el cual nunca había estado?

**TERMINÓ DE LEER LA CARTA.** Dobló las hojas en dos y luego las guardó en el sobre. Cerró los ojos, intentando irse a negro hasta que el graznido de una gaviota lo devolvió a las formas oficiales de la existencia. El mar reventaba sin ruido, al frente, cubriendo la playa de una malla de huiros.

Respiró profundamente, como si un poco de aire marino pudiera reescribir aquellos pasajes de la carta que su mamá había tachado. A medida que iba completando esos huecos, un líquido tibio le cruzó la mejilla. Antes de convertirse en la postal de un solitario chico que llora en pleno invierno en una playa, se paró del banquito y avanzó hacia la orilla. No sabía bien adónde iba, pero no le pareció mala idea perseguir las huellas de unas pulgas de mar. Dejó que la espuma le mojara la punta de sus zapatos. Luego los tobillos. Y finalmente las rodillas. Se giró, dándole la espalda al mar, y volvió a mirar el nuevo casino.

Entonces se acordó de algo.

**VENÍAN DE JUGAR** al tragamonedas. No era un casino propiamente tal, sino una de esas salas de «juegos de azar» para adultos ubicadas cerca de las estaciones de trenes europeas, a las que da miedo entrar. Para sorpresa de los jubilados presentes, casi todos fumadores crónicos con aliento a pastís y caspa en la chaqueta, la pareja que conformaban una mujer pelirroja con un ojo semicaído y su hijo preadolescente había hecho retumbar los tréboles de la suerte. Con los más de seiscientos francos ganados, él y su mamá se precipitaron a un bazar céntrico llamado *Madame et Mademoiselle*. Compraron una peluca (morena) para ella y un aparato llamado *walkman* para él. Con el dinero restante almorzaron en un popular *bistrot*. Él, audífonos en los oídos, un plato de *entrecôte* y papas fritas; ella, peluca de Cleopatra en su lugar, una contundente sopa de cebolla con *gruyère* derretido adentro. De pronto Sara corrió a un lado el vaso de Coca-Cola que él tomaba y se lo cambió por su copa de vino.

—¿Qué haces? —reaccionó él. Últimamente odiaba su timbre de voz cuando se alteraba por algo.

—Feliz cumpleaños.

—Fue hace dos meses, mamá —intentó quitarle los agudos a sus cuerdas vocales.

—Estabas en Chile, no cuenta...

—Si es por eso, tendríamos que hacer como mil brindis.

—No, cinco —exclamó Sara, abriendo la palma de la mano.

¿Hacía tanto que no se veían? Se quedaron en silencio unos segundos. Enterró una de sus papas fritas en la sopa de cebolla.

—Para los trece te llamé pero estabas pololeando con una niña Amenábar.

Para los doce... para los nueve me contaste que tu abuela te había preparado un queque con forma de estrella de mar, ¿te acuerdas? —dijo ella, anillándose los dedos de la mano con pedazos de *baguette*.

—No me acuerdo de nada.

—Cuando mientes te delatas solo. Mueves el pie, igual que yo —le sacó en cara ella.

—¿Y a los ocho qué hice?

—Acá, en Francia.

—¿Contigo?

—Conmigo —sonrió.

—¿Y a los siete?

—Lo mismo.

El vino hizo que se pusiera a bostezar sin motivo.

—¿Y cuándo nací dónde estaba?

—¿Qué pregunta es esa? Hospital Salpêtrière. *C'est un garçon*, me anunció el doctor, un magrebí con una gran sonrisa. Yo no entendí por qué sonreía tanto. Quiero decir, si hubieras sido una *fillette* era lo mismo para mí. Hasta te tenía un nombre: Regina.

Él dejó caer la papa frita, acercó su mano a la de ella, simulando sacarle un anillo de pan. Al sentir su tacto, ella la corrió a un lado. Desde que era niño, abrazos y besos terminaban siempre en algún roce brusco e incómodo. Su abuela y su constante proximidad física le habían hecho olvidar ciertas cosas.

—¿Y mi papá? —dijo.

Al no recibir ninguna respuesta, subió lentamente el volumen del *walkman* hasta que ya no pudo escuchar nada más.

**EL JOVEN CURA DE LENTES**, Flavia, el inútil Leopoldo y un matrimonio recién llegado comían tostadas con palta y bebían té en el *living*.

Aprovechó ese paréntesis social para alejarse del ventanal y entrar por la puerta de la cocina. Al verlo mojado, la Chinda dejó enterrados los dedos en la masa:

—Dios mío, Pablito. ¿Viene de un naufragio?

El agua no paraba de correrle de la cabeza a los pies. En pocos segundos el piso estaba mojado.

—Fui a nadar.

—¿En pleno invierno?

Sacó una empanada de queso con machas de una bandeja y le dio una mordida.

—¿Ya la llevaron a la iglesia?

—Todavía no. ¿No la ha visto?

—No... —dijo otro mordisco—. Mejor que don Plebeyo.

—Lo cerraron.

—¿Qué cosa? —por un segundo pensó que se refería al cajón.

—El local de don Silvio. Van a abrir un *minimarket*. Antes de que se me olvide, la señorita Sara llamó de París por segunda vez. Dejó un número para que se comunique con ella.

Tomó el papel y salió de la cocina, arrugándolo.

Avanzó en puntillas por el pasillo. El aroma floral de la muerte se mezclaba ahora con el calor de la chimenea que alguien había recién encendido. Oyó voces. Fragmentos de conversaciones que hablaban de abrir una biblioteca municipal con el nombre de su abuela. Se detuvo frente a la habitación. Luego de comprobar que no había nadie, entró. Un par de velas puestas en cada velador alumbraban su cara de huesos firmes y pocas arrugas. Nadie hubiera creído que estaba muerta si no le hubieran amarrado la cabeza con un pañuelo, seguramente para que la mandíbula no se le desencajara. Su camisa de dormir, excesivamente blanca, envolvía un cuerpo delgado y plácidamente dormido. Se sentó en un piso de madera, a sus pies, y tomó una de sus manos. Quizás porque empezaba a tiritar de frío, descubrió en ella cierta tibieza.

Luego de permanecer unos minutos con las manos entrelazadas, sacó el sobre del bolsillo de su bolso, los dedos tiesos por el frío. Se secó la cara con la esquina de una sábana y leyó, intentando que sus dientes no castañearan:

París, 14 agosto 1991

Mamá:

¿Es cierto lo que me cuenta en su última carta, que transpira de noche y le duelen las rodillas al caminar? ¿Por qué no se queda en cama leyendo sus libros y se olvida de sus paseos en bicicleta al correo? ¡Tiene ochenta y seis años, por Dios santo! No quiero que por mi culpa usted quede inválida. Ya bastantes problemas y sobreexigencias de todo tipo le he causado en mi vida... Por favor, deje de escribirme. No lo haga por mí, sino por usted y por sus rodillas. Ya no hay nada nuevo que usted y yo podamos decirnos. No al menos por escrito. En su última carta le dedicaba apenas dos párrafos a Pablito y otros seis a lo mismo de siempre. Se lo repito por milquienteava vez en dieciocho años: no sé si vaya a Chile este verano ni el próximo. No crea usted que no intento darle la pelea a «mis fobias». Hay días en que hago la maleta y me siento lista para volver, pero una vez que estoy arriba del avión sólo veo preguntas esperándome detrás de la cordillera y vuelvo a guardar toda la ropa.

No me refiero a esas otras preguntas que usted insiste que conteste para esa Comisión (¿de Verdad, se llama?) ni a las de los pocos amigos que me quedan allá, muchos de los cuales se cambiarían de vereda al cruzarse conmigo. Hablo de ESA OTRA PREGUNTA que Pablito nunca dejará de hacerme (y con justa razón). Mi papá alguna vez me dijo que lo único malo de que los hijos dejaran de ser niños era que empezaban a hablar con puntos interrogativos. ¡Qué verdad! ¿Se acuerda cuando le preguntaba al papá cuánto le pagaba a la gente de la imprenta y él se enojaba? A veces echo de menos a ese viejo cascarrabias.

Si le sirve de consuelo, le tengo una buena noticia: estoy harta de Francia. No creo que viva el resto de mi vida aquí. Supongo que llega un minuto en la vida en que uno no aguanta abrir un paraguas más ni decir «pardon» por bostezar. Sé lo que viene ahora y se lo adelanto: ¿a dónde me voy a ir, qué voy hacer de mi vida? Mamá, lo más probable es que espere que pase el invierno encerrada en mi departamento y en mi próxima carta le hable de lo maravillosa que está la primavera.

Me pregunta por mis nuevas pastillas. ¿Qué quiere que le diga? Francamente creo que funcionan, si no no estaría escribiéndole tan largo. Incluso estoy pensando en volver a trabajar y recuperar mi puesto de bibliotecaria en la municipalidad del *onzième*. Mantenerme activa me ayuda a pensar menos y usted sabe que una de las condenas de esta ciudad es que invita a pensar demasiado.

Antes que ocurra eso (ponerme a pensar mientras le escribo), le agradezco las últimas fotos que me mandó de Pablito. ¡Es tan *mignon* o derechamente *beau*, que me da vergüenza hasta pensar que es mi hijo! La última vez que lo vi tenía trece o catorce y pintaba para delgado desgarrado. Tiene razón en echarlo de menos, pero tarde o temprano tenía que partir a estudiar (lo de Zoología me ha sorprendido mucho, ¡estaba segura haberle oído Sociología!). Los animales siempre serán mejores que los seres humanos y es una bendición que no haya elegido una carrera peligrosa, ni milite en ningún partido político y que su héroe sea Jacques Cousteau y no el Subcomandante Marcos.

Dígale por favor que intenté llamarlo para mi cumpleaños, pero nadie me contestó. ¿Por qué no le compra una grabadora? No me diga que en Chile no hay.

No sabe cómo le agradezco su regalo. Creo que nunca le escribí de vuelta por eso. Sólo a usted se le podría haber ocurrido mandarme su trenza por *courrier*... (jamás imaginé que llegaría a cortársela!). La guardé en una cajita muy linda marroquí, que tengo en mi pieza. Cada vez que la miro me acuerdo de otra de sus frases favoritas: ¡Unos envejecen, otros apenas crecen! Yo, mamá, empecé a envejecer. El próximo año voy a cumplir cuarenta y un años y usted me sigue hablando como si fuera una niña perdida.

**Me alegro que todo siga igual allá. No puedo creer que se encontró con el Dr. Moreno en la iglesia. ¿Desde cuándo los radicales van a misa? ¿De verdad se acordaba de mi ojo? Dígame que está igualito a esa vez que lo revisó, pero que a la larga uno se acostumbra incluso a eso, a ver como por una persiana mal cerrada. Mándele saludos, pero por favor evite darle mi teléfono cuando viaje a París. Últimamente huyo de la compañía de otros chilenos.**

**El único chileno con el que me interesaría estar dos mil días seguidos es Pablito. Pero no puedo pedirle a él lo mismo. *N'est-ce pas?***

**En una hoja separada, y escrita a máquina, le adjunto mi declaración para su famosa comisión. Haga con eso lo que quiera, pero no insista con lo de los tribunales.**

[BORRADOR DECLARACIÓN]:

Estimada Comisión de ¿Verdad?:

Mi nombre es Sara Pastene Beaucheff. Nací en La Serena en 1950. Estudié Sociología en la Católica de Santiago. Durante la UP realicé investigaciones en terreno sobre las organizaciones rurales en el contexto de la nueva Reforma Agraria. El día del golpe, me encontraba en Querquén, junto a otros estudiantes y profesionales pro MIR, dirigiendo capacitaciones a campesinos y comunidades indígenas. Me tomaron presa. Tenía 23 años. Estuve 5 meses presa, primero en Tres Álamos y después en Dos Álamos o viceversa, ya no sé.

~~o crea usted que no intento darle o crea usted que no intento darle~~ De esos meses de encierro, recuerdo ~~o crea usted que no intento darle o crea usted que no intento darle~~ En la mañana, ~~o crea usted que no intento darle la pelea a mis miedos. No crea usted que no intento darle la pelea a mis miedos. si me dolía No crea usted que no intento darle la pelea a mis miedos. No crea usted que no intento darle la pelea a mis miedos. No crea usted que no intento darle la pelea a mis miedos. No crea usted que no intento darle la pelea a mis miedos. No crea usted que no intento darle la pelea a mis miedos. No crea usted que no intento darle la pelea a mis miedos.~~ y los cantos que cantábamos fuerte con mis compañeras, cuando ya no podíamos dormir por el griterío.

Salí en febrero del 74. Nunca entendí por qué me soltaron. Quizás creyeron que me iba a morir en ese paradero

en Diez de Julio donde me dejaron. No sabía a dónde ir. A quién llamar de mis amigos. Conseguí unos escudos y me tomé un bus a La Serena, a la casa de mis padres.

Al verme mi papá se encerró a trabajar en su imprenta. Yo pasaba todo el día tomando sol mientras mi mamá me tapaba las quemaduras de cigarrillos con su crema Lechuga.

En mayo del 74 me fui exiliada a Francia. Desde entonces no he regresado.

Atentamente,

Sara Pastene

PD 1: Mamá, usted y su cremita me hacían reír demasiado. Con su ojo de lince siempre encontraba una nueva marca que yo no había visto. El primer día después de que me soltaron, estuve en el agua como cuarenta minutos o más. Usted no sabe que yo la vi, pero me espío cinco horas a escondidas desde el interior del Plebeyo, para asegurarse de que «no cometiera una locura» y dejara que una lancha me pasara por encima o algo peor que eso. Sólo cuando me vio caminar de vuelta a la casa con mis piernas intactas dejó de espíarme.

~~No crea usted que no intento darle la pelea a mis miedos. No crea usted que no intento darle la pelea a mis miedos. Me acuerdo de que ese verano me compraba bolsas y bolsas de cuchufilís para que engordara y yo me los comía feliz. Había bajado como quince kilos por culpa de esa agua de poroto que me dieron. También le echaba clara de huevos y aceite de granel a mi pobre pelo (con su ingenuidad habitual no podía creer que no me hubieran permitido lavármelo en ciento cuarenta y siete días). Y me regaló unos anteojos oscuros de marca que conservo hasta hoy día para taparme el ojo.~~

Una tarde en la playa yo tomaba sol, usted leía, y vimos un hombre de bigotes. ¿se acuerda? Se acucilló al lado nuestro y me preguntó si yo era Sara Pastene. De sólo oír mi nombre, me tapé la cara con la toalla y empecé a tener calambres. Entonces usted dijo con esa voz calma suya que me llamaba Regina Rodríguez. Sólo a usted se le podría haber ocurrido un mejor nombre. El tipo entonces dijo algo que jamás olvidé: «Es que se parece a una colorina bien bonita que fue Miss Peñuelas».

No volví a ir a la playa. Preferí quedarme en el jardín con usted.

En la noche todo empeoraba. Cada vez que la Chinda prendía o apagaba las luces de la casa, yo gritaba. Una tarde salí. Usted se enojó. Tenía miedo de que apareciera otro supuesto Dina de bigotes doctorado en mi biografía. Me acuerdo que me reí. Eso ya pasó, le expliqué, ya no me necesitan más, les

---

---

dije todo lo que querían saber. Usted, porfiada, me siguió hasta el parque de juegos, no recuerdo el nombre pero puede que fuera algo tan absurdo como Divertilandia. Yo, una vez más, la vi sin que me viera, desde el tobogán. Me subí a un saco de papas y me lancé para abajo. Repetí lo mismo como tres veces, era tan rico. De vuelta a la casa, vomité sangre y a usted se le ocurrió tomarme hora con su amigo Moreno.

---

A mí lo único que me importaba era que me levantara el párpado. Él no podía entender cómo se me había quemado el nervio ocular. Después de contarle la verdad (o parte de ésta), y revisarme entera, Moreno lloró. Lloraba más que cualquier persona que había escuchado llorar en esa época. Días después supimos lo de mi embarazo.

---

A veces trato de encontrar una cara. Pero sólo escucho risas. Me llaman Miss Tres Álamos. Me sacan la ropa. Se ríen de mis pelos colorines. ¡Una verdadera marxista! Suben la música. Entonces prefiero pensar que esas canciones nunca sonaron. Que Pablito fue sólo mío y después suyo, mamá.

---

PD 2: Hay algo que usted quizás olvidó: cuando yo ya tenía cinco meses de embarazo y fui a La Serena a despedirme antes de partir a Francia, usted me mostró una supuesta iguana que se escondía entre las colas de zorros. Estaba tan abrumada, mamá, que no me acuerdo si la vi o la imaginé. Por favor, no la deje escapar, hasta que vuelva.

---

Un beso sincero,  
S.

---

---

Guardó la carta. Miró en dirección al ventanal: el viento seguía moviendo las colas de zorro. ¿Viviría esa iguana todavía ahí?

Se sacó la ropa mojada, tomó una ducha de agua tibia, y antes de ir al living a saludar al cura y a los demás, salió al jardín. Creyó escuchar los pasos del bicho en alguna parte.

Luego el sonido del teléfono lo acalló todo. Alguien gritó su nombre desde el interior de la casa.

Una vez más, era la señorita Sara llamando de París ●

# mambo del monster

GUILLERMO TEJEDA

*¿estaré enloqueciendo?*

no me sé estar quieto en esta silla  
a ver este niño, qué le pasa,  
me concentro poco en lo que ocurre  
aunque veo bien  
si brotan los afectos  
reconozco el color espeso  
del deseo  
a la primera brisa,  
cuando caen el párpado,  
la mano  
o el silencio

puedo ver bajo el suelo y sobre el cielo  
pero no logro entender lo que me pasa

soy demasiado bello  
y liviano  
para esta ciudad deshilachada  
demasiado feliz, tan atractivo  
soy el quince por ciento de mí mismo  
apenas una sombra de mis luces

vivo atrapado entre las sombras  
la noche se ilumina cuando paso  
no hay ninguna esquina que me calce

y soy yo mismo cada calle  
cada tienda  
cada auto, cada ojo, cada rama  
soy todas las cosas, no soy nada  
vivo en el pasado, en el futuro  
siempre atrasado o por delante  
adormecido dulcemente  
babeando un líquido de oro

ninguna ropa está hecha para mí  
sin embargo me pongo una camisa  
y la hago brillar como la luna  
o morir como un derrumbe  
mis cabellos son el cielo  
mis zapatos dos pupilas

incapaz de llenar los formularios  
porque mi nombre cambia a cada instante  
tengo demasiados apellidos  
mi edad se contrae y se evapora  
hasta alcanzar su final  
o su principio  
cada casillero es una tumba  
me niego a morir antes de tiempo  
he perdido las llaves  
no sé dónde dejé mis documentos  
no quiero llevar nada en los bolsillos  
contemplo sonriendo  
las yemas olorosas de mis dedos

tan inteligente soy y tan brillante  
que no logro contestar  
a las preguntas más sencillas  
cuando hay que resolver algún problema  
me divierto examinando  
el color del suelo  
o estallo en llamas, me disuelvo

no hago caso de nadie, no obedezco  
soy y seré mi propio dueño  
regalador de todos  
mis minutos  
existir es una fiesta indefinida  
no vendo mi tiempo de diamante  
abro mis axilas olorosas  
mi amor será siempre soberano  
fresco y nuevo  
como un descubrimiento

aunque sea el más top  
el chico golden, felino, irresistible  
el mejor y más famoso de la tierra  
veloz, inalcanzable, victorioso  
será casualidad, nunca un oficio,  
un estado provisorio y no buscado  
no quiero ir al galvano ni al coloquio  
sus medallas se las metan en lo oscuro

si hago lo que hago es que me gusta  
si sale muy bien, maravilloso  
si no llego a tiempo al aeropuerto  
da lo mismo, el planeta gira siempre  
el secreto se esconde en los detalles

mandar a los demás me aburre  
tanto  
no voy a ser esclavo  
de mi propia autoridad, de mi potencia,  
eyaculo por placer, no por trabajo  
no sería jamás el carcelero  
de almas libres o perdidas o incompletas  
debo hacerle el quite el aparato  
quiero ser transversal a los sistemas  
yo nací y moriré en la periferia

diseños modernos, rectilíneos  
mis carnes se condensan como nieve  
estoy dormido  
he pasado por todos los salones  
sin dejar contento a nadie, ni a mí mismo  
mientras más me empeño en ser amable  
(de verdad es que sonrío,  
que me inclino)  
más difícil se me hace el trato humano  
me aplico en seguir todas las reglas  
y me pierdo en esas elegancias  
que son enredaderas venenosas  
mis horas interminables de buen chico  
no han servido finalmente para nada  
porque el lobo silvestre  
no deja de asomar el diente  
y el hocico  
desde dentro de mi piel tan educada

me contemplan con un vago aire de duda  
de prudencia  
de alborozo  
toco y me tocan, yo palpito  
veo cosas, me deslizo  
por entre los instantes placenteros  
y es que hay modales uniformes  
uniformes que envuelven las cabezas  
cabezas que planean su futuro  
domingos divididos en horarios  
horarios convertidos en sistemas  
sistemas anotados en planillas  
donde cada segundo está atrapado  
la oficina del mundo  
no es lo mío  
voy a ser un verano  
todo el año

yo no puedo ocupar el primer puesto  
no cumplo jamás la expectativa  
olvido todas mis promesas  
el dinero resbala por mis manos  
abundante y generoso, interminable  
hago florecer los contratiempos  
construyo catedrales  
dibujadas  
escribo la historia del futuro  
me doy a los calores de la vida  
mis piernas son fosforescentes  
mis ropas flotan  
a lo lejos

y así mientras me duelen cuerpo y alma  
desnudo mis brazos y mi entraña  
lanzo al viento todas mis cabezas  
clavo las manos en el suelo  
y me hundo en la música,  
en la espera  
camino la ciudad, viajo en aviones  
devoro la belleza, me hago adicto  
de internet, de la ventana,  
de una cara  
cada cosa es un mundo de señales

para mí ser yo mismo es la distancia  
más larga posible entre los puntos  
y a la vez es un trayecto tan sencillo  
mi velocidad es estar quieto

sale el sol y amezco transformado  
estrellas de cristal  
hay en mi cama  
soy un río hundido entre los verdes  
donde el amor y el temor  
se escapan temblorosos

he estado ya en todos los países  
y nunca logro abandonar  
mi casa ni mi cama  
vivo en pequeño, en ambientes conocidos  
mientras duermo navego por el mundo

soy el que soy, el que no ha sido  
el que está haciendo su ser cada minuto  
esa es mi solidez  
el viento y la ocurrencia son mi suelo

yo celebro la naturaleza  
con su carnicería brillante y necesaria,  
insectos devorándose, especies nuevas  
risas burlonas, lágrimas tibias  
ambiciones, fracasos  
y otras guerras  
mi jardín es un campo de batalla  
el sol pega oblicuo  
luminoso

busco espacios que estén a escala humana  
ambientes terrosos, color cielo  
donde la tarde tibia se aposente  
y los objetos relumbren  
austeros y sensuales, magníficos

debo evitar en cambio  
apretando las rodillas  
la broma fabricada  
el asado cordial televisivo,  
la pandilla indistinta  
el baile o la conquista lamentables  
el veraneo atroz  
la cena con conversaciones  
envasadas  
porque yo necesito inventarlo todo  
imitar el software de las plantas

descubrir el hedor de los demonios  
entender el abismo de las células  
enceguecerme con la ceja y la pupila  
dormir los lujos de cada pesadilla  
vestirme y peinarme en mil estilos  
seguir todas las modas o ninguna  
nacer por la mañana  
como si nunca hubiera estado  
en este mundo  
es así, respondo con preguntas  
y converso con silencios  
mis sueños son películas históricas  
mi furia es transparente  
mi territorio es el temblor y el nacimiento  
mi dolor es mineral,  
hijo del agua  
y de todas las mezclas y sorpresas  
voy haciendo mi mercado,  
una colección de historias simples

sólo siendo yo mismo yo me salvo  
no hay nadie que pueda reemplazarme  
en el arte de estar vivo cada día

mis desencuentros conducen a mi encuentro  
lejanía tras lejanía yo me acerco  
perdiendo las batallas voy ganando  
huyendo de la gente me enamoro  
mi postura corporal  
se hace más fuerte  
cada vez que tropiezo y que me caigo

el aura de mi cuerpo es más profunda  
a medida que pierdo la cabeza.

# La línea de la concordia

PABLO TORO

—**Hay kuchen**—dijo la joven—. De manzana y de pera.

En el andén, un bus naranja iba de salida. Adentro, las dos mujeres miraban el menú, sentadas junto a la ventana de la cafetería.

—Solamente líquidos —dijo la robusta.

De un lado, el sol calentaba el asfalto de la carretera. Del otro, el desierto era una fusión de colores cobrizos, recortados contra el cielo. El edificio proyectaba una sombra rectangular sobre el asfalto. Hacía mucho calor, y el bus a Arica salía en veinte minutos.

—Dos cafés —le dijo la robusta al muchacho, que vestía un delantal blanco.

—¿Con leche?

—Yo sí —dijo la joven.

—Normal —dijo la robusta.

—Enseguida —dijo el muchacho, mirando el ojo derecho de la joven, que estaba hinchado y morado.

—Gracias —agregó la robusta.

Un bus de color verde musgo entró en el terminal. El muchacho volvió con una bandeja con dos tazas humeantes. Dejó un tarrito metálico en mitad de la mesa, y dos paquetes de endulzante.

—¿Van a comer algo?

—¿Queda *kuchen* de pera? —preguntó la joven.

—Nada más, gracias —dijo la robusta, antes que el muchacho contestara.

La joven miró por la ventana. Los pasajeros del verde musgo descendían en fila. En el andén, un perro sucio y amarillento los recibía con ladridos. La robusta sacó dos terrones de azúcar de la cajita metálica, los echó en su taza y revolvió. Abrió un paquete de endulzante y dio vuelta el contenido en el café de la joven.

—Cuando vuelva quiero ir al cine —dijo la joven.

—Tómame el café —la robusta bebió de su taza.

—Quiero ver una romántica. Ésa del Día de San Valentín.

—No la conozco.

—Obvio que no la conoces.

—Podría conocerla —dijo la robusta— ¿Cómo sabes tú que no?

Se escuchó el crujido de la puerta. Un anciano de pelo gris entró a la cafetería con un niño chico. La joven los siguió con la mirada. Los vio instalarse en una mesa e intercambiar unas palabras. El niño vestía una camisa celeste y pantalones cortos.

—Se parece al Tomy —dijo la joven.

La robusta se giró y miró al niño.

—No sé.

—Míralo bien.

—Lo estoy mirando.

—¿Se parece o no?

—Quizás, un poco.

—Yo creo que sí.

La robusta bebió un largo trago de café. Metió la mano en su chaqueta y puso un cigarrillo en sus labios. La joven estiró su brazo, le señaló el letrero de «No fumar», le quitó el cigarrillo y lo dejó sobre la mesa.

—No te va a pasar nada —dijo la robusta—. Es seguro.

—¿Y la Marcela?

La robusta miró por la ventana. El verde musgo había cerrado sus puertas y volvió a salir del terminal.

—Eso es distinto.

Desde la mochila de la robusta se escuchó un ruido. Metió el brazo y sacó un celular. El ring ring ring se amplificaba por toda la cafetería, y el niño de pantalones cortos se dio vuelta a mirarlos. La robusta se levantó de la silla. Se inclinó hacia el otro lado de la mesa, acarició el contorno del ojo moreteado y la besó en los labios.

—Va a salir todo bien —dijo. Se alejó unos metros y contestó.

El niño miraba a la joven. Ella lo miró de vuelta, sonrió y le sacó la lengua. El niño soltó una risa de niño y se tapó la cara con las manos. Volvió a girar sobre el asiento y le susurró algo al anciano, que mascaba un pedazo de *kuchen*. La joven bebió un trago de café y miró por la ventana. El perro gris se había echado en el suelo y se lamía las pezuñas. La robusta volvió y guardó el teléfono en la mochila.

—¿Era él? —preguntó la joven.

—Que te acuerdes de avisarle apenas hayas cruzado.

—Es cuarta vez que llama.

—Así es él.

La robusta se sentó y bebió el último trago de su café. La joven cerró los ojos durante unos segundos.

—La primera es difícil. Después te acostumbras.

—¿Quieren algo más? —dijo el muchacho, acercándose con la bandeja.

—No, gracias —dijo la joven.  
—Puedes comer *kuchen* —dijo la robusta.  
—Sólo líquidos, dijiste.  
—Si es un poquito, no importa.  
—No quiero comer. No tengo ganas.

El muchacho las miró mirarse y se alejó en silencio. En la otra mesa, las manos venosas del anciano trataban de contener al niño, que seguía girándose para observarlas.

—Tú quisiste hacerlo —dijo la robusta—. Dijiste que querías la plata.

La joven se tocó el ojo derecho, repasó con los dedos el borde hinchadísimo del ojo, y asintió. La robusta miró hacia el andén. Los pasajeros con destino a Arica estaban comenzando a juntarse.

—Estás así porque estás pensando en la Marcela.  
—Cállate, por favor.  
—No te va a pasar lo mismo.  
—No estoy pensando en la Marcela.  
—Conozco mucha gente que lo ha hecho. Lo suyo fue un accidente.  
—Sí sé.  
—Piensa en el Tomy.  
—No me digas en qué pensar.  
—Lo estás haciendo por él.  
—Ya sé por qué lo estoy haciendo.  
—Pero sigues pensando en la Marcela.  
—No.  
—¿Y entonces qué?  
—Nada.  
—Dime.  
—Nada, nada, nada.

La joven miró su reloj y se levantaron. La robusta dejó sobre la mesa un billete de diez soles peruanos. El bus a Arica arribó en el andén y los pasajeros comenzaron a subir. La joven se detuvo junto a la puerta y sacó del bolso su pasaje.

—Si no quieres no estás obligada —dijo la robusta.  
—Muy tarde ya.  
—Tienes tus laxantes en el bolso, y hay un baño en la cafetería.  
—¿Y qué va a decir él si no lo hago?

La robusta no dijo nada. La joven miró hacia la cafetería. Desde la ventana, el niño de pantalones cortos la miraba fijamente.

—Cuando vuelvas te voy a llevar al cine. —dijo la robusta.

La joven sonrió y se subió al bus. La robusta lo vio salir del terminal y observó el paisaje. En el horizonte, la mezcla del calor y el aire producía una imagen distorsionada del desierto •

## El Palacio del repuesto (fragmento)

NONA FERNÁNDEZ

La noche del 24 de mayo de 2001, Carolina Montes Moreno, María Gracia Solar Serrano y Luciana Ferrer Donoso, todas de trece años, compañeras del octavo básico B del Instituto Claretiano de Vitacura, asistieron a la celebración del cumpleaños número trece de una compañera de curso en una discoteca del sector alto de la ciudad. Cuando el reloj marcó las tres de la mañana, Mario Fernández Fernández, cuarenta y un años, casado, dos hijos, domiciliado en el paradero veinte de Avenida La Florida, llegó a las puertas del local en el que se encontraban las menores y estacionó su taxi, un Nissan Sentra, modelo Ex 1.8, con el firme propósito de llevarlas a sus respectivos domicilios, tal como había convenido con sus padres. Desde el interior del auto, Mario sacó su teléfono celular y llamó al número de Carolina Montes Moreno reportando su llegada. Luego de cuarenta largos minutos de espera, Mario volvió a llamar y mantuvo un breve diálogo con Carolina en el que argumentó la preocupación que seguramente debían tener sus padres debido a la hora que era. Carolina Montes Moreno contestó que se encontraba en problemas con María Gracia Solar Serrano, que de tan borracha no se tenía en pie, y con Luciana Ferrer Donoso, que no quería abandonar el lugar ni al joven con el que permanecía en un rincón de la fiesta.



Luego de la conversación con la menor, Mario Fernández Fernández decidió llamar a los padres de las jóvenes para alertar sobre el atraso y pedir consejo, pero no obtuvo respuesta de ninguno. Al día siguiente argumentarían frente a carabineros que se encontraban durmiendo y que ésa era la razón por la cual no respondieron a los llamados del taxista. Sin respuesta de los padres, Mario Fernández Fernández decidió tomar cartas en el asunto, se bajó de su auto dirigiéndose al recinto para sacar a las tres menores.

Carolina Montes Moreno se encontraba en la puerta esperándolo y lo condujo al baño de mujeres, donde María Gracia Solar vomitaba y lloraba abrazada a una taza de wáter. Mario Fernández Fernández humedeció su pañuelo y después mojó la cara de la joven para que ésta se sintiera mejor. Trató de conversar con ella y averiguar los motivos del llanto, pero ni la propia María Gracia los tenía claros y sólo respondía que la embargaba una gran pena, una pena enorme que la hacía llorar y vomitar. Fernández Fernández le tomó la mano a la joven y estuvo con ella consolándola de nada hasta que ésta logró recomponerse un poco. Luego la puso de pie y la tomó en sus brazos para llevarla al taxi. En el momento de depositarla en el asiento posterior, María Gracia volvió a vomitar, ensuciando el pantalón de Mario y el tapiz recién cambiado del auto.

Luego de dejar a las dos jóvenes en el vehículo, Mario Fernández Fernández volvió al local para hacerse cargo de Luciana Ferrer Donoso. Al entrar a la discoteca no fue difícil reconocerla porque la menor estaba bailando sobre un cubo junto a un muchacho algo mayor que ella y se disponía a despojarse de las prendas superiores de su vestimenta frente a los aplausos y vítores del resto de los presentes. Antes de que la joven se sacara el sostén o brasier, como extrañamente lo llamó Fernández, el taxista procedió a tomarla de una muñeca con fuerza y a bajarla del cubo. Luciana se resistió argumentando que Fernández Fernández era un roto, que no debía tocarla, qué le importaba que lo hubieran mandado sus papás, viejos de mierda, no estoy ni ahí. Mario Fernández, acostumbrado a estos incidentes, tomó a la niña en brazos y en contra de sus deseos la llevó hasta el taxi. Allí la vistió con dificultad gracias a la colaboración de Carolina Montes Moreno.

Una vez que las tres menores se encontraban sentadas y vestidas en el asiento posterior del taxi, Mario procedió a encender el motor y a alejarse del lugar rumbo a la casa de cada una de las jóvenes. Mientras manejaba intentó llamar nuevamente a los padres para ponerlos sobre aviso del atraso, pero su llamada no obtuvo respuesta. Siendo cerca de las cuatro y media de la mañana, los padres continuaban durmiendo y

ningún llamado que tuviera que ver con sus hijas, o con lo que fuera, los despertó.

Al llegar a una rotonda María Gracia se mareó y vomitó sobre la blusa de Luciana. Luciana se molestó mucho con el incidente y argumentó que no soportaba el olor y que debía bajarse. En un arranque de asco, Luciana Ferrer Donoso intentó abrir la puerta del Nissan cuando éste se encontraba en movimiento. Como Fernández había previsto una situación así, antes de partir con las tres menores desde la discoteca, activó los seguros infantiles de las puertas traseras impidiendo que éstas pudieran ser abiertas desde el interior. Luciana, comprendiendo la situación, comenzó a imprecicar a Fernández Fernández diciendo que le abriera la puerta, que no podía obligarla a estar ahí, que no soportaba ese olor a vómito de la tonta huevona de la María Gracia y que se iba a arrepentir si no le abría, picante de mierda. Fernández Fernández hizo oídos sordos y mantuvo su vista fija en el camino en el que se avecinaban algunas curvas. La joven Luciana Ferrer entró en un ataque de nervios que sus compañeras no pudieron aplacar pese a sus variados intentos. Cállate, huevona, cállate tú, huevona, y un nuevo vómito, y más asco y más neurosis, y me quiero bajar, ábrame la puerta, te voy a acusar con mi papá, roto culiao, ábreme la puerta, y Luciana Ferrer se abalanza sobre Fernández Fernández con el objetivo de que éste le abra la puerta o detenga el auto, o tal vez sin ningún objetivo claro, y Fernández Fernández hace su mejor esfuerzo, pero pierde el control del vehículo cuando las curvas ya no se avecinan, sino que más bien están por debajo de los neumáticos, y el taxi se vuelca y patina sobre su techo de lata sacando chispas en el suelo hasta estrellarse contra un muro de cemento.

De los cuatro pasajeros del taxi sólo sobrevivieron dos: Luciana Ferrer Donoso y Mario Fernández Fernández. Carolina Montes Moreno y María Gracia Solar Serrano murieron en el impacto. Los cuerpos de las jóvenes fueron trasladados directamente al Instituto Médico Legal de Santiago, mientras que Luciana y Mario fueron a dar de urgencia a la Posta Central. Luciana perdió su pierna derecha a la altura de la rodilla y Mario Fernández Fernández se encuentra cumpliendo condena en la cárcel pública. Los padres de las jóvenes determinaron que él era el responsable de los hechos y luego de dos años de litigio lograron encarcelarlo por el cuasi delito de homicidio.

Del Nissan Sentra, modelo Ex 1.8, no quedó mucho. Sus restos estuvieron abandonados durante largo tiempo en el patio de la tercera comisaría de Lo Barnechea. De él pude extraer los asientos delanteros, recién tapizados y sin rastros de vómito. Ahora esos asientos son parte de mi furgón •

# El falso teclado

JAVIER BELLO

*Ya oigo caer con fúnebres golpes  
la leña que retumba en el empedrado de los corrales.*

BAUDELAIRE

Disolver por completo el instrumento para que el fósil regrese del trance  
y se ponga a gritar en la puerta. ¿Qué puede hacer el azar  
cuando encuentra a su madre de frente? La idea negra  
de los pentagramas zumba como el insecto tras las piernas que se abren.  
Charles entrevió el infinito que retumba. Retumba.  
Retumba su dádiva y su trino, su tormento.  
Sin esperanza, allí no hay nadie que te mire de vuelta a los ojos.  
La música se aferra al cuerpo como el pensamiento ata el hambre a su jaula.  
El teclado no debe ocupar toda la escena.  
Desahuciada órbita de la letra, la filigrana anuncia el orificio,  
sostiene la pupila en el faro hasta que las piernas se cruzan, infiltradas  
de sí se besan para siempre sin miedo,  
gemelas venturosas brillan en el cielo de la muerte,  
ocultan el ojo de la putrefacción.  
El intérprete quema las naves, el crepúsculo hace una mueca,  
las sonrisas falsas se notan en las fotografías, nadie saca su cámara  
las tardes tristes, las horas envenenadas, cada primavera  
los deudos mienten a la misma sepultura, piden a Dios,  
miran por el ojal el vientre atormentado,  
todavía hablan de él cuando vuelven a casa.

Duelen los dedos después de construir un tendal,  
la madera del hacha late sobre la piel como una trucha en el agua,  
el ojo desmenuza un camino de piedras,  
más allá del visillo un cráter, una cabaña en el bosque, una pila de leña.  
Hay algo tras el muro que se dilata y silba aunque no quiera escucharlo,  
algo entre los juncos no me reconoce y vuelve la cara.  
Ese rostro de barro se tuerce en las algas,  
cruje en el lagar con los hollejos del vino,  
es el mismo que lame la sien de los suicidas,  
el mismo que aúlla en las estampas que evocan libertad tras las lindes.  
Ha venido el infinito a dormir a casa, ha tocado a la puerta,  
nadie en el hospital de lo invisible.  
Aquí no sopla el viento sino su partitura,  
música salvaje, cisne de la úvula,  
los papeles se arrugan en el patio, en mi pecho la hoguera,  
la marea arrastra el teclado hasta el muelle,  
un beso entre los labios de la tierra.  
Ganglio y estertor, he decidido disolverme.

# Los celacantos

MARCELO GUAJARDO THOMAS

En manadas hacia los valles, con diminutos pero sostenidos pasos en manadas, hacia los valles, sin dientes aún, en manadas hacia los valles, por los acantilados, en manadas hacia los valles, unidos por el vientre, en manadas a los páramos, por las cordilleras y las playas, en manadas, recién nacidos, en manadas hacia los valles, preñadas, húmedos, en manadas hacia los valles vertebrados, respirando por la piel y las branquias, en manadas, unidos al mar, hacia los acantilados, los páramos, los campos de trigo.

Por donde oculta la vista aparecen, de pronto en la ribera y la ola, al ocaso lanzados fuera, del mar y el poniente de estos brotes, las alimañas en manadas y grupos hacia los valles, en pequeños grupos y subiendo, los acantilados hacia los bosques, por donde la vista oculta, aparecen, los peces pulmonados.

En sus madrigueras, las bestias con aletas, a la tierra avanzan, en manadas hacia los acantilados, por donde la vista inunda, a la tierra en asalto y avanzan, sus aletas, sus pulmones hacia los acantilados, a las madrigueras, las bestias, con aletas hacia los valles y los deltas, las ciénagas, los pulmones, sus aletas, hacia los valles, hacia la tierra y su manantial.

Por donde la vista se encabrita, los pulmonados avanzan, desde las fosas y mugiendo, los vertebrados, los cartilagosos, los bellos pulmonados avanzan en manadas, hacia los abrevaderos y la ciénaga, donde la vista se encabrita y enmudece, a penas su aleta, al aire y respira.

Y en su mugido el calor, los capilares, allí donde la vista pierde su refugio, a los valles y en manadas, por los acantilados hacia las ciudades, por sus columnas y vías, por los campos de golf y los parques, hacia los valles desde los acantilados, donde la vista se encabrita, vuelve, muge y resplandece.

De donde retorna el pulmonado, a los acantilados por la desembocadura y creciendo, en manadas hacia los valles, donde retorna la vista hacia la ladera contigua, a los bosques de cruces y álamos, a la vía salobre en el delta, los sabuesos, los pulmonados, los celacantos. Volviendo suspendidos a la tierra, por la laderas a los valles, por los acantilados a los valles, por donde la vista vuelve, del mar a sus afluentes, los reptiles.

# Falsa alarma

## GONZALO HERNÁNDEZ S.

Lo observé mientras caminaba, atento a sus pasos. El suyo era un andar despreocupado, parsimonioso. Incluso irresponsable. Le importaba un carajo que llevase minutos, horas aullando. Más de un día. Me fijé en su ropa. Un pantalón de cotelé azul y una chaqueta deportiva blanca. Abajo, una camisa a cuadros. Se detuvo un instante, buscando su manojo de llaves. Un tipo joven. Salí de mi escondite. Lo encañoné.

—Haz que se calle —ordené.

Me observó impresionado, pestañeando. Sus manos temblaron. Se le cayó el llavero. Le acerqué la pistola a la sien.

—Recógelo. ¡Rápido!

—Amigo, por favor...

—¡Silencio! ¡Y haz callar también a tu puto auto!

Se puso en cuclillas, obedeció. Pude notar que entrecerraba los ojos. Quizás rezaba.

Presionó el botón equivocado. La alarma siguió sonando. Tomé la pistola por el cañón y le di con la culata en la cabeza. Cayó de espaldas, dando un quejido lastimero. Aparte de asustado estaba borracho. Un pobre idiota.

Recogí el llavero y me preocupé yo mismo de acabar con el demencial ruido.

Me dije: «Paciencia, tendrá que llegar en algún momento el dueño, hacer que esto se detenga».

—Ahora vas a abrir las puertas —le dije, arrojándole las llaves—. Sin nuevas torpezas.

Asintió y farfulló algo que no alcancé a escuchar. Pensé que mi postura debía reflejar verdadera convicción. Una determinación, digamos, plena de moralidad. El sujeto no intentó ofrecerme dinero, ni sacó su billetera, ni realizó ninguna otra estupidez que uno pudiera esperar en una situación semejante de parte de un hombre medianamente desesperado. Eso me infundió confianza.

Sonaron dos bips, luego el chasquido que indicaba la apertura centralizada de puertas. Lo apunté de nuevo y le indiqué con un gesto que subiera. Yo monté en el asiento de atrás, un poco incómodo. Había ropas desperdigadas: camisetas, pantalones, alguna chaqueta. Arrojé todo al asfalto. Los respaldos de cabecera estaban cubiertos de plástico transparente; el olor aún delataba lo reciente de la compra. Todo ahí dentro parecía más o menos flamante, salvo el conductor.

—Puedo oler tu miedo, hijo de puta. ¿Estás asustado?

—Amigo, por favor, no me haga daño. Le doy lo que quiera.

—Quiero que manejes. Echa a andar el motor y sigue derecho por esta calle. No pases de los treinta, o disparo.

Obedeció. Quizás se hubiese mostrado menos dócil de saber que yo nunca había manejado un arma. Las luces de los paneles se encendieron. El interior se llenó de destellos verdes y amarillos. El reloj de encima del salpicadero indicó las cuatro y treinta. El vehículo inició una marcha agradable, silenciosa.

—¿Te das cuenta de la hora que es? —pregunté.

Quiso responder algo, pero titubeó. No lo dejé hablar:

—Es plena madrugada del lunes. Tu auto lleva sonando desde la noche del sábado. ¿Tienes una explicación racional para esto?

—Yo..., no sé, no entiendo, lo dejé en silencio. Escuche...

—No. Tú escucha. Tuve que aguantar ese ruido toda la noche del sábado y la madrugada del domingo. Ayer, durante el día, tu bosta siguió sonando. Pensé que en algún minuto se iba a detener. Me dije: «Paciencia, tendrá que llegar en algún momento el dueño, hacer que esto se detenga». No fue así. No apareciste sino hasta ahora. Yo debo corregir pruebas para mañana, ¿sabes? Muchos exámenes. Soy profesor y tengo responsabilidades que llevar, no puedo cumplirlas si un ruido del infierno me está importunando todo el tiempo. Requiero mantener mi mente en paz para concentrarme. Necesito silencio, ¿entiendes? Dobla en esta calle a la derecha.

El tipo obedeció. También lanzó un suspiro. Quizás lo aliviaría el saber que no estaba ante un ladrón cualquiera. Habrá pensado a su situación como menos mala ya que un profesional, un tipo que llevaba una carrera docente a cuestas y no un delincuente común, era quien lo amenazaba desde el asiento trasero.

El vehículo comenzó el descenso. Era un momento de riesgo inevitable: por alguna calle había que bajar. Al sujeto podía ocurrírsele soltar el pedal del freno, ganar velocidad y luego estrellarse en alguna parte. También podía ser que sus nervios lo traicionaran, máxime considerando que estaba algo ebrio. Le previne convenientemente respecto a estas y otras posibilidades. Tuvo el buen tino de proceder de forma correcta y no cometió yerros durante las tres cuadras que duró el descenso.

—Ahora toma Prat y dirígete hacia la costanera —le indiqué—. No pases de los treinta.

Continuamos en silencio hasta llegar a destino. Un recodo de la costanera que derivaba en un embarcadero a medias destruido. No nos cruzamos con nadie en todo lo que duró nuestro corto viaje.

—Ahora bájate —dije, luego de estacionarnos pegados a la berma.

No lo perdí de vista. Con la pistola indiqué en dirección al viejo embarcadero. Cerró los ojos y comenzó una letanía de súplica.

—¡Basta! No quiero llantos ni lamentos. Te vas a comportar como un hombre. ¡Hazte responsable de tus actos!

—Por favor, yo..., ¡no podía saberlo! ¡Estaba lejos! De haber escuchado que sonaba la alarma hubiera ido a ver qué pasaba, la habría apagado. Por favor, no me haga daño. Tengo un hijo...

—¿Dónde estabas?

Quizás no esperaba la pregunta.

—Yo..., tenía un compromiso... lejos..., o sea no tanto, pero a unas cuadras de donde...

—¿Por qué lo dejaste justo frente a mi casa?

—¡No podía saber que era su casa, amigo!

—¡No soy tu amigo! Si vuelves a repetirlo, te pongo una bala en la rodilla.

—Está bien.

—¡No! ¡No está bien! No podías saber que era mi casa, pero no podías saber de quién era en absoluto. Coincidió que era la mía, pero bien podía ser la de alguien moribundo, o de alguna familia con niños que necesitan sueño, descanso, o sencillamente de alguien que aprecia el silencio y no puede obtenerlo por culpa de un irresponsable, un

inconsciente, alguien que se pasa por el culo el reposo y la paz ajena. ¡Y todo por andar bebiendo! ¿Lo vas a negar?

—No..., es decir, sí, tomé un poco, pero...

—¿Cuántos años tienes?

Habíamos llegado al embarcadero. Estaba que se orinaba encima.

—Ve... veintisiete.

—¿En qué trabajas?

—Estudio..., ingeniería forestal.

—Forestal, ¿eh? ¿Y para qué? ¿Para luego actuar con la misma inconsciencia hacia el medio ambiente? ¿Para sólo pensar en tu propia conveniencia, importándote un carajo el bienestar del resto de la gente? No me sorprende. Toda tu generación piensa de la misma forma. Son atropelladores, egoístas. ¿Dices que tienes un hijo? ¿Cuántos años tiene?

Tragó saliva.

—Cinco —a punto de llorar.

—No sabe lo cerca que está de quedar huérfano, el pobre.

Se quebró. Cayó de rodillas, se cubrió la cara con las manos. Le impedí que gritara y lo obligué a arrastrarse fuera del embarcadero. Saqué la soga y le amarré los brazos al borde de una verja, a un costado. Mis nudos eran torpes, tengo poca experiencia en asuntos de cuerdas, pero era irrelevante. Los mocos le caían por encima de los labios.

Me devolví al auto, que seguía con las llaves puestas. Saqué el freno de mano y lo dirigí manualmente al borde de la frágil plataforma de madera, la cual crujió un poco. El trasto se inclinó visiblemente, veinte o veinticinco grados.

—Por favor, no. Le pago lo que sea. Lo indemnizo. Por favor.

Le volví a pegar en el rostro. Fue el momento en que el embarcadero crujió y se vino abajo. Daba a una parte poca profunda del río, por lo que el auto se estrelló principalmente contra piedras y desechos, produciendo un estrépito clamoroso. Un grupo de ratas salió huyendo de entre las sombras. La alarma comenzó a sonar.

—Para que tomes nota —lo previne—. Cuando tu alarma realmente se necesite, nadie la va a tomar en cuenta.

Lo dejé atrás, entre sus lloriqueos y el detestable sonido ambiente. Caminé dos cuadras hasta el lugar en donde tenía estacionada mi vieja camioneta; a la entrada de un pasaje, fuera de su vista. La abordé y volví a casa. Todavía me quedaban cerca de treinta exámenes por corregir ●

# Gansos

JUAN PABLO RONCONE

Llegué a la isla para conocer a mi padre.

\*\*\*

Lourdes era delgada y pálida. Tenía los ojos cafés y el pelo negro. Se encargaba de cuidar a mi padre. La contrató un tío que no conozco.

\*\*\*

La isla me empujaba a escribir. Las mañanas lentas se arrastraban por el pasto seco, entre los árboles y los animales. Las noches no cambiaban mucho. Tenía tiempo para salir a caminar, fumar y pensar en la vida que había dejado en Santiago: Fernanda y el hijo que esperaba.

\*\*\*

Sonó el teléfono. Estaba en mi departamento, recostado dentro de la tina, relajado, sintiendo el vapor del agua caliente en la cara. Fernanda abrió la puerta. Se instaló frente a la tina. La observé con detención: llevaba el pelo recogido, tomado con un cintillo rojo. Se veía bonita, pero ya no me importaba; la separación era inminente y hacíamos todo lo posible por evitarnos.

—Es para ti —dijo, con el auricular en la mano.

—¿No ves que estoy dentro de la tina?

—Parece que es importante.

Salí de la tina. Tomé la toalla y me sequé. Sostuve el auricular entre el hombro y la oreja mientras caminaba hacia el living. Fernanda se quedó en el umbral. Contesté. Era una mujer que se presentó como Lourdes. Dijo: Su padre se está muriendo. Y luego: Su padre quiere verlo antes de morir.

\*\*\*

Acababa de cumplir veintinueve años. No quería seguir haciendo clases. En secreto, deseaba ser escritor. Pero nunca estaba conforme con mis cuentos; pensaba que no eran lo suficientemente buenos. No obstante, era porfiado: día por medio me sentaba frente al computador e intentaba escribir algo.

\*\*\*

Mi padre nos abandonó a mamá y a mí cuando cumplí tres años. Se fue a vivir a la isla, su tierra natal. Mi madre nunca lo buscó ni lo mandó llamar, porque era un hombre violento, que solía golpearnos cuando llegaba borracho.

\*\*\*

Escuché la voz de Lourdes en la oscuridad de mi departamento, con el auricular en una mano y con la otra sosteniendo la toalla que goteaba. Hablaba despacio. Me explicó minuciosamente el estado de salud de mi padre: vomitaba sangre, apenas abría la boca, no defecaba. Un médico de Puerto Montt lo había desahuciado. Me dijo qué debía hacer para llegar a la isla. Le respondí que no era seguro que fuera. Ella insistió: «Sólo quiere verlo, su presencia lo calmará».

Prometí llamarla después de pensarlo. Colgué. Fernanda había salido a fumar al balcón.

—Las embarazadas no fuman —le dije mientras sacaba una Coca-Cola del refrigerador.

Me miró. Luego cerró el ventanal para que el humo no se colara dentro.

\*\*\*

Las circunstancias favorecían el viaje: era enero y estaba de vacaciones. En Santiago nadie me extrañaría.

Las decisiones importantes se toman rápido. Eso decía mi madre cuando enfrentábamos un problema económico en casa. Así que no me demoré mucho en pensarlo: decidí viajar a la isla.

\*\*\*

Tomé un avión a Puerto Montt. Mi único equipaje era una maleta pequeña de cuero que saqué del clóset de Fernanda. Fue un viaje tranquilo; leí una novela policial y escuché el primer acto de *I Puritani*. Llegué a Puerto Montt cerca del mediodía y me subí a un taxi que en menos de dos horas me dejó en Calbuco.

Pregunté por el mercado y no me costó dar con Lourdes.

Nos dimos la mano; su mano era suave y sus dedos eran largos.

Caminamos hasta el muelle. Subimos a una lancha. Para cruzar desde Calbuco a la isla había que navegar cuarenta y cinco minutos.

—Su padre ya apenas habla —dijo Lourdes.

—¿Le ha hablado de mí?

—Sí.

El mar se veía calmo.

Una anciana pequeña y arrugada estaba sentada a mi lado. Sostenía un saco de papas. Lourdes iba afirmada al borde de la lancha: su figura, recortada contra el mar y la isla, parecía concentrar toda la luz de la mañana.

Cuando llegamos, ella me ayudó a bajar. La isla parecía más grande de lo que era: imponente, maciza. Un hombre enjuto esperaba a la vieja de las papas. Pusieron el saco sobre una carreta que arrastraba un buey y tomaron otro camino.

Lourdes y yo subimos un cerrito rodeado de arrayanes.

Llegamos al terreno de mi padre. El paisaje, al menos en verano, tenía algo desolador: el pasto seco, la maleza cortada, la columna de árboles amarillentos y la leña amontonada. Detrás de los matorrales había una reja construida con gruesos troncos amarrados.

—Éste es Juan, mi hijo. Tiene diez años —dijo Lourdes, y señaló a un niño que venía a recibirnos junto a dos quiltros.

La casa de mi padre tenía tres pisos. Era una construcción enorme, rodeada de manzanos y caca de gansos.

—Juan y yo ocupamos una pieza del primer piso. Don Carlos está en el último. Debe de estar durmiendo ahora, así que venga como a las seis.

Me condujeron a una casa pequeña en la que me alojaría. Se encontraba a unos cincuenta metros de la casa grande, al lado del gallinero. Juan cargó mi maleta. Lourdes me mostró la casita por dentro: un cuarto y una cocina. Eso era todo. El baño, que estaba a pasos del pozo, era común para ambas casas.

Lourdes me entregó la llave y se fueron.

Vacíé la maleta y ordené la poca ropa que había llevado.

Me asomé por la ventana: entre las ramas de los árboles podía ver el tercer piso de la casa de mi padre. Ahí está el desgraciado, pensé.

Silencié el celular: no me interesaba hablar con Fernanda. Estaba nervioso. La idea de conocer a un tipo que había odiado durante tanto tiempo me provocaba sensaciones encontradas: angustia, alivio.

Esperé, echado en la cama, las tres horas que faltaban para que fuesen las seis de la tarde. Encendí un cigarrillo y forcé lo más que pude mi memoria: recordaba pocas imágenes relacionadas con mi padre, sólo sensaciones inconexas, acciones interrumpidas por enormes manchas blancas. En ninguna de esas imágenes pude ver su rostro. Sólo percibía su presencia.

Mi reloj marcó las seis. No me moví. Me dije que no era el momento, que necesitaba descansar, reflexionar.

Cuando Lourdes tocó la puerta no abrí.

Luego me tomé una pastilla y media para dormir y me tapé con una frazada de lana. Y la puerta de la casita permaneció cerrada hasta la mañana siguiente, cuando salí a caminar, muy temprano.

La isla era grande. Tenía forma de mano: varios esteros y pequeños muelles la iban hundiendo en su centro.

Anduve casi toda la mañana por la orilla del mar. Me gustó lo que vi: pequeñas olas chocaban contra las piedras, el cielo estaba despejado y limpio, las lanchas parecían juguetes dormidos. Durante mi caminata sólo me topé con dos hombres que cargaban leña.

Antes de subir el cerro de los arrayanes vi a Juan que se acercaba.

—Mi mamá lo espera a almorzar en la casa —dijo.

Juan era espigado, tenía los ojos grandes de su madre, y el pelo muy fino. Uno de los quiltros se entretenía mordiéndose la cola.

Subí el cerro. Golpeé la puerta con fuerza. Sabía que era imposible que mi padre se levantara, bajara tres pisos y abriera.

—¿Qué le pasó ayer? —dijo Lourdes—. Lo fuimos a buscar.

—Me quedé dormido.

—Ahora está despierto don Carlos.

—No —dije—, ahora no. No quiero conocerlo ahora.

—Como usted diga.

—¿Preguntó por mí?

—No, apenas abre los ojos. No sabe que usted está aquí. Hace una semana que no habla.

Los gansos andaban por todos lados. Había olor a ajo.

—¿Va a venir a almorzar entonces?

—¿Mi padre dónde come?

—Arriba, pues, dónde más. Yo le doy por un tubo.

—Avísame cuando esté listo el almuerzo —dije, y me encaminé hacia la casita.

Entré y me tendí encima de la frazada. Saqué mi cuaderno de notas. Intenté escribir alguna impresión de la isla, pero no conseguí nada. Una hora después apareció Juan. Está servido el almuerzo, dijo.

El piso de la casa de mi padre olía a cera. Me senté a un costado, frente a Lourdes, y el niño se sentó en la cabecera. Comimos en silencio. No pude borrarle la idea de que estaba cometiendo una imprudencia, violando ciertas normas implícitas: odiaba y temía a mi padre, y sin embargo comía en su casa.

A las dos de la tarde volví a la casita.

\*\*\*

Lourdes tenía treinta y dos años, pero representaba al menos cuarenta. Era de una belleza solapada, madura, esa belleza indescriptible de las mujeres que han llevado una vida no ajena al sufrimiento. Creo que desde el primer día, desde la primera vez que no enfrenté a mi padre, ella comprendió que me costaría dar el paso y que no debía presionarme.

Después no se habló más de mi padre.

\*\*\*

El quinto día decidí intimar con Lourdes. Entré en la casa y la ayudé con el almuerzo. Era extraño estar con ella, a dos pisos de mi padre. Después, cuando nos hicimos amigos y pasaba casi todo el día en la casa, esa extrañeza mermó.

\*\*\*

En la noche los gansos se acurrucaban bajo el suelo de la casita, entre los apoyos que sostenían los tablones del piso. Los oía moverse y arrojarse. Bastaba cualquier ruido, mover una silla o salir al baño, y los gansos despertaban y alegaban durante horas. Si no quería que hicieran ruido debía permanecer en silencio y quieto, lo que era imposible. En la noche me gustaba leer y escribir. Alumbraba mis papeles con una vela larga y blanca. En la casita no había luz. Sólo en la casa de mi padre tenían electricidad, y la obtenían de un generador ubicado junto al pozo.

Cuando le conté a Lourdes lo de los gansos ella sonrió y me dijo que los gansos son los mejores cuidadores, incluso mejores que los perros para avisar si viene algún extraño.

—Y no sólo cuidan. Se reproducen rápido.

—¿Cuántos hay acá?

—Unos treinta. Es que para comerlos cuesta un mundo. Hay que alimentarlos con grano durante un tiempo para que no se llenen de pasto. Es la única forma de que no salgan amargos.

Lourdes era buena cocinera. Y se encargaba de que la casa funcionara: recogía los huevos del gallinero, cambiaba de pasto a los corderos cuando los sacaba, juntaba las manzanas que iban cayendo, hacía el aseo de ambas casas, cortaba y almacenaba la leña. Sin embargo, no era la típica isleña; tampoco su hijo. Si bien se vestían y andaban como la mayoría de los isleños, hablaban sin jerga, no se saltaban las frases, no participaban en las fiestas con los vecinos ni ocupaban el trueque como modo de subsistencia. El abuelo de Lourdes había sido un alemán que llegó a la isla escapando de la policía por un delito tributario. Era, me dijo Lourdes, un hombre inteligente y sensible que terminó en la isla por pura casualidad.

\*\*\*

Me gustaba observar a Juan. Nunca había vivido con un niño y prefería observarlo a intentar conversar con él: temía aburrirlo o incomodarlo más de la cuenta.

Acostumbraba a tenderme en el pasto a leer algo mientras el niño se entretenía con los perros, hacía dibujos o me contaba alguna historia.

\*\*\*

Una mañana desaparecieron dos corderos.

Estuvimos todo el día buscándolos. Bajamos a la orilla, llegamos al estero norte, preguntamos a los vecinos cercanos —un par de hectáreas al sur— y a los de la salmonera. Lourdes dijo que los corderos nunca se separaban del grupo ni se perdían.

No pudimos encontrarlos.

\*\*\*

Lourdes me pidió que le enseñara a nadar a su hijo.

—El agua es fría —dijo—, pero quiero que aprenda.

—No hay problema.

—Aquí los pescadores no saben nadar. Pescador que cae al agua es hombre muerto.

En la isla el futuro de los niños consistía en dedicarse a la pesca o al



transporte de personas o carga. Las mujeres mariscaban, sembraban papas que luego vendían en Calbuco, criaban corderos, chanchos, gallinas y, las que tenían más dinero, una que otra vaca. Lourdes soñaba con sacar a Juan de la isla. Su objetivo, quizá su única aspiración en la vida, era que el niño terminara de estudiar en Puerto Montt, donde había más posibilidades de aspirar a una educación buena.

El padre de Juan tenía un negocio de abarrotes en Puluqui, una isla vecina. Se habían separado hacía cinco años: él la engañaba y desaparecía durante semanas. Lourdes decía que era un borracho que aún la molestaba. Nunca le pregunté por ese hombre. Me era difícil entender cómo ella podía haberse involucrado con un tipo de esas características. La descripción del padre de Juan me bastaba para relacionarlo con mi padre, y detestarlo.



Una mañana pensé que había llegado el momento de conocer a mi padre. Llevaba doce días en la isla. Me vestí rápido —no me bañaba desde que había llegado—, pero los gansos se habían levantado antes que yo: cuando abrí la puerta encontré a un montón haciendo escándalo. Crucé el gallinero. Los corderos pastaban cerca del baño.

Entré a la casa de mi padre. Caminé por el pasillo. Lourdes me miró de reojo desde la cocina. Subí la primera escalera. Me detuve. Observé por la ventana. Pensé: «No quiero dejar la isla. No todavía». Me dije que aún no le enseñaba a nadar a Juan. Retrocedí un par de pasos. Bajé la escalera. Cuando pasé por el pasillo y vi que Lourdes me esperaba me sentí ridículo. Dijo:

—No se preocupe. Tenemos comida para un buen tiempo.

—Gracias. Todavía no voy a subir —dije apenas, y volví a mi casa.



Comencé las clases con Juan. Lourdes estiró una toalla sobre las piedras y se sentó. Juan y yo entramos al agua. Estaba realmente fría. Tomé al niño de la cintura. Le dije que moviera los brazos y las piernas a medida que yo avanzaba. En ningún momento lo solté. Estuvimos quince minutos dentro del agua.



Lourdes y yo fuimos convirtiéndonos en confesores mutuos de nuestras pequeñas miserias. Ella me hablaba largo rato sobre sus deseos para el futuro de Juan, sobre los problemas con el papá del niño y la angustia que le daba pensar que cuando muriera mi padre tendría que volver a trabajar vendiendo papas y chicha de manzana. Hasta ahora recibía el dinero que mi tío le depositaba, y que ella iba a buscar al banco de Calbuco todos los sábados. Pocas veces me contaba cosas de mi padre. Nunca le pregunté qué tipo de persona era. Sólo le hacía preguntas vagas: «¿Está mejor?, ¿sigue escupiendo sangre?».

Yo le hablaba de Fernanda y su embarazo. Solía desahogarme. Le decía que mi vida era un completo fracaso: no me gustaba hacer clases, no estaba conforme con lo que escribía. Y sobre todo, no quería ser padre: un hijo era lo peor que me podía suceder.



Extrañaba pocas cosas de Santiago: los largos baños con agua caliente, el litro diario de Coca-Cola y el ruido de la gente y la ciudad.



Entramos uno detrás del otro para no chocar. El gallinero era muy angosto. Una caseta con un pasillo de tierra y pequeñas bandejas donde descansaban las gallinas. El techo era bajo y el pasillo formaba dos curvas. Esa mañana, Lourdes sacó los huevos, aún cálidos, y los puso en un canastito que yo sostenía.

—Esta gallina está enferma —dijo, y se detuvo en el pasillo, inclinándose un poco.

La luz dentro del gallinero era escasa y parecía siempre anaranjada.

Lourdes se estiró —sentí cómo se removió el aire encerrado—, giró y se quedó mirando por una de las ventanillas. Yo avancé un paso y quedé dos o tres centímetros detrás de ella; afuera se veía el mar y la casa de mi padre.

También se veían los gansos y la leña amontonada.

—Está lindo el día —dije.

—Sí.

Vi su cuello pálido y sus orejas rosadas y perfectas.

Estábamos tan cerca que hubiese bastado un pequeño impulso para tocarla.

Sentí su aroma y el ritmo apaciguado de su respiración.

Esperé a que ella dijera algo porque yo no sabía qué decir.

Pero ninguno de los dos habló. Simplemente nos quedamos ahí, muy cerca y en silencio, contemplando la hermosa mañana.

Luego de un rato decidimos que ya era hora de ir a despertar a Juan para tomar desayuno.



Lourdes me propuso hacer un pequeño paseo por la isla. Caminamos varios kilómetros para llegar a la iglesia y al cementerio. Había preparado pan con queso y jugo para el viaje. La caminata fue agotadora. Hacía mucho calor. Las tumbas del cementerio tenían guirnaldas de color amarillo, verde y azul amarradas a las cruces. Nunca había visto un cementerio así. Me paseé entre las tumbas tomando jugo de manzana. La iglesia estaba cerrada. Tocamos las puertas laterales varias veces, pero nadie abrió. Lourdes lo lamentó. Llevaba algunos aparatos que utilizaba con mi padre para bendecirlos. Ella y Juan vivían la religión fervientemente; yo ni siquiera creía en Dios.

Cuando llegamos a casa ya estaba por esconderse el sol. Antes de guardar los corderos los contamos: faltaban tres animales. Lourdes se puso nerviosa y entró a la casa. Era muy tarde para buscarlos.

Juan se sentó un rato conmigo, a la salida del gallinero, a ver el atardecer. El mar estaba tranquilo y apacible. Ningún barco entorpecía el ritmo del agua.

—Es mi papá —dijo Juan.

—¿Cómo?

—Mí papá es el que se lleva los corderos. Debe de andar en la isla. Siempre hace cosas para molestar a mi mamá. Después se le pasa y desaparece un tiempo.

Esa noche tuve una pesadilla. Soñé que era niño y que en vez de vivir en Santiago junto a mi madre —como en mi infancia—, vivía en la isla con un hombre que sólo veía de espaldas. Un hombre alto y fuerte que me enseñaba a nadar como yo le enseñaba a Juan. Nunca me mostraba

su cara y yo no quería verla; sólo podía sentir sus manos ásperas que me aferraban para que yo aprendiera a flotar. Pero de pronto dejé de estar en el mar y me encontré sobre el pasto, viendo a los gansos ir y venir. Y sentí un leve susurro, un soplido que me recorrió el oído, el borde del oído, como una música triste. Giré la cabeza y vi al hombre de frente: tenía mi cuerpo y mi cara y sangraba por la nariz.

Desperté angustiado. Saqué el celular, que estaba dentro de un calcetín, guardado en la maleta, y lo cargué en el generador del estanque. Tenía varias llamadas perdidas de Fernanda.



Las noches en la isla eran despejadas y las estrellas parecían trazar un mapa luminoso, en contraste absoluto con la oscuridad espesa de la vegetación. Y yo me quedaba mucho rato mirándolas, cosa que nunca hice en Santiago, cuando vivía con Fernanda y el tiempo era otra cosa, algo en lo que las estrellas no tenían importancia.



Escribí dos cuentos en la isla. El primero era policial. El segundo narraba la historia de un niño que aprende a nadar. Era un cuento largo, dividido en varios fragmentos. Cuando lo terminé de leer por segunda vez me sentí inexplicablemente alegre. Imaginé por primera vez que quizá mi hijo sería parecido a Juan.



Lourdes me enseñó a usar el hacha. Por las tardes cortaba leña con Juan, la subíamos a la carretilla y la guardábamos en una bodega pequeña, al fondo del baño.



Llevaba treinta días en la isla. Una mañana, después de practicar casi todos los días, Juan aprendió a nadar.

Sus manos estaban agarradas de las mías con fuerza y seguridad. Movía las piernas y los brazos ágilmente. Cuando lo solté no se hundió. Estaba flotando.

Esa noche decidimos celebrar. Nos juntamos en la casita para que mi padre no sintiera ruido y pudiera dormir tranquilo. Lourdes preparó salmón.

Después de comer jugamos cartas hasta tarde. Los acompañé hasta la casa de mi padre. Luego, antes de llegar a mi casita, me paré arriba de una roca y oriné mirando el mar.

\*\*\*

Seguía arrastrando el tiempo, lo hacía durar, lo llevaba al límite.

Eran días felices: vivía ocioso, irresponsable y libre, escribiendo, nadando con Juan, haciendo tareas domésticas y conversando con Lourdes todas las tardes.

\*\*\*

Lourdes me atraía. De eso no tenía dudas. Me gustaba verla caminar por el terreno de mi padre, concentrada en sus faenas, siempre muy apurada.

\*\*\*

Uno de los quiltros tomaba agua de un balde. Juan se arregló el gorro. Dijo:

—En la mañana encontramos a don Carlos tirado en el pasillo del primer piso.

—¿Qué? —pregunté asombrado.

—Se levantó para verlo —respondió Lourdes, que venía llegando al pozo—. No sé cómo lo hizo.

—¿Cómo sabes que me quería ver? ¿Le dijiste que estoy acá?

—No. Pero de que sabe, sabe. No se habría levantado si no supiera.

\*\*\*

Bajé a la playa con mi cuaderno y me senté a respirar la mañana. Vi los barquitos y las lanchas, a lo lejos, que se dirigían a otras islas.

Entre los arrayanes apareció la figura de Juan que se hacía cada vez más nítida a medida que bajaba el cerro. Venía corriendo hacia mí.

—¿Qué sucede?

—Mi papá está en la casa peleando con mi mamá —dijo—. Lo pilló con los corderos.

Subimos el cerrito.

Cruzamos la cerca de madera.

Estaba nervioso y asustado. Tomé el palo que usaba Juan para apoyarse y manejar a los corderos. Frente a la casa había tres hombres. Uno de ellos era el que discutía a gritos con Lourdes. Era un hombre macizo, de rasgos

angulosos. Cuando me vio soltó una risita.

—Así que éste es el tipo —dijo, y se acercó moviendo las manos.

Lo encaré, le pregunté qué quería. Los otros dos hombres rieron. Me dijo que quería de vuelta a su mujer. Me dio un empujón. Caí al suelo. Lourdes comenzó a gritar. Me levanté como pude y, antes de que me golpeará de nuevo, le pegué con el palo en la cabeza. Fue un golpe fuerte y eficaz: el padre de Juan se derrumbó. Yo sostenía el palo en alto y no sabía si volver a pegarle. Trató de levantarse, pero resbaló. Sangraba mucho. Sin que me diese cuenta, uno de los hombres que lo acompañaban me agarró por atrás y me quitó el palo. El otro se abalanzó sobre mí y entre los dos comenzaron a golpearme. Volví a caer al suelo. Me dieron patadas en el estómago y un par de puñetes en la cara. Me sangraba la ceja. El papá de Juan aún no se levantaba. Lourdes intentó defenderme, pero uno de los hombres la amenazó con el palo. De pronto Juan salió de la casa con un rifle. Nadie se había dado cuenta de que había desaparecido. Y ahora hacía fuego: dos disparos al cielo. Los hombres se detuvieron. Miraron al niño. Juan les dijo que se marcharan. Recogieron al padre de Juan y se fueron cargándolo. Lourdes salió hasta la cerca y les gritó algo que no logré escuchar.

Lourdes y Juan me levantaron apenas y me llevaron a la casita. Me sacaron la camisa y me recostaron en la cama. Tenía heridas por todos lados. La sábana estaba salpicada de sangre. Lourdes fue a buscar el botiquín. Me curó con paciencia y cariño, Juan la ayudó a pasarme agua oxigenada por la ceja y el hombro. No comprendía cómo había sido capaz de pegarle a ese hombre.

Aquella noche no pude dormir. No sólo por los dolores. La imagen de Juan, un niño de diez años, me acosaba: rifle en mano había enfrentado a su padre.

\*\*\*

La mañana siguiente me levanté tarde. Tenía moretones en los brazos. El dolor era intenso. Saqué el celular de la mochila, salí y lo cargué en la torre. Tenía más llamadas perdidas de Fernanda. Por primera vez tuve miedo de que hubiese pasado algo con el embarazo, y decidí llamarla. Antes de marcar el número Juan me estuvo frente al pozo.

—¿Cómo amaneció?

—Bien, ya estoy bien. ¿Volverá tu padre?

—Sí, pero en un par de meses. No se preocupe, nosotros sabemos manejarlo.

Caminé hacia la casita.

Espanté a los gansos para que me dejaran entrar. Me senté en una silla de

mimbre y marqué el número de mi departamento. Contestó Fernanda, nerviosa. Me preguntó qué hacía en la isla tanto tiempo, lejos de todo. No supe responder. Dijo que me extrañaba. Dijo que lo había pasado mal. Que estaba enferma. Que había estado a punto de perder la guagua por problemas de presión arterial. Que tenía que permanecer en cama los cuatro meses que le quedaban. Dijo que a veces pensaba que era mejor abortar.

Yo casi no hablé.

Antes de colgar le prometí que volvería a Santiago para cuidarla mientras estuviera enferma. No lo pensé mucho. Sólo lo dije.

\*\*\*

Esa tarde fue la más lenta de todas las tardes que viví en la isla.

Estuve mucho rato pensando.

Durante la once no comí.

En la noche les anuncié mi partida.

—Mañana, antes del mediodía, sale una lancha a Calbuco —dije.

—¿Y don Carlos? —preguntó Lourdes.

—Espero que muera tranquilo.

Lourdes agachó la cabeza. Miré sus manos, sus dedos largos y blancos jugando con las migas de pan.

Les hablé de Fernanda. Les dije que estaba enferma y que tenía que volver a Santiago, no por ella, sino para cuidar a mi hijo.

Sentí en el aire la tristeza de Lourdes: una línea que dividía el espacio. Quise decirle que no quería irme, que quería quedarme con ellos. Pero no fui capaz de hacerlo.

\*\*\*

Me despedí rápidamente.

Juan me abrazó. Creo que se puso a llorar.

Lourdes me dio la mano y yo la apreté con fuerza.

Subí a la lancha que esperaba.

Un hombre encendió el motor y la lancha comenzó a moverse.

Vi a Lourdes acariciando a uno de los quiltros y a Juan con el agua hasta las rodillas haciéndome señas con la mano.

La isla se veía más chica a medida que nos alejábamos.

El cielo estaba despejado.

Nunca más supe de mi padre, ni de Lourdes, ni de Juan.

Nunca más volví a la isla ●

**HA VIVIDO TODA SU VIDA en el mundo del fin del mundo.**

**Una época que pasa entre uno y otro apocalipsis.**

**Hace unos meses, el cometa Elenin.**

**Una gigantesca masa de roca y hielo en viaje hacia el centro del sol.**

**Su alineación con la tierra provocaría el desastre.**

**Explosiones solares, cambios en la órbita lunar, terremotos, erupciones**  
[volcánicas.]

**Pero el mundo no se acabó.**

**El cometa fue apenas una ráfaga de luz al telescopio.**

**Ahora, las profecías mayas.**

**2012. El año del fin.**

**Pero los códigos mayas no hablan de un tiempo de muerte.**

**Hablan de un tiempo de renovación y claridad.**

**Ha visto en la televisión un programa**

**donde unos tipos explican cómo construyeron sus búnkers**  
**para cuando el capitalismo colapse**

**o la radiación haga inhabitable la superficie del planeta.**

**También ha visto un comercial de cerveza cuyo eslogan dice**  
*bienvenidos al último verano, el mejor verano del mundo.*

**Ha visto toda su vida el espectáculo del fin del mundo.**

**Seguramente, no verá el fin del mundo del espectáculo.**

**No importa.**

**Nunca ha creído en todo eso.**

**El mundo no se acaba.**

**El gato maúlla pidiendo su comida. La hija juega a tironearle la cola.**

**La mesa está puesta. Pronto llegarán los parientes a celebrar el año**  
[nuevo.]

**Vendrán los abrazos, los brindis, los deseos de buena fortuna.**

**Celebrarán como si no existieran cometas, ni profecías, ni búnkers.**

**Como si nunca fueran a acabarse los veranos.**

**Como si fuera posible un nuevo tiempo**  
**de renovación y claridad.**

APRENDER A ESCRIBIR en el Ahora.

Superar la superstición de la Posteridad.

El sol se va a apagar, eso es seguro.

Virgilio desaparecerá. El Dante desaparecerá.

Shakespeare desaparecerá. Cervantes desaparecerá.

Lo que escribimos, si acaso, serán huellas, marcas borrosas para ser leídas en las piedras por los arqueólogos del futuro.

El futuro no existe. El futuro es el lugar adonde nunca se llega.

No se puede escribir allí.

Hay que aprender a escribir en el Ahora.

Kairós, decían los antiguos griegos.

La vida es ésta. Historia es este momento.

Cualquier día de éstos, cada día, es un día histórico.

La poesía sucede de un momento a otro.

Se cuela por los entresijos de la vida cotidiana como la luz del sol que a través del ramaje tupido de las copas ilumina el corazón mudo del bosque.

Como esa luz, ese otro tiempo que es la poesía

entra en el tiempo perdido del trabajo alienado y los relojes, ese ramaje que no deja ver el sol.

La poesía entra en ese tiempo y lo aclara.

Nos hace visible su fugacidad,

nos muestra la fulguración de cada instante, cada palabra, cada gesto, cada silencio.

Y se apaga. Se extingue en la oscuridad de eso que llaman la Vida Real.

Se escribe contra la muerte, eso es real.

La poesía es esa breve luz que nos lo recuerda.

La vida es ésta. Historia es este momento.

Aprender a escribir en el Ahora.

Aprender a decir la palabra justa, justo a tiempo.

Hacer lo necesario para estar ahí

cuando la vida es radiante

y pasa volando ante nuestros ojos

como una luciérnaga que atraviesa el bosque

y se pierde entre la noche y la nada.

# Sesenta días

(fragmento)

FRANCISCO ORTEGA

*Éramos Robinsons que,  
en lugar de quedar atrapados en una isla,  
estábamos en nuestra propia casa.  
No nos rodeaba el océano, pero sí la muerte.*

H. G. OESTERHELD

## DÍA 1

*Si el inicio es el tiempo* más importante, esto debiera comenzar con la discusión que tuve con mi mujer minutos antes del apagón y de la primera nevada.

No había sido un buen día, así que regresé temprano. Aproveché que no había nadie en casa para echarme sobre la cama, mirar tele y beber un par de cervezas sin dar mayores explicaciones. Verano en Santiago de Chile, treinta y cinco grados a la sombra y recortes de presupuesto no era una buena combinación, tampoco olvidar un encargo de mi mujer.

—¿Te acordaste del dinero de la empleada? —me preguntó Leticia apenas apareció en la puerta del dormitorio. Venía de pasar toda la tarde en el cumpleaños de unos amigos de los niños, así que su ánimo estaba lejos de cualquier tipo de comprensión o cariño.

—Se me fue, lo olvidé, disculpa.

—Por la cresta, Alberto, es lo único que te pedí...

Le dije que no tenía para qué gritar, que a media cuadra había una estación de servicio con cajero automático, que me demoraba menos de diez minutos en ir y volver.

—Ése no es el problema —continuó chillando—, el que haya o no haya un cajero automático es un huevada, lo importante es que siempre se te van los detalles que tienen que ver con la casa. Si te pido, como favor —subrayó—, que traigas la plata de la nana, lo mínimo es que lo hagas, no que

llegues y te recuestes junto al control remoto. Además sabes que detesto que bebas cerveza en el dormitorio.

—Lo siento —traté de calmarla—, regreso la cerveza al refrigerador y...

Antes de que alcanzara a levantarme de la cama, ella había agarrado el tarro.

—Yo lo llevo —bramó—. Eres tan inútil —continuó mientras se perdía por el pasillo.

Como sabía que el tango no había terminado, me puse de pie y busqué los zapatos para partir lo antes posible hacia el cajero automático. Miré la hora: las diez con un minuto de la noche, al menos la temperatura ya estaba más soportable.

Leticia regresó cuando estaba terminando de atarme los cordones del zapato izquierdo. Volvió a plantarse bajo el umbral de la puerta y a reiniciar su rezo.

—Tuve un mal día —me anticipé. No debí hablar.

—No sólo tú. Eres tan egoísta, huevón...

—No soy egoísta, sólo te pongo al día...

Martita, nuestra hija, apareció en la habitación. Pasó a un lado de su madre y la abrazó por la cintura.

—No peleen —nos pidió, mirando al suelo.

—No estamos peleando, mi amor —la tranquilizó Leticia.

—A veces el papá y la mamá tienen diferencias y deben discutirlos. Ven, dame un beso —le pedí.

Martita vino, se acercó y apretó su boca contra mi mejilla por un largo rato. Le dije que era rico. Ella que mi barba le picaba. Le indiqué que fuera con su hermano.

—Ves lo que consigues, que los niños se angustien —continuó mi mujer, apenas la niña salió de la zona de guerra.

—Leticia, por favor, yo no he empezado nada. Sólo me olvidé de algo que tiene la solución más sencilla del mundo.

—Es que para ti todo tiene la solución más simple del mundo.

—¡Está bien! —no tenía muchas ganas de seguir discutiendo, menos con ella. Sabía muy bien que si seguía apretando el piloto del gas, la chispa iba a reventar con recriminaciones del pasado, dramas del presente y temores del futuro.

—Odio cuando te pones tan simple, tan básico.

Leticia no siempre había sido tan insoportable. Todo lo contrario. Es más, una de las razones por las que me enamoré de ella fue que era la persona más dulce del planeta. Pero bueno, todo el mundo tiene derecho a tener sus días y a mi mujer se le habían juntado muchos de esos días con el calor del verano. Hacía un mes, el colegio donde llevaba cinco años como profesora de literatura decidió no renovar el contrato. Al principio lo tomó con bastante tranquilidad, la indemnización era buena y la idea de no tener

que pasarse un año entero dominando a un montón de adolescentes del barrio alto le parecía más que atractiva. Dijo que iba a estar mejor así, que aprovecharía de criar a Matías, nuestro hijo menor, y que tras darse un año sabático iba a buscar algunas horas en colegios chicos, preuniversitarios o universidades quizás. Juró y rejuró (a mí, a la familia y a sus amigas) que nunca más quería un contrato de ocho horas diarias. Pero pasaron las semanas y su ánimo empezó a cambiar. Las eternas preguntas: que por qué la habían despedido a ella y no a otro, que se había equivocado de carrera, que era una inútil, que no estaba para estar todo el día en casa, comenzaron a asaltarla. Y así las piezas empezaron a sumarse, una tras otra: el verano más caluroso de la última década, dos niños en edad de demasiada atención, temores del paso de los años, qué sé yo.

Leticia no pasaba por sus mejores días. Yo tampoco.

No puedo decir que éramos infelices, sólo que éramos.

Éramos algo.

Diez años casados y dos hijos: Martita de siete y Matías de tres. Hace poco nos aprobaron un crédito hipotecario y cambiamos nuestro apartamento de calle Miguel Claro con Eliodoro Yáñez por una casa Ley Pereira en una paralela a avenida Tobalaba, a pasos de Pocuro, cerca de un supermercado Jumbo, del metro y de un par de buenos colegios: el mundo perfecto para una joven familia de clase media alta de Santiago de Chile.

Nos conocimos en la universidad, en el campus oriente de la Universidad Católica. Ella estudiaba Letras y yo Periodismo. Ella terminó la carrera, yo me cambié a Cine al tercer año. No terminé. Después de hacer la práctica en una productora audiovisual, decidí que eso era lo mío y con un par de amigos armamos una propia; le pusimos Región Metropolitana, y tras dos años en una casona en Bellavista, hoy funcionamos en el piso tres de un edificio de paredes transparentes en Ciudad Empresarial, un suburbio de negocios al oriente de la ciudad. Nos especializamos en producir comerciales, asociándonos con agencias de modelos, jóvenes directores, actores y actrices taquilleras, gente del ambiente. Poco antes de casarnos terminamos por un par de meses, periodo en el cual tuve una aventura con una modelo argentina de la agencia asociada, una tal Loreto. Hasta el día de hoy, cuando la vemos en algún comercial, Leticia me pide que cambie el canal.

Nuestro matrimonio se celebró un frío sábado de mayo en la iglesia de los Ángeles Custodios de Providencia. Ella escogió el templo, yo prefería una capilla chica que queda en el barrio Lastarria, pero Leticia me insistió con que Los Ángeles Custodios era más central y cómoda. Los dos primeros años los vivimos como una pareja joven y moderna. Aprovechamos de

viajar, de comprarnos un auto más grande y de llenar la casa con lo último en tecnología. Leticia perdió a nuestro primer hijo a los cinco meses de embarazo, pero la depresión no duró demasiado, menos de un año después nació Martita. Le pusimos así (Martita, no Marta) en recuerdo de mi abuela materna. Desde entonces nuestra vida ha sido más que normal. El último mes sólo ha sido eso, un mal último mes. Su miedo a la cesantía se juntó con la mala inversión de uno de mis socios. Nada muy grave, pero vamos a tener que apretarnos el bolsillo durante el resto del año. Aún no le he dicho nada a Leticia y creo que lo mejor es esperar un par de días antes de hacerlo, después de las vacaciones (nos vamos al sur, a Puerto Varas, en el lago Llanquihue) quizás.

—Voy al cajero automático —le dije.

Mi mujer no dijo nada, cuando se da cuenta que está demasiado enrabada prefiere guardar silencio.

—Voy y vuelvo —recalqué y luego llamé a Martita para que me acompañara—. Ponte algo encima de la camiseta —le pedí apenas apareció en el dormitorio con cara de pregunta.

—Hace calor... —regañó.

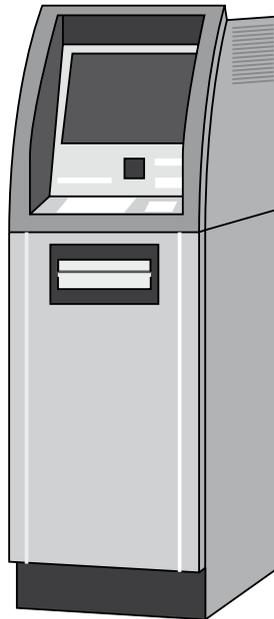
—Hágame caso, vaya por una chaqueta.

—Bueno, papá —dijo y salió corriendo hacia su habitación.

Y en ese instante vino el corte.

Primero fue un parpadeo y luego todo quedó a oscuras.

Desde su pieza, Matías gritó.



—Tranquilos —habló Leticia—. Alberto, ve por una linterna, por favor. Y no hagas mucho escándalo, que los niños se asustan —murmuró.

A tientas fui hasta la cocina. Antes de abrir el la cajonera, donde estaba la linterna, miré hacia la calle. El apagón había sido general, toda la ciudad, todo Santiago de Chile aparecía sumido en la más absoluta de las oscuridades. Agarré la linterna e intenté encenderla, pero no pasó nada. Por un instante visualicé a mi mujer echándoseme encima, reclamando porque era un pésimo dueño de casa, que lo mínimo era que los aparatos de emergencia estuviesen con pilas y baterías. No necesitaba otra pelea. Di un golpe ligero y volví a intentarlo. La luz de la linterna regresó con el resto de las luces. Había sido un apagón ligero. Volví a mirar hacia la calle y observé cómo la ciudad iba recobrando la normalidad. Escuché que Leticia le decía a Matías y a Martita que no había sido nada, que no tuvieran miedo.

—Ya, vaya con el papá —empujó luego a nuestra hija por el pasillo.



*Martita fue* quien se dio cuenta de que no había autos en la calle. Y aunque era extraño que eso sucediera en una intersección tan concurrida como Tobaraba con Pucuro, pensé que se debía a algún percance en los semáforos por culpa del corte. Para evitar dar explicaciones de algo que no tenía idea, le dije a mi hija que era por el calor. Que la gente aún estaba metida en sus piscinas. Ella, por supuesto, aprovechó de recordar mi promesa de construir una en el patio trasero. Se la hice antes de mudarnos, cuando la traje junto a su hermano a conocer la casa nueva. «No tiene piscina», me reclamó, con la mirada perdida, recordando que el condominio donde antes arrendábamos sí tenía.

—El próximo año —le prometí—. Y ésa va a ser sólo nuestra, no de todos los vecinos, pero antes hay que cambiarle la cocina a la mamá.

—Bueno —respondió ella, conforme.

Había poca gente en la estación de servicio: los dos encargados de la caja, un tipo terminando una bebida, un señor de unos cincuenta años sacando dinero del cajero automático y otro dependiente que luchaba con el control remoto para encontrar algo en la tele, al parecer el apagón había desconectado el cable.

—Papá —me habló Martita—, ¿puedo comprarme algo?

—Toma —le pasé un billete.

—Gracias, papá —y se fue directo a los anaqueles de golosinas y caramelos.

—Mejor quiero un helado —me gritó.

—Lo que quieras —le respondí.

—Está malo el congelador de los helados —nos gritó uno de los dependientes—. Algo le pasó después del corte, ni siquiera puede abrirse la tapa.

Mi hija y yo levantamos los hombros resignados.

El señor que estaba en el cajero automático reclamaba en voz baja. Dos veces intentó sacar dinero antes de darse por vencido. Antes de retirarse me explicó que estaba aburrido de su banco, que no era primera vez que le pasaba, que las tarjetas eran una pura tontera, que mejor iba a volver a usar cheques.

—Sólo con sencillo, por favor —escuché que el cajero le decía a mi hija, cuando ella trató de cancelar una barra de chocolate con mil pesos—. Es que algo pasó con el corte de luz —me miró, adivinando que yo era el padre— y no puedo dar cambio, ni boleta.

—Espérame un ratito —le pedí a Martita, antes de ingresar la tarjeta por la ranura del dispensador de dinero. Digité el número secreto, pulsé la alternativa de cuenta corriente e indiqué un giro de ciento cincuenta mil pesos. La máquina me respondió que la cantidad pedida superaba el disponible en mi cuenta. No hice mucho caso y lo intenté de nuevo, la respuesta fue similar. Regresé al menú y le pedí que me desplegara el saldo en pantalla. La información demoró unos segundos en aparecer. Saldo diario: cero. Disponible en la línea de crédito: cero. Mierda, era imposible, estaba seguro que en la mañana había revisado y tenía de sobra.

Un sujeto a mi espalda me preguntó si había terminado.

—Adelante —le indiqué—, pero la máquina está con problemas, parece. Pruebe si le resulta —le advertí. Fui hasta donde Martita, busqué un par de monedas y pagué su chocolate.

—Toma —me respondí, regresándome el billete.

—Es para ti, te lo regalo —le dije, mientras la veía masticar la barra de chocolate derretido—. Vamos a buscar el auto, que este banco está malo.

—Bueno —asumió con la boca y las manos manchadas de chocolate.

Quien estaba usando el cajero automático pateó el suelo y reclamó que la porquería no funcionaba.

—¡Saldo cero —pronunció en voz alta, mirándome a los ojos—, no puede ser, por eso este país está como está. Se corta la luz y todo se va a la mierda. En el de la farmacia la misma huevada!

Le dije a mi hija que esperara.

—Con esto igual —indicó el dependiente tras la caja, apuntando a su máquina registradora. El lector de tarjetas de crédito y débito no funciona.

—La tele peor —agregó su compañero, quien continuaba tratando de encontrar algo con el control remoto.

—No te muevas —le pedí a Martita y volví al cajero. Abrí mi billetera,

busqué una tarjeta de crédito y repetí cada paso de lo hecho con la de débito. Saldo igual a cero.

—¿Lo mismo? —me preguntó el tipo que había usado la máquina antes, cambiando su expresión de maña a preocupación.

—Lo mismo —le contesté.

Martita me preguntó qué pasaba, le dije que nada. El hombre me pidió que tratara con otras tarjetas. Pensé en que Leticia me habría retado por hacerle caso a un extraño en cosas de platas y dineros plásticos, pero igual lo hice. Todo igual: Diners, cero; Master, cero; Visa Platinum, cero. Todas mis formas de dinero circulante se habían igualado a cero.

—A ver yo, permiso —indicó mi improvisado compañero, tomando mi lugar tras la máquina. Fue ahí cuando mi hija gritó llamándome.

—¡Papá, papá, ven a ver esto...! —chilló.

Todos los presentes en el interior de la estación de servicio giraron hacia la voz de Martita.

Y todos también vimos lo mismo.

Por avenida Tobalaba, desde ambos sentidos, y por Pocuro, hacia el oriente, avanzaba una fila eterna de autos empujados por sus conductores. Era como si cada una de las máquinas se hubiese muerto, o agotado su combustible. Como la fotografía inversa de un raro tipo de tracción animal. Un tipo rubio y musculoso, junto a una chica también rubia y de grandes tetas movían un Mercedes Benz descapotable. Tras ellos, una familia entera se esforzaba tras un Jeep Commander. Taxis de marca y modelo Hyundai Accent o Chevrolet Cavalier eran tirados por conductores y pasajeros.

Uno de los bomberos de la estación corrió hasta el primer vehículo que avanzaba por Pocuro, un Peugeot 305, empujado por dos veinteañeros. Les preguntó qué estaba pasando. Tomé a Martita y me acerqué para escuchar la conversación.

—No sabemos —respondió uno de los muchachos—. De repente se apagó el motor, luego volvió a encenderse pero el auto no responde. Todo funciona, pero no quiere moverse, ningún auto quiere hacerlo —apuntó a la fila que corría tras ellos.

Entonces, a medida que la caravana se acercaba a la intersección de las avenidas, empezó a caer la nieve. Porque esa noche, después de un día de enero con treinta y cinco grados a la sombra, nevó sobre Santiago de Chile.

—Nieve, papá —gritó Martita ante la mirada atónita de todos los presentes, que no podían creer lo que estaba sucediendo.

—Hagamos un monito —continuó entusiasmada mi hija.

—Después, mi amor. Ahora... —me apresuré, tomándole la mano—. Ahora volvamos a casa ●

# Despedida

GLADYS GONZÁLEZ

*Me recuesto en la cama  
Mirando el techo  
Estas murallas  
Llenas de papeles adhesivos  
Escritos  
Tachados  
Abro  
Y cierro los ojos  
Encueciéndome  
Con la luz de la ampolleta  
Salgo y entro al pasado  
Sin deseos de hacerlo  
Como un efecto  
De esta despedida  
Que no tengo deseos  
De perseguir  
Estiro un brazo  
Y observo mi mano  
Su aspecto  
No es el que recordaba  
Una mano huesuda*

*Venosa  
Los dedos engarñados  
Las uñas amarillas  
Tres nudillos rotos  
El temblor intermitente  
Del alcohol  
Y la abstinencia  
No tengo deseos  
De jugar en la oscuridad  
Sólo quiero estar aquí  
Observando  
Mi mano  
Las citas y fechas perdidas  
Que alguna vez  
Me comprometí a cumplir  
Y que dejé abandonadas  
Quiero dormir  
Hasta el día siguiente  
Sin despertar con resaca  
Con los ojos pegados  
Por la pintura negra  
Y los labios quemados  
Ya no quiero  
Estar en batalla  
Conmigo misma  
Tan sólo quiero  
No levantarme de la cama  
Descansar  
De estos últimos años.*

# Pausa

MARIO VALDOVINOS

**RECORDÓ DE IMPROVISO** la frase que había comprobado no pocas veces, si bien su carrera de actriz recién se iniciaba: «El teatro no es más que un pacto con el absurdo». Se le había revelado cada vez que, agazapada, aguardaba su ingreso a escena, atenta al parlamento del personaje que estaba en ese instante en el escenario.

Todo es ficticio: voz, memoria, palabras, salvo las horas inacabables de ensayos, de preparación, de *training*, de memorizar diálogos. El drama real viene del exterior, el zumbido del mundo y sus urgencias. Miró el entorno, el *backstage*, las bambalinas y candilejas, los sucesivos telones que colgaban en el fondo, donde habitan los brujos que manejan los hilos en escena, los muros negros. Ella estaba en la sombra, preparada y ansiosa, a punto de saltar, como ante el disparo de un cazador furtivo. Tensas las fibras de su cuerpo, húmedas las manos y la espalda, el maquillaje del rostro y de los ojos sin deslizarse de la piel. Un estremecimiento en el estómago y en las piernas.

Debía olvidar su identidad, si bien en este territorio la palabra *real* tenía poco significado, y llenar su mente con la biografía del personaje, olvidarse, borrarse de sí, del apresurado veraneo en la casa costera de sus padres, al que no había invitado a sus habituales amigos, todos artistas pobres, ilusos y apasionados, compañeros de la escuela de teatro. Pasó una semana sola, sosteniéndose y acompañándose, durmiendo hasta el mediodía, bañándose en la playa al atardecer, cuando los turistas se retiraban; salía del mar con el cuerpo tenso debido al frío y se lanzaba en vertiginosos trotes por la arena, agitando sus brazos y esquivando los montones de algas muertas arrojadas por la marea.

Era una chica enamorada que anhelaba el regreso con su antiguo amor. Llevaba seis meses de receso afectivo, el semestre que había ocupado el montaje de la obra, escrita por un dramaturgo emergente, con una estética que la entusiasmaba: el gótico en una ciudad de espectros, bohemia,



pero a la vez taciturna y provinciana. Ése era su estado ahora, mientras respiraba repetía mentalmente el parlamento inicial, el protagonista estaba de pie, con traje oscuro, enfrascado en un monólogo avasallador, como la luz cenital que lo alumbraba. Maldecía toda experiencia amorosa por destructora. La palabra de su ingreso a escena era *fatídica*.

Para cualquier actriz es inevitable aprenderse el rol de sus antagonistas, al punto que suelen estar en condiciones, cuando la obra lleva bastante rodaje, de intercambiar los papeles, lo que no es frecuente que hagan porque mudar tan rápidamente de piel y de biografía afecta en exceso las emociones y ya hay bastante nudismo sentimental sobre un escenario. A pesar del grado de concentración que lograba, reafirmado con rigor homicida en las clases de la escuela y de los ejercicios de yoga y de *tai chi* que hacía, más el *reiki* que le practicaban y todo su andamiaje orientalista, que incluía dietas vegetarianas, ingesta de abundante agua y el acto de eximir su cuerpo de toxinas, sin olvidar los mantras crepusculares recitados hasta la risa en sus escapadas a la costa, era frecuente que su pensamiento divagara. Sabía que no podía permitírselo en ese momento. Era otra a punto de invadir con su presencia, su figura y su silueta el escenario donde Miguel vociferaba. Sabía muy bien que se aproximaba la palabra fatídica. No podía evitarlo, su cerebro era una antena y sabía que no debía perder la concentración, no sólo porque atrae el peligro de olvidar líneas de texto, sino por algo peor: el público capta una entrada a escena débil, carente de electricidad, decepcionándose, y cuesta mucho remontar esa sensación. Recordó el examen de *Romeo y Julieta* en la escuela, era insoslayable montar a Shakespeare. Ella y todas sus compañeras interpretaron a sucesivas Julietas y los varones encarnaron a Romeo. Los parlamentos no sólo quedaron indelebles en su memoria, los incorporó al torrente sanguíneo y linfático y a los fluidos de sus vísceras. Los versos la navegaban y eran su tatuaje interior.

Allí estaba Laura con su corazón agitándose al fondo. Recordó, no pudo no hacerlo, la noche de la despedida, los signos indesmentibles del ocaso amoroso, los silencios, las inacabables pausas de la convivencia que mantenían hacía dos años; dos años, ella que a sus novios los dejaba viudos a los tres meses, porque no eran capaces de mantener la seducción y ella necesitaba un ángel de alas perennes sobre su ser, requería ese plumaje, esa impresión de caricia y de brisa sobre los hombros.

Sabía que las pausas entre dos seres pueden servir como puente para reconciliarse y emprender una reconquista, pero también generan fisuras que se transforman en grietas y quebradas imposibles de cruzar. Medio año es un tiempo suficiente, o más que, para una llamada, un *e-mail*, para escribir una audaz y torrencial carta; sí, una carta, lo que nadie hace, enviada por correo, llevada al domicilio del extinto por un cartero con el bolso repleto de cobranzas, de amenazas judiciales y de pago de tributos. Una epístola de avenimiento que no degrada al emisor y libera al destinatario, redactada para diluir la ansiedad de la espera, para neutralizar el temor a llamar, para disolver la incertidumbre ante el rechazo, para pulverizar el pavor frente a una puerta cerrada sin remedio. No, no había existido nada, sólo el callado despliegue de la lejanía en la que cada uno de los dos se volvía humo ante la mirada del otro, que lo avisoraba desde el extremo opuesto. Si bien el recuerdo seguía vivo, puesto que su mente desbordaba, en los momentos más inopinados del día y de la noche, de reverberaciones: el rostro, las palabras, los gestos (esa arquitectura de la nada), los pasos, las miradas, el tiempo que orbitaba entre ellos y se retiraba sin ellos. Horas lerdas y desoladas que se iban al despeñadero carentes de huellas, de ecos. Habían dejado un páramo, un lugar inhabitable, unos cuartos clausurados: los moradores debieron salir de madrugada, expulsados por una fuerza ignota; una llamada anónima y de última hora alcanzó a prevenirles de la búsqueda, serían arrestados, maniatados y amordazados, debían huir, salir con lo puesto, ni siquiera hay tiempo para preparar una valija; era preciso que arrojaran la llave de la puerta a la alcantarilla, la urbe antropófaga los aguardaba para engullirlos; arrancarían juntos, pero al poco trecho sus pasos se bifurcarían.

—Cárcel de amor, pensó, vivo en una celda, el fallo no fue explícito en el tiempo de la condena, que siempre, por extenso que sea, debe tener límites. No hay fronteras y no se trata sólo del dolor, color y olor de la pérdida, de la distancia, sino de una nostalgia tan tenaz como inconducente. Le sobrevienen, como en este instante, arrebatos de sublime amor y, acto seguido, rachas de deseo, de entregarse al fantasma que la acosaba, de exprimirlo y lamerlo, de sentirse atravesada e invadida por él, de

fusionarse con él para que emergiera una sustancia informe, pero al fin y al cabo un nuevo ser, cuyo motor sería eso que la atenazaba y hería, que le dilataba la llaga y no detenía el fluir de la sangre. Al mismo tiempo surgía el impulso de dispararle, de arrojarle gasolina e incendiarlo. Después la sospecha de que saldría a flote del naufragio, que olvidaría y borraría esos brochazos de vida en común, para volverse con los años una biografía apócrifa, la existencia de un par de desconocidos; no volverían a verse, no sabrían del otro nunca más, si se habrían reproducido, si tendrían nuevos amores; no se cuidarían en las enfermedades ni volverían a mirar con ansiedad en los *mails* recibidos, por encima de todos, un nombre; ni guiños en los brindis; tampoco pelearían por la cuota de sábanas y frazadas que debían compartir en el próximo invierno, ni...

También la acosaban retazos de dolor, como un diente o un oído infectados, o un intestino que se retuerce, o una piedrecilla en los conductos urinarios. La doblaban los impactos, pero resistía y esperaba que se fueran, tal como habían llegado: subrepticios, infiltrados y devastadores, pero todos en tránsito, aunque con frecuencia deseaba que no se marcharan. Mientras tanto, la memoria hace su trabajo, lento y decidido, reemplaza y proyecta, planea y prepara para el próximo descenso. Las horas torpes, las más blancas, se vuelven aliadas; un *film* aburrido, una siesta, una tarde inútil, ayudan a alejar la fecha fatal y la vuelven, paso a paso, remota. Nada ocurrió especialmente importante, alegre o amargo. Dos sombras que creyeron vincularse, que creyeron que creían. Ilusiones de niños, espuma, pompas, copos de nieve derretidos. Nadie los recuerda. El monólogo del protagonista estaba a punto de terminar. Miguel manejaba con maestría el tiempo y las pausas, la virtud de un intérprete que ella más admiraba. Eso es un actor y una actriz, los que son capaces de aguardar el transcurso de los segundos, que se vuelven sublimes, entre uno y otro parlamento. Balbucean las palabras, abren los labios y se les escapan gotas de saliva, bajan la mirada, callan, sobre todo callan, como en la música, los instrumentos se detienen algunos segundos para recuperar el aliento y después poder continuar. Lo escuchaba y podía adivinarlo con toda la energía enrojeciéndole la cara, que sabía sudorosa y con el maquillaje en retirada, el cabello revuelto y las manos crispadas. Tras ello, el descenso y el descanso. Pausa.

—Toda esta materia viscosa, sí, obvio, ¿a cuál me voy a estar refiriendo?, ese basural llamado amor que termina siempre en decepciones... ¿no lo he gritado desde hace rato con la suficiente claridad? Por si alguien aún no logra entenderlo, lo vuelvo a repetir, toda esta materia viscosa y fatídica... Laura se pone de pie y sale a escena ●

# Caen cascadas, el niño Arauco

(fragmento)

PAULA ILABACA NÚÑEZ

Hace tiempo que tuve que salir de estas tierras. Hace mucho tiempo que decidí ir por ahí, hace tiempo que dije: no importa este trance, no importan los ruidos las molestias las tremendas cuestiones que me estremecen. No importa no importa y yo.

Tengo el tiempo contado ahora. Me tocan la puerta. Me tocan la frente. Un beso. Otro ¿Mamá? Sí, hace un rato que llegó ¿Papá? No. Papá está afuera pescando un zapato un río papá espera que no pase cantando papá tiembla y me pide que vuelva. Le digo que no.

Estoy pensando en irme corriendo. Arriba hay un cerro gigante arriba de mi arma mi plaza mi querida amada bandera. Voy pasando lejos. Las líneas eran tres. Voy pasando escucho los pasos de todos esos horrores. Voy pasando y me digo. Está bueno. Voy pasando y me digo. Las líneas son tres. Las líneas dirán *vas a vivir*. Las líneas son tres. Las líneas dicen *vas a vivir*.

# Los disimulantes

YOSA VIDAL

**La primera vez** que supe de su existencia fue para la visita de un profesor francés, un sociólogo muy conocido; yo para ese tiempo trabajaba en la universidad, hacía las veces de *manager* de curias intelectuales y entre otras cosas debía organizar congresos y seminarios. El caso es que en esa oportunidad iba yo de un lado a otro viendo que todo estuviera en su lugar y, mientras atravesaba una larga fila de gente que se extendía fuera de la sala, fui llamada por uno de los guardias, pues afuera tenían «una situación». Había un sujeto alto de manos atadas, de aspecto extrañamente normal y muy alterado por lo que pasaba. El guardia, que realmente parecía un gendarme, tenía una actitud altiva pero también algo socarrona. Me contó que había por fin atrapado a este tipo que siempre iba sólo para comer del coctel que ofrecían luego, recalcó su condición de indigente e insistió que era necesario echarlo de una buena vez para no sentar precedentes, lo que haría sólo después de mi autorización. Era sorprendente la forma en que los funcionarios protegían los dos pedazos de queso que no comerían los otros asistentes. Un rueda de gente se había apostado alrededor y nadie opinaba porque, según como era tratado, el tipo podría haber sido un verdadero ladrón. El hombre jadeaba y su debilidad lo disminuía aún más en su intento por zafarse de los brazos del guardia. De pronto, en una epifanía, pude reconocer su cara tantas veces vista, decenas de veces, innumerables, y supe que el tipo realmente asistía a cualquier evento que se presentaba. Su apariencia era demasiado normal, tanto que lo delataba; su miseria se filtraba en un tufillo denso y pastoso que emanaba de su ropa y su piel, y pude reconocer ese mismo olor en tantos otros momentos. Era un mendicante que, a diferencia de tantos de su misma especie, no despreciaba la obsesión por las apariencias, sino se ocultaba en ella, disimulándose.

Antes de intentar comprender sus argumentos hice que lo soltaran, primero porque la actividad era expresamente abierta a todo el que quisiera ir, y segundo porque nadie podía asegurar la intención con la que él o el resto del

público iría. Entonces todos quedaron descontentos conmigo, los guardias por desautorizarlos, la gente por no ver más rosca y el hombre porque finalmente yo representaba a la institución que lo vejaba. El tipo entró a la charla y se camufló en la multitud asistente. Yo me olvidé de él, pues debía atender tantos otros detalles, hasta la noche, en que me apareció su rostro entre sueños, como una masa de humo que se materializaba en una efigie.

Desde el día de «la situación» tomé mayor atención al grupo y me di cuenta de que no era uno sino muchos, a lo menos cinco, que presenciaban ceremonias intelectuales sin cabecear ni bostezar una vez, ¡ni una sola!, y después salían como en distracción, conversando, para tomar algo del coctel que se ofrecía. Iban a todos los eventos gratuitos, a cada uno sin excepción, a escuchar lo que se dijera. Pero si no había nada que comer ni tomar, en silencio se retiraban, sin decir nada, sin expresión de hambre. Y ¿quién por casualidad no ha pasado por un coctel, sin siquiera saber lo que se celebraba, y ha tomado, disimuladamente, una copa de vino? ¿Quién se ha negado ante una brocheta o una pequeña empanada, fragante y tibia?

En un principio creí entender a los disimulantes, pensé que se trataba de un grupo que se informaba entre sí de los eventos abiertos que se organizaban en la universidad, acordaban juntarse para apoyarse en el hambre y aprovechar un trago para conversar y festejar que aún seguían vivos, sanos, y tan camuflados en el mundo como les era posible. Pero me di cuenta de que no sólo les interesaba el mundo académico cuando, espantada, los vi entrar en la inauguración de una exposición de pinturas en torno al poeta Gonzalo Rojas; aunque era un evento abierto, el número de invitados era pequeño, casi familiar, y no hubo un sistema organizado de difusión, sólo llamados telefónicos y quizás algún correo personal. Y allí estaban, quién sabe cómo supieron, pero ahí estaban, cinco en total, tres iban de traje, uno muy formal hasta con corbata, mientras los otros dos vestían con cierta formalidad pero de zapatillas y un suéter ajustado del que sólo se asomaba el cuello de la camisa, los tres afeitados y aparentemente limpios; el cuarto era un sujeto más joven, con la apariencia de un profesional *hippie*, con barba pero recortada, y la quinta era una mujer bien vestida, bonita pero no atractiva, los cinco afables pero sin ser carismáticos, y todos demostraban real interés en lo que sucedía. En la exposición nadie notó su presencia, se instalaron lejos de la salida de los mozos con las bandejas llenas de delicias, entonces nadie extrañó las copas de vino que tomaron, ninguno de los presentes asoció ese tufillo pastoso con su persona, sino con los quesos, o con alguna pasta de huevo que adornaba un trozo de *baquette*. Y estuvieron en la entrega del subsidio habitacional y también en la inauguración del policlínico, en la asunción del nuevo presidente de cada partido político, en toda conmemoración de cualquier prócer, en fin, en todos los actos que

se precien de ser públicos y gratuitos, y para esto se juntaban, se dividían, se distribuían los deberes, para no faltar a una sola ocasión.

De esto me di cuenta, pues se transformaron, lentamente, en una secreta obsesión para mí. Empecé a asistir a eventos que jamás me han interesado ni me interesarán, sólo por el placer de corroborar su presencia y así afirmar una espantosa sospecha que iba incubando. La imagen de la efigie de humo fue poco a poco tomado cuerpo y supe que la red de información que sostenían era gestionada por un grupo humano concreto, que sabía no sólo cuándo sucedía qué, sino el contenido último de toda política pública, discurso académico, de todo movimiento artístico, es decir, sabían todo lo que ocurría en los principales espacios de poder. Ellos tenían un plan y yo quería conocerlo. Seguí yendo a más y más eventos, quise saber cuánto entendían de las peroratas que escuchaban, me escondí de ellos, me sumergí en las multitudes para que no vieran que alguien se había enterado de su disimulo. Me di cuenta de sus estrategias, supe de sus puntos de encuentro, la forma en que luego se dispersaban, o hacia dónde se dirigían luego de haber degustado licores, quesos y panecillos. No los seguí a sus antros por miedo, pero sí crucé un límite que no debí atravesar.

Una tarde, en la inauguración de un museo, me acerqué a ellos y les entregué una invitación al lanzamiento de un libro de poesía de un amigo: «Sólo los que tienen entrada pueden ingresar, y ustedes están invitados», les dije. Se miraron con sorpresa, no respondieron, sólo guardaron su invitación en sus bolsillos llenos de porquerías sin despegar su vista de mí. Con el silencio me incomodé, y con esa estúpida reacción de quien espera un agradecimiento que no llega, les di las gracias y me retiré.

Las tres semanas que faltaban para la presentación del libro fueron eternas. Los eventos que se interponían entre ese funesto día y el lanzamiento estuvieron limpios de su presencia, ninguno de ellos fue ni a la inauguración de la cátedra sobre globalización que se hacía en tal lado ni al vino de honor que celebraba la visita del tal filósofo italiano, y a medida que pasaban los días y las copas de vino de los eventos más generosos se quedaban sin tomar, más crecía mi angustia. Pensaba que quizás sólo fuera fruto de mi mentalidad conspiracionista y paranoica, pero ya no podía probar un solo bocadillo sin que una masa de bilis subiera a mi garganta para recordar su ausencia y nuestro inminente encuentro. Pero no fue necesario llegar hasta ese día. Ellos se acercaron antes a mí.

Caminaba por la calle Ejército, en el centro de Santiago, cuando me adelantaron dos de ellos, la mujer y el joven de barba, y me tomaron fuertemente del brazo. «Nada es tan firmemente creído como aquello que menos sabemos», me dijeron. Sentí cómo un sudor frío me recorría la nuca e intenté zafarme,

pero mis piernas no tenían fuerza. Con sus troncos presionaban mi torso, mis pies casi no tocaban el suelo; lo último que recuerdo fue que, al dar media vuelta por Sazié, nadie escuchó el intento de grito que dejé escapar. Desperté con los ojos vendados, sentada en una silla de madera, con los pies y manos atados. Cuando me sacaron la venda de los ojos, supe que estaba encerrada en un salón oscuro y húmedo. Frente a mí, en un estrado de madera, estaban sentados los cinco sujetos. Todo era muy elegante pero viejo y tenía un olor agrio y dulzón. Los muros estaban forrados de rasos gastados, de las sillas vacías que estaban a mi alrededor colgaban cintas de seda rotas y seguramente en descomposición, la testera era de una madera fina y roída y algunas goteras interrumpían el silencio. El ambiente era desolador. Pude ver en una esquina una gran colección de armamento, seguramente inservible, pero su sola presencia me aterró y desvié la vista tan rápido como pude. El más formal carraspeó, y empezó con su perorata. Hablaba de todo y de nada a la vez, acerca de los políticos, la globalización, la democracia, el republicanismo, de los aparatos del Estado, de la represión, de biopolítica. Luego siguieron los dos tipos de chaqueta, uno habló de literatura y poesía, conceptos inentendibles, frases descabelladas, durante horas, y el otro le discutía desde la filosofía, con sus mismas palabras, con sus mismos argumentos extraños, pero en su negatividad. Hablaron del cosismo de la cosa y de la cosa en sí, de la negatividad de la nada, del ser, de la razón, de metafísica, de Borges. Yo era la única asistente a estas charlas que se alargaron por jornadas. La chica se refirió a la ciencia, de sus sustratos epistemológicos, de la importancia de las excepciones, enumeró la tabla periódica infinitas veces, y cada vez que la repetía cambiaba el nombre de los elementos, una y otra vez, y luego retomaba sus argumentos de la arbitrariedad de las nomenclaturas y la pretendida exactitud de las disciplinas. A medida que pasaba el tiempo el peso de la efigie me aplastaba, pensaba que ésa era la forma más tediosa de extinguirse, y entendí que hasta ese entonces no sabía lo que eran el hambre y la sed. Finalmente concluyó el hombre de barba con una exposición acerca de las artes en general, habló y habló de cada una de las disciplinas, de lo que se entendía por postmodernidad y de lo que no, de la muerte y la vida del arte, de la forma, de la idea, del margen, en un cantinfléo infinito y espectral. Un vacío cada vez mayor se apoderaba de mi estómago y la sed había hecho llagas en mis labios. Cuando por fin terminó el último, apareció un sexto hombre, vestido perfectamente de mozo, con una bandeja vacía en cada mano.

—Nosotros nunca estamos invitados —dijo el hombre formal.

Desperté en la misma calle en que me secuestraron, a mitad de la noche, sin ningún peso en los bolsillos y unos cuantos kilos menos. Supe que su plan no se modificaría, que asistirían a los eventos siguientes como si nada hubiese pasado y que esta vez yo debía disimular. Y así fue ●

# El dedo de Madre

ANTONIO DÍAZ OLIVA

**¿Quién había matado a Laura Palmer?**

**Pasé varios meses con la duda. Todos los martes, luego de la hora de almuerzo, luego de haber hecho todas las cosas de la casa, luego de haber acostado a Madre, veía *Twin Peaks* como una forma de terapia.**

**Madre, en esos tiempos, perdía la memoria gradualmente. Por eso con Hermana tuvimos que volver a nuestra casa de la infancia. Debíamos cuidarla en sus últimos días. Yo trabajaba por las noches y en las mañanas me encargaba de todo. Luego con Hermana hacíamos un relevo y ella quedaba a cargo. De todas maneras, alrededor de las ocho yo interrumpía mi labor para cenar los tres juntos.**

**No teníamos que darle comida a Madre en la boca. Pero tampoco se podía tener una conversación coherente con ella por más de cinco minutos; Madre saltaba de tema en tema como si nada. O se quedaba mirando algo detenidamente (el salero o un tenedor), haciendo caso omiso de lo que pasara a su alrededor y de lo que uno le estuviese diciendo. Parecía una niña de seis años con problemas de concentración en su primer día de colegio.**

**Una semana Madre tuvo una mejoría. Nunca supimos cómo ni por qué; pudimos entablar conversaciones más extensas de lo normal. Parecía como si Madre hubiese vuelto de un viaje largo. De hecho la tarde de verano en que eso sucedió, Madre me contaba sobre un viaje a Europa que hizo cuando joven. Ella estaba en la mesa tomando una infusión de manzanilla y yo enjuagaba una ruma de loza acumulada en el lavavajillas que llevaba desde que llegáramos con Hermana días atrás. Ya iba finalizando mi tarea y sólo me quedaba un pote lleno de detergente espumoso con todos los cubiertos. Fue entonces cuando palpé algo que no era ni de metal ni duro; tenía consistencia blanda, como un pedazo de zanahoria o una rebanada de pepino. Primero lo sentí un rato. Luego lo extraje del agua de inmediato y lo puse debajo de la ampolleta.**

Era un dedo. Me saqué los guantes amarillos y lo tanteé con mis manos al descubierto para asegurarme. Y sí, en efecto, era un dedo. Hasta tenía la uña pintada de rojo. De un rojo profundo y denso. Desde el comedor, Madre seguía hablando sobre trenes, Alemania, Francia y Suiza. Guardé el dedo en una servilleta y me lo metí en el bolsillo. Terminé de lavar la loza y me senté en la mesa con Madre. Hice como que escuchaba el final de su relato, aunque en verdad aprovechaba cada momento para ver sus manos por si lo que acababa de encontrar fuese de ella.

Guardé el dedo en una caja pequeña, con algodón en el interior. Por las noches, mientras no me podía concentrar en mi trabajo, lo sacaba y me dedicaba a mirarlo detenidamente. Analizaba los bordes, la piel arrugada y el hueso. Especulé sobre su procedencia: probablemente un accidente al cortar vegetales con un cuchillo grande y filoso. Cada día que pasaba se iba poniendo más pálido. Incluso se podía notar un tinte verdoso en los extremos. La uña seguía roja y por más que intentase rascarle la pintura no podía sacársela. Llegué a la conclusión de que, sin duda, era un dedo anular y de mujer. Además tenía una marca gruesa que le daba vuelta en el medio, como si alguna vez hubiese estado un anillo ahí. Descarté de inmediato que fuese de Madre. Con Padre nunca se casaron y, como eran *hippies* o algo así, se comprometieron a que lo único que los uniera fuera el amor y no un anillo o unos papeles legales.

Entretanto Madre seguía en su buena racha de salud. Incluso algunas mañanas salía a trotar por el vecindario. Yo trabajaba por las noches hasta tarde, y cuando me despertaba en las mañanas ella ya estaba tomando desayuno luego de su trote matutino, leyendo el diario y escuchando música clásica. Una de esas mañanas recordé la escena de la oreja en *Terciopelo azul*. Incluso arrendé esa película y otras de David Lynch. No sé: por un momento creí que hallaría alguna pista sobre el dedo y su procedencia.



**Ese mismo día** me acerqué a la pieza de Hermana y puse mi oreja en la puerta. Ni un sonido. Tal vez duerme, pensé. Luego miré a través del cerrojo: ahí estaba Hermana silenciosa en su escritorio, abriendo uno de los cajones. Tenía una lupa en la mano. Vi que de una caja pequeña sacaba un anillo. No era una joya fina ni nada, de hecho puede que fuera de imitación. Decidí parar el espionaje y simplemente entré. Ya luego pensaría una excusa para decir por qué había ingresado de improvisto en su pieza.

Al verme entrar, Hermana cerró la mano. El anillo desapareció en su puño. ¿Qué es eso que tienes en la mano?, le pregunté.

Hermana me miró y estiró los dedos. Tomé el anillo. Era una réplica barata, tal como lo había pensado. En el medio tenía una joya de fantasía de color rojo, una suerte de rubí de imitación.

Lo encontré un día lavando la loza, dijo.

Espérame, le respondí. Te quiero mostrar algo.

Fui a mi pieza y traje la caja con el dedo. Se lo mostré a Hermana. Primero hizo una mueca de asco y soltó un *ugh*. De ahí lo extrajo y observó detenidamente hasta llegar a la marca del anillo.

Entonces agarré el anillo y lo calcé en el dedo. Encajaban a la perfección. Coloqué el dedo, esta vez con la argolla, en la caja con algodón y nos pusimos a conversar sobre Madre. Nos quedamos así toda la noche; tendidos en su cama, a la luz de una lámpara de escritorio.

**Madre siguió** con su buena racha. Ahora también trotaba por las tardes y hasta comenzó a cocinar. Dado que no se le necesitaba tanto en la casa, Hermana aprovechó el buen momento para conseguir otro trabajo.

El repunte de Madre nos pareció extraño, así que llamamos a Doctor. La idea era hacerle un chequeo general. Y así fue. Parecía que nada mal había con Madre, que había rejuvenecido de un día a otro.

Se encuentra perfectamente, nos dijo Doctor a Hermana y a mí. Pero temo que sea sólo un... veranito de San Juan, ¿me entienden? Claro, dijimos con Hermana. Doctor recomendó que siguiéramos con el mismo ritmo de vida y con la misma medicación. Dijo: Puede que el veranito de San Juan se alargue durante años o que sea sólo un par de días y nada más. Entonces calló. Luego vendrá lo inevitable.

Con Hermana continuamos confusos por lo del dedo y pensamos que tal vez era de la sirvienta que alguna vez trabajó en esta casa. La llamé con la excusa de que le debíamos algún dinero por todo el mal rato que le habíamos hecho pasar cuidando a Madre cuando estaba en su peor condición. Se extrañó. Me dijo que la pasara a ver esa misma tarde. Nuestra conversa apenas duró diez

minutos y todo el rato desvié mi mirada hacia sus manos. Pero nada: cinco dedos sin rareza alguna tanto en la izquierda como en la derecha. Por último le pregunté si en los últimos meses en que estuvo en casa hubo visitas. Me miró algo escéptica. Luego agregó que sólo vio a una de las amigas de Madre.

A su vez, Hermana visitó a las amistades de Madre, que a esas alturas de la vida no eran numerosas. Tampoco consiguió pista alguna y únicamente vio manos enteras, con todo en su lugar. Era extraño, pero el dedo seguía pesando en nuestras vidas. Como si lo hubiésemos tenido colgando del techo en un hilo en cada comida y momento familiar.

**Una mañana** Madre no salió a trotar.

Luego yo volví a la cocina para preparar los almuerzos.

Hermana tuvo que decidir a cuál de los dos trabajos renunciar.

Y Madre empezó nuevamente a perder el hilo de las conversaciones. A centrar la vista en el salero o una cuchara. A ser esa niña de seis años que se desconcentra por todo y alegra por todo.

El mismo día que el veranito de San Juan de Madre parecía estar acabándose, con Hermana decidimos enterrar el dedo. Ninguna de nuestras averiguaciones sobre su procedencia sirvió. Como detectives nos morimos de hambre, dijo Hermana. Pensé en reírme pero no pude. Y tampoco era apropiado. Así que pensé en *Twin Peaks*, en el agente Dale Cooper, aunque a esas alturas ya se sabía quién había matado a Laura Palmer y la serie ya me estaba empezando a decepcionar.

En el patio trasero, al lado de las únicas dos mascotas que tuvimos en nuestra infancia (un perro sin cola y un gato siamés tuerto), cavé un hoyo. Decidimos poner el dedo con la caja y el algodón y así lo hicimos. Hermana tapó el agujero. Con una rama tracé una marca de cruz gigante en la superficie y se acabó.

Nos quedamos en silencio viendo el pedazo de tierra. Hasta que escuchamos a Madre quejarse y pedir ayuda.

Tiempo después vendimos la casa. Yo me cambié a un departamento en el centro de Santiago y Hermana se fue Buenos Aires con una amiga. Siempre que hablamos, nos ronda la duda de a quién perteneció el maldito dedo. O si apareció en nuestras vidas por alguna razón en especial. Durante nuestras conversaciones telefónicas, de hecho, Hermana se mira las manos constantemente. Dice que es una idea estúpida, pero así se asegura. ¿Te aseguras de qué?, le pregunté una vez. De que no es mío, me respondió. De que el dedo que enterramos en el patio no es mío ●

# Chuecas

YANKO GONZÁLEZ

**pasó en madrid aunque en rigor  
esto venía pasando según calculamos  
llegando a recoletos desde hace 20 años  
en barrios tan glamorosos como san bernardo.  
podría haber sido estela díaz varín y yo  
walter matthaus // de caballero // en otro poema  
le puse tania alemparte pero la verdad la verdad ella era  
tamara acosta la piérdete una película chilena  
y yo // con esto no les queda duda  
un baboso que no termina de cuajar en su esqueleto.**

**veníamos de chuecas un curioso nombre para lo torcido  
en que se habían desarrollado los acontecimientos  
era como si el teatro la tv las latas  
de 35 hubieran transformado su vida aldeana  
en algo mucho más serio que el Partido Socialista versión  
Almeyda cuestión que me dejó perplejo.**

**entremedio el café gijón un piano y un café por varios euros.  
advierdo que esta historia dura mucho quizás 14 horas  
sin juntar los párpados y es recomendable retirarse ahora  
para no terminar escuchando un previsible  
poemita de amor.**

**: pasó entonces que nos dejamos llevar por nuestros papeles  
elegimos esta vez los Profesionales dejando los afectivos para  
nunca considérenlo un error de cálculo una enfermedad infantil  
del izquierdismo pero hay que entender las condiciones materiales.**

un largo recorrido por los programas infantiles incluyendo  
japanning gigante // sábados con ja // alejandro jodorowski insistiéndole  
en repetir una frase con que ella me inquietaba en esos años  
: la belleza radica en el sujeto // impactante verdad recontra impactante  
para tener 16 años una aventajada compañía de su compañero  
que obviamente creía ser yo mas  
no lo era aunque pasamos mucho tiempo diciendo sí  
que lo era y algo de razón no había.

un año otro año me abandonó la abandoné en los basurales del sí y el no  
un poema de chepe sánchez o ele efe fabre podría calzar perfecto.

ella insistió en borrar la historia como que aquí no ha pasado nada.  
era el momento justo para hacer planes pero teníamos vidas  
perfectamente iguales en desazón y derrota a cuatro a cero  
con fondo de charly garcía bien dinosaurios  
bien por qué te quedaste en vía muerta.

la conversación se estancaba o se reía antes de tiempo  
hay que decir que mi resaca era de 3 días  
y sus ensayos se extendían de 9 a 23 horas  
salir hacia qué lugar costaba mucho  
y en nuestras vidas habían pasado puentes de hielo  
sobre el río felicidad.

: el momento duró poco y a ella comenzó a subírsele el glamour.

yo me fui hacia adentro y obvio me invitó a tomar un metro  
que necesitaba un representante que venía de ser jurado  
que festivales que acuicultura teatral: sí, sí, esa película // esa película  
ya la vi.

intenté retomar el rumbo como un fan afortunado  
pero languidecimos como el que te ofrece tinto o blanco  
: sorpréndeme : ninguna historia parecía genial  
y vencidos aparecimos en la otra orilla del gijón.

esto sucedía a las siete horas exactas del encuentro  
(tela marinera para una revista del polvorón)

pero faltaba mucho para que las luces  
se quemaran y vino la vida pidiéndonos  
un baile nada estrambótico un bar unas tapas una barra  
libre donde desplomar los codos una tónica un mesón.

habían xilenas habían xilenos unos que escriben otros  
que caracoleaban para acercarse a la fama de acosta  
la escrutaban la fijaban dentro de sus objetivos mientras  
ella ampliaba su bella boca para regalar amor de pobres  
solamente puedo darte.

si hasta bailaba realizando complejas coreografías en un  
local que recién se inauguraba y se reía con todos sin cautela  
mientras yo era una foto enferma junto a la muralla pidiendo  
agua cigarros y una almohada sin más gracia que una mesa coja  
con mantel vinilo de color nata.

lo sé: saqué una pistola de agua y en una de sus vueltas salvajes le dije  
: la memoria está en los besos // GUAU // escucharme  
fue como escuchar un dolor de cabeza.

es que cada uno es mucha gente.  
terminé oteando una fonda lenta y demasiado muerto  
para saber que no debía recostarme.

fueron días con acosta en nada parecidos a éstos  
donde caminábamos de la mano de ida y de vuelta por Colón  
de arriba abajo hasta Maestranza con frío y sin un peso  
haciéndonos los artesas los jipitecas los underground  
una rola de Transporte Urbano // Fulano // en el Sagrado Paredón.

Dije: no terminarás como verónica castro // la desideria // lucía méndez  
Dijo: te gustan los libros porque puedes cerrarlos cuando quieres.

entonces se rió se silenció se aletargó se amontonó.  
éramos los mismos y ya nos estábamos moliendo el corazón.

# Moonwatch

DIEGO ZÚÑIGA

*No sabía el nombre* del modelo en ese entonces, pero era grueso y pesado y se suponía —lo dirían después mi madre y mi hermana— que con ese reloj uno podía ir a la Luna. O que el hombre, cuando pisó la Luna, llevaba ese reloj. O que, si uno iba a la Luna, ese reloj seguiría funcionando tal como funcionaba ahí, abrochado a mi muñeca izquierda.

Tenía nueve o diez años cuando lo encontré en un cajón del velador de mi abuelo. No se lo quise mostrar a nadie. Lo guardé en mi bolsillo y salí rápido de la casa. Cuando llegué al departamento donde vivía con mi mamá y mi hermana, me encerré en mi pieza, lo puse sobre mi cama y lo miré detenidamente: tenía demasiados números, tres circunferencias dentro de la circunferencia mayor, varias manecillas, a la derecha dos botones grandes y uno más pequeño, y al centro un símbolo extraño arriba de la palabra *Omega*.

Estuve mucho rato moviéndolo en mi mano, intentando comprender qué significaban todos esos números que había ahí dentro. Me preguntaba cuáles de todas esas manecillas eran las que daban la hora de verdad, mientras atardecía en Iquique y la luz ya casi no llegaba a mi pieza, llena de pósters de *Dragon Ball Z* y del equipo de Universidad Católica, que iban desapareciendo lentamente, a medida que las manecillas giraban y giraban sin que yo lograra, todavía, entender cuál de todas me diría qué hora era en ese momento, poco antes de cerrar los ojos y dormir.



*Creo que fue mi hermana* la primera que me dijo eso del reloj y la Luna. Estábamos en el patio del colegio, cuando me pidió que le prestara doscientos pesos y vio el reloj en mi muñeca izquierda.

¿Quién te dio eso?, preguntó y me tomó el brazo, con fuerza. Se quedó mirándolo, intentó sacarlo pero no pudo. Tenía un seguro, un cierre especial, extraño, que me costó mucho manejar, pues el reloj me quedaba muy grande.

No es tuyo, dijo ella y yo me fui corriendo al patio de los más chicos. Ella se quedó con sus amigos de la Media. Alcancé a escuchar que me gritó: Ese reloj es de la Luna. O: Ese reloj llegó a la Luna. Pero yo no me detuve. Corrí muy rápido, llegué al patio donde estaban mis compañeros, los miré un poco asustado y me encerré en la sala. Me saqué el reloj y lo guardé en la mochila. Sonó la campana, todos volvieron a sus puestos.

Tengo un reloj que llegó a la Luna, le dije a Alicia cuando se sentó a mi lado.

¿Dónde?

Aquí, en la mochila, le dije, pero no alcancé a darle más detalles: entró rápidamente la profesora jefe y preguntó a quiénes les tocaba disertar. Alicia levantó la mano y fue hacia delante, con una cartulina enrollada como un tubo, la pegó en la pizarra y comenzó a hablar de los tiburones.

Fue una disertación impecable, graciosa, elegante. Sé que pensé en esos tres adjetivos porque siempre, cuando escuchaba hablar a Alicia, pensaba en esos tres adjetivos. Desde la primera vez que hablamos, cuando llegué al colegio a mitad de año y le tocó sentarse al lado mío, pues era el único puesto libre.

Recuerdo que Alicia dejó su bolso en la silla y al ver que yo sería su compañero de puesto me dio un abrazo. Todos se quedaron en silencio. Después, un par de risas; los gritos y los silbidos y yo con la cara roja, sin saber qué decir.

Nunca quisieron mucho a Alicia. Por eso cuando terminó de disertar los aplausos fueron tibios, a pesar de que la profesora la felicitó por habernos enseñado tantas cosas sobre los distintos tiburones que acechan en las costas chilenas, dijo.

A Alicia no le importaban, de todas formas, esos aplausos tibios, los murmullos. Sabía que en unos meses más tendría que volver a partir, porque a los nueve o diez ya entendía que su vida escolar sería siempre así: viajar de un lado a otro, a donde enviaran a su padre. Se acostumbró, ya a esa edad, a no tener amigos, a vivir en ciudades donde hace

frío, en ciudades donde hace calor. Aprendió, antes que todo, la geografía de Chile, las carreteras largas, las playas desiertas, los bosques y las montañas, el desierto, las villas de militares, los colegios de hijos de militares.

¿Cómo estuve?, preguntó cuando se sentó en su puesto y guardó la cartulina, perfectamente doblada, en su mochila.

Excelente, dije y aproveché de sacar de mi bolso el reloj.

Mira, le dije y se lo pasé. Se quedó mirándolo un buen rato y me preguntó por qué las manecillas no se movían.

Sí se mueven, le dije, es que es a otro ritmo.

¿Cómo a otro ritmo?

Distinto, como en la Luna.

¿Quién está hablando allá atrás?, preguntó, mirándonos, la profesora.

Nos quedamos en silencio.

¿Qué hora es, entonces?, susurró Alicia.

Son las diez y cuarto, dije y me puse, una vez más, el reloj en la muñeca izquierda.



*¿De dónde sacaste eso?*, preguntó mi mamá apenas volvió del trabajo.

Cuando el hombre llegó a la Luna llevaban ese reloj, dijo mi hermana, es el único que está diseñado para funcionar allá.

Ese reloj es de tu papá. ¿Sabes cuánto cuesta?

Lo miré. Moví la cabeza.

¿Dónde lo encontraste?

Es mío, dije.

¿Sabes cuánto cuesta?, volvió a preguntar mi mamá.

Yo creo que ese reloj debería ser mío, dijo mi hermana, me corresponde, soy la mayor.

Ese reloj hay que devolvérselo a tu papá.

Me lo regaló, contesté. Me llamó hace unos días y me dijo que lo fuera a buscar donde mi abuelo. Me dijo que era mío, que lo usara.

¿Y te contó lo de la Luna?, preguntó mi hermana.

No respondí nada.

Mi mamá se dio media vuelta y se fue.

No me habló en una semana.

Mi hermana intentó robármelo un par de noches, pero no aprendió a abrir la correa.



*Se llama Omega Speedmaster Professional*, me dijo una mañana Alicia, antes de que empezaran las clases.

Fue seleccionado por la NASA para ser usado por los astronautas del Apolo 11, la primera misión tripulada en llegar a la superficie de la Luna, dijo Alicia, como si hubiera estado, nuevamente, haciendo una disertación.

¿O sea que sí funciona en la Luna?, pregunté.

Neil Armstrong no pudo usarlo, pero sí Buzz Aldrin, quien fue el segundo hombre en pisar la Luna. Desde ese momento ese reloj, dijo ella apuntando mi muñeca, es conocido como *Moonwatch* o reloj lunar. Es un reloj muy caro, cuesta más de mil dólares, tal vez cuesta dos mil dólares, dijo mi papá, aunque también existe la posibilidad de que sea falso. Según él, dijo Alicia, las probabilidades de que en esta ciudad haya un reloj así son casi nulas, aunque tal vez alguien, por el puerto o por la Zofri, lo vendió por necesidad.

A lo mejor fue un astronauta, dije.

¿Dónde lo conseguiste? ¿Y si es falso?

No. Me lo regaló mi papá. Era de él.

Buenos días, dijo la profesora jefe. Cerró la puerta de la sala e invitó, inmediatamente, a pasar adelante a los que les tocaba disertar ese día. Yo era uno de ellos, aunque antes le tocó a la Carolina Romero y al Gustavo Pulgar y a la Constanza Parada, quienes hablaron de la historia de la bandera chilena, y de los portaaviones, y del sida —creo que no entendimos nada de esa última disertación, aunque todos recordamos, siempre, ese momento en el que la Constanza Parada dijo que la culpa de todo la tenían los monos, porque se suponía que la enfermedad se originó cuando unos blancos tuvieron relaciones sexuales con unos monos, en una selva africana. Supongo que todos llegamos a nuestras casas a preguntar si eso era cierto, aunque no recuerdo qué dijo mi mamá.

Lo que sí recuerdo es que Alicia dijo: Es una estúpida, no sabe ni qué son las relaciones sexuales, y después no dijo nada más porque al

*Desde ese momento ese reloj, dijo ella  
apuntando mi muñeca, es conocido  
como Moonwatch o reloj lunar.*

rato la Constanza Parada terminó su disertación y me tocó ir adelante y pegar mi cartulina y hablar sobre los ovnis, tema del que llevaba investigando muchos meses, desde que en el diario *La Estrella*, todos los martes de ese año, regalaran un pequeño suplemento acerca del origen del universo, y de las galaxias y los planetas y, también, por sobre todo, de los ovnis.

Me gustaría decir que mi disertación fue impecable, graciosa y elegante, pero la verdad es que en el único momento en que logré captar la atención de mis compañeros fue cuando hablé de todas las teorías que anunciaban el fin del mundo para el 2012. Supongo que se sintieron interpelados, partícipes de la historia que les estaba contando: calcularon los años que tendrían en ese momento, cuando acabara todo. Se imaginaron viejos, con barba, algunos casados. Con hijos, tal vez.

Y fue en ese instante en que les dije que había que estar alerta, que quizá tendríamos que irnos a la Luna para resistir esa hecatombe, y que aunque ellos no lo sabían, yo ya había empezado a prepararme, pues este reloj que tengo acá, les dije mientras alcé mi brazo izquierdo, este reloj es el único que permite ver la hora en la Luna, el único que ayudará a no desorientarnos, éste, el *Omega Speedmaster Professional*, el mismo que usaron los astronautas del Apolo 11, cuando ese 20 de julio de 1969 pisaron, por primera vez en la historia de la humanidad, la superficie de la Luna.

Era probable que nunca más en la vida consiguiera llamar tanto la atención de un grupo como en ese momento, en que todos miraban mi brazo izquierdo alzado, intentando ver cuán especial era aquel reloj que tenía en mi poder.

Compañeros, esto que llevo en mi muñeca izquierda nos salvará la vida, les dije y luego bajé mi brazo e hice un gesto de reverencia.

Mis compañeros se pusieron de pie y comenzaron a aplaudir con fuerza.

Así, en medio de una ovación, volví a mi puesto y entendí que mi vida nunca volvería a ser la misma.



*Me gustaría decir* que desde ese día todos me respetaron un poco más o que, al menos, logré ser más popular entre los alumnos de los otros cursos. Pero no. Lo único que cambió, en realidad, fue que Alicia nunca más me habló. Le pidió a la profesora que la cambiara de puesto y unos meses después no apareció durante toda una semana y entendimos —o, mejor dicho, entendí— que no volvería, que a su papá,

seguramente, lo trasladaron quién sabe a dónde, y que, al final, nunca iba a entender por qué decidió no hablarme más.

Al año siguiente, mi mamá perdió el trabajo, le protestaron unos cheques y tuvimos que arrancarnos a Santiago. Viajamos en bus, los tres, veinticuatro horas interminables. Mi mamá no paró de llorar en todo el viaje. Fue ahí donde mi hermana me dijo que tendríamos que vender el reloj.

No podemos, le dije, nos va a salvar del fin del mundo.

Estúpido, no tenemos plata.

Mi abuelo nos puede mandar.

Mi abuelo no sabe dónde estamos, dijo ella. En ese momento atravesábamos el desierto de noche, me acuerdo. El olor a encierro, los ronquidos, las cortinas cerradas, y nosotros, hablando en voz baja.

No puedo venderlo, dije, es un regalo.

¿Quieres a mi mamá?

Sí.

Ésa va a ser la prueba, entonces, dijo mi hermana y se quedó en silencio.

Despertamos un par de horas antes de llegar a Santiago. Ahí, mi mamá nos dejó con su hermano y me pidió que le entregara el reloj. Desabroché la correa y se lo entregué. Mi mamá lo guardó en su cartera y salió de la casa.

Volvió en la noche, con unas bolsas de supermercado. Me dio un beso en la frente y me pasó el reloj.

Es falso, dijo, por eso te lo regaló tu papá.

¿Y qué vamos a hacer?, preguntó mi hermana.

No es falso, dije, es el *Omega Speedmaster Professional*. Fue seleccionado por la NASA para ser usado por los astronautas del Apolo 11, la primera misión tripulada en...

No funciona, dijo ella, y me dijeron los relojeros que ese modelo nunca dejaba de funcionar.

Miré el reloj. Ninguna de las manecillas se movía. En realidad nunca se movieron. No supe qué decir.

Guardé el reloj en mi bolsillo.

Me acordé de esa mañana en que diserté sobre los ovnis frente a mi curso. Recordé la ovación al final, cuando mantuve alzado mi brazo izquierdo y les dije que estaríamos bien, que no se preocuparan, que ese reloj era la primera forma de combatir el fin del mundo.

Y me creyeron.

También me acordé de Alicia ●

«Puedo escribir los versos más tristes...» digo  
pero extendiendo la mirada  
y luego pienso  
no  
no es posible «escribir los versos más tristes esta noche...»  
porque nada rebalsa información  
sino los versos que pueda o no pueda escribir  
porque el agua aguanta su peso en los nubarrones  
porque los mirlos vuelan negros en bandada  
porque los terneros pastan indiferentes en el gualve  
porque inmutable suena la Billie  
e inmutable trepa la avispa por el vidrio  
y del sol, si te vi no me acuerdo  
y Jarmusch conversa en blanco y negro  
y no  
no es posible «escribir los versos más tristes...»  
porque a quién si te vi no me veo  
si los gentíos corren sin ton ni son  
y nada / nadie los detiene  
y nada / nadie los llama  
porque es con engaño que los políticos inventan sus marcas  
porque mirar y escuchar y parar es un tren que no cansa  
y claro  
    pienso  
    medito en el sentido de la palabra  
    busco  
entre silencios agobiados de lluvia tersa  
e irrupciones torrenciales de último minuto  
hasta fijar la vista en el mojado de los campos llanos  
y la fiesta de charcos sedientos que bailan.  
Es que ahora tiembla la mano sin rumbo predecible  
y busca enceguecida sobre el lomo blanco de la página  
y cabalga y embiste y bufa  
hasta encontrar la aguja que la sangra  
y el pajar que la abraza.

## Combustión interna

SERGIO RODRÍGUEZ SAAVEDRA

*Es hoguera. Debes*

*hacerla y venir.*

*Mirarnos así: leño*

*y piel. Por dentro,*

*por fuera. Días y*

*años. Hoguera el*

*tacto, la mano. Pubis*

*y corteza. Arder del*

*sueño a la noche.*

*Sin horarios ni*

*minutas. El sol está,*

*pero cuándo.*

*Todo lo que arde*

*es amor, el resto*

*ceniza.*

# Santa Úrsula de rodillas

VERÓNICA JIMÉNEZ

Si oyeras aletear al murciélago  
cuyos ojos tienen la forma de una herradura.  
Si olieras en sus fosas nasales  
el perfume de las raíces que brotan bajo estas aguas.  
Si vieras cómo tropieza  
su delicado cuerpo contra los muros  
la ciega embestida de su espanto  
contra los filos de una vertiente oscura.  
Si vieras abatirse su vuelo bajo el granizo.  
Si lo miraras yacer sobre sus membranas  
como un dios de cristal fragmentado entre los arbustos  
  
comprenderías el peso de su derrota  
y la crueldad de las hebras  
con las que forma la noche sus telas y sus alas.

# *Oscuro y caliente como el humo de una estufa a parafina recién apagada*

Julio Carrasco

Nunca me gustó Verónica Almendares  
Básicamente, creo, porque la vi actuar en una competencia de baile  
Y su cara demostraba demasiado bien el intento de expresar sensualidad  
Pocas veces un esfuerzo así tuvo tan magro salario (recuerdo haber  
[pensado])  
Observándola más adelante, descubrí el mismo afán en sus gestos  
[cotidianos,  
lamentablemente con idéntico resultado  
Y esta noche no era la excepción  
Me gustaba una de pantalón hindú  
Nos miramos de reojo pero podía ser perfectamente la novia de alguno  
[de los heterosexuales  
que la rodeaban  
Salí del lugar rumbo a otra fiesta, acompañado de mi amiga recién  
[separada]  
Me contó, en el viaje, sobre el estilo de vida de la gente en el extremo  
[norte de los Emiratos  
Árabes  
Sufrían todos, comentaba, de una locura denigrante, mezcla de  
[arribismo y pereza  
Saludé cordialmente al llegar  
Había mujeres en la pista pero dejar sola a mi amiga en ese ambiente  
[habría sido una  
descortesía  
Ella propuso regresar y eso hicimos  
El pantalón hindú había desaparecido

# Vida y Arte

LEO LOBOS

Quedaba Verónica Almendares bailando en el living algo así como una cumbia  
Me compadecí del tipo que la acompañaba, por aspirar a tan poco  
Pero en verdad no había nada más en la fiesta  
Me tomé un trago, luego otro y un tercero  
Mi amiga recién separada ensayaba frente a un vidrio los insultos que  
[intercambiaría con su ex  
La música: un desastre, las canciones eran cortadas a la mitad y se  
[producían silencios  
periódicamente  
Tuve una interesante conversación sobre refrigeradores con un tipo  
Y entonces sí, de pronto: ya estaba listo  
Estaba listo para abrazarme a Verónica Almendares  
Las luces se derramaban sobre la sala como un metal derretido  
El suelo saltaba en ascuas ardientes  
Como si el whisky que bajaba por mi garganta se hubiera trocado en  
[kerosene y me hubiera  
vuelto capaz súbitamente de proyectar ese calor hacia fuera  
Como si nos hubiéramos sumergido de golpe en una piscina de  
[napalm: mi corazón cruzaba el núcleo del Sol a toda velocidad  
[embistiendo largos cardúmenes de pirañas brillantes que a su  
[paso rompían filas como cristales  
El tiempo actual se volvía amarillo intenso, denso y fosforescente  
Estaba listo para abrazarme a Verónica Almendares y convertirnos a  
[ambos en una trenza de vidrio fundido  
Pero ella salió al patio con el tipo que cambiaba la música  
Luego partieron a su automóvil  
Mientras resonaba a lo lejos la voz de mi amiga recién separada,  
[comentando que V. A. había  
planeado irse a la cama con cualquiera esa noche  
Mis ojos seguían adheridos con un elástico de luz  
Al automóvil que se alejaba por avenida Kathmandú.

*a Mark Rothko*

**Portales abiertos a espacios desconocidos  
en dirección de la música de la esferas  
tan fácilmente penetrables  
que nos mantienen fuera y nos envuelven  
¿Puede ser algo más tranquilo?  
Bien distante de la agitación del arte contemporáneo  
del frenético atropello del ahora  
esto no es sobre el ahora  
es lo duradero  
sentimos pasar las eras  
ser llevados por portales  
que se abren a los tesoros de la eternidad  
para sentir la rudeza de llegadas y partidas  
entradas y salidas  
nacimientos y muertes  
útero, tumba y todo lo demás.**

# Juan Santander

**La sombra de las ramas en la arena forma una seca  
circunferencia en la garganta de los perros.**

**La lluvia y el barro bloquean los caminos como los dolores  
de cabeza que el otoño trae a los lugares sobrepoblados.**

**Una mordaza recorre las avenidas en círculo  
como pequeñas invasiones de aire marino.**

**Las escaleras conducen a la humedad de la madrugada y  
a los esqueletos de álamos que dividen las parcelas.**

**Las máquinas, los establos y las áreas de picnic  
se oxidan al sol, los buses pasan vacíos.**

**Los camiones son una cirugía a través de los  
caminos y la noche se alarga para que la piel de  
nuestros hombros ayude a enfriar el clima.**

# El leve aliento de la verdad (fragmento)

RAMÓN DÍAZ ETEROVIC

I

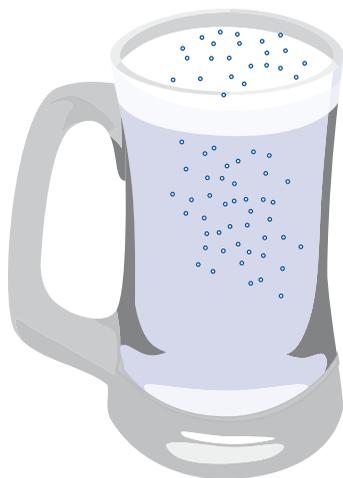
**La vida no se cansa** de arrebatar nos el entusiasmo, pensé mientras observaba la calle desde uno de los balcones de mi departamento. A veces es de golpe, y otras, la mayoría, lentamente, como en un juego de azar en el que no obstante una ganancia pasajera, tarde o temprano la banca termina con el total de las fichas en su poder, y nos deja con las sobras, los recuerdos, la frágil resta entre lo que pudo ser y no fue. Las casas y edificios morían a mi alrededor, cambiaban sus formas, se convertían en sombras, manchas, evocaciones apenas iluminadas por las luces mortecinas de un bar para borrachos sin huellas. El papel mural del departamento lucía descascarado, las maderas de las ventanas estaban carcomidas y sus bisagras chirriaban de un modo lastimero. De noche el departamento crujía igual que una barca en alta mar y me extrañaba no oír carcajadas demoníacas, como las que se ilustraban en las historietas del *Doctor Mortis* o *El Monje Loco* que había leído en el orfanato al amparo de una luz mísera que al extinguirse dejaba en mi mente una serie de pesadillas en las que aparecían las sombras de implacables seres malignos.

Anselmo, mi amigo quiosquero, desde la muerte de su hijo parecía encogerse cada día más dentro de su puesto de revistas y golosinas. Y en mi rostro surgían arrugas que me recordaban que el tiempo llevaba varias décadas anidado entre mis huesos. Había traspasado la frontera de los cincuenta años y con algo de fortuna esperaba seguir en la huella por otros veinte, aunque fuera para contradecir los diagnósticos médicos o a quienes, casi siempre motivados por el deseo de venganza, esperaban verme a la brevedad posible fuera de circulación. Sólo el aspecto de Simenon seguía inalterable, albo, gordo, reluciente, viviendo al amparo de esa magia que según había leído protegía a los gatos y los hacía eternos en su misión de vigilar la errática

conducta de los hombres. Había dejado de llevar la cuenta de sus años y me limitaba a seguir creyendo que escuchaba su voz cuando despertaba por las mañanas o al llegar al departamento por las noches y algo en su mirada me obligaba a sentirme culpable de faltas que no atinaba a comprender.

También el barrio cambiaba. Dos de mis bares favoritos habían cerrado. Uno por la repentina muerte de su dueña y el otro por un aumento desmedido en el arriendo que aplicó repentinamente el dueño de la propiedad, con la intención de arrendarla a una entidad bancaria. De los dos no quedaban más que fachadas desnudas, que de tanto en tanto servían de tema para los reporteros que pretendían dejar constancia de los cambios experimentados en el viejo corazón de la ciudad. A falta de bares, en el barrio surgían decenas de restaurantes peruanos que daban mayor jerarquía a la gastronomía santiaguina, tiendas donde vendían ropa y peluches usados, locales con juegos electrónicos y unos despachos inclasificables donde los desesperados de siempre vendían sus anillos de boda o cualquiera otra pequeña joya que contuviera al menos un miligramo de oro. Aun así, seguía recorriendo las calles de mi barrio, respirando el aire de boliches viejos y casas de mala muerte que sobrevivían a la modernización y a las picotas que destrozaban los muros de adobe y las rendijas donde prosperaban los nidos de ratas.

Después de un tiempo de mucha actividad volvía a estar sin trabajo. Estaba de regreso de un viaje a Puerto Natales, donde había investigado el asesinato de la esposa de un comerciante. Un asunto medianamente complicado que resolví escuchando la chismografía de los vecinos hasta descubrir el nombre del amante de la mujer, un funcionario municipal que la había estrangulado, aburrido de esperar que ella decidiera abandonar a su marido para iniciar una nueva vida a su lado.



Me levantaba minutos antes del mediodía, daba vueltas por el barrio, comía en algún puesto del Portal Fernández Concha o en uno de los restaurantes que poblaban los alrededores de la estación Mapocho y volvía al departamento a leer las novelas que nunca faltaban sobre mi escritorio. Leía y escuchaba música hasta que la noche hacía sentir su fuerza sobre mis ojos. Con eso, y a mi manera, me sentía en paz frente al inevitable paso de los días. Tenía dinero para sobrevivir un par de meses, pagar el arriendo del departamento y alimentar a Simenon. Sin el apremio de tener que llegar a la hora a ningún trabajo, sin deudas pendientes en bancos o cadenas comerciales, podía considerarme un tipo feliz, por lo menos hasta que no recordaba las ineludibles huellas del pasado o que nadie me esperaba al llegar al departamento, desde la noche en que Griseta, mi amiga de tantos años, me llamó por teléfono desde Madrid para decirme que se quedaba de manera definitiva en esa ciudad, ya que después de terminar sus estudios había conseguido un trabajo que le permitiría seguir alejada de Chile, país que ella consideraba chato, gris, lastimosamente aburrido, y donde la alegría de vivir parecía haberse esfumado entre las apariencias, la mediocridad, las extenuantes jornadas laborales y las estupideces que transmitía la televisión para reblandecer el cerebro de la gente. La despedida fue sin drama ni recriminaciones. Simplemente aceptamos que los amores tienen su tiempo y sus luces, y luego, si no hay leña para alimentar el fuego, no queda otra cosa que observar las brasas y sentir un leve escalofrío en la mitad de la noche.

Borré a Griseta de mis recuerdos, cerré la novela que había estado leyendo y bebí el último sorbo de la copa de vino que acompañaba mi lectura. Luego observé a Simenon que, tendido junto a la ventana, seguía atentamente los movimientos del barrio.

—¿Qué piensas? —le pregunté para iniciar el juego de nuestras conversaciones.

—Hay demasiada tranquilidad en este departamento y cada día te conformas con menos. Necesitas ocupar tus energías en actividades más productivas.

—¿No es suficiente leer, escuchar música y observar la vida que pasa por mi lado?

—Freír un bife, cortarlo en pequeños trozos y servírmelo en mi plato de loza azul.

—¿Algo más?

—Unas caricias en el lomo me sentarían estupendamente, y algo de esa música de Mahler que tanto te agrada y que a mí me hace conciliar el sueño.

—A esta hora es difícil encontrar una carnicería abierta, pero podría probar suerte en uno de los restaurantes del barrio.

—Veo que te convencí rápidamente.

—No saques cuentas alegres —dije mientras pensaba en el esfuerzo que demandaría ponerme la chaqueta y bajar hasta la calle en el ruinoso y lento ascensor del edificio.

—¿Qué has decidido? —preguntó Simenon, impaciente—. ¿Sales o no?

—No presiones. La semana pasada leí una novela del autor chino Qiu Xiaolon donde describe los ingredientes de un plato llamado *Batalla de tigre y dragón*.

—¿Y eso a mí qué?

—El plato está compuesto por un surtido de carnes de serpiente y gato. ¿Qué me dices? Un día de éstos me robo una serpiente en el zoológico para que te haga compañía en la cacerola.

—No me intimidas, Heredia. Tu genio culinario no va más allá de freír cualquier tipo de carne o abrir una lata de jurel o atún. Hasta los tallarines te quedan tan atractivos como los bigotes de una monja.

Tomé la chaqueta que colgaba del respaldo de una silla y salí del departamento sin responder la última impertinencia del gato. En la calle corría una brisa que agitaba los olores más infames del vecindario. Me detuve junto al quiosco de Anselmo, que a esa hora se encontraba cerrado, y encendí un cigarrillo. Tosí luego de la primera calada y me pregunté si algún día tendría el ánimo suficiente para crear la liga de protección a los fumadores, seres condenados a penar en los balcones o junto a las puertas de los restaurantes, como si el tabaco fuera más tóxico que el colesterol de la mayonesa, las papas fritas o los discursos vacíos y machacones de los políticos. Di un par de piteadas al cigarrillo y enseguida lo apachurré sobre el pavimento, mientras recordaba el extenso título de una novela de Rubem Fonseca: *Y de este mundo prostituto y vano sólo quise un cigarro entre mis manos*.

A mi lado las personas pasaban sin darse por enteradas de mis preocupaciones. Llevaban la prisa de los galeotes que deseaban dar por concluida la jornada para irse a la cama o a sentarse frente a la pantalla de plasma que habían demorado doce meses en pagar. Anduve dos o tres pasos sin rumbo y finalmente enfilé hacia la cantina donde solía pasar a beber una caña de vino o a comer un chacarero que siempre tenía la virtud de estar preparado con una marraqueta fresca y crujiente. El boliche no aparecía en la guía de los grandes restaurantes, pero el calvo regordete que estaba a cargo de la cocina sabía hacer maravillas con unas lonjas de carne, porotos verdes, tomate y ají picado en finas rodajas.

El lugar estaba atendido por una morena alta y maciza, cuyos pechos parecían a punto de reventar la ajustada blusa roja que los contenía. Debía estar cerca de los cuarenta años, pero mantenía un aspecto fresco, vigoroso,

que hacía pensar que fácilmente podía demoler a un hombre entre sus brazos. Tenía una sonrisa coqueta, contestaba rápidamente mis juegos de palabras, pero jamás daba pie a la más mínima posibilidad de dormitar entre sus pechos. Quizás yo no era su tipo, tal vez era una chica cansada de las insinuaciones de los clientes o simplemente mantenía alguna complicidad amorosa con el simio bigotudo que vigilaba el ir y venir de los clientes desde su parapeto junto a la caja registradora. Nunca había querido saber la verdad y prefería insistir en los diálogos que acortaban los momentos que pasaba en la cantina, mientras mis ideas más felices se hundían en el pozo rojo del vino.

—Tan tarde y tan solito —dijo la morena cuando me vio aparecer.

—Es lo que pasa cuando uno no tiene a nadie que le caliente los pies.

—Yo, en su lugar, compraría unas buenas pantuflas —contestó, risueña.

—La verdad es que estaba pensando en otra cosa —agregué deteniendo mi mirada en su escote.

—No me extraña, los hombres siempre están pensando en la maldad.

—No olvide que fue Eva quien puso de moda las manzanas.

—¿Qué quiere? —preguntó la morena mientras observaba de reojo al simio que mecía sus bigotes junto a la caja registradora—. ¿Vino o cerveza?

—Dos chacareros para llevar y una copa de tinto para acortar la espera.

—O sea que no está solito o es muy goloso.

—Estoy solo, soy goloso y los sándwiches son para compartir con mi gato.

—¿Le gustan los gatos? —preguntó al tiempo que hacía un gesto de desagrado.

—Sí, pero más las gatitas ariscas y con algo de experiencia.

La morena guardó silencio y concentró su atención en verter vino en una copa.

—Ordenaré que preparen los chacareros —dijo unos segundos más tarde, mientras caminaba en dirección a la cocina.

Salí del lugar con el deseo adherido a mi piel y los sándwiches dentro de una bolsa de papel. Al llegar junto a la puerta de mi departamento encontré botada en el suelo una tarjeta de visitas de Marcos Campbell, mi amigo periodista al que recurría cuando necesitaba información del ambiente político o social.

«Necesito conversar contigo a la brevedad», había escrito en el reverso de la tarjeta que arrojé sobre el escritorio, mientras intentaba tranquilizar a Simenon que, luego de olfatear el aroma de la carne, no dejaba de dar vueltas alrededor de mis piernas.

—¡Espera unos minutos, ya te serviré! —le grité.

—Desde ayer no hago otra cosa que soñar con un trozo de carne bien frita.

—¿Viste a Campbell? —pregunté a Simenon una vez que estuvimos frente a nuestros sándwiches—. Me extraña que se diera el trabajo de venir a la oficina.

—En la tarjeta dice que quiere conversar contigo —dijo Simenon mientras mordisqueaba un pequeño trozo de carne.

—Hace tiempo que no veo a Campbell. En mi última visita tenía su oficina repleta de piedras y me propinó un discurso sobre las energías ocultas de la Tierra. Mañana lo voy a llamar, porque a esta hora ya no debe de estar en su trabajo y nunca he podido recordar el número telefónico de su casa.

Pensé en agregar otro comentario, pero vi que Simenon estaba concentrado en la limpieza de sus largos bigotes blancos, totalmente ajeno a mis palabras.

—Conmueve tu interés por el prójimo —le dije, antes de tomar la biografía de Charles Dickens que tenía encima del escritorio y que había comprado en una de mis visitas a la librería del poeta Lavquén, ubicada en unas galerías a los pies de las Torres de Tajamar. Leí el primer capítulo y seguí leyendo hasta que dos horas más tarde el sueño me arrebató el libro de las manos.

## 2

**Conocí a Marcos Campbell** durante mi primer y único año de estudios en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. Fue en el transcurso de una marcha en contra del gobierno de Pinochet que reunió a un millar de universitarios que caminaron por la Alameda, desde la avenida República a la calle San Martín, donde fuimos interceptados por un nutrido pelotón de carabineros. Ciento cincuenta o doscientos estudiantes fueron detenidos a golpes de lumas y recluidos en una comisaría donde los uniformados comenzaron a interrogar a los universitarios, separándolos entre los que podían salir en libertad de inmediato y aquellos que merecían un tratamiento más prolongado.

Cuando las sombras cubrían el patio de la comisaría y ya pensaba que estaba destinado a quedar entre los elegidos para el interrogatorio más riguroso, oí que otro de los manifestantes se acercaba a mi lado y maldecía en voz baja a los carabineros. Miré al extraño con desconfianza, temiendo estar junto a un infiltrado entre las filas de los detenidos. Era un muchacho bajo y delgado que lucía una frondosa cabellera negra y ondulada.

—Si salimos en la próxima media hora te invito una cerveza —dijo en tono amistoso. No le respondí nada y el desconocido se limitó a mostrarme una sonrisa cómplice.

Más tarde, mientras bebíamos unas cervezas y comentábamos los incidentes de la marcha, Campbell contó que estudiaba en la Universidad de Chile y que le quedaban dos años para titularse de periodista. Le gustaba hablar. Saltaba de un tema a otro y los matizaba con sus abundantes conocimientos y opiniones, que parecían meditadas y definitivas. Lo escuché hasta una hora antes de que comenzara el toque de queda impuesto por los militares y no volví a verlo sino hasta cuatro años más tarde. Para entonces ya existía mi oficina con su letrero de «Investigaciones Legales» claveteado junto a su puerta, y Campbell tenía un despacho en el que prestaba servicios de publicidad y asesoría en medios periodísticos. No le iba mal. Tenía simpatía de sobra para convencer de sus bondades a sus eventuales clientes. En ese segundo encuentro bebimos una botella de vino, recordamos la marcha en que nos habíamos conocido, y a la hora de la despedida intercambiamos nuestros teléfonos.

Mi tercer encuentro con Campbell fue el año 1990. Los golpistas habían dejado el poder, o eso hacían creer, y mi amigo estaba embarcado en la aventura de publicar una revista de sucesos sociales y policíacos, que desde entonces lograba mantener con la venta de avisos y la ejecución de trabajos relacionados con la redacción de folletos, libros institucionales y textos publicitarios de toda índole. No le hacía asco a ningún trabajo, y como él solía decir, le bastaba colocar un billete a un costado de la pantalla de su computador para inspirarse y escribir sobre cualquier tema. «Si lo sé, lo escribo. Si no lo sé, lo invento», declaraba, acompañando sus palabras con una sonrisa. Desde entonces seguimos viéndonos con regularidad. Campbell me había ayudado en varias oportunidades a obtener información para mis investigaciones y, aunque con los años se había puesto algo cascarrabias, bastaban dos palabras afectuosas para aplacar sus arranques de ira y conseguir su cooperación. Campbell tenía una memoria prodigiosa y un completo archivo con antecedentes recopilados en sus más de treinta años de trabajo periodístico.



**Llamé a Campbell** a la mañana siguiente y quedé en pasar por su oficina pasado el mediodía. No quiso hacer ningún adelanto del asunto del que deseaba conversar, pero algo en el tono de su voz me hizo intuir su preocupación. Lavé y puse en orden la loza utilizada en el desayuno y bajé a conversar con Anselmo. El quiosquero parecía de buen ánimo. Estaba acompañado por una clienta que daba la impresión de estar entusiasmada con las palabras de mi amigo. Anselmo se limitó a saludarme con un guiño y luego, disimuladamente, hizo un gesto para indicarme que me alejara lo más rápidamente posible. Uno que morirá con las botas puestas, pensé mientras ingresaba

a la estación Calicanto del metro, sin preocuparme de los empujones de la gente que trataba de llegar al andén, atestado de pasajeros que rumiaban sus protestas por los descabros del sistema de transporte que atormentaba a los santiaguinos desde su inauguración.

La oficina de Campbell había vuelto a experimentar cambios desde mi última visita. Lo único que había en su interior era el escritorio, los dos computadores que mi amigo utilizaba en su trabajo, su gastado sillón de cuero y un par de sillas para los ocasionales clientes. Los muros de la habitación estaban pintados de blanco y completamente despojados de los adornos, cuadros y fotos que solía tener el periodista en su oficina.

—¿Te embargaron los muebles o estás en proceso de cambio? —pregunté.

—Concentración en lo esencial, Heredia. Eso es lo más importante.

—¿Qué diablos es eso?

—Observo mi mundo interior y no quiero distracciones. Sólo me rodeo de lo indispensable.

—¿Estás hablando en serio? Que recuerde, hoy no es el Día de los Inocentes.

—Todo lo serio que puedas imaginar. Concentración en lo esencial.

Miré las paredes de la oficina, tomé una de las sillas y me senté a cierta distancia del escritorio.

—¿Pretendes que conversemos a los gritos? —preguntó Campbell.

—Temo que la concentración en lo esencial sea contagiosa —dije, mientras pensaba en la gran cantidad de gente que creía con inusitada fe en los poderes de piedras, talismanes, pirámides, aguas aromatizadas, hojas de arbustos, santos, predicadores y una serie de filosofías o creencias raras que habían proliferado en los últimos años. Mucha gente estaba desorientada, vacía, y buscaba desesperadamente algo de lo que asirse para no sentir que la vida era una ventolera rauda y carente de propósito.

—No festines, Heredia. Tú y yo estamos en edad de preocuparnos por la trascendencia de la vida —dijo Campbell—. Pero no te llamé para hablar de mí ni de la concentración esencial. Necesito que ubiques a un amigo periodista que desapareció de la noche a la mañana.

—¿Lo conozco?

**Pregunté a los carabineros, en postas, hospitales y en el Servicio Médico Legal. No aparece registrado en ninguna parte.**

—Se llama Julio Segovia.

—Su nombre no me dice nada. ¿A qué se debe tu interés por él?

—Julio es uno de los colaboradores de mi revista. Salió de su departamento hace dos semanas y desde entonces no ha regresado. Anteayer, después de llamarlo por teléfono una infinidad de veces, fui al edificio donde vive y lo comprobé con el administrador. Segovia no ha dado señales de vida y me preocupa que le haya pasado algo malo.

—¿Qué te hace pensar en que tenga problemas?

—Tenía que entregarme dos reportajes y es la primera vez que no llega puntualmente con sus trabajos.

—¿Y qué dice la familia? Tendrá madre, esposa, un perro que le ladre.

—Julio está separado de su mujer desde hace cuatro años.

—Quizás tomó vacaciones.

—Imposible, me lo habría dicho. Llamé a su exesposa y me contó que los dos últimos domingos no ha ido a buscar a su hija. Y te aseguro que eso es algo que a él le importa sobremanera. Le costó un largo juicio conseguir que lo dejaran ver a su hija los fines de semana.

—Quizás tiene un romance que desconoces.

—Es posible, pero eso no justifica que desaparezca por completo. Pregunté a los carabineros, en postas, hospitales y en el Servicio Médico Legal. No aparece registrado en ninguna parte. Estoy seguro de que algo le pasó. La última vez que nos vimos me pidió dinero prestado para pagar la mensualidad del colegio donde estudia su hija y hasta el momento no ha pasado a buscarlo.

—¿Qué quieres que haga? Ya indagaste en los lugares a los que se recurre en caso de presuntas desgracias. Lo más probable es que reaparezca en un par de días.

—No es insuficiente. Hace falta que alguien lo busque con especial dedicación. No te cuesta nada hacer tus preguntas habituales.

—Y aunque me costara, te debo más favores de los que puedo recordar.

—¿Qué necesitas para empezar a trabajar?

—Saber algo más sobre Julio Segovia —dije al tiempo que ponía un cigarrillo entre mis labios.

—Preferiría que no fumaras en mi oficina —dijo Campbell.

—No me digas que dejaste el cigarrillo —dije, alarmado.

—Dos cajetillas diarias, durante veinte años, es suficiente castigo para mis pulmones.

—¿Tiene que ver con la concentración en lo esencial?

—No. Se trata de una radiografía que mostró que tengo un pulmón en camino a la miseria. Llevo un mes sin fumar y aunque no podría decir que

lo he pasado bien, me siento mejor. Hasta he aprendido a resistir el aroma del tabaco cuando fuman a mi lado. Pero no siempre es fácil.

Tomé el cigarrillo que pendía de mis labios y lo arrojé en el canastillo ubicado junto al escritorio del periodista.

—Gracias —dijo Campbell mientras miraba el canastillo con desconsuelo.

—Si lo prefieres, a la salida me llevo el canasto y su contenido.

—No exageres. Sé perfectamente lo que más me conviene y no me voy a poner a buscar en el canastillo apenas tú te vayas de la oficina.

—En eso me llevas una gran ventaja —dije y me quedé en silencio, esperando que Campbell retomara el motivo principal de nuestra conversación.

—Conocí a Julio hace seis años en la cátedra de redacción que imparto en la universidad. Julio estudiaba Periodismo después de cursar unos semestres en las carreras de Sociología y Derecho. Me llamó la atención desde el primer día. Tenía buena pluma y estaba interesado en aprender; dos cualidades que no descubro a menudo en mis cursos, llenos de niñitos bobalicones que no saben dónde poner una coma y estudian Periodismo porque sueñan con aparecer en la televisión. Dejé de verlo al final del curso y no supe más de él hasta hace un año, cuando apareció en esta oficina. Julio escribe bien, tiene olfato para reportear noticias de interés, pero no ha aprendido a quedarse callado. Ha perdido un par de buenos empleos por contradecir a sus jefes o decir algo en contra de la línea editorial. Nunca ha entendido que, en ciertos medios, la libertad de prensa termina cuando uno comienza a punzarle las bolas al director o a los accionistas.

—¿Vino a pedirte trabajo? —pregunté, interrumpiendo a Campbell.

—Como tantos otros muchachos que fueron mis alumnos y no encuentran trabajo. Julio conocía mi revista y aunque no lo pude contratar a jornada completa, acordamos que escribiría varios reportajes que él propuso y que a mí me parecían interesantes. Hasta ahora no tengo quejas de su trabajo. Escribe directo y claro, dos cualidades que no se ven a menudo.

—¿Qué me puedes decir de su vida privada?

—Como te dije anteriormente, tiene un matrimonio fracasado y una hija pequeña a la que ve los días domingo. Sus padres residen en Coquimbo y los visita una o dos veces al año. Arrienda un departamento en la calle Carmen, a dos cuadras de la Alameda. Su vida es un tanto desordenada. Le gusta la noche y se acostumbró a trabajar lo justo y necesario como para ir tirando por la vida. Sostiene que un periodista debe meterse en la piel de los temas que reporta y no limitarse a copiar la información que encuentra en la internet o en los comunicados de prensa que llegan a la sala de redacción. Y no son meras palabras. Para escribir sobre vagos que duermen en las calles, vivió con uno de ellos durante una semana hasta que sintió en carne propia

lo que era estar en el borde de la ciudad; lo mismo hizo cuando se propuso escribir una crónica sobre los cargadores de La Vega.

—Por lo que me cuentas, su desaparición puede estar relacionada con sus investigaciones periodísticas. Probablemente anda trabajando en terreno.

—Precisamente, eso es lo que más me intranquiliza. La última vez que hablamos me dijo que deseaba escribir sobre el tráfico de drogas en el centro de Santiago. Tú conoces ese ambiente y sabes que los dueños del negocio no ven con buenos ojos que un periodista meta las narices en sus asuntos.

—Y menos les hará gracia que un investigador privado examine sus inmundicias.

—Tú sabes cómo moverte en ese medio y tienes el cuero duro.

—Lo que no es obstáculo para que una bala en la frente me provoque un agudo dolor de cabeza.

—Limitate a investigar hasta donde consideres razonable. Julio nunca ha tenido mucha suerte y merece que se preocupen por él.

—¿Tiene polola o amigos con los que se junte?

—Tenía una amiga, pero dejaron de verse. Y una hermana que se llama Patricia y trabaja de secretaria en una agencia de publicidad. Te puedo dar la dirección de su oficina. De sus amigos, no tengo la menor idea. Supongo que conoce a mucha gente en sus correrías por la noche.

—La mayoría de las veces, los amigos de los bares ni siquiera saben cómo se llama uno.

—De eso tú sabes más que yo. ¿Vas a ayudarme, Heredia?

—Haré las preguntas que sean necesarias, pero no te ilusiones. Mi magia tiene límites y mi olfato no es el mismo de antes.

—Tonterías. Continúas siendo el mismo hinchapelotas de siempre.

—Torcerle la mano al paso de los años no pasa de ser una ilusión. Cada día me cuesta más salir de mi departamento y entusiasmarme con el trabajo de turno.

—No voy a discutir contigo, Heredia. Tú mejor que nadie debes saber dónde te aprieta el zapato. ¿Se te ocurre alguna idea para empezar la investigación?

—Ya se me ocurrirá algo en el camino. Sudor y suerte es mi fórmula mágica. Cincuenta por ciento de sudor y otro tanto de suerte. Lo más probable es que comience por visitar el departamento de Julio.

—Eso sería una pérdida de tiempo. Te conté que fui a su departamento y que no estaba.

—¿Quién sabe? Quizás regresó o bien puedo encontrar algo que no te llamó la atención ●

# Luna

DAVID VILLAGRÁN

La veo correr delante de mí y su sombra se estira hasta mis zapatos negros que todavía lucen resquicios de brillo en una esquina de focos a medio cerrar. El *Montgomery* que la acompaña en el paseo súbito de compras es rojo y obliga a verla como un trapecio irregular cuando salta y se detiene inclinada por la inercia. A veces pienso que esa fuerza va a reunirse en las esquinas de sus párpados, por culpa de un tropiezo, y hasta escucho en el aire la ausencia de los llantos contraídos nunca a pesar de las maniobras que realizan sus tobillos tan pequeños. Pero la lágrima no viene con nosotros y es el miedo quien provoca dirigirla encartonada por su nombre, porque espere y caminemos plano, porque doblemos con los pies en tierra y digamos que ella está blanca, llena y parece que nos sigue: la Luna. Se imanta en mi palma e incluso se atreve a bailar mientras la única constelación que reconozco dobla lentamente sus rodillas en la bajada de cama del cielo para buscar una pantufla perdida. Comienza el otoño. Las cáscaras ponen su música a secar. Una alegría mira sus pies y canta bajito. Dejamos la rotación de sus tendones, ya no hay vueltas únicamente adelante o atrás y el semáforo interroga a tu asombro. «La Luna es un ojo». Rojo, y Violeta abre sus ojos enormes y azules, se detiene y me señala que la Luna es un punto. Yo trato de convencerla de que ella puede ser a fin de cuentas una flor, si pensamos que los pétalos son la luz blanca que la noche corta, o bien una palabra sola escrita en un cuaderno, una letra. Pero ella cambia levemente su opinión, pone su índice en mi palma y me enseña que es un círculo quizá sorteando en ese instante el precipicio imaginario que el pasado impone a las ideas nuevas de este mundo.

# Aroma a muda

YERKO MEDINA

**Mi infancia estuvo llena de niñitos como tú,  
Todos corrían de lado a lado,  
Con la frente roja  
Y sus carnes al sol.  
Tus hermanas las llamabas y  
Ellos  
Respondían al llamado hermafrodita,  
Para agruparse y gritar todos juntos una canción  
De cuna.**

**Entonces la luna brillaba por las noches  
Y yo escuchaba sus gritos eufóricos,  
Pensando que su felicidad era mayor que la mía.  
Y estaba en lo cierto,  
Su felicidad era mayor que la mía.  
Tú lamías sus botas y sus botas pateaban mi rostro,  
Eran una jerarquía marciana,  
Bélica, buscando entonces sus gritos eufóricos  
En lágrimas rodando por sus botas.**

Mis brazos se hicieron cruz  
Y me crucificaron de cabeza como a San Pedro,  
Me quitaron la dignidad que salía de sus bolsillos  
Pero sonreí,  
Porque sus cabezas estaban vacías de la poesía que sobra en el viento.  
Entonces corrí por sus pestañas y me lancé  
A sus babas,  
Me hice uno con sus enzimas y  
Perdí la imagen en una sombra nocturna.

Me abrazaron de vez en cuando  
Las aves de la mañana,  
Avisándome del sol amado por pequeñeces,  
Antes que el odio marcara esvástica en la palma de sus dolores.  
Mi infancia estuvo llena de niñitos como tú,  
Llorones y hambrientos de juego,  
Sudorosos y hediondos.  
Mi infancia estuvo llena de niñitos como tú, te digo,  
Y Dios sabe que los niñitos como tú no existen.

# Desasosiego y extensión del nuevo campo poético chileno

*Articulaciones, continuidades y  
surgimientos en este mimbre de escrituras*

MARCELO GUAJARDO THOMAS

## 1. EMBALSAMAR Y FRACTURAR

Así como la mayoría de las actividades del ser humano, la poesía tiene su jerga coloquial propia. Los cultores de este arte pasamos largas jornadas discutiendo y divagando en torno a esto y aquello, mediciones y prejuicios, descubrimientos y asombro, nombres propios, poemas sueltos, tallados.

Hay algo de cierto en estas afirmaciones, o al menos algo de certeza al expresar una inquietud, un dilema que nos atañe. Sin embargo, no hay rigor allí, no hay ciencia, ni método, su valor está en señalar ese lugar que nos preocupa, que nos concierne como poetas. Pero sólo lo señala, porque de allí en adelante es un camino distinto, un camino solitario, lejos de la seguridad del lugar común. Abandonar este albergue es tarea difícil y, lo que es peor, es tarea peligrosa. Nadie está dispuesto a la mecánica de suelos que significa cavar en la propia grava que le sostiene. Nadie está dispuesto a husmear allí donde el almizcle se ha acumulado, luego de años de que el ciervo marcara el mismo lugar. Nadie está dispuesto a seguir hasta el origen los surcos de una voz continua, que con los años diverge y converge, se multiplica, adquiere intensidad.

Una de estas afirmaciones que con mayor fuerza han cruzado a mi generación es la mentada línea divisoria que separa los poetas que escriben desde la década de los noventa y aquellos que comenzamos a publicar después de 2000. La extensión de esta burda separación de aguas, originada por el interés de algunos por instalar artificialmente una ruptura más bien publicitaria con los poetas precedentes, ha permitido que se divulgue la igualmente falaz idea de que no hay deudas, arterias ni afluentes entre escrituras que, a mi juicio, conforman un mismo caudal. No existe tal frontera. No existe una poesía completamente nueva luego de 2000.

El arte de la poesía consiste en embalsamar y fracturar. Como en la

mesa del taxidermista, recibimos una criatura abatida por perdigones. Con aserrín, alambre y lana la reconstruimos lo mejor que podemos, imitando, si es posible, el destello que tuvo en vida. La reconstruimos, para que sea fracturada y reconstruida nuevamente.

## 2. MIMBRE DE ESCRITURAS

El mimbre es un arte muy extendido en la zona central de Chile. Consiste en tomar fibras de la planta palustre *Salix viminalis*, conocida popularmente como mimbrera blanca, y trenzarlas hasta hacer diversas formas y objetos. Particular belleza tienen aquellos tejidos circulares usados para cestos y canastos, que van ampliando gradualmente su diámetro y luego se cierran sobre sí mismos dejando la abertura deseada del recipiente. Pues bien, pienso en los últimos veinticinco años de poesía en Chile como el trenzado del mimbre. Con una estructura que soporta el artificio, un objeto que crece con la intensidad de la búsqueda de nuevos campos poéticos, escrituras trenzadas, unas vaciándose en otras, derivas, cruces de caminos, nudos, tejidos concéntricos, vecindades. Una cesta que se ha ido tejiendo con desasosiego los últimos años. Con el afán de ampliar el registro de escrituras poéticas, envalentonados por la llegada de la democracia, recuperando hebras inconclusas, inaugurando otras nuevas. Saldando la gran deuda. En eso estamos y en este tejido resaltan, a mi juicio, ocho hebras de trabajo.

## 3. OCHO HEBRAS DE TRABAJO

**SOLTURA Y VÉRTIGO.** Como desprendidos de un corsé agobiante, tuvimos que esperar algunos años de la década de los noventa para que los primeros acordes de una música más suelta y desprejuiciada comenzaran a tomar forma. Desprendidos del mejor momento de Rodrigo Lira, el primer improvisador, aquel nuevo cualquierismo, el surfco, tomó fuerza a la manera de rebelión a cierta monocorde zalagarda. A la orden de la fragmentada realidad, bajo el inclemente sol de las tres de la tarde, las cosas nos revelan toda su amenaza. Tomados de la primera impresión, a trazos gruesos, atentos a la luz, al callejeo, aparecen en 1998 *Metales pesados*, de Yanko González (Kultrun) y *La insidia del sol sobre las cosas*, de Germán Carrasco (JC Sáez Editor). Algo de ellos se encuentra años después, en el *adagio* confesional de Víctor López en *Los surfistas* (Vox, 2006). El mismo Carrasco nos entrega a comienzos de siglo la manifestación en estado puro de este nuevo vértigo: su *Calas* (Dolmen, 2001).

**METAFÍSICA DE LAS ESTRUCTURAS.** Previendo una época de búsqueda, la lengua poética se volcó hacia la estructura del lenguaje. Hay un tipo de poesía que surge de la exploración de un gabinete engañosamente real, un baile de máscaras que ocurre en la mente del autor, donde toda palabra es alegoría y referencia, abanico y puñal. Cinematográficamente exploratorias, al extremo de la mueca, estas escrituras tienden a la parodia, a la saturación de la palabra por la palabra, al laberinto. Libro clave en este relato es *Adorno en los espacios vacíos*, de Gustavo Barrera (El Mercurio / Aguilar, 2004), quien coloca la realidad en una casa de espejos: el lector está allí, en esta celda montada para él, y en los espejos se refleja su imagen hasta el infinito. La hondura de este texto es su intrincado juego de llenado y vaciado de sentido. Un lenguaje transparente listo para ser agujereado. Comparte hebra con Carlos Cociña y su antiquísimo y novísimo *Aguas servidas* (Granizo, 1981). Ambos comparten el troquelado de la lengua, diluida en un relato al modo del genetista o el etnógrafo. Desde allí, como en los ojos de los insectos, la realidad se presenta facetada.

**ÍMPETU, CAUDAL Y TEXTURA.** Con fuerza, y a riesgo de prevalecer sobre otras hebras por su caudaloso entusiasmo, aparecen —o reaparecen, dependiendo de la generosidad del observador— estas escrituras cuyo *leitmotiv* es el caudal y la textura de sus poéticas. Como aquellos torrentosos ríos chilenos que aumentan su caudal de un momento a otro, y que de pequeños arroyuelos calmos pasan a ser enormes devoradores de campos y ciudades, las escrituras de Javier Bello y Antonio Silva, primero, y Héctor Hernández, Paula Ilabaca y Rodrigo Gómez después, corresponden al viejo anhelo poético de marcar el pulso de un momento personal e histórico. Con sus particularidades, estos poetas y otros de reciente aparición promueven un continuo orgánico y avasallador, de un personalísimo patrón cromático, a la orden de la música del verso, su marcha, su desborde. El resultado es un telar kilométrico de lenguaje y fuerza expresiva, dado a la labor, como ya dije, de sensibilidades personales, y desde allí son testimonios de la temperatura de una sociedad en transformación.

**MARTILLO Y ALBAÑILERÍA DEL LENGUAJE.** La contraparte de la poesía caudalosa y desbordada es el trabajo precavido y metódico de la escritura de Héctor Figueroa, durante la década de los noventa, y de Ernesto González a principios de siglo. Para ellos la lengua poética revela una amenaza continua, no puede ni debe anteponerse a la realidad, ni menos imponer su pulso; al contrario, con la dignidad y diligencia de la servidumbre, el poema da luz sobre la potencia del fenómeno. El poeta es, en estas escrituras, el escudero

del suceso. Nada de embustes, retruécanos, brillo inútil. En Figueroa la poesía es matizada con algo de cadencia prosaica. En González el trabajo se torna martillado, incansable; en este poeta la lengua alcanza su máxima tensión, como vigas maestras sosteniendo su morada, el lugar donde habita en el mundo.

**POLÍTICA Y REFERENCIALIDAD.** De lo meramente expresivo saltamos a la fuerza de la afirmación. Lo dicho y el fondo como eje de la escritura, la forma al servicio de la afirmación. De esto saben mucho Carlos Henrickson, Carlos Cardani y Pablo Paredes, rodando la hebra de Bruno Vidal y José Ángel Cuevas desde los noventa al principio de siglo. Henrickson con un poco más de arrimo y estimación a su batería retórica, su cajita de acuarelas y pinceles. Para los demás no hay música sola, sino sola sentencia y declaración, principios. Hebra de trabajo que deja una poesía clara como el agua, aquí no hay mimetismo ni desaparición, el relato es el centro y su difusión sin variaciones el fin. Lo poético está pensado para dar fuerza a la afirmación, dejar al verso reverberando en el oído como un diapasón sobre el agua.

**RIESGO, TRADICIÓN Y DESAFÍO.** Rafael Rubio y Juan Cristóbal Romero abandonan de buena gana el verso libre para medir a vara y escuadra una escritura que, a punta de claroscuro, debe de ser de lo más interesante de la última década. De antecedentes desconocidos más allá de la obligada referencia al Siglo de Oro español, camuflan lo moderno con el fraseo medido, la canción y sus reglas. Hay aquí declaración y riesgo, literatura sobre literatura, frontera y distancia, trinchera. Sus resultados son fantásticos, las aves más coloridas del jardín. Ver, entre otros, *Luz rabiosa*, de Rafael Rubio (Camino del Ciego, 2007) y *Rodas*, de Juan Cristóbal Romero (Ediciones Tácitas, 2008).

Amalgamadas a esta hebra, pero menos ortodoxas, surgen las poesías de Adán Méndez y Leonardo Sanhueza. Sabuesos del relato, de la oralidad convertida, del trino en el caso de Sanhueza, son la variante moderada de la hebra anterior. Equilibrados entre el fogón y las últimas noticias de la tribu.

**NARRATIVA CONFESIONAL.** Muy extendida hebra en el mimbres de escrituras. Se recupera el tono natural, la cadencia de un relato de experiencia. Con intensidades diversas, brillo y oropel en dosis pequeñas, retórica muy controlada, lo justo y necesario. Emparentada con la hebra política y referencial, confundándose, amalgamándose. La narrativa confesional es de un horizonte menos ambicioso, con lo que hay en el jardín basta. Vuelve sobre lo ocurrido al sitio del suceso, explora sus causas y consecuencias. Tratados

domésticos, escenas de vida diaria, tienen su antecedente en alguna parte de la obra de Gonzalo Millán. Allí están, en diferentes vecindades, los trabajos de Enrique Winter, Gladys González, Raúl Hernández, Andrés Florit y Víctor López.

**UTOPIA, ALEGORÍA Y ÉPICA.** A comienzos de los noventa nos despertamos violentamente de la siesta con tres libros que forman una tríada fundamental de enorme influencia en la poesía de años posteriores: *Los Sea Harrier*, de Diego Maquieira (Universitaria, 1993), *Cipango*, de Tomás Harris (Documentas / Cordillera, 1992) y *La vida nueva*, de Raúl Zurita (Universitaria, 1994). Estos libros, por intensidad, potencia y relato, inauguran cada uno una hebra distinta que cruza muchas escrituras posteriores. Encarnan la fuerza referencial de la poesía, su transfiguración en una realidad conceptual, alegórica, que hace arder los sucesos. Gestados durante la dictadura, pero impresos en democracia, estos libros son rutas distintas de un mismo episodio. Mimetizados en el gran baile posmoderno, enmascarados los dos primeros, derramado el tercero, constituyen la refundación alegórica de Chile luego del oscuro trance de la República. Del Yugo Bar al Cielo de los Aviones Barrocos, de Las Playas a las Inmensas Cordilleras de Chile •

# Cuaderno portátil: *notas encontradas sobre literatura chilena*

ÁLVARO BISAMA

**UNO.** *Pasó el 2006.* Construían una carretera ahí, en Puente Alto. En ese lugar encontraron los pedazos del cuerpo de un joven llamado Hans Pozo. Uno por uno. Todo en ese radio. En el borde de esa edificación. Más acá estaban las casas y las poblaciones. Más allá, el campo, lo rural. La autopista era el límite, el borde exacto, el lugar donde se amarraba el extremo de Santiago. Ahí fueron a dejar los pedazos. Un *puzzle* macabro. Un *puzzle* sin sentido. Descuartizaron a Pozo y luego dejaron sus fragmentos ahí, en la carretera que aún no estaba terminada. En cada lugar donde apareció una mano o un pie los vecinos pusieron una animita. Pozo se volvió milagroso. Yo vi esas animitas hace años, a finales de 2006. Dos de ellas, por lo menos, quedaban en el camino. Una era pobrísima: una calamina sostenida con ladrillos, agua bendita en botellas de vainilla, imágenes antiguas de la Virgen María en el suelo, restos de vela. La otra era mejor, más cuidada. Quedaba en un paso bajo nivel, al lado de unos *graffiti* de *hip-hop*. La animita había crecido, estaba creciendo mientras devoraba la pared, que estaba llena de peticiones. Hans Pozo se había vuelto milagroso. El chico muerto se estaba convirtiendo en un santo y había flores y velas y estampitas y recuerdos. Todo al lado de la autopista, que era un modo de acercar la ciudad a sí misma. Todo al lado del sonido de los camiones, al lado de ese camino inconcluso que aún no llevaba a ninguna parte. Todo al lado de la huella de esos restos de aquel chico muerto que se estaba transformando en una especie de santo improvisado y urgente. Recuerdo que viendo esas animitas pensé en cómo todo estaba conectado, en cómo Santiago no era Londres, pero que sí se trataba de una ciudad mágica que poseía para sí conjuros perversos pero también hechizos de sanación, algo que estaba hecho de sangre: algo que las novelas de Carlos Droguett (1912-1996) nos recordaban siempre pero que por ahora parecíamos haber olvidado. Las animitas al lado de esa incipiente carretera eran uno: una manera en que la ciudadanía aprendía a revertir el

horror, a comprenderlo, a modularlo. Que aquello hubiera sucedido ahí, al borde de esa vía inconclusa, no era menor. Tenía un sentido. Como si se tratase de una novela del viejo Droguett (que se murió de viejo en Suiza, exiliado y odiando a Chile) latía tras de sí una lógica oscura, una peculiar manera de escribir la ciudad, de definir sus límites, de trazar sus mapas. Las animitas eran un modo de dar vuelta a todo eso, un sistema de sangre en el cual los ciudadanos comprendían y aceptaban no sólo el crimen sino también la irrupción de ese camino ahí, en las cercanías, los autos fantasmas que vendrían a toda velocidad desde futuro, como avisos de que su todo iba a cambiar pronto y para siempre.

**DOS.** *Visito la casa* de mis padres luego del terremoto y escribo esto en la provincia. A veces pienso en Juan Luis Martínez (1942-1993). Martínez vivía acá en Villa Alemana, a unos cuantos paraderos de distancia, pero nunca lo vi. O no me acuerdo si lo vi. Siempre he fantaseado con escribir algo largo sobre él. Alguna vez intenté una versión suya en *Caja negra*. Quedó deforme: un hombre albino que escribía policiales y que luego se dedicaba a tarjar textos propios y ajenos. El albino residía en el campo y no iba a ir nunca más a la ciudad. Como a Nicanor Parra, había que ir a verlo. A diferencia de Parra, existía un complejo mapa para llegar a su casa. Por supuesto, nada de eso pasaba con Martínez, que publicó dos libros (*La nueva novela*, de 1977, y *La poesía chilena*, de 1978) y luego se quedó callado hasta su muerte en 1991. Para mí esos libros son fundamentales. No tengo ninguno. Uno tiene entre sus páginas un anzuelo de pesca y el otro una bolsa de tierra. Entre ambos hay banderas chilenas, certificados de defunción, una casa que desaparece, chistes privados, citas a Mallarmé y el vértigo opaco de una de las obras mayores de aquellos años. A mí me parece a ratos que, tras tanta vuelta vanguardista, tanto artefacto Dadá, en esos libros están ciertas imágenes sobre las relaciones entre la provincia y la literatura: sus sueños de fuga, la ironía sobre la ficción ambiciosa acerca de su lugar en la tradición occidental, una escritura hecha de escombros. Esa palabra —*escombros*— me viene a la cabeza mientras escribo esto. Hace cinco días acá hubo un terremoto y el país se cortó por la mitad. El mundo se acabó. Por mi lado, había intentado transformar algunas entradas de este diario como las notas de viaje insomnes y azarasas que iba recogiendo en el camino. No llegué a ninguna parte, creo. Lihn tenía razón. Uno nunca sale del pueblo. Martínez viajó a Francia y luego se murió. Todos los viajes que realizamos son imaginarios. De ahí que me conforme con una pequeña paradoja: escribo esto donde empecé a escribir, en la mesa del comedor de la casa de mis padres. Mientras, pienso en la portada del libro de Martínez: dos casas rotas, fotografiadas en blanco

y negro, deshabitadas, rotas y apiladas unas contra otras. Se intuye la presencia de un desastre en el pasado inmediato. Se intuye la confirmación de ambas como el suspiro de un mundo a punto de venirse abajo, que el futuro no va a estar más allá de la página en blanco, que no va a ser más que un signo puesto en suspenso. Ese signo es la novela chilena.

**TRES. Santa Cruz de la Sierra, 2009.** Compré una edición pirata de *Las benévolas*, de Litell. Me costó seis dólares. En Chile cuesta sesenta, y su tapa dura sirve para decorar las mesas de centro del living de las casas. Caminé por el centro de Santa Cruz mirando los portales y los rayados contra Evo. Pensé en esa diferencia de precio mientras caminaba entre los locales de películas piratas y juegos de video y los bocinazos de los taxis y la sensación cómoda de estar lejos de casa pero, por un rato, lleno de tiempo. Después volví acá, al hotel, e intenté leer el libro de Litell y la letra era minúscula y me rendí. Los nazis psicópatas podían esperar y me puse a copiar un poema de Sergio Parra en la libreta. El poema es de la década de los ochenta. Me acordé de él de improviso. Parra no publica hace años. Hay gente como yo que echa de menos sus libros. Parecían melancólicos y escombrados pero tenían los bordes filosos, como los de esos muros de poblaciones cubiertos de vidrios y pedazos de botellas rotas. El poema viene de otra época, de un pasado tan feroz como imposible. Es quizás uno de los mejores poemas chilenos que he leído nunca porque quizás contiene una novela (esa novela sobre la dictadura que jamás se ha escrito en Chile), una foto de época, una imagen que hilvana algo que acecha más allá y que es tan luminoso como extraño: «Cuando el Frente Patriótico Manuel Rodríguez / atentó contra el Capitán General / fornicaba con una chica *new age* / en un cuarto de San Diego / 1 condón vacío dejado por los colegiales / que nos topamos a la entrada / ½ botella de vino / pan / queso (traído por nosotros) / Cuando el Frente Patriótico a las 18:40 / Ella tenía unos pechitos con un sabor una locura».

**CUATRO. Teoría del fantasma:** tal vez lo que me aburre del grueso de los comentaristas de la obra de Lihn es la solemnidad con que leen esa obra: la necesidad desesperada de perderse en él suspendiendo la distancia de su obra. La lihneografía alcanza, a veces, cierta condición de disciplina herética que no admite a profanos, que suspende el caos que dichos textos suponen. Por supuesto, todo esto está codificado en la obra de Lihn, que requiere una clase de lector que justamente vacile y se pierda en aquellas trampas. Porque aquí hay una sugerencia: Lihn —o la obra de Lihn— supone que la crítica literaria en Chile es más lúcida de lo que realmente es. Lihn construye una

ficción desde ahí, desde la posibilidad de sus lecturas: sus poemas avanzan en la autconciencia y el patetismo de la vacilación respecto a su propio sentido, como si configuraran una serie de anotaciones que van entrando en crisis, borrándose a sí mismas. Por otro lado —y eso queda claro en la lectura de *Batman en Chile*, esa novelita porno *pop* de 1973 que nadie leyó pero que se reeditó hace un par de años y que, parece, nadie supo qué hacer con ella—, Lihn puede ser leído como una especie de filtro o resumidero de las tensiones de la academia y la historia. De hecho, habría que reevaluar eso: Lihn como un profesor que pone (ejemplificando en sí mismo, como el ejemplo extremo de su generación, como un espectro) en movimiento los choques y tensiones entre los saberes postestructuralistas y su aprendizaje local. Leyéndolo uno puede entender cómo funcionan y se aglutinan, cómo se ponen en crisis con su traducción, en qué momento se convierten en otra cosa: Lihn es el límite, la sospecha, la parodia de la crítica literaria en Chile.

**CINCO. Aburrido de Bolaño.** O, mejor dicho, de las lecturas de Bolaño. De la cobertura de prensa que sigue a la mujer, la amante, el hijo, la madre, que bucea en los rincones de cada parte médico de su enfermedad, los amigos, el médico. Aburrido de las tesis (leí una por ahí, de una chilena para una universidad española, que se demoraba quinientas páginas en decir que Bolaño escribía de modo distinto de los escritores chilenos de la década de los noventa porque no había estado en Chile). De los escritores jóvenes que se lanzan a la carretera en su nombre o prenden una vela ante su estampita pegada en la muralla. Aburrido que se haya vuelto el Jack Kerouac chileno, el Rimbaud chileno, la vanguardia chilena. Aburrido porque los que leen a Bolaño se vuelven sacerdotes de su culto involuntario y parece que no leen más que a Bolaño, como si con eso bastara, como si con eso se solucionara todo: el drama de estar aquí y ahora, de leer y escribir en Chile. Aburrido porque ahí está la sospecha de que nadie lo lee realmente. Aburrido de la necrofilia. La literatura chilena es necrófila. Aburrido de esa falacia biográfica que se vuelve una especie de trampa mortal: escudriñamos en sus obras para armar como un álbum de figuritas coleccionables, como una ecuación cuya solución parece que está al alcance de la mano. Pero esa ecuación no existe. O si existe ya no funciona.

**SEIS. Witold Gombrowicz** residió en la Argentina y nadie pareció darse cuenta de ello. Yo me pregunto qué hubiera pasado de haberse venido a Chile. Me lo imagino atravesando la cordillera o llegando a Valparaíso, con el *Ferdydurke* ya escrito entre las maletas. Imposible saber con quién lo hubiera traducido acá o si hubiera llegado a hacerlo. O cómo habría leído

Gombrowicz la novela chilena y el periodismo chileno. Cómo habría aprendido el español de Chile, con ese acento cantadito y los diminutivos. A quién le habría dado clases. Se habría perdido en el Bosco, en la farra del Parque Forestal, en la noche rusa de los intelectuales de aquella época. Imposible de saber, pero es inquietante esa pregunta. Una línea alternativa de la historia por explorar. Un *what if*, como dicen en los cómics de Marvel. Me hubiera gustado saber qué hubiera pasado porque sospecho que en el fondo la relación de Gombrowicz con la escena literaria argentina tiene que ver con su mapa de la ciudad, con los modos en que se desplaza entre los cafés y las redacciones de los periódicos, entre los salones de las señoritas y los bares de marineros. Gombrowicz, en ese sentido, avanza invisible por una ciudad que no puede verlo, pero donde es capaz de reconocer el santo y seña de los otros invisibles, de los otros que aprenden el español entre titubeos que con suerte son una antesala al silencio.

**SIETE.** *Lima, 2010.* En el fondo no existe la literatura chilena. Anoto esto en Lima, después de una conversación en público con Iván Thays. Llego a la conclusión horas más tarde, como el dolor de cabeza que trae la resaca. No existe porque en el fondo no crea herramientas para procesar la tradición, carece de una memoria heterogénea de sí misma e implosiona hacia su propio ego a la menor oportunidad. Sus mecanismos de preservación —la crítica pública, cierto sector de la academia más a la moda, el museo de cera de los salones y las revistas literarias de internet— se tambalean cada vez que pueden, a ratos, en su voluntad autoritaria, por la fijación fetichista en las herramientas que deletrean el poder, por su capacidad de sospecha cada vez más nula. Así, el relato de la literatura chilena va rengueando, camina vacilante entre las modas que dependen del día y de la hora: el realismo social de la clase alta chilena, el *underground* que quiere (pero no confiesa ese deseo) ser publicado por las transnacionales, el sindicalismo mafioso de los homenajes gremiales, el *fandom* descerebrado, la voluntad canónica de las mayorías y las minorías. Ahora, mientras escribo esto en un café del centro de Lima, a metros de un millón de edificios que testimonian la maravilla y el horror del paso del tiempo, me siento agobiado. Nada dura demasiado en Chile. Las grietas se tapan. Las ratas vuelven al subsuelo. La novedad apremia. No podemos perdernos en los intersticios de las paredes rotas.

**OCHO.** *Lihn es la trampa.* Quizás lo más interesante está pasando y no nos damos cuenta. Lihn es la trampa. Quizás ya ocurrió en los últimos cinco años, que a mí me parecen más interesantes que casi la década de los noventa completa, salvo honrosas y horriblas excepciones. Lihn es la

trampa. El anarquismo bestial de las perfectas novelas histórica del Pato Jara. Lihn es la trampa. Lihn es la trampa. Las páginas en blanco de Cussen. Lihn es la trampa. La *saudade* de Zambra. Lihn es la trampa. El refrigerador parlante de la primera novela de Mike Wilson. Lihn es la trampa. La cabriola excéntrica de Gumucio que espera —como una Dorothy tartamuda que añora Kansas— volver al siglo XIX. Lihn es la trampa. Los tiempos muertos de Alejandra Costamagna. Lihn es la trampa. Los profesores jubilados al borde del espanto de Marcelo Lillo. Lihn es la trampa. La conspiración de la provincia de Mellado. Lihn es la trampa. Aquí, nadie se parece a nadie y, mejor, nada parece literatura sacada de un taller o el ejercicio de estilo de quien quiere hacerse amigo de su maestro de salón. Lihn es la trampa. Ese tiempo ya terminó. Lihn es la trampa. José Donoso, quien inventó ese formato, despreciaba a sus discípulos. Lihn es la trampa.

**NUEVE.** A) *¿A quién le importa* lo que pueda escribir o decir Jorge o escribir Edwards? Y B) habría que volver a Enrique Lihn como recurso contra Edwards. Lihn dibujó un cómic mientras moría en 1988. Visto desde el presente, *Roma, la Loba*, el cómic, parecía un texto de realismo mágico o un cabaret dadaísta, una fiesta miserable. Sexo y muerte. La sensación súbita de que todo es una farsa, de que la literatura y la cultura chilenas suponen una mascarada, una cara tapada de barro que se seca al sol. La escritura es el barro, el espacio blanco entre las viñetas, la plumilla que tiembla y se deshace en cada trazo de tinta a la hora de llenar la página. Nota para leer el cómic de Lihn: verlo como una acumulación de capas geológicas de signos o trazos o estilos del imaginario de nuestra historia del arte.

**DIEZ.** *El rock chileno es cobarde.* No hay suicidas. Nunca nadie se ha tirado desde un séptimo piso. Nadie se ha volado la cabeza de un escopetazo. Los adictos se recuperan. Los alcohólicos consiguen hígados nuevos. Los adictos al pegamento se encuentran con Dios o los extraterrestres. Todos sanan, todos viven para contarla. Con suerte, creo que por ahí hay un grupo de *shoegazing* que tenía un miembro —¿un bajista depresivo? ¿un tecladista enfermo de Asperger? ¿un baterista que sufría de pirokinesis?— que se suicidó. Puede que esa información, la verdad, sea falsa. La novela chilena, en cambio, pasa cayéndose del balcón y haciéndose trizas en el suelo y nadie se da cuenta.

**ONCE.** *Esto fue anotado en Santiago*, en alguna Feria del Libro, entre unas servilletas y a dos metros de María Kodama (que no sé qué hace acá y sí, sí recuerda a Yoko Ono cuando se la ve; sí aparece el candor perplejo de una

villana mitológica que puede, por el azar de las corrientes de aire, convertirse en encanto) que se toma un café: *cuando ya no le veo esperanza a la novela, cuando el último libro de Skármeta o Gonzalo Contreras me van a hacer saltar por la ventana, tirarme a las líneas del metro o llenarme el estómago de las mismas pastillas ansiolíticas que consumían sus personajes, la crónica me salva.*

**DOCE.** *Volver a El empampado Riquelme*, de Francisco Mouat. Pensar en ese paisaje de la crónica. La verdadera zona de riesgo de la literatura chilena está ahí, en esas obras que se desarman, que no tienen definición específica, que son cualquier cosa: esos diarios intercalados de Germán Marín en *Historia de una absolución familiar*, la piedad que es el centro de los libros de Francisco Mouat, la perplejidad de *Hotel España*, de Juan Pablo Meneses, el verdadero retrato de la soledad a la chilena.

**TRECE.** *Lima, 2010*. No sé por qué, mientras leo un libro de Marcelo Lillo en el aeropuerto, me acuerdo de que compré y perdí un casete de Los Lobos que creo que nunca escuché, que me gustaban por esa película de Robert Rodríguez donde aparecían tocando *rock and roll* disfrazados de vampiros y con instrumentos hechos con pedazos de cuerpos humanos.

**CATORCE.** *La puerta que* Bolaño abrió se cerró. Quizás nunca estuvo abierta y lo que vimos fue una pintura sobre el muro, una pintura que simulaba una puerta. Y, como siempre, nos quedamos fuera y tuvimos que arreglarnos con eso, con el frío y la intemperie. Algunos rasgaron la puerta y se rompieron los dedos. Otros, nos fuimos al parque.

**QUINCE.** *Fabián Casas me dijo* que vivió un mes en la casa de Juan Luis Martínez en Villa Alemana. También me habla de Horcón, que creo que conozco bien: esa caleta hippie donde a veces me he arrancado con Carla a pasar un par de días.

**DIECISÉIS.** *Me acordé de que la otra* vez que estuve en Palermo, parece que vi pasar en auto a Fogwill y luego un taxista nos cantó a Carla y a mí una canción que había escrito sobre el fin del mundo.

**DIECISIETE.** *La novela chilena:* describir la coreografía de una fiesta que terminó hace rato. Pensar en esa descripción como el futuro. Armar otra fiesta •

## La caries\*

### CRISTINA RIVERA GARZA

Es una enfermedad multifactorial, es la destrucción de los tejidos es la desmineralización, son los ácidos que genera la placa bacteriana. Son las bacterias que producen ese ácido son los restos de alimentos donde ocurre es la dieta que se les queda expuesta. Es exponer es la destrucción química dental, es la ingesta de azúcares y ácidos.

Es la desmineralización.

Son los errores en las técnicas de higiene son los errores en las pastas dentales inadecuadas, es la [falta de cepillado dental o es no saber usar bien es la falta son los movimientos del lavado bucal; es la ausencia de hilo dental; es una etiología genética.

Es la destrucción. Son los tejidos donde se fabrica el error.

Es la influencia del ph de la saliva. Tras la destrucción es la desmineralización del esmalte, es lo que ataca a la dentina y alcanza es el ataque; es la pulpa dentaria que produce su inflamación, es la destrucción es la falta es la pulpitis; es la posterior necrosis (es la muerte pulpar).

Es la muerte.

Si el diente no es tratado es lo que lleva a la inflamación; es la falta multifactorial, es la inflamación del área que rodea el [ápice

(es el extremo de la raíz)

es la desmineralización; es lo que produce una [periodontitis

apical, es la destrucción

son los ácidos y lo que genera los ácidos

es un absceso, una celulitis o incluso una angina de

[Ludwig.

Es la falta.

Es la necrosis. Es lo que no hay más no.

*\*Con información científica tomada de Wikipedia.*

## En la orilla

EDUARDO ANTONIO PARRA

...jamás les hemos importado, ¿por qué iban a importarnos ustedes?, pasan y pasan ante nosotros, orondos y veloces con sus vidrios que nos encandilan al reflejar el rencor del sol, con sus faros que alargan las sombras en lo oscuro, con rugidos de fiera encabronada retándonos a pararnos delante, a atravesarnos en su camino pa sembrarnos en pedazos entre las piedras y olvidarnos luego en un alarde de fuerza que nos azorrilla, nos hace sentirnos chiquitos, inferiores, insignificantes y hasta con la obligación de agradecer el aironazo de horno que nos echan en la jeta y el terregal que alzan a su paso... y si anduvieran despacio se limitarían a voltear a vernos sin mirarnos, como si el pellejo se nos hubiera puesto ya igual de pálido que la arena por culpa de la calor o como si fuéramos otro arbusto seco del pinche desierto, de esos que ni siquiera son capaces de retener el aire entre sus ramas, y sus miradas de ustedes pudieran atravesarnos pa ir más allá, siempre más allá, carajo, ¿nunca se preguntan qué hacemos aquí en la orilla, tumbados debajo del sombrero, con las manos en veces extendidas, en veces junto al cuerpo o en las bolsas del pantalón, mirándolos ir o venir con tristeza y envidia, con esperanza y coraje, con humildad e impotencia?, ¿nunca piensan en detener su maldita carrera hacia quién sabe dónde pa enterarse por qué la vida se nos va en mirarlos pasar?, no, pos cómo, pa ustedes somos unos animales más de los que ven desde atrás del vidrio, igual que una cabra rumiando yerba o el cadáver de un caballo con las patas parrriba y la panza inflada, a punto de reventar por haberse tragado una campamocha (¿sabrán siquiera lo que es una campamocha?, no, pa saberlo tendrían que apagar la máquina, apearse y preguntarle a uno de nosotros, pero eso sería indigno, sería rebajarse), sí, unos animales apenas de pie sobre sus patas traseras, cubiertos de trapos terregosos, jorobados de tanto estar con el espinazo gacho, rodeados de sus cachorros prietos y trasijados como tasajos que también los miran a ustedes con ojos grandotes y hundidos, con la hembra a un lado, greñuda, panzona y de tetas guangas, que

sin embargo nada les piden, o casi nada, porque a lo mejor nos conformaríamos con que nos vieran, nomás con eso, nos daría algo de contento que al transitar por aquí por donde está la poquita gente que vaga en el desierto detuvieran aunque fuera una nada su loca carrera hacia donde van y giraran a medias la cabeza pa plantar en alguno la vista, sí, la vista, porque una sonrisa o un saludo sabemos que sería mucho pedir, nomás una mirada, aunque fuera rápida, un brillo en las niñas de los ojos que nos hiciera sentir que de veras estamos aquí, que de veras existimos y no somos las ánimas sin vida que en veces creemos ser y que es como nos vemos entre nosotros, ¿será mucho esperar, mucho querer, mucho aferrarse a una esperanza hueca?, si no fuera por eso ya nos hubiéramos metido más dentro del llano, donde no hay bramidos de motores ni pedorreos de escapes, donde el sol nomás destella en las piedras pulidas o en las alimañas negras que se tienden a dorarse cuando no están listas pa saltarnos encima, donde lo único que nos mira son las cuencas vacías de las calaveras de las bestias que se murieron de pura hambre y sed... y es que ustedes no saben lo que es estar aquí, entre el silencio y la soledad, pisando siempre esta tierra yerma y pedregosa debajo de esa bola de lumbre que nos tatema despacito la cabeza hasta hacernos ver visiones, indefensos ante los rumores de la nada que nos salen al encuentro en cualquier parte: y digo estar aquí, no vivir aquí, porque resulta trabajoso llamarle vivir a esto que hacemos sin que hagamos nada pa hacerlo, no, aquí no se vive, nomás se está, como está ese puente o los cactus, los nopales, los magueyes, los chaparros: a la intemperie, sin reparo, masticando una y otra vez un mismo impulso que no para de dar vueltas adentro hasta que se desgasta o se derrite sin que nunca tome verdadera forma pero que, sin que sepamos por qué o cómo, nos empuja todos los días a la orilla pa verlos a ustedes... en este llano tampoco se piensa: las palabras, las ideas, los movimientos vienen solos y lo atraviesan a uno a lo mejor porque nomás no saben estarse quietos y nos caen llegados de quién sabe dónde, se sienten primero en el estómago, luego en los muslos abajito de las verijas, más después en los hombros y cuando uno acuerda los tiene rebotando en la mente y entonces los pies se le mueven solos y lo llevan a uno lejos del jacal o de la choza hacia ese camino negro que parte en dos el desierto, y esto ocurre desde siempre, desde donde alcanzan los recuerdos... uno nace aquí porque aquí lo echó fuera la madre bajo cualquier sombra, junto a un anafre en el que tres o cuatro palos de mezquite ardiendo trataban de mantener las víboras y los escorpiones a raya y de calentar un poco el frillazo de las noches, al lado de una mesa o un cajón podrido donde un día sí y dos no había algo que llevarse a la boca y entretener el gruñir de la panza, en los alrededores de un pozo del que nunca salió más agua que la necesaria pa mantener el resuello, y después de nacido aquí comienza a arrastrarse, a

gatear, a crecer nomás mirando cómo muchos de los demás se quedan poco a poco secos por el sol, el polvo y la falta de tragadera en brazos de su madre, hasta que un buen día ya no son sino otro tronco correoso abandonado en la arena, y uno se pregunta por qué su corazón sigue latiendo cuando los de ellos se apagaron tan rápido, y se hace resistente a fuerza de no tener nada, de sacarle la vuelta a las bestias de peligro, de aprender a hacer todo solo y sin ayuda, a fuerza de perseguir esos pensamientos que nomás nunca acaban de estar claros pero siguen apretándole la panza desde abajo con un dolor muy distinto al del hambre, y en menos de lo que lo cuento un día se acuesta escuincle y al otro día despierta muchacho, con los huesos largos y el cuero curtido, con pelos en la cara y alrededor del quiote, con ganas de hacer hartas cosas y de ir a hartos lugares y conocer hartas viejas pero sin saber cómo, sin estar cierto de que quienes se largaron siguiendo el camino llegaron a algún lugar, sin las agallas pa arriesgarse a cruzar el páramo porque quién sabe si de verdad del otro lado haya algo diferente a esto, y al final se queda dando vueltas en redondo, unos pasos por aquí, otros por allá, pa acabar siempre donde mismo, ai donde lo llevaron los grandes de chico, donde comenzó a ir solo cuando supo caminar, donde se puede ver algo distinto aunque sea nomás por unos segundos: a la orilla del camino a esperar que ustedes pasen pa mirarlos venir desde lejos y luego perderse más lejos todavía como si quisieran ganarle al viento en su carrera... así como un día uno se despierta muchacho, otro día amanece hombre con mujer y hasta con hijos, pero por mucha fuerza que haga no puede acordarse del modo en que le salió la familia, a la vieja a lo mejor se la topó aquí mismo en la orilla o en alguna choza de las que de tanto en tanto hay más adentro cerca de las nopaleras o las macollas de biznagas un día en que equivocó el rumbo y en vez de ir hacia ustedes agarró al lado contrario, o caminando atarantada por el sol en cualquier vereda de las que casi ni se notan, el caso es que ai está junto a uno, siguiéndolo a todas partes con sus pasitos cortos, su silencio aterrador y su mirada triste de perro sin dueño, un escuincle en los brazos con los labios prendidos al pezón y otros dos o tres aferrados a sus enaguas dando boqueadas pa poder respirar en el bochorno, y uno entonces la mira y vuelve a mirarla y se pregunta qué fue lo que vio en ella la primera vez, qué lo hizo hablarle y tocarla y llevársela consigo, pero como en ese cuerpo mal hecho y en esa cara de desgracia no encuentra respuesta mejor tuerce la mirada a donde ustedes transitan porque ai es donde consigue aletear la esperanza... en veces aunque vayan tan aína pueden atisbarse las caras de los que viajan dentro de las máquinas, ora son pelaos en grupo con cervezas en la mano pa soportar la calor y muertos de risa por lo que se dicen o por lo que van a encontrar cuando lleguen a donde van (seguro una hembra bonita y limpia, con luz en los ojos

y unos chicos alegres y gordos que huelen bien), ora son familias completas que hacen visajes risueños como si fueran cantando mientras se reparten tacos unos a otros y se mira que no sudan ni se abochornan detrás de los vidrios con ese aire fresco que los acompaña a todos lados, ora son tipos solos con cara pensativa y cigarro en la mano, atentos al camino como si de repente se les fuera a mover, y muy pocas veces pasan también mujeres solas que tras el volante lucen más decididas que los hombres, fuertes y tranquilas como si vinieran de otro mundo, y uno no deja de preguntarse si allá donde termina la carretera todas las hembras son iguales a ellas, con pelos de distintos colores flotando sobre sus cabezas, boca roja y trompuda, con esos colgijes brillantes y ropa llamativa, y dan hartas ganas de ora si acercarse más y respirar el aire que sueltan a su paso nomás pa saber a qué carajos huele una mujer así, pero en menos de lo que se piensa todos acaban perdiéndose en la distancia y el camino se queda tan solo, tan abandonado de la mano de Dios por horas o hasta por días, como el llano de más adentro, que comienza a crecerle a uno la pregunta de si de veras habrá Dios como nos enseñaron los viejos o si nomás es un invento de quienes nos trajeron aquí pa que nos quedáramos por los siglos de los siglos a cuidar de esta tierra que no tiene nada pa cuidarle, luego oscurece y con las oscuridades llega el frío y esa sensación miedosa de estar siendo vigilados por muchísimos ojos, y uno piensa en las bestias de ponzoña, en los murciélagos chupasangre, en los coyotes que rondan las sombras, y como aquí en el camino ya no se mira nada, si acaso y con tantita suerte un par de luces muy de vez en cuando, pero a nadie dentro igual que si las máquinas vinieran solas, entonces uno recoge sus pasos con el desánimo que da la certeza de que otro día se fue y nadie de los que pasan por el camino lo vio, y regresa allá adonde quienes lo trajeron al mundo le dejaron el refugio de un techo, que es el rincón en el que la hembra y los hijos lo esperan enteleridos y engarruñados de miedo y frío y hambre... pero pa qué contar todo esto, ¿no?, si a ustedes no les importamos, nunca les hemos importado ni les importaremos, será nomás pa llenar el silencio de palabras, con eso de que este lugar es tan callado... una vez hace años hubo harto ruido cuando comenzaron a pasar máquinas gigantes, mucho más grandes que una casa, tanto así que los pelaos con casco que llevaban al volante parecían niños escondiéndose de alguien, avanzaban despacio como si les costara trabajo moverse y de tanto en tanto se detenían, luego el hombre se apeaba, se quitaba el casco y miraba el desierto buscando algo, una señal o una piedra, marcaba el piso con polvo blanco, se encaramaba de nuevo y volvía a arrancar pa hacer todo otra vez más adelantito, luego venían otros y las cosas se repetían, y como en esos días no pasaba nadie más que ellos empezamos a preguntarnos si el tiempo no se habría vuelto loco y giraba igual que trompo también pa quienes transitaban el

camino y lo que veíamos era lo que ya habíamos visto y en vez de varios hombres y varias máquinas se trataba del mismo que pasó por aquí la primera vez, eso nos dio miedo y tristeza porque si así hubiera sido ya no habría tenido caso venir hasta acá a ver cosas diferentes, aquí en la orilla sería igual que adentro, pero entonces un escuincle se animó a acercarse al hombre del casco y le preguntó quién era, y sin voltear a mirarlo el hombre respondió que era el gobierno que venía a traernos progreso y que el progreso nos iba a dar una vida mejor, luego se subió a su máquina y se alejó despacio, el motor jadeaba y las llantas parecían arrañadas hasta que desapareció, pero no fue el último, todavía pasaron muchos iguales haciendo lo mismo por varias jornadas hasta que dejaron de venir ellos y poco a poco regresaron las máquinas de siempre, las de ustedes, no volvimos a verlos sino hasta mucho tiempo después cuando se detuvieron todos juntos con sus máquinas y sus cascos a un lado del camino y pegando de gritos unos bajaron montones y montones de bultos y otros apilaron hartos fierros por ai mientras los que parecían mandar contaban los pasos que hay de un lado a otro y alzaban los ojos hacia lo alto, no al cielo ni al sol sino al aire arriba del suelo, nosotros nos arrimamos a ver qué hacían, a mirarles las caras de cerquita y a ver si ellos nos miraban, pero ni cuenta se dieron de nuestra presencia, y al oscurecer en vez de largarse por donde habían llegado levantaron unas casitas blancas de lona, encendieron lumbres, se repartieron cervezas y comenzaron a platicar y a reírse de sus cosas hasta que nosotros nos fuimos ateridos de frío y de cansancio a nuestras chozas, así varios días con sus noches, los pelaos trabajaban igual que hormigas en construir el mentado progreso que nos traían, y cuando una semana después se fueron yendo el mismo escuincle que se les había acercado primero volvió a agarrar valor y le preguntó al mandamás qué era eso que habían dejado, ¿no lo ves?, es un puente, le respondió viendo al fondo del llano, ¿un puente?, dijo el escuincle, pero si aquí no hay río, el hombre entonces hizo un visaje de cansancio, se levantó el casco, miró al cielo y como si lo regañara dijo que gracias a ese puente los habitantes del lugar iban a poder cruzar la carretera sin poner en peligro sus vidas, o algo así dijo, y el chico, que era de los más listos de nosotros, se rió del gobierno y de su puente, de que llamara «habitantes» a los tres o cuatro gatos que andan por aquí y del peligro de atravesar un camino por el que pasan máquinas cuando mucho tres veces al día, pero el pelo del casco no lo oyó porque ya se había trepado a la última de las maqui-notas y con el motor bufando se alejaba pa no volver jamás, y ai sigue el puente aunque el escuincle aquel ya no está con nosotros, él tenía inteligencia, sus pensamientos sí acabaron de tomar forma y, cuando ya fue muchacho, una tarde que vino hasta la orilla decidió no detener sus pasos y poco a poco se fue perdiendo a lo lejos, allá donde se pierden también todos ustedes los

que pasan por aquí... la verdad ni lo echamos en falta, por estos rumbos los hombres, las mujeres y los niños desaparecen seguido sin que nadie se pregunte cuál fue su suerte porque, sin ellos tragando, los nopales y biznagas, los quiotes y las flores de palma, las ratas y las cascabeles acaban pa llenar más bocas, y además es seguro que luego de un tiempo uno se encuentre lo que quedó de ellos medio enterrado en la arena, seco, en pedazos, o los puros huesos blancos desperdigados aquí y allá, que es como quedan cuando los coyotes hacen lo suyo con un cadáver o con un moribundo, y es que en el llano lo más fácil que hay es morir, ya de un piquete de ponzoña, ya porque uno se aleja mucho del pozo y le gana la sed, ya porque el espinazo se le acabó de quebrar por el hambre, ya porque se topó con un cristiano de esos malhumorados que no le piensan pa sacar el filo, o nomás porque ya le tocaba, tan simple, así que cuando un fulano que antes estaba de pronto ya no está los demás ni siquiera se preguntan si se habrá ido por el camino negro hacia el norte o hacia el sur, o si tomó el otro, el invisible, el que lleva de este mundo al otro donde si Dios quiere habremos de encontrarnos todos algún día... pero a ese escuincle tan listo que después era muchacho sí hubo quien lo miró alejarse paso a paso hasta volverse un puntito lejano que se confundió con los arenales al pardear el día, luego dicen que más adelante alguien lo vio subir a una máquina llena de chivos que se detuvo a su lado y que en ella llegó muy lejos, hasta la ciudad, donde le dieron trabajo y prosperó y con el tiempo tuvo su propia máquina y con ella vino a pasar ante nosotros como cualquiera de ustedes, con trapos distintos y llenos de colores, fumando su cigarro tras el volante, muy sonriente, como si ya tuviera también su hembra limpiecita y chula y unos escuincles listos y gordos que huelen a flores, eso dicen por aquí las lenguas, unos lo creen y otros aseguran que no es más que chisme, leyenda, pero sea lo que sea el cuento algo nos alborota por dentro cuando venimos a la orilla igual que si esperáramos de repente reconocer al escuincle ese trepado en una de las máquinas, sobre todo cuando miramos el puente que no se usa nunca porque no sirve pa nada resquebrajándose al sol y nos acordamos de los hombres con casco que dijeron que nos traían el progreso y una vida mejor, ¿será?, casi nadie lo creyó y la mayoría dejó de arrimarse al camino por donde está, prefieren irse a plantar más lejos, nomás unos pocos venimos todavía acá, al mismo lugar de siempre, a lo mejor porque el cuento del escuincle listo y la visión de ese como camino de cemento en el aire nos despierta algo que no sabemos entender pero que nos impulsa a seguir viniendo, y luego sin apenas darnos cuenta comenzamos a pararnos debajo, a la sombra, moviéndonos de lugar conforme el sol cambia en el cielo, con lo que la espera resulta menos trabajosa y la sed nos atonta menos, ¿será ése el mentado progreso del que habló el hombre?, si no, por lo menos así resulta menos cansado

estar aquí... ya sin el sol ardiendo en la coronilla como que los impulsos y las ocurrencias dejan de confundirse tanto, y un día a uno se le ocurrió subir las escaleras y ver cómo se veía el camino desde arriba, no podía creerlo, dijo, trepado ai la vista abarcaba mucho más pa un lado y otro, ustedes aparecían más pronto y tardaban un rato en esfumarse, nomás cuando pasaban debajo se sentía un temblor que daba miedo, el puente crujía igual que si fuera a caerse y brincaba polvo de las juntas, pero eso era nomás un segundo, después todo volvía a estar igual, entonces también los demás comenzamos a subir cada vez que veníamos y nos dimos cuenta de que arriba el aire del llano es más fresco y limpio y el interior de las máquinas se mira más claro cuando se acercan, en veces hasta les miramos las piernas a las hembras, aunque ustedes sigan sin alzar los ojos adonde estamos, y así al final el pelao del casco tenía razón: su progreso nos trajo una vida mejor, ¿qué no?... luego se nos ocurrió que una manera de que nos vieran sería la de darnos a conocer ya no con señas o con la mano extendida como antes, sino llamándoles la atención escuchándoles gargajos, y aunque no los viéramos mirarnos estábamos seguros de que notaban nuestra presencia porque sus máquinas pitaban harto y bien fuerte al pasar por debajo y a veces hasta alguno sacaba el brazo por la ventana pa hacernos una seña, y recordábamos otra vez al chamaco listo contentos de seguir su ejemplo, porque aunque a ustedes no les importáramos ni les íbamos a importar nunca, sí conseguíamos que nos miraran y supieran de nosotros como él lo había conseguido, a lo mejor un día haríamos realidad nuestros impulsos y nuestras esperanzas de largarnos de aquí a un mundo mejor... así fue como nos fuimos acercando a ustedes cada vez más, y más luego, como esas ideas que nos vienen solas de quién sabe dónde, a otro se le ocurrió lo de las pedradas, y fue también gracias al puente, porque así como temblaba a su paso y desprendía montones de polvo de pronto comenzó a soltar cascotes de cemento, y con eso nos dimos cuenta de que no iban a durar mucho nuestro progreso y nuestra vida mejor porque el día que pasara cualquier máquina de las pesadas se vendría abajo con todo y escaleras, algo se olieron muchos de ustedes porque comenzaron a bajarle a su carrera cuando se acercaban, como si se cuidaran de algo, y lograban sacarle el bulto a los terrones y cascotes, unos cuantos atinaban en veces en la trompa, en veces en los vidrios, pero sin que consiguiéramos hacerlos detenerse a pesar de los pitidos y hasta los gritos que nos echaban al alejarse... y nomás porque hace dos noches volvieron a pasar varias de las maquinotas como las que levantaron el puente y con los temblores se desgajó un pedazo de la escalera, se me ocurrió que ora sí cualquiera de ustedes iba a acabar parándose, de buenas que estaba solo, los demás quién sabe por qué no habrán venido, desde que me encontré el trozo grande de cemento en la arena supe que era del tamaño

suficiente como pa detener cualquier máquina y trepé al puente retecontento, acordándome del escuincle listo y de todo lo que se dice de él, con las ideas en alboroto y cada vez más claras gracias al aire fresco de arriba, pensando, ora sí pensando, que a lo mejor no era tan difícil largarme de aquí dejando atrás pa que los aproveche cualquier otro a la hembra fea y a los chamacos hambreados, la soledad y el silencio, el calor y el frío, aunque nunca se me ocurrió que en la máquina viniera usted, una mujer, una hembra como muchas de las que pasan por aquí, de pelos colorados, que esta vez, segurísimo estoy, sí plantó las niñas de sus ojos en mí pa verme muy bien cuando alcé la piedra por encima de mi cabeza, antes de dar el volantazo que hizo chirriar las llantas con un ruido fuerte que se confundió con el del vidrio roto y el mismo grito que salió de su garganta... a la máquina se le abollaron los lados de las maromas que dio pero quedó sobre sus llantas, derechita y andando todavía un rato, luego se apagó, pero ai está, a unos pasos del camino, apenas metida un poco detrás de aquella nopalera, y usted, que todavía alcanzó a verme de cerca con los ojos muy abiertos y hundidos igual que los chamacos de por aquí, y con su mirada atenta a mis trajines mientras la levantaba de donde fue a dar pa arrastrarla acá junto a los cactus por si pasa otro de ustedes no pueda verla, me hizo sentir al final que sí existo, que todos nosotros existimos, que no nomás somos sombras ni manchas oscuras en la arena del desierto, y ora que con sus últimos resuellos termina de oír las palabras que gasto pa que no nos aplaste el silencio, me doy cuenta también de que con un poco de esfuerzo podemos llegar a importarles, así como ustedes nos importan a nosotros... •

## La balada del pollo sin cabeza

IGNACIO PADILLA

¿EN QUÉ MAL PUNTO el pollo de los hermanos Olsen dejó de ser un pollo para convertirse en otra cosa? Historias así sólo corroboran que en el tirabuzón del tiempo gobierna la casuística del huevo y la gallina, o en este caso, del pollo y su leyenda. Cuando ahora releo mis notas sobre la historia de Mike, el pollo sin cabeza, comprendo mejor que nunca por qué aseguran que la línea de lo narrado es siempre una aporía.

No puedo evitarlo: cada vez que me pregunto cómo acabó esta historia termino por hablar del día en que decapitaron al pollo. Y siempre, también, enmiendo el rumbo: puede ser que aquel día haya sido, en efecto, el día de la muerte del pollo tal cual era, digamos, su final en tanto pollo. Pero con esa muerte, de haber sido otro el orden de las cosas, ninguna historia digna de contarse habría arrancado: el pollo habría sido sólo un ave muerta y anónima, un pollo más o menos comestible, como cualquier otro pollo. Bien vista, la decapitación del ave esa mañana de julio es propiamente un comienzo. Un gran comienzo, hay que decirlo.

Y el final, ¿dónde cae? El auténtico final del pollo sin cabeza debe de estar en otra parte. Acaso sea mejor buscarlo en la noche en que el pollo murió, quiero decir, la noche en que *de veras* murió. El final podría comenzar así: Una noche, Mike, el famoso pollo sin cabeza, se asfixió en un motel de Phoenix, y sus amos, que a costa del ave habían amasado una pasable fortuna, se derrumbaron. Acto seguido podría añadir a este final un epílogo que rezara así: en tiempos de Eisenhower, endeudados por su afición a la ruleta y por la muerte de su mítica mascota, Wilbur y Lloyd Olsen solicitaron mis servicios para diseccionar el cuerpo del pollo, pues pensaban venderlo al Museo Smithsonian. Desde luego, me rehusé: a esas alturas el cadáver de Mike carecía de lo indispensable para una taxidermia decorosa. Por otra parte, los Olsen me dieron siempre mala espina. Mis colegas en Tucson me habían contado que en otros tiempos, cuando el pollo aún vivía, los hermanos habían

impuesto condiciones draconianas para que la ciencia estudiase la milagrosa supervivencia del pollo. Ahora el ave estaba muerta, y de ella sólo quedaban su recuerdo y el rencor que su portento había sembrado en la región. De nada sirvió a los Olsen presentarme a Mike en un frasco de formol: igual los expulsé de mi taller. Tengo entendido que esa misma noche los Olsen perdieron en apuestas sus últimas monedas y arrojaron el cuerpo de Mike a las aguas del lago Ashuntah.



**NOTO CON ALARMA** que este epílogo lacustre no servirá para cerrar la leyenda del pollo sin cabeza. Se me ocurre que la historia podría terminar en otro momento, no ya con la extinción de Mike ni con la inmersión de su cadáver en el lago Ashuntah ni con la petición taxidérmica de sus amos. Podría terminar, creo, con la muerte de los hermanos Olsen.

Hace meses visité por causalidad el pueblo de Fruita, Colorado, y supe que los Olsen murieron ahí hace veinte años, con escasa diferencia de días. Si bien vivieron en el mismo pueblo hasta el último momento, Wilbur y Lloyd Olsen habían dejado de hablarse. Se culpaban mutuamente de la muerte de Mike, y no es del todo improbable que murieran por las heridas que se infligieron una tarde en que la añoranza del pollo y el exceso de alcohol les resultaron tan opresivos que derivaron en violencia fratricida. Nada dicen hoy sobre esa riña los habitantes del pueblo, ni siquiera quienes conocieron a los Olsen y viven todavía para contarlo. A pregunta expresa, los testigos de tal pelea suelen irse por las ramas: miran el horizonte, mascan un tabaco casi siempre imaginario, suspiran y responden solamente que Mike era un pollo grande, así de gordo. Sí, matiza alguien más, Mike era un pollo gordo que no sabía que le faltaba la cabeza. Y ríe. Todos en ese pueblo ríen y mascan sin cesar tabaco imaginario.

En Fruita, Colorado, la gente habla del pollo sin cabeza con un morbo sazonado de compasión. Se diría que lo extrañan. Los más viejos se estremecen visiblemente cuando cuentan que, en los dos años que duró su gloria, Mike engordó hasta tres kilos alimentado a través de un canutillo que los Olsen le encajaban en el muñón del cuello. Agregan los viejos que con ese mismo muñón Mike se limpiaba las plumas y hasta creía picar alpiste.

En efecto, parece que Mike lo pasaba tan bien como podría pasarlo cualquier pollo. Ignoraba que le habían descabezado, como ignoraba también que el mismo canutillo que lo mantenía vivo iba a ser su perdición y la de sus amos. Los habitantes de Fruita concuerdan en que era un buen bicho, ese Mike, si bien se le veía poco en el pueblo. Cuando los Olsen partían de gira,

la gente de Fruita echaba de menos al buen pollo, y aprovechaba la ocasión para murmurar contra los hermanos, ese par de vivos que cobraban hasta veinticinco centavos por ver a nuestro querido Mike, el Inefable Pollo sin Cabeza.

Mike estaba asegurado por la nada despreciable cantidad de diez mil dólares. Los Olsen jamás llegaron a cobrarlos, pues a la muerte del bicho la afianzadora arguyó que éste había muerto por negligencia de sus amos. Ellos lo mataron, certifican indignados los viejos de Fruita, afamados mascadores de tabaco imaginario. Cuando entran en confianza y se les van los tragos o la lengua, los viejos aún discuten sobre cuál de los dos hermanos tuvo la culpa de la muerte de Mike. La discusión es, desde luego, bizantina. En los setenta, sin embargo, la polémica alcanzó proporciones épicas. El pueblo de Fruita se escindió entre los que tomaban partido por uno u otro hermano en la responsabilidad de la muerte del pollo. Familias y generaciones enteras entraron en pugna. La disputa trascendió muy pronto la memoria del buen pollo y escaló en campales batallas de orden político, religioso y hasta deportivo. En algún punto de la crisis las autoridades se vieron obligadas a intervenir, y no faltaron las manifestaciones y los porrazos, que sólo cesaron cuando irrumpió en la calle mayor de Fruita una tanqueta bien provista con mangueras antimotines. En recuerdo de esos años turbulentos, el tendero del pueblo conserva tres latas de gas lacrimógeno que está dispuesto a mostrar a los visitantes, previa donación de veinticinco centavos que, asegura, serán destinados a la construcción del Museo del Pollo sin Cabeza, ni más ni menos.



**HOY EN DÍA DA IGUAL** quién mató o dejó morir al pobre Mike. Ahora el pueblo de Fruita muestra por ambos hermanos pareja aversión. Piensan que el pollo pertenecía a todos, y que los Olsen son culpables en igual medida, pues no eran más que sus guardianes. El destino les había encomendado cuidar a Mike, y ellos no supieron estar a la altura de su insigne misión. Ningún derecho tenían ellos de lucrar con el maravilloso pollo, no digamos a matarlo. Que lo cuidaron bien por un tiempo, nadie puede negarlo. Pero podrían haberlo hecho mejor.

A los Olsen los cegó la *hybris*, claman los sabihondos de Fruita. Milagros como Mike se dan cada miles de años, dicen, y los hermanos Olsen no supieron verlo. ¿Cuántos pueblos en la historia han sido bendecidos con un ser de las características de Mike? Pocos, en verdad muy pocos. No por nada en vida de Mike hubo en Colorado una auténtica epidemia de decapitaciones de aves. Claro que esto, por sí mismo, no es novedad: siempre, en alguna parte

del planeta, se está decapitando un pollo. Las estadísticas de *Animal Watch* señalan con escándalo que sólo en la Unión Americana muere un pollo cada cinco segundos. Pero Mike, se entiende, era distinto, como lo fueron también sus frustrados imitadores. Quienes se dieron a descabezar aves en esos tiempos lo hicieron con el claro propósito de reproducir la suerte formidable del pollo sin cabeza. Y fracasaron: los pollos decapitados con tal fin duraron entre los habituales diez segundos y, en casos contados, hasta dos días. Una mujer de Wichita anunció que había conseguido reproducir el portento de Mike, y procedió a exhibir en su granja a su propio pollo descabezado. La mujer fue encarcelada meses después, cuando trascendió que, si bien había encontrado el modo de mantener viva a un ave sin cabeza por espacio de una semana, guardaba en su granero una provisión de pollos idénticos al primero que esperaban cada lunes la muerte de su predecesor. El llamado Magno Fraude de Wichita sólo sirvió para acrecentar la fama de Mike.

En su mejor momento, el pollo sin cabeza llegó a reportar a sus amos hasta cuatro mil quinientos dólares en un mes, libres de impuestos. En ese entonces la revista *Scientific American* publicó un extenso estudio que indagaba en los motivos posibles de la supervivencia de Mike, y concluía que el pollo sin cabeza sólo podía ser una estafa descomunal. Tal como había ocurrido con el desenmascaramiento de sus imitadores, la sentencia de los biólogos sólo hizo más popular al animal. Lo que había comenzado con una simple exhibición morbosa del ave en un granero de las afueras de Fruita derivó pronto en un elaborado ritual. Los visitantes pagaban su entrada al granero, pasaban en grupos de cinco a una improvisada estancia donde Wilbur Olsen los recibía sentado en un sofá rojo. La luz comenzaba por ser tenue y aumentaba en intensidad según progresaba el espectáculo. En la penumbra, con el pollo apaciguado en su regazo, Wilbur hacía gala de sus recién descubiertas dotes histriónicas. Había aprendido a imitar las inflexiones de Billy el Mago Jones, histórico comentarista de beisbol radiado, y con esa voz contaba cómo un día él o su hermano habían decidido desayunarse uno de sus pollos. Era una mañana gris y helada, recordaba Wilbur con la voz prestada de El Mago Jones. El verdugo en turno, que había pasado una mala noche, se distrajo en su ejecución, de modo que el hacha dejó suficiente tronco encefálico para permitir que el animal siguiese vivo. Por supuesto, decía Wilbur Olsen, lo primero que pensaron fue en rematar al animal para acabar con su sufrimiento. Entonces pasó algo, anunciaba Wilbur. Un raptó, una iluminación, llamadlo como gustéis, señoras y señores. Lo que quiera que haya sido, lo cierto es que les impidió seguir adelante con la aniquilación de Mike. Fue acaso un titubeo, decía Wilbur, y luego eso: la *epifanía*. Los estertores del ave nos hipnotizaron, en cierta forma nos poseyeron, decía. Mike seguía vivo, *tenía que seguir vivo*.

¿Por qué, señoras y señores?, preguntaba Wilbur Olsen alzando la voz. Y rugía: Porque nuestro Mike es un pollo fuera de este mundo. Con esto las luces del granero se encendían del todo, y los visitantes extasiados podían ver a Mike. Pero aún no lo veían en su total magnificencia: veían un pollo ordinario, un pollo con cabeza en el regazo del elocuente Wilbur. La decepción inicial era enorme. Wilbur fingía sorpresa, luego vergüenza y finalmente indignación. Venía entonces su magistral vuelta de tuerca: cogía al pollo, lo zarandeaba, le apretaba el cuello y de un mordisco le arrancaba la cabeza con escándalo de los presentes, que aullaban al mirar cómo Mike caía al suelo y comenzaba a desplazarse por el granero como si en efecto buscara la cabeza que acababa de perder entre los dientes de su amo.

Aquella, claro está, era una cabeza artificial. La auténtica había sido devorada por un gato el mismo día en que Mike fue descabezado por primera vez. Como sea, la actuación de Wilbur Olsen era tan estruendosa como memorable. En suma, un éxito. Con ese mismo libreto los Olsen recorrieron el país de costa a costa. En algún momento las autoridades amonestaron a aquel pequeño circo itinerante: el espectáculo, aducían, era morboso e impropio para niños. Los Olsen se defendieron argumentando que las decapitaciones de pollos eran cosa habitual y pública en el país, pero eso no bastó para que Mike fuese proscrito en los estados de California y Texas. En Arizona, empero, se permitió a los hermanos continuar con su periplo mientras pagasen impuestos y regulasen la edad de los asistentes a su espectáculo.



**LOS OLSEN SIGUIERON** con su gira y con su dicha mientras se lo permitió la suerte. Viajaron y escandalizaron, prodigaron sus ganancias en innumerables tabernas, casinos y burdeles del suelo americano, y puede incluso que hayan pasado a Tijuana. Vivieron, en fin, a costillas de su pollo perpetuamente decapitado, hasta que a éste le llegó la muerte, quiero decir, la *verdadera* muerte.

La anécdota de la extinción de Mike tiende a parecer sencilla y predecible. Una noche, mientras los hermanos descansan en un motel de Phoenix, el pollo comienza a asfixiarse. Sucede que uno de los Olsen, nunca sabremos cuál, ha olvidado en el lugar de la función el canuto que mantenía al ave con vida. Wilbur corre en busca del canuto mientras Lloyd se desespera por salvar a Mike. Tampoco sabremos nunca qué hizo exactamente en esos minutos el atribulado hermano, o si lo que hizo fue pertinente. Lo cierto es que no fue efectivo ni suficiente: esa noche Mike, el pollo sin cabeza, acabó de encontrarse con la muerte que venía cercándolo desde hacía dos años. Era demasiado tarde cuando el sudoroso Wilbur volvió al motel con el canuto

redentor: Mike yacía definitivamente exánime en la alfombra. Lloyd rabiaba.

El problema con las bendiciones del destino es que rara vez las juzgamos limitadas. No entendemos que nadie merece para siempre su buena estrella, y que la providencia es aliada del demonio, que sólo consiente nuestra gloria por un rato y siempre a cambio de algo. Casi nunca estamos preparados para pagar el precio que se nos pedirá por la gracia sólo aparente de haber sido elegidos por los hados. Eso mismo, o algo semejante, sucedió con los Olsen: no estaban listos para la muerte de Mike, y pagaron haber pensado que su ave viviría eternamente. Tras la muerte del pollo los Olsen se negaron a diseccionarlo, lo guardaron con honores en su frasco de formol y se entregaron a la consunción. Cuando volvieron a Fruita no hubo quien los recibiera como sentían que merecían ser recibidos. Hallaron las ventanas y las puertas cerradas, algunas adornadas con crespones que lloraban menos a Mike que a los muchachos que por entonces se desangraban en Normandía o en Guadalcanal. Por entonces volvieron del frente algunos jóvenes mutilados, y es posible que sus presencias acentuasen la nostalgia del pollo mítico, así como las desavenencias entre los hermanos Olsen. Cuando alguien mencionaba a Mike, el pueblo entero miraba los muñones de sus hijos y añoraba al ave como si con ella hubiera muerto la esperanza de un mundo mejor, más completo y más dulce. En sus campañas de reivindicación, también los veteranos de Corea adoptarían la consigna de *Todos somos Mike*, y no faltó quien entonces presentase en los juzgados una demanda contra los Olsen por daños a la nación.

En la década de los ochenta, un renombrado antropólogo de origen croata consagró varias páginas a las connotaciones semióticas y colectivamente fraticidas de esta historia. Su disquisición es ciertamente lúcida, y pretexto el caso de Mike para hacer notables aportaciones a la teoría de la mimesis y el ritual victimario. El filósofo, con todo, no alcanza a iluminar el encono de la sociedad de Fruita contra los amos de Mike, ni los resortes que habrían conducido a éstos hacia la mutua destrucción. Extraña todavía que no hubiese pasado un año de la muerte de Mike cuando los hermanos se declararon en bancarrota e intentaron vender el cuerpo disecado de su ilustre pollo al Museo Smithsonian. Poco después se perdieron juntos en una borrachera campal que acabó en un lío de recriminaciones y navajazos que dio con ambos en el hospital, y más tarde en la tumba. Quizás los Olsen se han reunido ya con su añorado Mike, que tan buena fortuna llegó a significarles y que tanta falta terminó por hacerles. Por desgracia los hermanos no alcanzaron a saber que el tiempo les resarciría indiscretamente sus cuidados del insólito animal, pues ahora, cada mayo desde 1999, el pueblo de Fruita, Colorado, capital mundial de los mascadores de tabaco, conmemora con desfiles y pantagruélicos concursos de comida el Día del Pollo Sin Cabeza •

# A. E. Quintero

## *La niña está*

**de negro riguroso. Su cuerpo se adelantó demasiado a las pequeñas nevadas.**

**No importa si es judía.**

**No importa**

**si no lo es. La tía más vieja se encarga de bañarla. Luego cinco minutos la deja sola con su nuevo cuerpo.**

**No es exactamente miedo lo que sus dedos tocan.**

**No es**

**precisamente sudor o miedo.**

**Cuando la tía regresa con otras tías. Ya no importa si la niña es tailandesa o maya. O si cayó de la luna.**

**Esa noche le quitaron su única muñeca.**

## *Le explican al niño*

**por qué no debe pegarle a su hermanita.**

**No usan la palabra amor.**

**Dicen hombre como si hablaran del señor que pasa vendiendo pan;**

algo dicen  
de pétalos y de nubes que se secan,  
que se retractan y secan.

El niño intenta explicar algo sobre un pellizco  
pero lo acusan de persona,  
de hombre y niño y de persona,  
de no poner el otro brazo  
—como un cristo niño— para nuevos pellizcos.

Persona  
siempre había significado  
adulto. Persona  
no significaba niño pellizcado  
sino adulto (maestro, vecino, tendero), adulto.

El tribunal insiste, señala  
una diferencia  
que el niño nunca terminará de entender.

Cuando los padres salen de la habitación  
la niña lo mira  
y sonrío.

*El muchacho alza la mano.*

Sabe que puede responder  
lo que guarda en sus cáscaras cítricas  
el logaritmo.

Podría hacer cálculos  
de su distancia hacia los otros.  
Y responder.

De niño  
todo era contar:  
la cantidad de líneas en la carretera  
de la casa de su padre  
a la casa sin su padre.  
Las hojas que van cambiando  
sin querer cambiar.

Su mano podría estar levantada  
todo el día  
aunque el maestro no la viera, aunque el maestro  
no quisiera verlo. O le hablara de mujer:

—déjenla que responda.

Y la diversidad era —diez menos nueve igual a uno—  
una palabra que no dormía de noche,  
que leía de noche estrellas y ventanas apagadas;  
que rezaba corazones abiertos de ternera  
y creía

en la felicidad como un hecho inmóvil.

Pero amanecía.  
Irremediablemente, irreparablemente  
amanecía.

Era difícil  
ser aquel muchacho. Y quedarse en el salón  
hasta que ya no hubiera piedras ni empujones  
—ni aquel maestro— esperando afuera.

Ser aquel muchacho  
era difícil.

*Una jauría de niños disfuncionales*

lo persigue.  
Lleva sus ojos, el gato  
intenta arbustos, ramas, banquetas,  
debajo de un auto,  
filos de barda  
donde antes pudo esconder su amor oscuro.

Los niños están encendidos como pilotos  
de estufa, explotan  
como fósforos.

El gato es diferente a ellos. No los sigue  
como un perro. No se deja morder.

Pero cayó en la trampa.  
Los niños lo rodean como un mínimo pelotón  
de fusilamiento.  
Por un instante  
otro tipo de muerte baja hasta sus ojos. Los niños  
echan espuma por la boca, entonan cantos indios  
y tambores,  
se sacan los golpes de sus padres —y las flechas—  
entre los colmillos y los caninos. Los imitan:

comienzan el fusilamiento después de orinar.

Así que esto es la homosexualidad.  
De modo que así inicia.  
Ninguno querrá recordar lo que pasó esa tarde.

# Disolvencia

JOSÉ ISRAEL CARRANZA

**No siempre**, pero sí tan frecuentemente que parece siempre. No con todo el mundo, pero sí con tantas personas que parece todo el mundo. No se percata cada vez que sucede, pero cada vez que se percata tiene la impresión de que sucede siempre, con todo el mundo, y además la impresión de que siempre estará percatándose. Desde luego que *no puede* ser así: de llevar la contabilidad minuciosa y exasperante que le permitiera esbozar una consideración estadística del fenómeno, constataría seguramente cómo son más las veces en que no le hace falta decir las cosas más de una vez, y cómo en consecuencia son menos (o no se percata de ellas) las veces en que le hacen falta más veces, dos al menos cada vez —y entonces, pues se percata siempre o casi siempre, queda convencido y cada vez menos sorprendido de que siempre o casi siempre le pase, quizás no con todo el mundo, pero sí tan frecuentemente que eso parece. Con todo el mundo. Tener que repetir las cosas siempre, y siempre que se da cuenta, que es siempre o casi siempre, termina por afirmarse en la certeza de que es así, así ha sido y así va a seguir siendo. Siempre.

Ha debido ir descartando las explicaciones más obvias, primero, enseguida las más improbables y por último las descabelladas, hasta llegar —espera— a una que encuentre satisfactoriamente razonable. Su voz, sin estar dotada de ningún atributo excepcional, dispone de un rango de volumen que le permite elevarla lo suficiente para gritar debidamente cuando es indispensable —casi nunca, como no sea en las circunstancias desaforadas a las que lo ha conducido una voluntad de entusiasmo perentorio del que no suelen quedar rastros, por ejemplo cuando le ha dado por corear goles en partidos de fútbol por los que misteriosamente se ha dejado cautivar, incapaz como es, por lo demás, de manifestar adhesión irrestricta e histérica a ninguna camiseta; o bien si ha de llamar así la atención de alguien, a gritos, por ejemplo cuando un taxi va

a pasar de largo sin verlo, o (aquí está ya conjeturando sin fundamento, pues no recuerda haberlo hecho jamás) al correr a alcanzar a alguien que ha olvidado su tarjeta en un cajero automático, o al descubrirse en la insólita necesidad de dar una voz de alerta (tampoco cree que le haya pasado): un peatón ensimismado a punto de cruzar la calle sin precaución, el momento en que una cornisa está por desplomarse sobre la cabeza de alguien... pero, aunque se imagine gritando en circunstancias como éstas «¡Cuidado!», o «¡Eh!», o «¡Ah!» («¡Ah!» sí debe de haber gritado, o algo parecido, ante más de algún sobresalto, quizás al chocar con alguien al dar vuelta en una esquina), lo más probable es que quedara enmudecido del susto y no alcanzara a hacerlo —el peatón volando por la embestida, el otro descalabrado y derrumbado sobre la acera—, y lo seguro es que, de llegar a gritar, con toda oportunidad y con todas sus fuerzas, el prójimo en cuestión se volvería para preguntarle «¿Qué?». Porque, se repite, es lo que le pasa —no siempre, pero casi siempre, no con todo mundo, pero casi, etcétera—: sólo repitiendo lo que dice consigue que se le llegue a entender. De ahí también que siempre —o casi— los taxis pasen de largo, y sólo consiga abordar uno cuando lo encuentra detenido y es inevitable que lo vea —y decirle al taxista adónde quiere que lo lleve es decírselo siempre dos veces.

De modo que puede elevar la voz hasta convertirla en grito, lo mismo que puede, como cualquiera, articular palabras sin ella, apenas con el aire que da forma a un susurro, o ni siquiera, bastan el movimiento legible de los labios y los gestos pertinentes. En funerales, pongamos, en el cine o en una sala de conciertos, o en presencia de alguien cuyo sueño no se quiere o no conviene perturbar. Bajo el agua en una piscina, se imagina, o en el estrépito ensordecedor de una multitud o en una conflagración. Cree también que, como cualquiera, en caso de necesidad, ha de ser capaz de hallar cómo comunicarse con los ojos (el sofisticado, delicado y universal lenguaje de párpados, cejas y globos oculares, un código de vastísimos alcances que no se aprende pero con el que no hay manera de equivocarse), si bien para ello habría de saber primero cómo prescindir de sus gafas oscuras, posibilidad que está absolutamente descartada, pero ése es otro asunto sobre el que iremos más adelante.

Del murmullo al grito, o incluso antes y después: cuando sólo sirven los gestos, pues el sonido de la voz es inadmisibles o innecesario, y basta con

El problema es que nunca,  
o casi nunca, es a la primera.

mover la cabeza de arriba abajo o de un lado a otro, o valerse de la mano (un dedo, dos, los cinco): en realidad no enfrenta dificultades insuperables para hacerse entender de cualquier manera, y acaba consiguiéndolo de una u otra forma. El problema es que nunca, o casi nunca, es *a la primera*. Su voz es audible, lo que ha podido verificar, por ejemplo, al escucharla en una grabación: al dejar un mensaje telefónico y pulsar la tecla que lo reproduce para darle oportunidad de borrarlo, corregirlo y dejarlo de nuevo —cosa que desde luego siempre hace—, o en cierta ocasión en que sus palabras fueron recogidas por el micrófono que le acercó un reportero al pedir su opinión sobre los trabajos de pavimentación de la calle por donde pasaba: una pregunta estúpida que sólo pudo responder con la improvisación, también estúpida, de su parecer al respecto («Muy bien, está quedando muy bonito», dijo, y por supuesto que el reportero lo hizo repetirlo, pues no lo había entendido; un par de horas más tarde, casualmente, oyó su «entrevista» en la radio de un taxi, pero el reportero había suprimido la repetición y sólo llegó a transmitirse lo que dijo como si hubiera salido de golpe, elocuentemente, sin el trastabilleo original —si es que lo hubo—, y pensó que nadie habría podido suponer que esas seis palabras inanes, irrelevantes, prescindibles y perfectamente olvidables tuvieron que ser repetidas, una por una, porque su formulación primaria había sido lo suficientemente defectuosa como para merecer una segunda versión). Por lo demás, debe confesar que, desde que está al tanto de esta fatalidad por lo visto irremediable —repetir, repite, lo que dice, porque nunca o casi nunca logra que se le entienda a la primera—, en alguna fecha imposible de determinar, si bien ahora piensa que así ha podido ser toda su vida, o sólo los últimos meses, no importa, importa que apenas ha venido a enterarse; debe confesar, repite, que practica a solas todo el tiempo, es decir, habla solo, o para ser más precisos, aprovecha casi cada ocasión en que se encuentra a solas (cuando está seguro o casi de que nadie hay a la vista que llegue a importunarlo con alguna curiosidad que no sabría cómo satisfacer), ensayando su voz y dirigiéndola a algunos objetos que se encuentren en sus inmediaciones —preferiblemente el helecho llamado Oliver, impasible y atento en el antepecho de la ventana de su recámara, o bien el refrigerador cuando lo abre y lo interroga cordialmente, y naturalmente el televisor, por lo general cuando se halla sintonizado en algún noticiero y las presencias que desfilan por él lo alientan a interpelearlas, increparlas o insultarlas a placer. Dice que se trata de una *práctica* porque su interés principal es conocer así los alcances de su propia voz, la nitidez de su sonoridad, la eficacia de sus articulaciones, y también detectar las imperfecciones de

su dicción a fin de trabajar en ellas y eliminarlas; lo explica porque prevé cómo esta conducta puede inducir a una interpretación desencaminada, sobre todo en lo tocante a su estabilidad emocional, su percepción de la realidad o cualquier otro aspecto relacionado con su salud mental, misma que espera conservar medianamente intacta, al menos mientras esta circunstancia a la que viene refiriéndose no lo conduzca a algo parecido a la desesperación o a ninguna suerte de violencia, contra sí mismo o contra alguien más. Espera dejarlo claro (*¿a quién?*): lo que busca es *oírse*, averiguar cómo puede fracasar su voz siempre o casi siempre que la usa para dirigirse a quien sea, con cualquier objetivo y en cualquier circunstancia, y por eso habla con las cosas o con algunas presencias más bien ilusorias, como las de la televisión, más allá de esperar que Oliver, el refrigerador o el Presidente de la República en un noticiero o los dibujos animados respondan a sus parlamentos —aunque con Oliver ha descubierto que va permitiéndose algunas esperanzas, y si algún día se aviniera a deslizarse una vocecilla en la que viajara un «sí» o un «no», le extrañaría menos de lo que puede pensarse.

(Pero también habla solo, ahora que lo piensa, en el sentido poco halagüeño e incluso indeseable que suele darse a esa expresión. Llega al anochecer a su casa; abre la ventana y conversa un poco con Oliver, pues no ve ningún disparate en dirigirle algunos comentarios triviales sobre la frescura del final de la tarde, sobre los colores del ocaso y las posibilidades de que a la madrugada sobrevenga una llovizna o algún ventarrón y deba entonces hacerlo entrar y cerrar la ventana; no encuentra, repite, sino un comportamiento civilizado en acompañar con palabras el agua abundante que le sirve, vertiéndola lentamente sobre el prolijo sosiego de sus hojas pensativas, a veces limpiando con un trapo el platón de cerámica sobre el que reposa su maceta, todo con la deferencia propia de un *barman* que atiende respetuosamente a un parroquiano intachable, ocasión inmejorable para el intercambio de impresiones desprovistas de cualquier propósito —si bien Oliver jamás pone de su parte en esa conversación, o no todavía. Servido y dejado en paz, seguramente para perseverar concienzudamente en su propia proliferación, Oliver queda al cabo recortándose contra el cielo indeciso que se cierne sobre la ciudad, y él pasa entonces a lavarse las manos, la cara, los dientes, y lleva consigo los restos de la conversación que no concluyó al darle la espalda al helecho: va hablando solo, para seguir escuchándose, en principio, y quizás rehaciendo las frases últimas con variaciones en los términos, en la entonación, en las pausas, en las combinaciones de consonantes que podrían ofrecer más dificultades a quien las oyera. «No hay expectativas

realistas de que esta noche se produzca una aurora boreal en nuestro horizonte, Oliver», se oye decir, y enseguida: «Es impensable que se concreten las condiciones atmosféricas indispensables para que se manifieste una aurora boreal», y luego (el cepillo de dientes en vilo, con la pasta en él, antes de llevarlo a su boca, que abre exageradamente ante el espejo): «Las probabilidades de atestiguar el advenimiento de una aurora boreal o algo parecido son mínimas, sobre todo considerando lo lejos que nos hallamos del Círculo Polar Ártico», y ya rumbo a la cocina «Habría que comenzar por preguntarse de dónde procede esta voluntad de esperar una aurora boreal, dada nuestra ubicación geográfica y las explicaciones elementales para la ocurrencia del fenómeno» —todo, repite, pronunciado en voz alta y clara, o es lo que le parece, pero para entonces ya ha dejado de escucharse, aunque tarda un poco en advertir que ha cesado de prestar atención a su vocalización, sus énfasis y sus afanes de precisión, ese escrúpulo maniático de dar con los términos que mejor den forma a la idea y lleguen a transmitirla sin riesgo de interpretaciones erróneas. Hasta que se descubre preguntándose «¿Qué?», y debe repetirse a sí mismo lo que acaba de decir, pues no lo ha entendido, quizás ya era un murmullo o ni siquiera puede asegurar que lo haya dicho en voz alta).

No se le entiende, y a veces ni él mismo lo consigue, y no porque su voz sea débil o borrosa, ni porque salga entorpecida por una incorrecta colaboración de la lengua, los dientes, los labios, lo que ha podido verificar siguiendo al pie de la letra y frente al espejo del baño las recomendaciones de un viejo manual de oratoria que compró hace algún tiempo para mejorar su pronunciación —si es que ahí estaba el problema. Jamás le ha interesado dirigirse a un público, ni siquiera tomar la palabra en una reunión, quizás para dirigir un brindis o algo por el estilo, pero está seguro de haber puesto tanto empeño en las técnicas recomendadas por ese manual que, de darse la eventualidad, podría plantarse perfectamente pertrechado delante de un micrófono en una plaza o un auditorio, y estaría en absoluto control de su elocución, de su respiración, de sus pausas y sus entonaciones... sólo que está seguro también de que nadie lo entendería, por razones que no tienen nada que ver con la fisiología de la voz ni con cuestiones de acústica; por eso mismo, porque terminó por desechar toda causa meramente física, renunció a consultar a un experto en foniatría, y también porque imaginó lo ridículo que habría sido tratar de explicarle lo que le sucede, pues como se ha dicho *no es posible* que le suceda todo el tiempo, y además siempre que dice algo y le dicen «¿Perdón?», «¿Cómo dijo?», «¿Qué?» o «Disculpe, no lo escuché», que es casi siempre, basta por lo general con que vuelva a decir lo que dijo para

salir del paso y que la comunicación fluya sin más traspiés, aunque éstos últimamente vayan multiplicándose, para su creciente inquietud, y comprar unos cigarrillos, por ejemplo, se convierta en un trámite cada vez más tortuoso para él y para la empleada del Oxxo a la que debe repetirle hasta tres o cuatro veces su solicitud y las gracias, eso si antes ella no desiste y se da vuelta para atender al siguiente cliente, luego de tomarlo acaso por un extranjero o por un deficiente mental, o al menos por alguien con una dificultad específica de la expresión —pero habría que ver de qué perspicacia y de qué compasión es capaz la empleada en cuestión, como para que contemple la posibilidad de que lo suyo sea apenas un trastorno del habla, nada que en realidad quiera decir nada sobre su capacidad intelectual, sino tan sólo un impedimento ocasionado por un accidente cerebral o la manifestación de una lesión del sistema nervioso central, en cuyo caso, y si tuviera el interés y la paciencia de escucharlo, le encantaría ilustrarla sobre las diferencias entre afasias y disartrias, términos con los que llegó a familiarizarse cuando le daba vueltas a la conveniencia de consultar a un foniatra, y también a un neurólogo, a un logopeda, a un fonoaudiólogo, a un estomatólogo e incluso a un maestro de canto y a un locutor, mismos con los que tendría tan poco sentido ponerse a hablar por el mismo motivo que sería insensato tratar de sostener la conversación ilustrativa con la empleada del Oxxo: porque no acabaría nunca.

Acaso su preocupación quedaría disuelta del todo si se decidiera a no hablar nunca más. Ha sopesado la posibilidad: varias tardes de domingo, luego de que las descubriera por azar, ha rondado las misas para sordomudos que se celebran en un templo cerca de su domicilio. Más que la ocurrencia de la ceremonia en sí (la voz del sacerdote, traducida a lenguaje de señas por un intérprete de pie en el presbiterio y de frente a los fieles, de algún modo estorbaba la expansión venturosa del silencio, amplificado por la altura y la profundidad de la nave pero también denunciado como una ilusión por los rumores de la concurrencia al levantarse y sentarse y al arrodillarse, por el tañido de la campanilla en el momento de la consagración, por los rezos de quienes sin ser sordos ni mudos ni, mucho menos, sordomudos, participaban también, y sobre todo —esto no consiguió explicárselo más que como una arbitrariedad cruel— por la intromisión de un órgano y su música que, por lo visto, nadie habría considerado superfluos), lo que lo impresionó y llegó a entusiasmarlo fue presenciar lo que sucedía al final y ya afuera, en el atrio: las conversaciones que los asistentes tenían por largo rato antes de ir disgregándose y llevándose las con ellos si se alejaban en grupos o en parejas: una agitación febril de manos y gesticulaciones sobre la que

parecía prevalecer una atmósfera de comprensión generalizada y fuera de toda duda, sin espacios para los equívocos, las confusiones, los malestares fugaces a que dan ocasión las torpezas en la expresión como las que a él lo caracterizan: la manera que tenían los sordomudos de entenderse —y desde luego que él no tenía cómo entenderlos— se le antojó óptima en su gracia y su ductilidad: las danzas de las manos y los énfasis del rostro (las cejas y las bocas, sobre todo, que también intervenían en esas danzas, alzándose y abriéndose), en su modulación elocuentísima del silencio para transformarlo en palabras, inaudibles, sí, pero más claras y más concretas que las que produce la voz, le parecieron un estadio superior de la comunicación humana, aunque al tiempo que iba acercándose a esa ponderación excesiva e infundada —perdía de vista, sobra decirlo, que lo que apreciaba era una comunicación suplementaria cuyo origen radicaba en una carencia: el lenguaje de señas es una emulación del lenguaje al que es imposible darle forma sin una voz, voces que en los casos que atestiguaba afuera del templo faltaban o no podían ser escuchadas, un lenguaje hecho para que se materialice entre una laringe que lo emita y un oído que lo perciba—, ya iba ganándolo la nostalgia propia de los anhelos para los que se está fisiológicamente impedido: no sólo le habría hecho falta ser sordo, o mudo, o sordomudo, sino además que el resto del mundo también lo fuera. Así que, al cabo de esas pocas tardes en que se apersonó con toda su atención dispuesta a presenciar las conversaciones de los asistentes a esas misas cuando salían (y alegres, le daba la impresión: imaginaba que eran encuentros que difícilmente tendrían lugar entre ellos fuera de los domingos por la tarde, que sólo ahí se verían y se pondrían al corriente, e imaginaba también lo que serían las vidas en que llevarían sus silencios a cuestras, y las complicaciones que pasarían para hacerse entender, en la prolija sonoridad de lo cotidiano), terminó por renunciar a considerar la condición del sordo, o del mudo, o del sordomudo, como una vía de escape para su propia condición, la de alguien a quien nunca se le entiende, o casi nunca, y sólo se permitió en adelante suponer, para descartarlo enseguida, lo sencilla que sería su vida si transcurriera en un silencio como aquél, un silencio en el que no cupieran los silencios cada vez más torturantes que seguían a sus elocuciones defectuosas, incomprensibles, a las repeticiones que se veía obligado a hacer, a la angustia que ya lo sobrecogía apenas avizoraba el siguiente intercambio de palabras con quien fuera, para lo que fuera, y de los que no podía prescindir —además de lo cual había pesado también, en su alejamiento, el hecho de que aun cuando hubiera decidido renunciar a su propia voz, o a lo que quedara de ella (¿era eso, estaba

perdiendo la voz?), para alcanzar lo que tenían aquellos seres hechos de manos y gestos habría tenido que entrenarse en el aprendizaje de su código, y la sola perspectiva lo desanimaba, no tanto por el esfuerzo que habría supuesto, sino por lo poco útil a fin de cuentas que le habría resultado aplicarse a él, pues para que hubiera tenido provecho —ya no hablemos de sentido— habría tenido que sumarse a esa comunidad (¿era una comunidad?), quizás integrándose incluso al culto al que acudían o tal vez sólo a las reuniones que seguían a dicho culto, y qué iba a saber él de esa gente, qué interés auténtico y justificable podría tener en lo que fuera que los moviera o los preocupara —por no pensar en el interés que ellos podrían tener en él, y cómo lo habrían visto, además, emperrado en sumárseles sin necesidad evidente, que de no percatarse de inmediato no les tomaría mucho tiempo hacerlo—, sobre todo si a estas alturas ya iba obsediéndolo una voluntad irrecusable de aislamiento y de autoproscrición, fruto de la circunstancia que atravesaba, y que no se veía cuándo fuera a remediarse o concluir, encima de todo lo cual cabía la posibilidad espantosa de que sordos y mudos y sordomudos, de haberse acercado a ellos tras haber adquirido las destrezas indispensables en el lenguaje de señas para que le entendieran, tampoco le entendieran nada •

Fragmento del libro en progreso *Salida*.





CRISTIÁN SILVA

Página 1: *Homenaje a John Evans*, 2004  
 Madera, fibra de vidrio, plástico, hule,  
 silicón, tela, acero  
 240 x 245 x 430 cm



*Man Under a Pile of Vegetables*  
*(Hombre bajo un montón de vegetales)*, 2005  
 Fibra de vidrio, resina epóxica, plástico,  
 espuma de poliuretano  
 220 x 78 x 56 cm

Me gusta la idea de observar la obra de Cristián Silva como si se tratara de un *dispositivo de guerra*. La fórmula clásica, atribuida a Clausewitz, que afirma que «la guerra es la continuación de la política con otros medios», posee al menos dos virtudes: una, la de sostener la naturaleza política de toda acción beligerante, y otra, la de identificar ambos conceptos, la política y la guerra, logrando con ello amalgamarlos, volverlos análogos, semejantes. Y es así, como una analogía bélica, que puede ser útil este artificio discursivo.

En este contexto, la obra de Silva es análoga a la guerra no por alguna condición infausta. Esa conexión sería obviamente inadecuada, sobre todo si consideramos la carga de ironía, e incluso de humor, que encontramos en sus obras, las cuales no tienen, por supuesto y al menos en primera instancia, contenidos trágicos. No se trata, tampoco, de centrar la atención en uno de los rasgos conspicuos de su actividad creativa, esto es, su carácter político. Y no porque este vínculo sea impropio, sino porque este tema y otros, como el social, parecen molestos y tienden a soslayarse y a mirarse con desdén en el arte contemporáneo, aunque no hay ningún motivo razonable para que esto suceda. El propio Silva ha afirmado acerca de su obra: «Yo de social realmente no tengo nada, pero, por otra parte, es lo único que me preocupa: la lucha de clases, la cual se supone que en el arte no debe aparecer, que éste debe apuntar a problemas más esenciales; pero para mí éste es precisamente un problema esencial».



*Elote evangelizador*, 2008  
 Carbón y clorofila sobre papel  
 77 x 47 cm

*Maracas (Arroz y frijoles)*, 2005  
 Vidrio soplado, frijoles negros, arroz  
 20 x 30 x 10 cm

*Coco aplastado*, 2009  
 Cáscara de coco, esmalte,  
 caja de plexiglás  
 53 x 48 x 5 cm





*Ala de choro (Estragón)*, 2007  
Fotograbado  
Imagen: 10.5 x 8.5 cm; papel: 35 x 45 cm



*Ala de cóndor (Vladimir)*, 2007  
Fotograbado  
Imagen: 22 x 10 cm; papel: 35 x 45 cm



*Águila y paloma*, 2011  
Impresión Lambda  
50 x 40 cm



**Hoja de roble**, 2008  
Impresión Lambda, marco encontrado,  
hoja de roble  
80 x 56 x 6 cm

En fin, no se trata tampoco, por lo menos como premisa, de bosquejar un escenario de contrincantes, el artista *versus* el espectador, una incruenta reedición de la lucha contra el ángel. Se trata más bien de una cuestión de *procedimientos*, lo que tiene que ver con *acometer* la actividad artística como si se tratara de una acción estratégica. Ya el propio Clausewitz, al definir la táctica y la estrategia («De aquí se deduce la existencia de dos acciones completamente distintas: la disposición y conducción de estos combates y el combinarlos entre sí para el fin de la guerra. La primera constituye la táctica, a la segunda la llamamos estrategia»), resaltaba la calidad artística de esta relación, su inaprehensibilidad como acto objetivo, el carácter dialéctico en el que ambos conceptos se afirman en la medida en que interactúan.



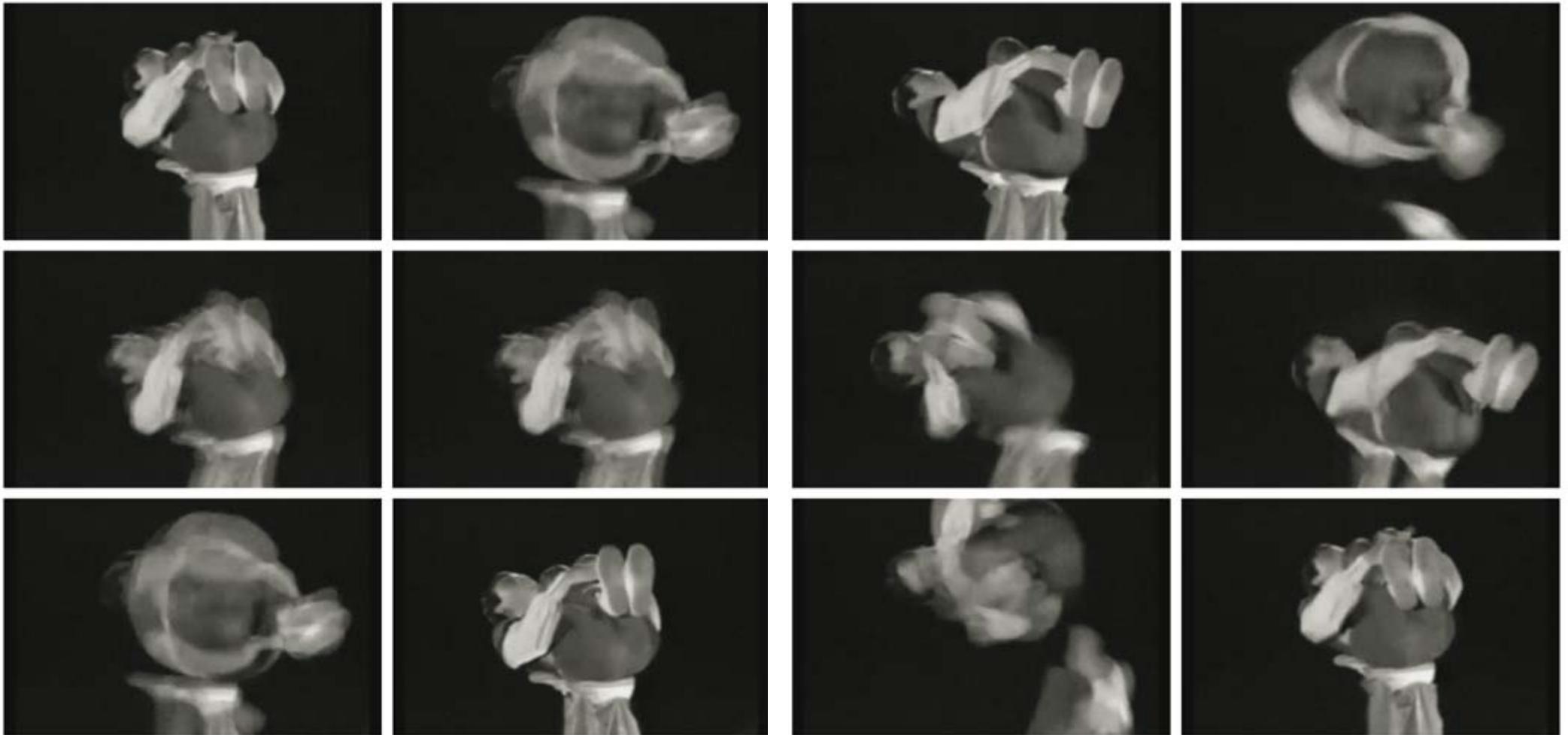
**La montaña artificial (Goethe y Marx)**, 2008  
Carbón, chapopote, lápiz de color  
al muro, lámina de cobre  
385 x 263 x 3 cm

**Villa Aldobrandini**, 2008  
Grafito y lápiz de color sobre papel  
76,5 x 51,5 cm



**Niño perdido**, 2009  
Figurilla de porcelana  
intervenida  
16 x 7 x 7 cm

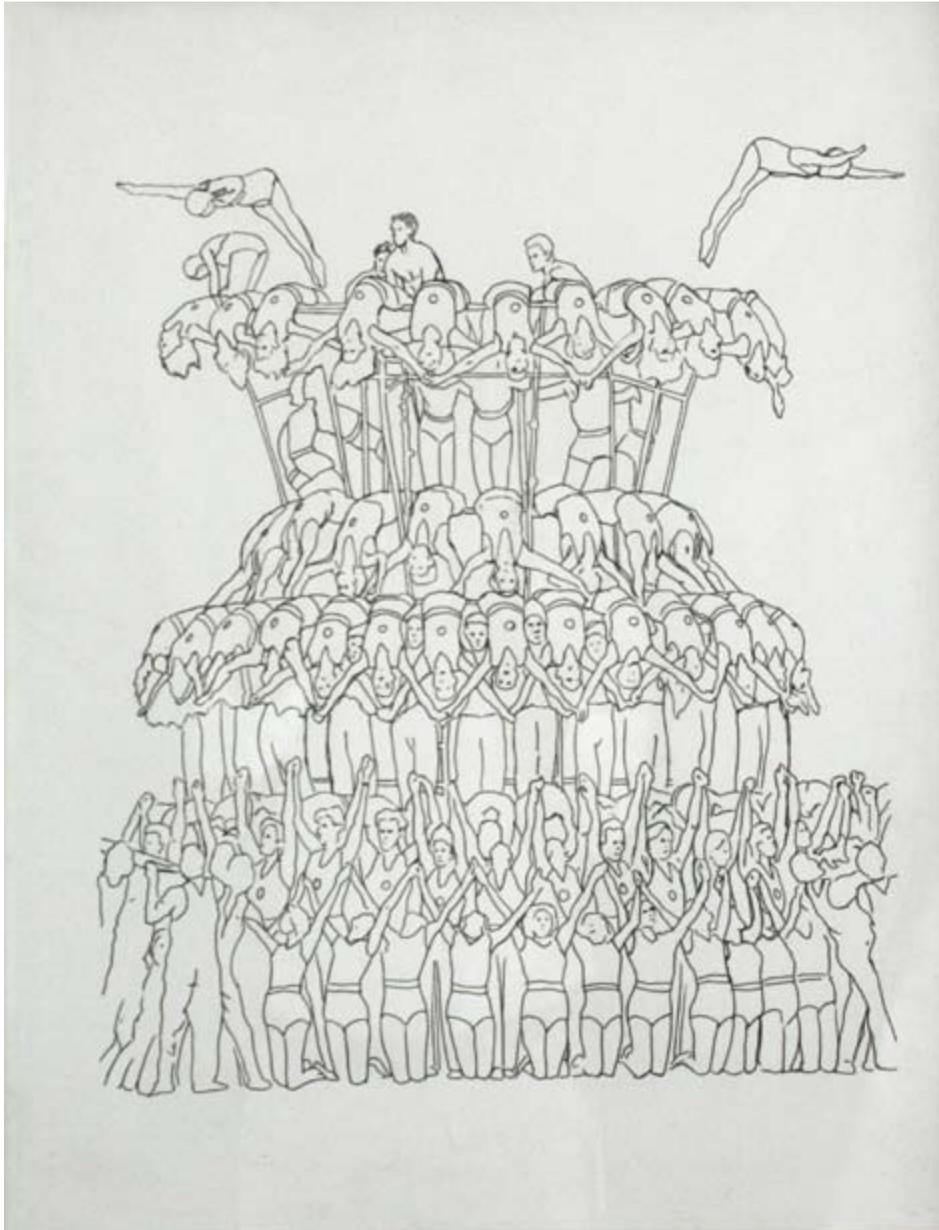
Von Bülow, otro clásico del arte de la guerra, lo plantea de esta manera en términos más procesuales: «La estrategia es la ciencia de los movimientos guerreros fuera del campo de visión del enemigo, la táctica en el interior de aquél». Si cambiamos, sólo por seguir este juego de lenguaje, el término *enemigo* por *espectador*, encontraremos quizá uno de los procedimientos que observo en Cristián Silva, en relación con esta actitud estratégica: la «imposición», del artista al observador, de su campo de visión. Esto, teóricamente y en un primer momento, no le permite al espectador otro espacio interpretativo que el que le confiere su ubicación táctica, esto es, la visualización parcial de la estrategia del artista por medio de unos pocos indicios, efectos o insinuaciones. Esta situación obliga al «espectador/enemigo» a desplegarse en un campo que ha sido diseñado en exclusiva por el contendiente/artista.



*If You Leave Me Now*  
*(Si me dejas ahora)*, 2010  
 Stills de videoproyección  
 (loop de 21 segundos)

Sin embargo, esta operación es ilusoria porque todavía no está completa. En este esquema, el artista se define en relación con su contrario. De este modo, aunque el espectador se ve obligado tácticamente a moverse en el campo de visión del artista, éste debe atravesar el territorio *sin ser visto* (pues si el espectador advierte en su totalidad las intenciones del estratega, el acto artístico pierde sentido), para que así se cumpla este imaginario ciclo de lucha y de conquista. El estratega debe entrar en el campo de batalla, «para concertar los detalles sobre el terreno

y hacer las modificaciones al plan general, cosa que es incesantemente necesaria. En consecuencia, la estrategia no puede ni por un momento suspender sus trabajos» (Clausewitz). Por otro lado, queda claro que el círculo sólo se completa cuando el espectador se sacude de su asignación táctica y, apelando a su propio repertorio de imágenes, formula nuevos significados en una *gestalt* particular que le permite encajar coherentemente en un todo los fragmentos que alcanza a percibir.



*DDR-1956*, 2009  
Grafito sobre papel coloreado  
56 x 48 cm



*Movimientos preparatorios*, 2010  
Carbón sobre papel  
165 x 120 cm



*Poblete y Riquelme*, 2003  
Acero, madera, terciopelo, estopa  
118 x 17 x 6 cm



*5 volúmenes*, 1994  
Materiales diversos  
21 x 26 x 43 cm



*Objeto alegórico*, 2010  
Acero, bronce, yute  
75 x 40 x 40 cm

Obviamente, si esta interpretación que estoy elaborando es pertinente, esta organización está basada en un postulado de poder, esto es, en la constitución de campos «propios» (ámbitos, espacios, dominios) capaces de articular lugares imaginarios donde las fuerzas se reparten y encuentran. Esto explicaría la inclinación de Cristián Silva por las «relaciones de lugar» (De Certeau), la creación de obras que están en relación directa con un terreno, no sólo en términos del territorio donde se alojan sino, sobre todo, como representaciones directas o indirectas de las relaciones sociales que contienen y donde en última instancia adquieren significado en diferentes niveles (sociales, personales, incluso íntimos).



*Tres jóvenes con olla (Macbeth)*, 2008  
Impresión Lambda, marco de fantasía  
80 x 60 cm



*Cuando el hambre*, 2009  
Oleo sobre tabla de surf rota  
190 x 48 x 20 cm



*La ofrenda*, 2008  
Resina epóxica sobre impresión digital montada sobre placa de yeso, mesa antigua  
210 x 90 x 43 cm



**Caupolicán**, 2010  
Esmalte sobre cobre  
repujado y patinado  
35 x 35 cm

El espacio de la exposición se plantea como un encuentro virtual (casi no es necesario decir que el término *encuentro* también pertenece a la jerga bélica) en el que finalmente los objetos tienen primacía sobre el método que permitió estructurarlos. Se trata, en todo caso, de restituir y devolver, en otro plano, las prácticas, las experiencias y las imágenes que permitieron construirlos, en el entendido de que ninguna estrategia se satisface a sí misma, de que la guerra es la comarca del azar, el territorio de la incertidumbre, una estación violenta, en donde, si todo funciona, las cosas aparecen con visos distintos a los que hubiéramos imaginado.

BAUDELIO LARA

Las imágenes de la obra de Cristian Silva aparecen en **Luvina** por cortesía del propio artista y de la galería Curro & Poncho [www.curroyponcho.com](http://www.curroyponcho.com)



## Cine imprescindible para entender a Chile

● HUGO HERNÁNDEZ VALDIVIA

**Acaso sea una postura** reduccionista, pero para hacer un esbozo del talante de la cinematografía chilena actual invariablemente me remito a dos polos: los documentales de Patricio Guzmán y las ficciones de Silvio Caiozzi. Ciertamente que en el paisaje aparece Miguel Littin (cuya veintena de títulos lo hace casi prolífico en territorios maltratados por una sequía recurrente), pero incluso su cine cabe en estas dos vertientes, las más significativas y las más representativas del cine chileno. Guzmán ha dejado ver en cada entrega una memoria terca, y su gran obsesión es la historia reciente de su país, la que arranca con Allende y sufrió un resquebrajamiento en 1973 con el golpe militar. Caiozzi, por su parte, no ha filmado mucho —seis largometrajes y un cortometraje—, pero en sus cintas se hace presente una voz cuyos ecos es posible escuchar en numerosas cintas chilenas y que remite a la narrativa de José Donoso (de hecho, dos novelas de éste sirvieron de inspiración a igual número de películas de Caiozzi, y ambos redactaron el guión de otra), con un

aliento onírico apreciable, un tono grave y sensibles atmósferas opresivas. Es posible rastrear la huella de ambos en el cine de Pablo Larraín, quien se ha ganado un lugar aparte desde la década pasada con una serie de ficciones exitosas, habitadas todas por una lucidez y una agudeza extraordinarias. Alrededor de estos tres nombres se puede armar la estructura del cine chileno reciente. Explorar brevemente sus filmografías permite hacerse una idea de las coordenadas entre las que se mueve.

Silvio Caiozzi inició su camino en el cine como cinefotógrafo y, con su segundo largometraje como realizador —y primero en solitario—, *Silvio comienza en Julio* (1979), obtuvo merecido reconocimiento. Sigue aquí los empeños de un adolescente que pretende evitar la emulación de su padre. El resultado es de una emotividad memorable y alcanza para reflexionar sobre las contrariedades de la filiación. Con *La luna en el espejo* (1990), en la que comparte el crédito del guión con José Donoso, inicia la relación cinematográfica del realizador y el novelista. La historia sigue a un anciano exmarinero que no puede abandonar su cama pero que, desde ahí, vigila a su hijo y a la vecina con la que tiene una relación. Con premios obtenidos en los festivales de La Habana y Cartagena, entre otros, *Coronación* (2000) es su película más exitosa. El argumento se inspira en la célebre novela de Donoso, y a lo largo de 140 minutos da cuenta de la debacle de un hombre maduro que es manipulado por la abuela. Caiozzi concibe un ambiente claustrofóbico para exhibir la decadencia de una familia burguesa. *Cachimba* (2004), su más reciente entrega, se inspira en la

novela *Naturaleza muerta con cachimba* y registra las vicisitudes de un amante atribulado que se involucra en una trama irracional que tiene como origen los cuadros de un pintor desconocido pero tal vez genial.

Patricio Guzmán se ha ganado un sitio de honor entre los documentalistas del continente —y del mundo, cómo no. Tenaz y valiente, sus entregas son manifestaciones políticas: para él, el documental es una forma de acción. No es extraño, así, que una de sus obras cumbre, *La batalla de Chile* (1977-1980), asuma como un compromiso dar a conocer al mundo los eventos que sacudieron a su país a partir del ascenso de Salvador Allende, en particular la ignominia que se instaló por el golpe de Estado. Dividido en tres partes y con una duración total de cuatro horas y media, este monumental documental (que se puede ver en YouTube: [goo.gl/0TQkg](http://goo.gl/0TQkg)) constituye el archivo más importante de imágenes en movimiento del aciago evento, y alcanza para entender el clima de aquellos años y para compartir la indignación. La incomodidad que generó la película hizo blanco a Guzmán de la inquina militar, por lo que tuvo que partir al exilio, donde concluyó el montaje y donde ha trabajado desde entonces.

En adelante no ha dejado de regresar a este periodo y de dar cuenta de cómo ha evolucionado la sociedad y la política de su país: *En nombre de Dios* (1986) recoge la oposición a la dictadura y el activismo de la Iglesia Católica; *Chile, la memoria obstinada* (1997), título que bien podría servir para designar toda su obra, sigue

la visita que hizo en 1997 a los escenarios y los personajes de *La batalla de Chile; El caso Pinochet* (2001) nace de la detención del dictador en Londres; *Salvador Allende* (2004) es un homenaje al personaje epónimo; *Nostalgia de la luz* (2010), su más reciente largo, reúne a los astrónomos que indagan el cielo desde los observatorios de Atacama y a las mujeres que en el suelo buscan los restos de sus desaparecidos. Guzmán además se ha interesado en la «religiosidad popular» de América Latina (*La Cruz del Sur*, 1992), partió a investigar el naufragio del personaje más conocido de Daniel Defoe (*Isla de Robinson Crusoe*, 1999) y fue tras las huellas de las personas y los lugares que dejó consignados Luis González en su libro más célebre (*Pueblo en vilo*, 1995).

Con su *opera prima*, *Fuga* (2006), que recoge una sórdida historia familiar y musical, Pablo Larraín inició una carrera exitosa y dejó ver su interés por asomarse a los cochambres de la mente que son el alimento del mal social. En *Tony Manero* (2008), cuyo título surge del nombre del personaje interpretado por John Travolta en *Fiebre de sábado por la noche* (*Saturday Night Fever*, 1977), exhibe la mezquindad del sujeto que es producto de la dictadura: sin identidad y con la única ambición de la emulación. *Post Mortem* (2010) se emplaza en un sitio privilegiado para registrar el golpe de Estado: la morgue. *No* (2012) es su más reciente entrega y registra las actividades de un publicista que trabaja para que gane el «no» en el plebiscito que en 1988 se llevó a cabo para determinar si Pinochet seguía al frente del gobierno. Larraín es hijo de un político de

derecha; no obstante, su filmografía hace un comentario sobre el presente, exhibe a un país terriblemente dividido (entre los entusiastas que apoyaron a Allende y los abúlicos que no dudaron en apoyar a los golpistas) y denuncia los males que la dictadura ha hecho a su país. Si bien es cierto que su carrera es incipiente, también lo es que hoy es uno de los cineastas más apasionantes de la América descalza.

Con Guzmán y Larraín el cine chileno mantiene vigente la denuncia y pone sobre la mesa un tema que, de acuerdo con el documentalista, no ha sido hablado suficientemente entre los chilenos: la apuesta de ambos tiene como objetivo no sólo crear reservorios para la memoria, sino tender puentes con el presente para alimentar un diálogo entre los extremos distantes que se han enfrentado en su país. Por su parte, Caiozzi abre la ventana a un universo anquilosado, añoso y decrepito que no puede ocultar su desfase con la realidad. También él termina por hacer comentarios agudos sobre cuestionables esquemas sociales y, al seguir a personajes que se mueven en el umbral de la cordura, hace un diagnóstico más anclado en la realidad que en la fantasía. Si bien no todos los realizadores chilenos comparten estos intereses y tampoco faltan propuestas que reproducen temas y formas al estilo Hollywood, Guzmán, Larraín y Caiozzi constituyen ejes a partir de los cuales es posible entender la función del cine en su país: una provechosa herramienta para reflexionar sobre el *statu quo*, una herramienta crítica tan sustanciosa como insustituible ●



## Parlamas, de Roberto Rico

● CARLOS GUTIÉRREZ ALFONZO

En *Parlamas* han sido reunidos tres libros del poeta Rico: *Reloj de malvarena* (1991), *La escenográfica virtud del sepia* (2000) y *Nutrimiento de Lázaro* (2000).

Cuando tuve en mis manos *Reloj de malvarena*, un poco después de su aparición en El Ala del Tigre, en 1991, no dejé de desconcertarme el primer poema de ese libro. Había algo en él que no se ajustaba a mis apreciaciones que sobre la poesía estaba yo definiendo en ese entonces. Ligado yo a Jorge Guillén («Soy, más, estoy. Respiro»), se me alargaba ese «lienzo suriano» que hubiera resuelto con una sola palabra. Pero no dejé el libro a un lado. Seguí en él, y me sentí atrapado por su «garigoleada» forma de ir por sus territorios, con su «domingo al hombro».

Sí, me gustó esa movilidad, que reafirmo ahora al leer los tres libros reunidos en *Parlamas*. Es una movilidad que va de los espacios geográficos reconocibles hacia los de la música y las artes gráficas. ¿Pero qué construye el poeta con esos espacios, en esos espacios? Reconozco una mirada oblicua, cuyo tono

se fue acentuando hacia la ironía.<sup>1</sup> Ahora lo digo con cierta rapidez, pero ahí hay una veta que Rico ha explorado con enorme riqueza. Quizá es un rasgo que se diluye por el peso que las palabras tienen en la configuración de su obra. El poeta se siente atraído por las palabras (él mismo en un poema ha reconocido qué tan caras le son las esdrújulas), por las aliteraciones, por la modificación de la estructura gramatical, por los giros coloquiales. Quizá toda esta carga verbal se impone sobre el yo poético, en virtud de que el poeta tiene la intención de demorarse en la configuración de aquello que lo atrapó, y que ahora ha dejado su lugar a quien está «ansioso de comentar en pergamino el mundo».

Regusto verbal que hace crecer al poeta. Por ello, a Roberto Rico se le ha clasificado dentro del neobarroco. Quiero dejar de lado todo afán clasificatorio, sobre todo porque el poeta no se queda en la simple ensoñación discursiva. Y prefiero observar al poeta que no abjura ni de palabras ni de escenarios. Para él no hay palabras exclusivamente poéticas ni espacios exclusivamente poéticos. Zambulle las palabras en su espigada memoria y las extrae nuevas: todo le está permitido. Se ha permitido todo. Se «oximorona» en «novembrino muro». Elijo una palabra que queda bien para aventurar definirlo: *delectación*. ¿Me estoy traicionando al elegir una palabra?

Ello le proporciona la tintura de su trama: el deleite con el que boga a la hora de configurar sus universos poéticos. ¿Y

cuál yo poético habita estos universos? Uno que tiende, lo traté de decir líneas arriba, mediante una mirada oblicua, hacia la ironía; alguien que desea ser «el visitante asiduo / de un país inventado / por la caída de la nieve». No se trata de alguien que habite ahí o que sea el visitante de ese país. No. Es alguien que «busca ser el visitante asiduo» de ese territorio inventado por algo que no le es caro a su ser natural. Así, no es un yo poético afirmativo, contundente. Es alguien que interroga, que se interroga: «La travesía registrada aquí desconoce los puntos / que el destino se allega como propios».

¿Qué sabe, entonces, este yo poético? Echar de menos «un Olimpo de borrosa lente». Ello sabe y lo sabe bien, sin angustia, sin aspavientos, con el tono decantado para decir: «Hoy es domingo, y no parece». Permítanme citar un poema de *Reloj de malvarena* en el que veo condensado lo que he señalado antes. El poema se titula «Inscripción»:

Pueden ser  
un reloj de malvarena,  
la verandah de Conrad,  
las sirenas de Torri,  
el último retrato de Miroslava Stern,  
la madera cromada en rosicler y  
magenta de un Pegaso,  
dos sonatas de Scriabin,  
la trompeta en sordina  
de un bolero;  
bogavantes presagios  
para redactar a columna doble  
pasajes hagiográficos, edictos  
donde se consignara  
fiel, detalladamente, el azaroso

1 En «Ligero flete a pulso», Luis Arturo Guichard sitúa también a Roberto Rico en esta línea: *goo.gl/3j6c1*

nafragio del idólatra  
que descubrió en la gavia de tus senos  
tres tonos de península morena.

Objetos que conducen a un espacio.  
El tiempo, la música, los tonos. Qué desconcertante desplazamiento que se ancla en un sitio en virtud de la idolatría. Pero esa idolatría no es propiedad del yo poético, no está referida directamente al yo poético. ¿Y por qué no me aventuro a decir que ese idólatra es el poeta? ¿Quién más podría ser ese idólatra?

Es difícil encontrar en nuestras latitudes una voz que tenga estos registros que he tratado de describir ahora; de ahí la presencia que la poesía de Roberto ha tenido en el ámbito de las letras mexicanas y continentales. No ha sido gratuita su inclusión en *Pulir huesos. Veintitrés poetas latinoamericanos (1950-1965)*.<sup>2</sup>

Es un decir en el que la música también es una nota central. Habría que detenerse en la manera en que el poeta Rico recurre a la música para mostrar las conexiones que establece con su intimidad y con el mundo. No indagaré sobre ello ahora. Como tampoco haré una incursión en busca de quienes pueblan estos universos de Roberto. Más bien, quiero invitarlos a que descubran el reloj de malvarena, la escenográfica virtud del sepia y el nutrimento de Lázaro, con los cuales han sido formadas estas parlamas ●

● *Parlomas*, de Roberto Rico. Secretaría de Educación del Estado de Chiapas, San Cristóbal de las Casas, 2011.

2 Antología preparada por Eduardo Milán (Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2007).

## Declaración de principios, de Miguel Ángel Hernández Rubio

● MINERVA OCHOA

Dice Sándor Márai que en la vida de todos los seres humanos siempre hay un testigo, y a mí me ha tocado en suerte ser testigo de una larga etapa de las andanzas de este grupo que, más que de escritores, es de amigos, los que hoy comparten con nosotros el resultado de una de sus últimas correrías, un libro, desde luego, que a su vez marca el inicio de su siguiente incursión: Ediciones Coyote.

Sin embargo, desde la posición de testigo en que me he encontrado, al principio de manera circunstancial e inconsciente, después por decisión y, si me apuran tantito —para decirlo en tapatío—, ya casi profesionalmente, puedo decirles que *Declaración de principios* es mucho más que un libro, es una prueba palpable de voluntad y afecto, pero sobre todo de complicidad, pues quiénes sino los cómplices añejos son capaces de entenderse en breve, casi con la pura mirada, a la distancia e incluso desde *la esanada* en la que ahora *El Mike* verá con cierta displicencia cómo él puso el poemario; su hija, la foto; Jorge Esquinca, la gestión

editorial; Luis Alberto, la conversación-introducción; *El Chato* (alias Javier Ramírez, pa'más señas), la imagen de la portada y el cuidado de la edición; Luis Fernando, el diseño, y Carlos Real, la producción, para materializar este ejemplar que refleja la experiencia literaria y editorial de todos aquellos que se involucraron en su creación.

En el proceso del libro confirmé, siempre desde mi ubicación como observadora más o menos distante, que los amigos de Miguel Ángel, al igual que él hacía, se caracterizan por su comportamiento felino; esto significa que el mote de *Don Gato y su Pandilla*, con que lo bautizaron a él y a los talleristas que formó en la etapa en la que estuvo a cargo del Taller Literario Elías Nandino, no estaba muy errado, pues esta otra pandilla, la que conforman los mencionados Jorge, Luis Alberto, Javier, Luis Fernando y Carlos, acometió la tarea con ímpetu, agilidad, capacidad para moverse silenciosa y sigilosamente, preferencia y facilidad para las actividades nocturnas, una huraña indolencia y una absoluta resistencia a ser encerrados. Como actúan casi siempre.

Eso puede explicar la rapidez con la que consiguieron sacar adelante el proyecto de manera tan exitosa que equilibra un gratísimo contenido al que puede sacársele mucho provecho, y una edición sobria y armoniosa, aunque debo decir que no del todo impecable, para mantenerla en territorios humanos.

Aquí abro un pequeño paréntesis para decir que, dada la conducta felina que presentan los protagonistas de esta correría y que cité hace un momento,

puede parecer paradójico que funden Ediciones Coyote, pero eso no es más que una muestra de la fascinación que les produce el riesgo.

En *Declaración de principios* encontramos, en poemas breves de versos certeros, los temas que *El Mike* aborda, siempre a buen ritmo: la mujer, el alcohol, el mar, la noche y la ciudad con sus respectivos habitantes cada una y sus escenas sórdidas. Todos tratados con la sensibilidad del poeta trabajado, el que ejerce su vocación de manera intencionada, constante e implacable, sin concesiones ni para sí mismo ni para sus textos. Pero también se entrevistó la vena docente que desarrolló en sus más de veinte años como profesor, de literatura, por supuesto, y se percibe su personalidad irreverente y rasposa pero siempre entrañable.

El libro se introduce con una conversación en la que Miguel Ángel habla de su encuentro con la vereda, que a veces resultó brecha tortuosa, que guió su vida: la creación literaria; de sus retos y experiencias, y le cuenta a Luis Alberto su filosofía de trabajo: hay que escribir sobrio y cribar los textos una y otra vez, cada vez con un tamiz más fino.

En la adenda, y cobijados bajo el título ideado por *El Mike*, once amigos, entre los que se cuenta su hermano, Felipe de Jesús, hacen su propia declaración de principios respecto al amor fraterno, la transgresión, el aprendizaje de la labor literaria, el desamparo, la pérdida, la esperanza y la amistad. Cada cual a su modo se refiere a sus encuentros, desencuentros, enseñanzas y aventuras

con *El Mike*, así como a sus excesos y hasta a sus apariciones.

Conocí a Miguel Ángel en los ochenta, en la Avenida Juárez, afuera del Ex Convento, desde luego, y me tocó atestiguar algunas de las batallas que libró como tallerista, escritor, enamorado y editor. El embrollo que viví más de cerca fue el de Toque, legendaria y excepcional editorial que exaltó sus exigencias editoriales y literarias, llevándolo a las escalas que lo dispusieron para lograr creaciones llegadoras, como las que encontramos en *Declaración de principios*.

A partir de entonces, *El Mike* no se bajó de sus estándares, algunos dirían que de su macho, con respecto a sus textos y los de sus alumnos. Pendejear a los autores cuyas producciones no lo llenaban era una de sus actividades predilectas.

Finalmente, considero que Miguel Ángel fue un hombre de verdad, afirmación que respaldo recurriendo de nuevo a Sándor Márai, quien dice: «En todos los hombres de verdad hay un espacio reservado, como si quisieran ocultar parte de su ser y de su alma». En *El Mike*, ese espacio llenaba su mitad más grande.

Muchas gracias, y larga vida a los coyotes ●

● *Declaración de principios*, de Miguel Ángel Hernández Rubio. Ediciones Coyote, Guadalajara, 2012.

## No es fácil moverse en las orillas

● LUIS EDUARDO GARCÍA

I **No me gusta hablar de epifanías.** Si se trata de poesía, mucho menos. La adopción de términos de ese tipo me parece sólo una forma pretenciosa de imbuir de cierto halo de religiosidad a algo tan simple como la emoción o el placer que nos provoca un texto; nombrar epifanía a la lectura de un poema sería como llamar encuentro con Dios a un inolvidable acto sexual con una mujer bella.

Debo decir, después de esto, que la poesía de León Plascencia Ñol es sin duda del tipo que orilla a algunos lectores a hablar de epifanías, de revelaciones. Hay una tensión extraña en sus textos; las imágenes nos sorprenden por su belleza, el carácter lírico de la escritura nos facilita el acercamiento al poema, los versos nos golpean con su apacible claridad, con su fuerza contenida. Parece que siempre hay un misterio, algo que no ha sido montado del todo pero que está ahí, oculto. «Lo que el poema no dice», suelen mencionar los entusiastas.

Claro, pero lo que el «poema no dice» es construido de forma sutil por lo que el poema sí dice, y que el poeta edifica a base de trabajo.

Slavoj Žižek dice, a propósito de Lynch, Tarkovski, Kieslowski y Hitchcock, que lo que distingue a sus obras de las de otros directores es la densidad. No una estética en particular, no un registro, no un ritmo, *todo* es lo que conforma la densidad, atributo que se convierte luego en *autonomía de la forma*.

Hagamos un ejercicio mental: supongamos que escribimos textos de todos los poetas del país de la generación de los sesenta en adelante, sin referencias que identifiquen a los autores, y los reunimos en una enorme urna. Al sacar los papeles, ¿de cuántos de ellos reconoceríamos plenamente sus poemas? Se me ocurren, a lo mucho, diez nombres; el de León Plascencia es uno de ellos. El particular manejo de las imágenes, la «adaptación» de cierta sensibilidad más bien propia de la poesía de la Asia oriental, la utilización de una especie de diálogos que funcionan como *flashbacks* y nos llevan de un espacio geográfico a otro —tal vez onírico—, las reflexiones sobre el lenguaje y sobre el funcionamiento del artefacto poético, el ritmo; todo esto conforma la densidad de su poesía. El revólver rojo cargado.

## II

*Escribir es siempre la versión de un texto que nunca se llega a componer.*

El fracaso, la pérdida, la imposibilidad. Toda escritura es de algún modo un

acto fallido. El poema que se trae a la página es siempre distinto del poema pensado. Somos seres limitados, por más que intentemos tomarlo todo algo se nos escapará sin remedio. Ni el «poema ideal» ni la realidad misma pueden ser alcanzados totalmente. Y no hace falta. Lamentarnos por ello sería hacerle un simpático tributo a Platón —y a lo inexistente—, darle más importancia al no-ser que al ser, en palabras de Clément Rosset. El poema es lo que tenemos, no lo que pudo ser; los murmullos son parte de lo que fue construido. Ahí *Revólver rojo* muestra algunas de sus fortalezas, en los vacíos que el autor deja para que sean llenados por el lector, en la sensación de vastedad de algunos versos, en su belleza inhumana:

Un rápido  
golpeteo en la rama altera todo el  
orden  
que me pediste. Hay azules y morados  
bajo nuestros pies. Cada golpe  
del carpintero provoca un quiebre  
en el mundo.

## II-B

Una ciudad gris a lo lejos. Más cerca de nosotros, un rascacielos cargado a la derecha, otro cerca del centro y una enorme y delgada torre a la izquierda, tan alta incluso que la foto no puede abarcarla. Luego, la misma ciudad a lo lejos desde una perspectiva similar; únicamente un rascacielos del lado derecho, cerca del puente desde donde lo observamos todo. Lo que creíamos que eran luces son anomalías sobre la foto, los rascacielos son

rectángulos grises (siempre lo han sido).

Las imágenes son intervenidas por barras oscuras, su difusa belleza no es confiable. Ahí donde había algo, no hay nada. Donde no había nada, hay un edificio. Metáfora de la memoria: en lo que se contamina surge lo poético. *Tensión y presencia*.

Cuatro secciones de *Revólver rojo* (tres en colaboración con el artista plástico Carlos Maldonado) ponen de manifiesto, por medio de fotografías intervenidas y exploraciones en el lenguaje de la poesía visual y de la poesía concreta, el interés del autor por otras disciplinas —interés que, dicho sea de paso, está presente a lo largo de todo el libro mediante los vínculos y las reminiscencias de los textos con la obra de pintores como Robert Motherwell, Mark Rothko, David Hockney, Joseph Beuys, Robert Rauschenberg y Edward Hopper, entre otros—, lo cual, aunado al diálogo establecido con poetas como John Ashbery, William Carlos Williams y la canadiense Anne Carson (autores en cuya obra podemos encontrar múltiples anclajes en el lenguaje plástico), da como resultado una caja de sorpresas. Podrá o no el lector sentirse satisfecho con las exploraciones del libro en este sentido, pero si algo es bienvenido en el simpático mundillo de la poesía mexicana contemporánea, es el riesgo.

## III

No es fácil moverse en las orillas, las posibilidades de fracaso aumentan drásticamente; lo irónico puede convertirse en bufonada, la agudeza en pedantería, lo erótico en pornográfico, la

sutileza en embellecimiento, en ornato. Un problema mayor. Históricamente, el embellecimiento ha sido algo indeseable a un nivel filosófico, por cuanto tiene de relación con la retórica, con lo que falsea la realidad. En el arte pasa lo mismo. La poesía entendida de un modo particular suele caer en lo decorativo, en lo deliberadamente hermoso (algunas veces nombrado con el curioso adjetivo de «poetoso»), en lo falso. Los poemas de *Revólver rojo* caminan con presteza por el desfiladero, pero no miran hacia abajo. Se mueven premeditadamente en el borde y —salvo en contadas ocasiones— logran lo que quieren: ser emotivos sin caer en la cursilería, ser bellos sin ser innecesarios; consiguen casi en todo momento algo importantísimo para cualquier poema: equilibrio. Sin equilibrio el poema muestra sus carencias, se fractura hasta romperse. Varios poemas dan la impresión de estar sostenidos en el aire; una palabra más los derrumbaría. No sucede. No es fácil moverse en las orillas.

## IV

Viajamos, contemplamos paisajes congelados; acuarelas en tonos grises y una melancolía persistente que lo cubre todo.

A pesar de su suavidad, los versos de *Revólver rojo* logran sacudirnos, conmovernos con su fuerza oculta detrás de la aparente quietud del poema.

Un cuerpo, un árbol, un precipicio, la lluvia que impide la escritura, todo tiene la frescura del descubrimiento; pero es un descubrimiento con un componente de amargura. La voz percibe la belleza

con un leve desfase; suficiente para que al evocarla se encuentre ya muy lejos.

Quería escribirte este poema.  
La lluvia no me deja. Sólo  
conservo del paisaje lo que ya olvido.  
¿Cuánto del río subsiste  
entre nosotros?

La memoria es un juego, *lo que subsiste del río* es un pensamiento borroso de algo muy distinto del río. Luego, un poema. Sólo así los fracasos se vuelven soportables.

«Todo / acto es una pérdida, algo queda atrás y las palmeras solitarias / trazan una mano hacia la herida», escribe León Plascencia. Lo que queda atrás deja un vacío que, al igual que el vacío del deseo, no puede ser saciado; ni los objetos ni las personas permiten intercambio fuera del terreno de lo ilusorio. La singularidad es irrevocable. Cualquier tentativa de sanar la pérdida, de llenar el vacío, sería totalmente inútil. Por lo demás, ¿de qué escribiría el poeta si fuese totalmente dichoso, si el mundo tal como es lo dejara satisfecho?

En palabras de Hugo Mujica, «el poeta no poetiza para tapar su vacío, poetiza para mantenerlo abierto, custodiarlo; no sutura la herida, le abre el pecho».

Un revólver rojo que se dispara ●

● *Revólver rojo*, de León Plascencia Ñol. Bonobos, Toluca, 2011.

## Agua del Cuale

● RAFAEL TORRES MEYER

**Dicen que cuando uno** toma agua del río Cuale siempre volverá a Puerto Vallarta. Es como una maldición, algunos cuantos lo saben de sobra. Después de leer *No desearás*, de David Martín del Campo (Ciudad de México, 1952), queda la impresión de que el autor ha bebido esas aguas, se ha prendado de una historia que se ha convertido en una leyenda para los pobladores del antiguo puerto Las Peñas y ha querido rendir un homenaje a esa historia que se mastica en el balneario como tal y como mastican las iguanas.

David es un autor prolijo cuya principal virtud es la curiosidad. De eso dan cuenta novelas como *Isla de lobos* (1987), *Dama de noche* (1990), *Las viudas de blanco* (1993) y *Cielito lindo* (2000) —entre las diecisiete que ya ha producido—, en las que desde su formación como periodista aborda primero la investigación y después, con una narrativa eficiente, construye historias que se leen de un tirón.

En febrero de 2012, Martín del

Campo recibió el Premio Mazatlán de Literatura por su novela *Las siete heridas del mar*. Antes, en los primeros días de enero, Alfaguara había presentado su más reciente novela, *No desearás*, que construye en dos partes. La primera transcurre alrededor de la filmación de *La noche de la iguana* —la cinta de John Huston que hizo famoso a Puerto Vallarta—, proponiendo un falso documental sobre las lujuriosas noches que durante el rodaje sostuvieron sus protagonistas y, por supuesto, un asesinato producto de esa pasión; y la segunda va sobre la misteriosa desaparición de Peter Cobb, un periodista estadounidense que, para más detalles, es el ficticio autor de la primera parte de la novela.

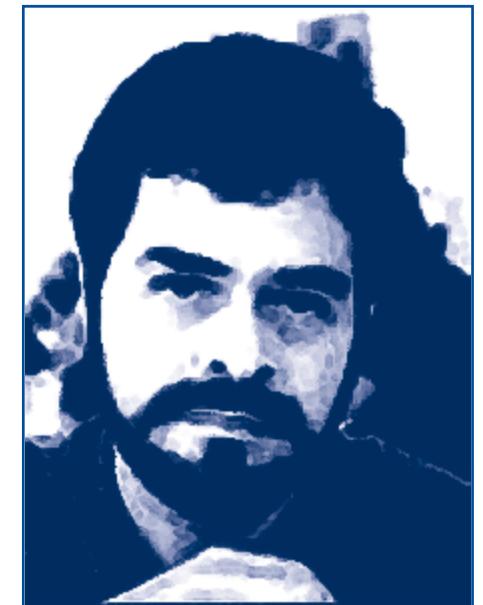
Mi primer contacto con la literatura de Martín del Campo tuvo lugar precisamente en Puerto Vallarta, cuando ofreció un taller literario hacia finales del año 2000. Recién había publicado *Cielito lindo* y su magisterio giró en torno al trabajo de investigación que había realizado acerca de los supervivientes del Escuadrón 201, en cuya experiencia durante la Segunda Guerra Mundial basaba aquella novela. Concediendo, por las charlas que sus talleristas le brindaron, ahí debió nacer *No desearás*, y entonces Martín del Campo debió de dar su primer sorbo al agua del Cuale, pues como su novela misma revela: «No hay nada que se pueda contra la costumbre».

*No desearás* es una novela pulcra, divertida, que recoge con método de científico ruso no sólo el anecdotario hollywoodense de *La noche de la iguana*

—una cinta más famosa por el romance de Richard Burton con Liz Taylor que por su contenido—, sino también el cúmulo de leyendas y mitos urbanos que se han ido forjando entre los pobladores de Puerto Vallarta, así como captura la personalidad de algunos de los personajes vallartenses más ilustres de la época.

Sólo un reclamo: Martín del Campo no cierra del todo ninguna de las dos historias y los dos misterios quedan sin resolver ●

● *No desearás*, de David Martín del Campo. Alfaguara, México, 2012.



## Viaje hacia el fondo de las cosas

● VICENTE ALFONSO

**Norman Mailer** solía decir que una de las pocas limitantes que tenemos los escritores para crear personajes es nuestra propia inteligencia, porque ningún escritor podría crear un personaje más inteligente que él mismo. Podremos hacer personajes más valientes, más trágicos o acaso menos tímidos que nosotros, pero nunca más inteligentes. Quizá de allí nace el lugar común que retrata al escritor de novelas policíacas como un ser angustiado que invierte la mayor parte de su tiempo en fraguar enigmas irresolubles.

Para Juan Villoro el problema parece ser el contrario: quienes habitan sus novelas son analíticos, reflexivos, y no importa a qué se dediquen, suelen traducir el mundo en aforismos sin desperdicio. Con 239 páginas, *Arrecife*, su novela más reciente, es un claro ejemplo, y para muestra basta un renglón: abro el libro al azar y encuentro una frase envidiable: «antes había códigos postales. Ahora hay cárteles».

Lo aclaro desde ya: *Arrecife* no es una novela de la llamada narcoliteratura; sino acaso una de las primeras novelas que responden a esa corriente. El contexto es el México violento, sí, el México en el que la ley es letra muerta, pero no el México de caricatura que encontramos en las mesas de novedades durante estos últimos años, donde los traficantes son norteños malencarados que distribuyen paquetes de polvo mientras oyen corridos al volante de una Hummer. No. Se trata de una ficción que toca muchos de los temas que marcan la agenda de México en estos días: desde el lavado de dinero y la «industria del miedo», hasta el papel de las organizaciones no gubernamentales en la construcción de una sociedad más preocupada por su destino e incluso la reconciliación entre generaciones como camino a la democracia.

A nivel anecdótico, *Arrecife* nos comparte unos días en la vida de Tony Góngora, hombre cuyo mérito más destacable es haber sido bajista del grupo de rock Los Extraditables, y que se gana la vida sonorizando el acuario en un hotel del Caribe. Con ironía, Villoro ubica a sus personajes en un complejo turístico apodado La Pirámide, una especie de parque temático de la ilegalidad que por algunos momentos nos recuerda la célebre clínica del doctor Antonio Suárez. A cambio de una cuota, La Pirámide permite a los extranjeros sumergirse en la turbulenta realidad nacional y ser secuestrados, tener contacto con escuadrones guerrilleros

e incluso presenciar enfrentamientos entre narcotraficantes. Todos esos crímenes, por supuesto, son montajes: coreografías diseñadas para entretener a los clientes. Uno de los personajes lo explica acuñando el concepto *paranoia recreativa*, que consiste en que los turistas extranjeros «quieren descansar sintiendo miedo. Lo que para nosotros es horrible, para ellos es un lujo».

No obstante, esta *paranoia recreativa* en la que todo parece estar bajo control, se trastoca cuando un buzo aparece asesinado en el acuario del hotel. Es entonces cuando ese mundo de caricatura que es La Pirámide comienza a mostrar sus relieves, sus sombras y sus pliegues. Como en *El disparo de argón*, y parcialmente en *El testigo*, Villoro utiliza un asesinato como el hecho que nos obliga a trascender la superficie de los hechos. Lo que sigue no es una pesquisa policial, sino algo más complejo: el balance que los personajes hacen de sus vidas.

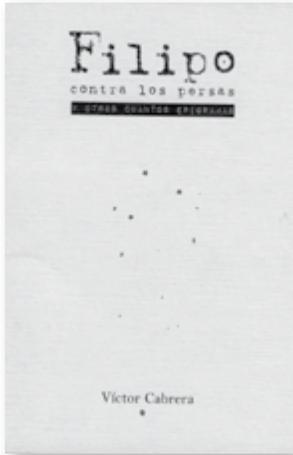
A medida que las páginas avanzan queda claro que bajo la superficie están sucediendo muchas cosas, y que no necesariamente cada personaje juega el papel que le toca en el libreto. Para no adelantar detalles, me limito a decir que poco antes de la mitad de la novela el libro «se abre» a la realidad mexicana: detrás de una dinámica inoperante, sucia, corrupta, aparecen las verdaderas motivaciones de cada uno de los habitantes del centro turístico. Para no decir demasiado, basta decir que el dinero se lava mejor en la playa, una verdad que

hace que los hoteles vacíos sean más negocio que los hoteles llenos.

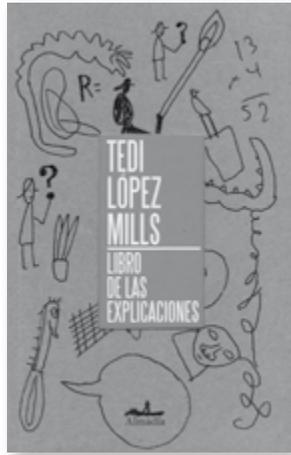
«Virtuoso no es el que toca muchas notas, sino la nota», dice uno de los personajes en la página 186, citando una frase con la que solían identificarse los seguidores de Eric Clapton. La frase describe también la poética de Juan Villoro: poniendo al servicio del novelista sus habilidades de cronista, va minando nuestra resistencia natural como lectores, nos hace pensar, nos lleva contra las cuerdas.

En la página 173, uno de los personajes menciona que le gusta el olor del neopreno, ese material con que están hechos los trajes de buzo. Y le gusta porque para él tiene ese olor de «viaje hacia el fondo de las cosas». Es por detalles como ése que me he vuelto un lector asiduo de Juan. No es casualidad que el muerto sea un buzo: en realidad la novela es una guía para trascender lo anecdótico, para sumergirnos en la esencia de las cosas. Es verdad lo que decía Norman Mailer: no podemos escribir a un personaje más inteligente que nosotros mismos. Lo que sí podemos es aprender cómo ven otros el mundo y así volvernos más inteligentes. Eso precisamente es lo que hacen los buenos libros, como el *Arrecife* que hoy nos ocupa: enseñarnos a ver más allá de la superficie ●

● *Arrecife*, de Juan Villoro. Anagrama, Barcelona, 2012.



● *Filipo contra los persas*, de Víctor Cabrera. Rosa Celeste, México, 2012.



● *Libro de las explicaciones*, de Tedi López Mills. Almadía, Oaxaca, 2012.



● *La escuela del aburrimiento*, de Luigi Amara. Sexto Piso, México, 2012.

#### DESPEDIDA

De haber estado en su mano, el César se habría expedido a sí mismo el salvoconducto a la gloria. Fue incapaz, ocupado como estaba diezmando a su pueblo, disparando sin tregua y diciendo sandeces (ebrio, también de sangre), y la tarea recayó en el esmerado epigramista que aquí hizo lo que pudo: Filipo acaso habría preferido otro sastre que le ajustara mejor la casaca, otro caballerango que lo proveyera de más mansa bestia (un poni habría quedado lindo), otro retratista que lo enfocara más guapo... pero le tocó éste, que así, por ejemplo, le canta: «Todo Filipo lo vuelve, pues, enorme: / así es él de pequeño». Víctor Cabrera (Arriaga, Chiapas, 1973) firma uno de los libros más exactamente pertinentes del depravado presente mexicano ●

#### DAR CUENTA

Bien encomendada a Montaigne desde el epígrafe, Tedi López Mills (Ciudad de México, 1959) indaga en sí misma y ofrece trece explicaciones (no pedidas) más una (la de su nombre, ésta sí recurrentemente solicitada): el amor, las querencias y los hábitos, la soledad, el temperamento propio y sus modos de definir el mundo, las lecturas, los gatos... A través de la serena interpelación a quien es y a quien ha sido, la autora arrostra todo riesgo de egotismo —para eso es la escritura ensayística, entre otras cosas— e implica infalible, felizmente a sus lectores: la primera persona, así, se vuelve un surtidero rico de posibilidades para la fabricación poética —que para eso también es el ensayo, sobre todo cuando opera en él una inteligencia emocionante como ésta ●

#### DENTRO DEL BOSTEZO

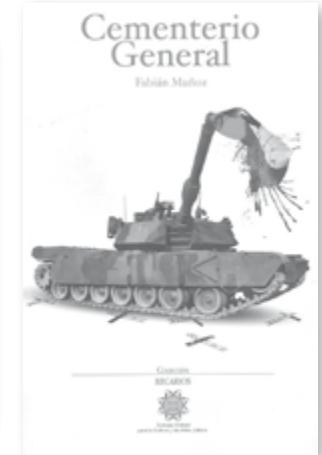
«Un día encontré al aburrimiento echado en mi sillón, las manos detrás de la cabeza, despararramado a sus anchas». Luigi Amara (Ciudad de México, 1971) consigna así el descubrimiento de ese invitado indeseable que, por lo visto, se puede saber cuándo llega pero jamás cuándo podrá largarse. Internándose en la enormidad de un bostezo interminable, decidió averiguarlo todo al respecto (es un decir: todo lo que alcanzó a posarse en su mesa de trabajo mientras no lo vencieran el sopor, la ansiedad de hacer otras cosas, el entumecimiento del cuello cuando la mirada permanece por horas mirando un punto en el techo), y escribió este libro admirable. Y si alguna vez llegó a proponerse contagiar su mal a los lectores, fracasó rotundamente ●



● *Érase una vez una mujer que quería matar al bebé de su vecina*, de Liudmila Petrushévskaja. Atalanta, Girona, 2011.



● *Una historia de las revistas chilenas*, de Cecilia García Huidobro Mac Auliffe y Paula Escobar Chavarría. Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 2012.



● *Cementerio General*, de Fabián Muñoz. Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Jalisco, Guadalajara, 2011.

#### FANTASÍAS RUSAS

Como una sostenida perturbación de la realidad, la vida cotidiana en la Unión Soviética podría contar como una variante de la literatura fantástica. Liudmila Petrushévskaja (Moscú, 1938), testigo del auge y la decadencia de ese imperio de lo inverosímil, es una autora cuya materia está suministrada por la atenta observación de conductas y circunstancias que, al ser procesadas por su imaginación inesperada, reduplican sus extrañezas (a menudo escalofrantes) y se vuelven memorablemente sorprendentes. Cumbre de una obra que ganó instantánea celebridad internacional al colapsar aquel tiempo —la autora es tenida por la narradora rusa más importante de la actualidad—, esta colección de cuentos obtuvo en 2010 el Premio Mundial de Fantasía ●

#### ÁLBUM

Toda revista está regida por la tensión entre su fugacidad y sus ansias de perdurar (materialmente, conservada en acervos, o siquiera en el recuerdo de sus lectores). De ahí que su tiempo natural sea el presente, y que su pasado tienda a disiparse sin remedio. Salvo que ocurra algo como lo que hay en este libro: concebido más como un álbum que como un registro exhaustivo (lo que sería prácticamente imposible) de las publicaciones periódicas chilenas de diversa índole, en sus páginas bellamente diseñadas se promueve la recuperación de la historia de que fueron testimonio dichas publicaciones, pero también una reflexión sobre el servicio inestimable que rinden a sus lectores. Un empeño ejemplar, el que ha dado como fruto este libro ●

#### EL RECUERDO VIVO

En este poemario la «herida sangra. / La herida se abre todos los días». Los versos de este *Cementerio General* narran la historia que comienza con La Moneda en llamas y dos cañones apuntando al presidente Allende. Y Chile se desangra en poemas que no dejan que se olvide el golpe de Estado de 1973, ya que son testimonio de lo vivido por la gente: Ángel, Víctor, Pedro, Manuel, Roberto, Sofía... Y en medio de la dolorosa memoria, el olvido de Pinochet, el dictador juzgado, que sólo dice «No me acuerdo». Pero las lápidas del *Cementerio General* recuerdan, y el país recuerda, y la ciudad recuerda, y la vida sigue y espera la muerte del tirano: «Estalla entera la ciudad en flores y trompetas. / Se murió el tirano / ya murió el tirano» ●



## Los enemigos de la poesía

### Entrevista con Francisco Hernández

● ENNA OSORIO

«No sé exactamente en qué momento, pero la poesía de Francisco Hernández se ha vuelto un curioso fenómeno en nuestra lírica: su autor cosecha premios y becas, elogios de la crítica, es una presencia constante en revistas, suplementos y diversas editoriales, referencia inevitable de la poesía de las dos últimas décadas. [...] Eso lo hace privilegiado pero no excepcional. Lo que sí le envidiarían muchos compañeros de generación y aun poetas mayores es su arraigo entre los lectores». Éstas son las primeras líneas del artículo «*Imán para fantasmas*, de Francisco Hernández», escrito por José María Espinasa para *Letras Libres* en abril de 2005. Desde el discurso crítico, Espinasa pretende ser objetivo; no obstante, muestra aversión contra la ilación narrativa que acompaña al desplazamiento lírico del yo en un *alter ego* de Francisco Hernández. Tampoco aplaude el «esquema» de *Moneda de tres caras* repetido en *Imán para fantasmas*: «Cuando el poeta se embelesa con su propia receta hay que prescindir de ella, pero no es fácil, sobre todo cuando, como es el caso,

el autor no considera que esté agotada esa vía». ¿Qué opinaría Espinasa ahora si supiera que Hernández está escribiendo una cantata conformada nuevamente por tres personajes que dialogan en torno a la visión y la ceguera?

Para Jorge Esquinca, «Francisco Hernández intenta configurar un mapa espiritual donde se convierte en sus criaturas. Seres distintos con distintas miradas que se resumen en uno solo: el poeta, quien afortunadamente realiza ese viaje y regresa para contárnoslo». Entre el lector y los poemas de Hernández tiene lugar la comunión donde se contempla lo ya visto antes. Y no es que todo se tenga visto o se tenga claro; es que bajo la poderosa imaginación del poeta es posible testificar experiencias que ya habíamos olvidado o que, en definitiva, no queremos recordar. Su poesía evoca dolores y ausencias, tanto de salud como de ánimo. Otras veces descubrimos que lo ajeno a nosotros, de una u otra forma, nos constituye. Lo innegable es que al entrar en la poesía de Francisco Hernández acabamos desenmascarados y más abundantes, con más ojos.

En *Tierra de poetas*, Esquinca también comenta que los poemas en prosa de Hernández le permitieron divisar un puente para lo que él quería hacer con su propia escritura. Comparto esa experiencia aplicada a toda la obra de Francisco Hernández, puerta abierta a la poesía. Hay poetas que atraen, otros repelen, incluso los llegas a querer o a odiar; para mí, Hernández es consanguíneo. «Los libros que de verdad me gustan son esos que cuando acabas de leer piensas que ojalá

el autor fuera muy amigo tuyo para poder llamarle por teléfono cuando quisieras», escribió J. D. Salinger en *El guardián entre el centeno*. Definitivamente, después de leer *Gritar es cosa de mudos*, *Mar de fondo*, *Moneda de tres caras*, *Soledad al cubo*, *La isla de las breves ausencias*, quiero saber más de Francisco Hernández y ser su amiga.

En junio de 2012, la ciudad de Oaxaca alojó nuevamente a Francisco Hernández, quien impartió un taller en el Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca (IAGO). Aproveché la estancia del poeta en mi ciudad para solicitarle una entrevista. El jueves 29 del mismo mes, nos encontramos frente al templo de Santo Domingo de Guzmán. El sol arañaba la cantera, pero yo no sudaba por el calor sino debido a los nervios. Francisco, pausado y firme, me comentó que tenía deseos de ir por un café y unos libros a La Jícara. Caminamos hasta el café-librería y lo hallamos cerrado. Sudé más. Le propuse ir al IAGO para realizar la entrevista, allí le invitaría un café y más tarde podríamos volver por los libros y otro café.

Bajo la enramada cuyo tejido procura Francisco Toledo, empezamos a platicar acerca de la espontaneidad de la poesía, y así, con toda sencillez, Toledo se acercó para saludar a su homónimo.

—¿Y la señora, cómo está?

—La operaron por cuarta vez del ojo izquierdo y hoy por la tarde Leticia volverá con el médico para que le quite los famosos puntos de sutura —explicó Hernández.

Los creadores se despidieron dejando en el aire el deseo de compartir una cena a la brevedad. Allí está un verdadero poeta, señaló Hernández a Toledo cuando el

pintor salía del IAGO; no nada más los poetas somos los que escribimos, están los que pintan, los que hacen escultura, fotografía, música. Poetas que pueden conmovir de igual manera que un escrito, son poetas sin palabras. Tras este comentario, Hernández bebió un poco de café y continuamos la charla —que superó mis expectativas. El poeta abrió sus ventanas y la puerta de su casa.

«*Las coplas a barlovento / van y vienen todo el día...*». ¿Qué es escribir a barlovento? A sotavento cualquiera puede ir, impulsado; pero ir contra el viento y hacer de esto algo natural descubre al verdadero poeta. Al escribir uno va contra lo tradicional, contra ciertas circunstancias y prohibiciones. Mi padre me decía que debía ser un hombre de éxito, que con la escritura iba a terminar como el tío Florencio, que hizo versos, fue alcohólico y murió afuera de la casa de una mujer casada. Continué escribiendo a pesar de mi padre y conocí a mi amigo Guillermo Fernández —quien desgraciadamente fue asesinado hace un par de meses—; él me preguntó cómo pretendía escribir si mi poesía era átona. En ese momento grave, sin el verdadero escritor dentro de mí, habría abandonado la poesía; pero una terquedad me impulsó a seguir: ¡me digan lo que me digan, voy a seguir escribiendo!

¿Eres adicto a la poesía?

No sé si es una adicción; lo que sí tengo claro después de tantos años es que la poesía en mí es una forma de ser, más

aún cuando hay un tema elegido. Es mi forma de vida, ya no puedo dejarla. Casi todo lo que hago, miro, oigo y toco, se vuelve una posibilidad de escritura.

*El año pasado me mostraste el poema*

«Caballo paterno», de tu libro hasta hoy inédito I'm Your Horse. Antes de leerlo dijiste: «No sé por qué mi padre siempre se me aparece y mi madre no; será porque él ya está muerto». ¿Puedes compartir algo al respecto?

Mi madre aparece empequeñecida. Al morir mi padre, ella crece. Así lo registré en «Para sobrellevar el desconsuelo» y en «El patio y la surada».

Con mi papá la relación no fue sencilla. A los doce años de edad escribí un cuento sobre Superman y se lo mostré. Él lo rompió, me dijo que leyera otras cosas y me entregó un gran libro: *Historia de la literatura hispanoamericana*, de Anderson Imbert. ¿Qué contradicción! Mi padre me conectó con las lecturas donde descubrí a los poetas que me marcaron, pero cuando empecé a escribir poesía, se molestó. Todas las dudas que me despertó la relación con él se fueron filtrando dentro de mí; a pesar de eso, me inventé alas para salir de la barranca y escribir.

Patricio Redondo, refugiado de la Guerra Civil española, fue mi maestro en la primaria. Él educó a sus alumnos con el oficio de la escritura como algo natural. Todos los lunes no hacíamos otra cosa que escribir lo más interesante de nuestro fin de semana. Yo sentía que nada de lo que me pasaba era interesante, por eso inventaba aventuras

o procuraba contar de forma atractiva mis días comunes. Al finalizar el ciclo escolar, los textos mejor logrados de cada alumno se imprimían y se armaba una antología. Esto era estimulante y, a la par, de lo más normal.

Hace tiempo, asistí en mi pueblo al aniversario luctuoso de este profesor y leí el texto que escribí en su memoria. Algunas personas lloraron, el aplauso fue grande. Me aparté, salí al balcón del Palacio Municipal, doblé el papelito y me lo guardé. ¿Qué pasó, por qué esa respuesta? Entonces, mi papá se me acercó muy contento para abrazarme. ¿No que no?

«*Qué abrazo tan oscuro era tu abrazo...*». Con este verso abres el poema «*Doce versos a la sombra de mi padre*». ¿Te incomodan los abrazos?

No, creo que en un principio me incomodaron los de mi padre. Eran abrazos sin palabras. En el festejo de Año Nuevo él estrechaba a todos, felicitándolos. A mí se me acercaba, me abrazaba fuerte y no decía palabra alguna. Hoy entiendo que era una manera de expresar lo mucho que me quería, tanto que no podía decírmelo. Esto me intimidaba, por eso está ahí siempre.

*En el taller que recientemente impartiste en el IAGO comentaste el ensayo «Contra los poetas», de Witold Gombrowicz, cuya tesis es que «el mundo de la poesía versificada es un mundo ficticio y falseado». ¿Cuál es tu postura?*

En la actualidad es difícil abordar las formas

tradicionales de la poesía y salir ileso. Sin embargo, creo que es necesario practicarlas para, después de nadar en esas aguas, lanzarse al verso libre con cierta confianza. Esto ayuda porque enseña a valorar la materia con la que trabaja el escritor: las palabras. No se trata sólo de detestar los versitos rimados, sino de decir: Ya los escribí y por eso los detesto.

*Gombrowicz señala que la prosa es la forma rica y natural en la que el hombre se expresa, mientras el lenguaje poético empobrece la naturaleza humana cuando los poetas eliminan del habla todo elemento apoético y «empiezan a cantar y de hombres se convierten en bardos y vates, consagrándose única y exclusivamente al canto». A la poesía le es íntima la música. Tu poesía suena. ¿Qué opinas sobre las objeciones de Gombrowicz?*

Le pedí a Pura López Colomé que me compartiera su opinión acerca de los enemigos de la poesía. Me habló de la música como algo fundamental, de lo sonoro en la composición, en la estructura del texto poético. Su escrito me remitió inevitablemente a Antonio Machado, pues el poeta debe contar y cantar.

En mis últimos libros cuento historias que, de ser novelista o cuentista, hubiera escrito así, en prosa. Pero no sólo he pretendido narrar, también he buscado provocar reacciones, conmovedoras. Por eso he contado historias dotándolas de musicalidad y algo más. Es ahí donde entra la diferencia entre el narrador y el

poeta. Lograrlo no es fácil.

Ahora, cuando escribo no pretendo cantar para conseguir un texto que suene bonito. La impostura se nota. En ocasiones uno encuentra textos huecos cuya lectura no afecta. Eso no es poesía. La poesía tiene que provocar una reacción.

*¿Qué te dejan los ensayos de Gombrowicz contra la falsa poesía?*

Me gustan, así como otros libros de él que leí hace tiempo. Me quedo con la siguiente advertencia: Cuidado, no te puedes creer una divinidad por el hecho de escribir poesía. Deja a un lado la solemnidad, ve todo lo que puedas y escribe. No creas, en ningún momento, que estás haciendo algo excepcional. Es como en el amor, en esto de la escritura uno siempre acaba de empezar, y está bien, para que no te la creas.

*¿Qué piensas de la poesía pura, ésta que de tan pura se vuelve críptica, hermética?*

Tengo un amigo poeta que de otros dos poetas, cuyos nombres no mencionaré, dice: Éste no me gusta porque no se le entiende nada; el otro tampoco me agrada porque se le entiende todo. En la poesía no puedes caer ni en la abstracción ni en la obviedad.

*Fernando Pessoa dijo: «La literatura, como el arte en general, es la demostración de que la vida no basta». La poesía es nómada, nos hace atravesar el espíritu humano. ¿Cómo sales de ti y devienes otros?*

Escribí las coplas de Mardonio Sinta en secreto. Para publicarlas, pensé en

inventar un nombre y su biografía, no me pareció prudente divulgarlas con mi nombre. Los de Veracruz me pedirían que volviera para contagiarme su música. Varias personas me han contado sus encuentros con el coplero de *¿Quién me quita lo cantado?*; hubo quien hasta me mostró una fotografía de Mardonio. Esta forma de escribir alude a la imaginación, lo que puedes crear en otros.

No sé si a Pessoa le sucedió lo mismo —toda proporción guardada. Recurrir a heterónimos es calzarse los zapatos de otro cuando los propios incomodan.

Actualmente, escribo un libro sobre la ceguera y la mirada. Leticia, mi esposa, sufre el mal de Graves. Ella me regaló la primera línea cuando estaba peinándose a tuestas frente al espejo. «Me estoy peinando con mis recuerdos», dijo. Decidí escribir a partir de este comentario. Llevo treinta y cinco páginas. Es una cantata a la que le he soltado la rienda para que fluya. Hay un coro con tres voces, la mujer que está perdiendo la vista, el médico Robert Graves y el poeta Robert Graves, quien era alcohólico.

A lo largo de la semana he observado a un ciego que toca su acordeón. Ya escribí acerca de él y su música. Me pregunté si habrá visto alguna vez y qué imagen se habrá formado de la extranjera que platicó con él un rato, por qué sonreía el ciego... Todo empieza a involucrarme y acabo por escribir. Y qué tal si esto lo ve el doctor Graves mientras descansa en el porche de su casa y reflexiona y escribe. Entonces ya no soy quien habla, es el

médico el que piensa y debo usar sus términos. Robert Graves, el poeta, está en su casa de Deià, preocupado por lo que debe imprimir. Así abro las ventanas y construyo una especie de alud muy rico que me entusiasma para escribir un texto, donde busco la música del ciego, lo que impulsó al doctor a reflexionar y la angustia del poeta Robert Graves.

*¿Qué piensas de los poetas que esperan a que la musa los visite?*

Pues qué bueno que tienen el tiempo y la paciencia para esperar. Para mí, la poesía está ahí, pretextos sobran. Palabras más, palabras menos fue el resultado de un ejercicio que me propuso Leticia cuando me quejé de no poder escribir. Ella me regaló una palabra cada día. Yo me puse a escribir: Palabra vestido. Palabra iglú. Palabra sexo.

*Maestro, antes de ir por otro café, comparte un evento entrañable.*

Cuando fui al funeral de mi amigo Eliseo Diego me conmovió mucho verlo en su ataúd, impecablemente vestido, elegantísimo con su *blazer* y corbata dorada. ¡Eliseo, estás respirando!, le dije con las gastadas palabras de siempre, con las mismas que uso para escribir.

Ahora, toma esas palabras y crea algo que me sorprenda, que humedezca mis ojos y me erice los vellos de la barba. Con las gastadas palabras de siempre dame un nuevo mundo. Es allí donde está la diferencia ●



## Dramaturgia chilena contemporánea en Guadalajara

● LOURDES GONZÁLEZ

**Noviembre traerá** al Teatro Experimental de Jalisco una selección de lo más representativo de la escena chilena. Como parte del programa cultural de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara se presentarán tres propuestas que privilegian la dramaturgia contemporánea. Aquí algunos pormenores:

Guillermo Calderón, director y dramaturgo chileno, es uno de los talentos más destacados de su país. Responsable de piezas como *Neva*, *Diciembre* y *Clase*, y figura constante en el Festival Santiago a Mil —el evento cultural de las artes escénicas contemporáneas más importante de Chile, dirigido por Carmen Romero—, regresa a México para presentar su nuevo montaje: *Villa + Discurso*, dos piezas que componen un programa único. En *Villa*, tres mujeres debaten alternativas para remodelar Villa Grimaldi, el principal centro de tortura y exterminio de la dictadura de Pinochet. En *Discurso*, tres mujeres encarnan a la expresidenta Michelle Bachelet en un discurso ficticio de despedida al dejar el poder: sus palabras representan también a

una generación emocionada por elegir a la primera mujer presidente, que además fue víctima de la tortura.

Luis Barrales, autor de *Niñas arañas* (que obtuvo el premio Círculo de Críticos de Arte 2008), ya ha visitado México con este montaje dirigido por Daniela Aguayo, fundadora de la compañía de teatro La Encalilla. Esta propuesta presenta la historia de tres quinceañeras marginales, las niñas arañas que, trepando, consiguen alcanzar lo que tanto han deseado: lo que ofrecen las pantallas de televisión, las vitrinas de las grandes tiendas. Su acción y sus pensamientos se hallan dirigidos a un único objetivo: huir del destino que la geopolítica les impuso como hábitat, superar la pobreza. Una historia que utiliza el lenguaje popular y la prosa rimada para abordar las desigualdades que la sociedad capitalista ha producido: marginados y marginadores.

He querido dejar al final a *Cristo*, dirigida por Manuela Infante, que tuvo la oportunidad de presenciar durante el Festival Santiago a Mil en enero de este año. Licenciada en Artes por la Universidad de Chile, con maestría en Análisis Cultural por la Universidad de Ámsterdam, la directora y dramaturga ha montado con su compañía Teatro de Chile las obras *Prat* (2001), *Juana* (2003), *Narciso* (2005), *Rey Planta* (2006), *Cristo* (2007), *Ernesto* (2010), *Multicancha* (2010) y *Loros negros* (2011). Su propuesta desarrolla un modelo de creación que presenta algunos rasgos de lo que Lehmann define como teatro postdramático, cuyo desarrollo en Europa alcanzó su mayor apogeo en los años ochenta y noventa del siglo pasado. Sin embargo, Infante recurre a la ironía como herramienta que cuestiona la presencia como algo fundamental.

Con *Cristo*, la dramaturga y directora trabaja con su compañía sin asumir una estructura tradicional; según sus propias palabras: «no trabajando un texto escrito de antemano, sino una metodología orgánica», y produciendo un teatro «desde la autoría de una compañía», «una especie de ensayo filosófico o teórico». Es una pieza cuyo desarrollo e investigación parte de autores que se acercan más a la filosofía crítica o a la sociología que al teatro, lo que permite preguntarse acerca de la realidad y la ficción de manera simultánea. ¿Cómo se puede representar una cadena de representaciones? ¿Y si eso que llamamos *realidad* fuera un acumulado de ficciones *ad infinitum*? La puesta en escena es de un alto virtuosismo: el observador-espectador (que tiene el mismo lugar del observador-investigador en la academia) es testigo de la revelación de una y otra capa del fenómeno teatral, a la par que va deconstruyendo su propia mirada. Se trata de una propuesta que cuestiona el hecho escénico mismo y sus propias estrategias: el modo en que fue concebido, la fe del espectador en lo observado, la construcción de los mitos universales, incluso la teatralidad en todo discurso. Esta puesta en escena se disecciona y expone sus entrañas para que todo aquel *voyeur* presente en la sala se pregunte acerca de su propia construcción de «lo real», porque cuando el espectador cree que ha tocado la última capa, se devela la siguiente. La desnudez que Infante postula no termina con esa develación de piel: ahí inicia.

Botho Strauss dice que «sacar lo experimental del gueto de lo único, de lo extraño, de lo subterráneo, es al mismo

tiempo un reto a la gente de teatro para hacer útiles estos estímulos, para sustancializarlos en su trabajo futuro, pues estos estímulos van cambiando la orientación de nuestro modo de ver, de manera que éste reaccionará con más sensibilidad aun contra los malos hábitos del teatro». Es evidente que las premisas detrás de *Cristo* están atravesadas por un conocimiento de autores fundamentales para entender el pensamiento postmoderno: teorías que, exportadas al teatro desde otras disciplinas del conocimiento, enriquecen de manera excepcional esta puesta en escena. Manuela Infante da una muestra muy solvente de que el arte y la academia conforman una pareja necesaria que le permite al espectador acercarse a un teatro contemporáneo que no encontramos con frecuencia en México ●



## La frescura del Chile musical

● JAVIER ANGULO

**Hubo un tiempo** en que por acá no nos enterábamos mucho de lo que pasaba en Chile en lo que a música alternativa se refiere. Por cada sencillo de La Ley que se

estrenaba en la radio, había discos enteros de otros artistas que pasaban inadvertidos —si es que pasaban por algún lugar fuera del país sudamericano. Menos mal que MTV nos dejó conocer el glorioso *unplugged* de Los Tres (uno de los mejores conciertos desenchufados que se han grabado en español para esta cadena) y la fina oscuridad de los primeros discos de Lucybell, pero entonces había que tener verdadera vocación de explorador musical para dar con otras propuestas igual de interesantes, como la de La Familia Chilena del Funk: un conjunto de bandas de mediados de los noventa que se movían entre el *rap*, el *rock* y el *feeling* bailador de James Brown y George Clinton. Nombres como Los Tetas, Chanco en Piedra y Papa Negro se enmarcan en el recuerdo de una época que guardaba joyas auditivas para quien supiera dónde escarbar.

Y como a estas alturas ya es redundante ponerse a repasar las maneras en que internet cambió la forma de consumir música, sólo basta decir que, con lo fácil que es encontrar buenas canciones en estos días, cualquier melómano que se precie de serlo no tendrá pretexto para no conocer a esa ola de jóvenes chilenos que desde hace unos años están llevando sus propuestas por terrenos a los que sus antecesores directos ni siquiera se acercaron. Y, además, lo logran con una frescura y un sentido de la melodía que puede, en un futuro no muy lejano, traducirse en ese ideal por siempre buscado y pocas veces conseguido: música con identidad propia.

El grupo que mejor ejemplifica lo descrito en el párrafo anterior es Astro, un cuarteto formado en 2008 que cuenta con un EP (*Le Disc de Astrou*) y un disco

homónimo que apareció a finales del año pasado. Darle *play* a cualquiera de sus canciones implica enfrentarse a una gruesa descarga de rock psicodélico y alegre hecho a base de sintetizadores, guitarras, *beats* electrónicos y una voz aguda que canta acerca de las cosas más aleatorias, como infiltrarse con orejas de plástico entre una camada de conejos. La riqueza de sonidos que maneja esta banda —si bien por momentos se siente sobrepoblada de ruidos por aquí y por allá— es consecuencia de la forma en que se asume la creación musical en estos tiempos, cuando los recursos digitales juegan a favor de una intención que va más lejos de la simple mezcla de ritmos electrónicos para ambientar las fiestas. Astro es una banda que hubiera cabido sin problemas en Avándaro 1971 o algún otro festival latinoamericano *hippie*; sin embargo, la manera que tienen de hacer canciones los coloca justo a la vanguardia del rock en español de 2012, cualquier cosa que ello signifique.

Un poco menos saturada de elementos, pero llena de inventiva muy prometedora, es la propuesta de Dënver, el dúo formado por Mariana Montenegro y Milton Mahan. Su disco *Música, Gramática, Gimnasia* (2010) abre con unos sintetizadores a ritmo de discoteca setentera, en una pieza instrumental que anuncia por dónde van los tiros: melodías en apariencia sencillas, digeribles y radiables, pero que denotan un sentido de la composición que coloca al *pop* de Dënver a años luz del *pop* plastificado que acostumbra a recetarnos los medios tradicionales. La adolescencia, con sus cuchillos y sus mieles, ha sido el tema omnipresente en las canciones del

dúo desde ese 2005 en que iniciaron su trayectoria inspirados en la novela *On the Road*, de Jack Kerouac. Tal vez por ello es que la forma de cantar, tanto de Mariana como de Milton, las letras y los sonidos amigables, están impregnados de un sentimiento naíf que queda muy bien balanceado cuando aparecen los arreglos orquestales, el *pop* electrónico y el *funk*, con una sofisticación que no siempre se logra en los músicos de esta generación.

Con Gepe, esa corriente conocida como Nueva Canción Chilena deja de ser exclusiva de idealistas trasnochados para adquirir una frescura que se agradece. Daniel Riveros (su nombre real) es un solista que en el disco *Audiovisión* (2010) da una vuelta de tuerca al folclore latino al añadir *beats*, teclados y coros femeninos a las consabidas guitarras y percusiones del género. Las canciones de Gepe tienen una fuerza poética que las hace fácilmente reconocibles, y aunque oscilan entre estilos tan desiguales como el *folk* y el *electropop*, el disco se siente bien cohesionado de principio a fin. Cabe mencionar que en el séptimo *track*, «Lienza», se escucha la voz de Javiera Mena, autora de un álbum que hace un par de años la consolidó como una de las artistas a seguir en esta década: *Mena*, ese disco, hace gala de una sensibilidad *pop* y una finura que igual invita a disfrutarse con audífonos o en la pista de baile. Ajena a toda la ñoñería que caracteriza a muchas de sus contemporáneas hispanohablantes, Javiera Mena elabora un *pop* que va de lo sentimental a lo bailable con un dejo de audacia, a pesar de haber realizado en sus inicios una versión de «Yo no te pido la luna», de Daniela Romo. O tal vez precisamente por ello.

También con coros de Javiera Mena llega «Me gusta la noche», el primer sencillo de Adrianigual, que bien podría haberse incluido en alguno de esos compilados de Megadance en los noventa. Y si tendiéramos una línea partiendo de la crítica social que Los Prisioneros supieron colar con excelentes resultados entre su música despreocupada, seguramente acabaría en el disco *Éxito mundial*, de Adrianigual. Ese descontento juvenil que pasa a segundo plano los sábados por la noche, aparece aquí en medio de canciones que coquetean con el *dance* y el *hip-hop*, a base de letras directas y viscerales que retratan la decepción de estar inmersos en las dinámicas de una sociedad consumista: «donde antes vivía Matías, un *rapper* que ahora trabaja para una empresa construyendo casas que jamás podrá comprar», dice la canción «Bang Bang Bang». Así es como este dúo maneja un discurso que va del enfado ante la realidad, al olvido de todo, en cuanto se tiene la posibilidad de abandonarse ante la fiesta que propone este disco en su mayor parte.

Éstos son apenas algunos nombres de los artistas que están marcando la tendencia de la nueva ola chilena: una donde la música electrónica no es el fin sino el elemento que juega a favor de la canción; pero también por ahí está el rock más guitarrero de Protistas, el *pop* a lo Michael Jackson de Odisea y el *rap* de Cómo Asesinar Felipes, por mencionar otras propuestas que rápidamente van aumentando el grosor de una escena musical tan fértil como atractiva ●



## El arte de voltear la tortilla o los (anti)poemas visuales

● DOLORES GARNICA

La palabra es el universo conceptual. En los *Artefactos visuales* de Nicanor Parra (Chile, 1914), como en los *ready-mades* de Marcel Duchamp, lo encontrado se ve obligado a volver a situarse en su nueva palabra, frase, eslogan, significante, concepto, título o dibujo para volverse sonrisa, risa



sarcástica, carcajada, expresión de asombro, desconcierto y reflexión. Los *Artefactos visuales* de Parra, como la mayoría de los *ready-mades* de Duchamp, están sujetos a los intereses de sus creadores, y es desde sus contextos donde más se disfrutan.

El esqueleto de un foco como un «Insecto de Edison», y todo lo escrito normalmente a mano alzada, caligrafía que también es dibujo. «Mensaje en un botella», para señalar el interior de una Coca-Cola rellena de su refresco. «Las 3 calaveras de Colón» repitiendo los homógrafos frente a tres cráneos. «Nobody» es el personaje formado de un corazón y sus cuatro extremidades que, triste o contento, desglosa juegos de palabras y dibujitos para crear sospechas sobre su «Parraguas» y sobre el mundo, que «está triste porque un muñeco llamado Hamlet tuvo un ataque de melancolía».

Una reproducción de la Venus de Milo a escala real con un «SOY FRÍGIDA / sólo me muevo con fines de lucro», escritura sobre bandejas, madera y papel. Teléfonos, cuadros, retratos, envases, sillas o pelotas, objetos encontrados y descontextualizados, resignificados y apropiados para «decir lo máximo con lo mínimo», como explica Parra.

De Nicanor Parra son más de treinta *artefactos* elegidos por la hija del escritor, Colombina Parra, curadora de la exposición de 2002 y también músico y arquitecta. Es un trabajo fechado entre 1969 y 2002, y está formado por series o libros. De 1952 son los «Quebrantahuesos», *collages* de periódicos de nota roja y rosa creados en colaboración con Roberto Humeres, Alejandro Jodorowsky o Enrique Lihn, expuestos cada semana en la Calle Bandera



en el centro de Santiago. De 1969, los dibujos de «Trabajos prácticos». De 1976, mientras construían su casa de verano, fueron las «Tablitas de Isla Negra», dibujos sobre madera. De 1994, «Las bandejas de la reyna», sobre esos cartones donde se envuelven pasteles y galletas, y las «Anti-instalaciones», colaboraciones con los arquitectos Hernán Edwards, Marcial Cortés y Colombina Parra, una serie de ataúdes, o «Los cuatro jinetes del Apocalipsis».

Los *ready-mades* de Duchamp se interconectaban entre ellos y giraban alrededor de las grandes obras del maestro. Los *artefactos* llevan algo en común más que la misma letra, y giran alrededor de la poesía del maestro Parra. Ambos son «intenciones» y «tentativas», y los dos trabajos resultan peligrosos. El *ready-made* surgía de la



poesía para volverse objeto encontrado y desacreditar el sistema de las bellas artes. Los *artefactos* de Parra parecen surgir del propio objeto y del dibujo para volverse antipoesía. «A través de la configuración muy breve de palabras uno se pone en contacto con algo que está más allá. Se trata de tocar puntos sensibles del lector con la punta de una aguja, de manera que el lector mueva un pie, mueva un dedo o gire la cabeza», explicó Parra alguna vez, el escritor que entendió la lección del maestro Duchamp, quien la volteó hasta transformarla, quizá, en verdaderos (anti) *ready-mades* ●

● *Artefactos visuales de Nicanor Parra. Instituto Cultural Cabañas, noviembre-diciembre de 2012.*



## Miguel Capistrán (1939-2012)

● SERGIO TÉLLEZ-PON

Miguel Capistrán nació en Córdoba, Veracruz, y murió la noche del pasado 25 de septiembre en la Ciudad de México. Tenía apenas tres años cuando Jorge Cuesta se suicidó, y no sabía cuánto lo iban a apasionar la vida y la obra de su paisano, pero también las vidas y las obras de todos los integrantes de esa generación.

Veracruzano de corazón, Capistrán siempre reivindicaba las genealogías jarocho de personajes ilustres: Carlos Fuentes es veracruzano, por ejemplo, «porque su papá era veracruzano, así que él prácticamente lo es; también José Emilio Pacheco, pues parte de su familia, en la que hubo un compositor de boleros, es de allá», decía con orgullo. Además, participaba entusiastamente en las actividades de los veracruzanos avocados en el DF.

Muchas de las veces que nos veíamos para tomar café y platicar, Capistrán llegaba invariablemente con un sobre de papeles bajo el brazo, y en algún momento de la plática desvelaba su más reciente hallazgo literario: un inédito de alguien, un texto no recogido o no conocido de alguien más...

Por eso, su maestro Salvador Novo llegó a sorprenderse de que supiera más de su obra que él mismo.

Antes de que la muerte lo tomara por sorpresa, Capistrán tenía muchos planes: en primer lugar, pronunciar su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, que tanto le entusiasmaba. Ahora que finalmente había ingresado al Sistema Nacional de Creadores de Arte, quería dedicarse a escribir la biografía novelada de Cuesta. Participaría en un coloquio sobre Gabriel Zaid. Y, juntos, terminaríamos una nueva edición de las obras de Xavier Villaurrutia.

Es muy triste saber que tu amigo ya no llamará más, que cuando le llames ya no estará del otro lado del teléfono para platicar de todo: las noticias del día, la película tal, la exposición, la obra de teatro, la revista, que si Fulanito, que si Zutanita... Porque Capistrán todo lo sabía, todo lo quería saber, su curiosidad no tenía límites, y por eso sus pláticas eran interminables. «Por algo, algo te llamaba...», decía invariablemente después de repasar todos esos temas. «Acuérdese y me vuelve a llamar, no voy a salir», le contestaba yo.

En estos casos nos gusta pensar que se fue a seguir sus conversaciones, en su caso, con su maestro Novo, con don José (como cariñosamente llamaba a Gorostiza), con Jaime Torres Bodet, con su venerado Borges, con Antonio Alatorre, con el mismo Fuentes, que se le adelantó hace unos meses; a iniciar otras con quienes no conoció, como su paisano Cuesta, sus queridos Villaurrutia y Gilberto Owen. Adiós, Miguel; adiós, maestro ●



## Zona intermedia

# La poesía chilena y el cerco de la muerte

● SILVIA EUGENIA CASTILLERO

**Londres 38.** Una casa blanca, el olor a muerte sofoca al primer paso dado dentro, como un tufo, una tumoración que hubiera crecido por paredes, techos y suelos. Creo que efectivamente es eso, la muerte brota de entre las paredes blancas, a lo mejor de tan blancas se han dejado carcomer más por la muerte. No hay imágenes, hay paredes, escaleras, hay algunas consignas, breves, lacónicas, los rostros de los desaparecidos —uno por uno— que van apareciendo sobre el muro de la pieza donde los torturaban —uno a uno— con su historia, sus datos, y sobre todo sus sueños dibujados en un rostro que mira la esperanza, una mirada con fuerza y decisión. Lo más sobresaliente es el olor a muerte, un como murmullo percibido por el olfato. Esa presencia maligna sin forma. La casa queda como un campo de batalla en medio de su agitación. Todavía se perciben los cuerpos ya inertes sacados por la escalerilla trasera a un patio trasero por una puerta clandestina, y se escuchan los gritos de los otros aún vivos. Y los golpes.

Santiago es una bella ciudad, ciudad recóndita, discreta, aunque en su centro reina gran algarabía comercial. Al fondo siempre la cordillera, rodeada de montañas se vuelve una ciudad mineral con cierta bruma que baja todas las tardes de las faldas blancas. Converso con Raúl Zurita sobre su detención cuando el golpe de Estado. Lo encerraron en un barco en Valparaíso, lo golpearon, partieron su vida en ese antes y el después que para tantos chilenos, para la ciudad de Santiago entera, no deja de tener una presencia cotidiana. Me regala su libro *Cuadernos de guerra* (Amargord, Madrid, 2009), donde el viaje imaginario nace justamente de la tortura, del cerco, la cárcel, la vejación. «Oye entonces este presagio, sí dulce amor, oye / esta profecía: / Las barriadas avanzarán entre los paredones de / agua del mar y habrá ambulancias con perros / antidrogas y veteranos de guerra mirando en las / esquinas. / Y las autopistas del país de sed se arrugarán / como líneas de polvo en el tajo de las abiertas / aguas / y será la locura oh sí amor / y será la soledad oh sí amor / y será la derrota oh sí amor / Y veremos un país de tablas atravesado en el / medio del corredor del mar, chicos con acné y / retratos de mamá en una gran nevera, lo verás / dulce amor... / Y nuestros cuerpos rotos / se abrazarán en el / fondo del mar como puentes enmarañados...».

Converso con Óscar Hahn sobre su regreso a Santiago después de un larguísimo exilio, su mirada azul refleja la tranquilidad de este nuevo Chile, aunque siga presente la marca, la herida de una dictadura que aún destila ausencias, ataduras, persecuciones y muerte. Como

claramente se lee en su poema «Hueso»: «Un día la picota que excava la tierra / choca con algo duro: no es roca ni diamante // es una tibia un fémur unas cuantas costillas / una mandíbula que alguna vez habló / y ahora vuelve a hablar // Todos los huesos hablan penan acusan / alzan torres contra el olvido / trincheras de blancura que brillan en la noche / El hueso es un héroe de la resistencia» (*Apariciones profanas*, Hiperión, Madrid, 2002).

Resistencia a la dictadura, al exilio, a la desaparición. Tales son los temas recurrentes de una experiencia límite como la chilena. También la enfermedad y la muerte han aguijoneado a la poesía de este cono sur. Poetas jóvenes, malheridos por el cáncer. Poesía madura silenciada por la muerte. *Diario de muerte*, de Enrique Lihn (Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 2010), libro póstumo escrito como un diario que, más que de la cotidianidad en que la muerte se va apropiando y marcando el cuerpo con tatuajes internos (como lo hace Gonzalo Millán en *Veneno de escorpión azul*), es una especie de Arte

del bien morir a través del cual llega al otro lado, cruza el puente y ve. La muerte se vuelve un lugar, «la zona muda»: «Únicamente los muertos no piensan que trabajan / ni piensan que no piensan ni antitrabajan / Llegan a ese nirvana / a través del azar o con el error / de los iniciados / en las antípodas de la sabiduría...». La muerte es una «tremenda devoradora», una bestia que embiste en lo hondo del cuerpo, el poeta construye una especie de ciudadela y ahí monta guardia ese cuerpo aterrado que más bien es un cuerpo atemperado frente a la muerte, «la muerte debe venir en una atmósfera de relatividad». La muerte se convierte en una conquista, en un tú por tú, «un lugar equidistante entre los vivos y los muertos»: Lugar de descubrimientos, de asombro y pavor: «Me he convertido en un actor que va a morir, pero de verdad, en el último acto / en un afamado equilibrista sin red que baila noche a noche sobre la cuerda floja...». Enrique Lihn enfrenta la sabiduría del todo por el todo, sus poemas reúnen las orillas de las cosas desde las emociones, y logran ensamblar su derecho



y su revés con la perspectiva aguda, punzante, que sólo puede tenerse de la vida desde la propia muerte fechada.

No es así el caso de *Veneno de escorpión azul* (Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 2007), donde leemos: «Cuarenta años de fumador, cáncer avanzado e irreversible, 59 años (a punto de cumplir 60 años). Una relativa juventud, una madurez inmadura». Libro sufriente, bitácora del deterioro —instante tras instante— y tal vez por eso es un libro tremendamente intenso y poético. Parece que Gonzalo Millán hubiera seguido esa consigna de Quevedo: «Mira que eres el que ha poco que no fuiste y el que siendo, eres poco, y el que de aquí a poco no serás...» («La cuna y la sepultura»). Es un diario que registra cada detalle de cada día, las horas, los alimentos, los medicamentos, y de ahí —de esa concreción dolorosa— brincan poemas de gran esplendor formal, una línea única y nueva en su poesía, pues a pesar del desgarramiento de cada verso, el manejo del lenguaje es una queja que se vuelve grito rabioso e impotente pero lleno de valentía, «la verosimilitud es el primer requisito del héroe. El diario *round* de gotas, de píldoras, de inyecciones, de lágrimas». En Millán, la palabra logra crepitar para hablar con todos, con la vida y la muerte, y se vuelve música para esconderse y mantenerse en un rincón. El jueves 10 de agosto de 2006, a las 18:00 horas, escribe «Autorretrato del poeta en su lecho terminal»: «Lleva una pijama de algodón, pañuelo, / Un chandail de alpaca. / Recostado en la cabecera ondeada de raulí / maneja el timón de una barca, / un velero con alas de lona. / El poeta yacente

sumido hasta el pecho / en el agua salobre, esponjosa, de la marea alta, / naufraga. / La angustia se aprieta, se cierra, se ciñe. / Le tengo miedo al estómago de mi madre. / A ese motor visceral, a esa máquina / trabajando día y noche a mi lado. / Fábrica separada por una cortina palpitante. / Dejaré detrás de mí una humareda».

Mi historia con Jorge Teillier es distinta. Aunque muerto prematuramente a los 61 años, víctima también de cáncer, supe de él en La Unión Chica, un bar de los pocos que se conservan de antaño en Santiago, al que con frecuencia iba Teillier y donde están su foto y una placa que lo nombra. En el prólogo a su libro *Muertes y maravillas* (Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 2010) el poeta esboza una especie de poética en la que define la poesía como «un intento para integrarse a la muerte... a cuyo reino pertenezco desde muy niño, cuando sentía sus pasos subiendo la escalera que llevaba a la torre de la casa donde me encerraba a leer». Salgo del bar iluminada por esa experiencia de tiempo que hay en su poesía, un asombrado recorrido por lugares ya vistos e imágenes de alguien que ya partió. Parecería que ya hubiese sabido que la muerte lo acechaba. En los versos de *Muertes y maravillas* hay trazos que van hacia el futuro desde la raíz de la infancia, en una especie de aprehensión que no quisiera dejar que se curve tan pronto la vida, pues irremediamente «en el pueblo no queda nadie para colocar una luz en la ventana / que guíe la llegada del alba / después de que el mar se retira, cumplida su faena, / dejando a la oscuridad y la muerte / dueñas de todas las calles...» ●



## Favores recibidos

### Retazos y menudencias

● ANTONIO DELTORO

**No tengas toda la razón** aunque la tengas.

La peor forma de tener razón es parecer que se tiene, sin tenerla.

Como los enemigos están llenos de errores no nos dejan ver los nuestros.

Cuando en los siglos xv y xvi pintaban los santos, los ataviaban con vestidos contemporáneos de los del pintor, traían la santidad a la época; la santidad estaba en el personaje, no en su atuendo. Creo que en poesía deberíamos hacer lo mismo, no basta vestir a nuestra vecina de octavas reales para que el lector se convenza de que es Galatea.

Platón fue el maestro de Pessoa, el maestro insuperable, un maestro de un solo heterónimo: Sócrates.

Antologado: La forma más callada de ser famoso es por contagio: la más cómoda.

Al lector tímido, al que pocas veces se acerca apresuradamente a un libro no presentado por otro y al que los clásicos infunden mucho

respeto; a éste lo prefiero: todo, menos un lector con desparpajo.

Magia: a veces la poesía obra extraviando materia.

En poesía no se llega a lo puro por vías de vaciamiento, como en la física: extrayendo materia. En poesía no hay nada menos puro que el esfuerzo: la pureza no admite grados ni aproximaciones, sino contacto, no importa por qué camino.

Decir plenamente lo que nos gusta y lo que nos disgusta es ya un camino poético. Creo que, de una manera mayúscula, como cima de una tradición y suma de una época, es lo que hizo Dante en la *Divina Comedia*, condenando a unos al Infierno y a un círculo, a otros rescatándolos en el Purgatorio, a unos pocos salvándolos en el Paraíso. En nuestra escala modesta, con la valentía y conciencia y en el terreno inestable de nuestro tiempo, tan cercano al final como ninguno hasta ahora, es un camino poético poblar nuestros infiernos y paraísos de conocidos.

El primer lector por considerar es el idioma.

Que el idioma no se aburra, que escuche cosas que ha oído de una manera diferente, pero que las escuche como suyas.

Decir algo rico y complejo que se entienda es una empresa más difícil que no decir sino cosas que suenen ricas y complejas.

No sentirse el primer hombre ni el último: prosa. Sentirse el primero o el último: poesía. En sus libros las alegrías se pudren.

El mirar desde la fraternidad, no desde la igualdad o la justicia, hace al príncipe de la novela de Dostoievski un idiota, alguien menos listo que los demás, pero mucho más sabio y no sólo mucho más santo.

La literatura es un mundo fuera de la certeza que da una certeza relativa.

Ser legible, pero que el lector me lea, que no lea, a fuerza de querer ser legible, a otro.

Hay seres más importantes que otros, pero la categoría «importante» es una de las más superficiales.

Una antología corre el riesgo de ser una vacuna.

Aspira a que sus amigos lo lean, lo respeten y lo quieran, pero sus amigos no lo leen: unos porque son poetas, otros, porque no lo son.

Escribir para saber qué hay detrás, interesarse en lo oculto en busca de conocimiento y por lo tanto entrar en lo desconocido con los ojos más abiertos posibles, es una actitud muy distinta a estar empañando la superficie para no moverse y simular lo oscuro y encerrado.

En el fin del mundo, cuando todavía los teléfonos funcionen, ¿nos vamos a dedicar, aislados por la catástrofe, a hablar unos con otros, o vamos a dedicarnos a bien morir, seriamente?

Juan Ramón Jiménez es un animal lírico, de parecida manera a la que Borges es un

animal literario. Borges escribe cualquier género con la presencia completa de los otros; Juan Ramón Jiménez con la presencia de su oído y de su alma: solo.

Casi todos los escritores tienen más de Penélope y su tejido que de los remos de Ulises.

El miedo le da profundidad a la poesía; la ignorancia de él, sólo entusiasmo.

A la poesía, como a la llave, le gusta la suprema atención que exige la cerradura y la suprema ignorancia de lo que hay detrás de la puerta.

Soñé un título: «¿Por qué tanta confianza en el soneto?». Era un buen título. Es un buen título también en la vigilia porque el libro puede dedicarse a lo mucho que hay en el soneto de confiable y sólido o, a la inversa, atacarlo, con más o menos gracia y fortuna; también puede irse por peteneras... ahora no me parece un buen título: me huele al panfleto de alguien que de un lado o de otro confunde al soneto con la iglesia: un cura o un anarquista, suelo ser uno u otro en mis sueños, pero ni uno ni otro en la vigilia.

La heteronimia es una especie de épica interior, una forma lírica de inventarse una exterioridad interna poblada de personajes

Corregir el dictado de la musa requiere mucha paciencia puesto que hay que esperar que la musa regrese y dicte las correcciones autorizadas ●



## Visitaciones

### Luis Barragán: la casa como un templo

● JORGE ESQUINCA

**Una de las más entrañables** analogías para describir el quehacer de un artista es aquella que emplea Paul Klee al compararlo con un árbol. Bien enraizado, alimentándose de una sustancia múltiple y turbia, el árbol levanta un tronco singular aunque semejante a los de su especie. Ese tallo habrá de ser el cauce de una transmutación ascendente. Frondas y raíces, hermanas antípodas, difieren. Las primeras, en arrebato solar, se bifurcan y desplazan medidas por el viento hacia la luz, ocupan el espacio y se diversifican en formas de difícil pronóstico. Las segundas siguen los rumbos de una aventura subterránea, íntima; lejos del aire y la luz, absorben una porción del limo nutricio que permitirá al árbol el despliegue de su ramaje visible. Nada tienen que ver —en su constitución, en sus matices y texturas, en sus afanes claros o secretos— frondas y raíces. Y, sin embargo, conforman un mismo, sólido milagro. Cada gran artista, a su manera, prolonga este trabajo humilde y misterioso.

La arquitectura a la vez contundente y diáfana de Luis Barragán nos recuerda, lejos de toda moraleja, esta metáfora. Heredero de una tradición que reconoce en la medida humana su desventura y su grandeza, Barragán trazó, en los espacios abiertos, los límites que hacen de estos espacios lugares habitables. En sus casas, en sus jardines, en sus recintos y sus fuentes gravita la palabra *humanidad*. Ante una vastedad de alternativas el hacedor se contenta con algunas que le son familiares, indispensables. Para poder afirmar, tendrá primero que sostenerse en una negación. No a la prolija apariencia, no a la vulgar ostentación. Luego de esta voluntaria renuncia su mirada habrá de reintegrar a la materia un fundamento religioso, un puente transitable entre lo que es de este mundo y señala hacia otro: el cráneo de cristal que reposa sobre un estante en su casa de Tacubaya, la cruz como eje simbólico, la muchedumbre secreta del jardín, el empleo de nobles maderas, la caída simple del agua, el juego de la luz y de la sombra que cambian con las horas, el depurado alfabeto del color, la bondad compacta de la piedra, la azotea amurallada que reclama a la mirada una celeste ascensión. La arquitectura de Luis Barragán es afirmación de la *presencia* que más allá de lo visible sostiene a los seres y a las cosas.

Un libro reciente: *La casa de Luis Barragán, un valor universal* (Fundación Bancomer / Fundación de Arquitectura Tapatía / RM, 2011), además de su belleza formal e impecable factura, es un documento de primer orden para adentrarnos en la creación más personal del arquitecto jalisciense, su indudable

obra maestra, su propia casa. Los autores: Alfonso Alfaro, Daniel Garza Usabiaga y Juan Palomar han traspuesto el umbral del *sancta sanctorum* —para decirlo con palabras de Alfaro— y el resultado es un libro donde habitan tres miradas, tres puntuales ensayos en los que se conjugan la pasión y el saber de cada uno. Elogio aparte merecen las espléndidas fotografías que ilustran el volumen, los apuntes y bocetos que reproduce, así como el valioso apéndice que contiene los planos de la casa. Complementa el libro un DVD que contiene el trabajo de Tufic Makhoulouf, interesante, sin duda, pues se trata de un recorrido por los espacios de la interioridad de esta casa y de otros lugares del ideario barraganista.

Escribe Juan Palomar: «Se dice de las obras maestras que son aquellas que enseñan la posibilidad, la hondura, la fértil trascendencia de un ejercicio artístico que con la gravitación de su presencia contribuye permanentemente a cambiar, a mejorar la vida». Ciertamente, en la obra toda de Luis Barragán y de manera ejemplar en su casa de Tacubaya, tradición y renovación dejan de ser discurso, gastada retórica, para convertirse en creación, voluntad del ser en

armonía, contemplación. «Lo bello es lo que se puede contemplar», apunta Simone Weil, «una estatua, un cuadro que se pueden mirar durante horas», y añade: «los griegos miraban sus templos». En el nudo ciego de nuestro momento, que se caracteriza por la zozobra, la violencia y la incredulidad, cuando padecemos la pérdida del justo valor del heroísmo, el artista quisiera ser el hacedor de las obras que nos inviten a mirar de nuevo el mundo y ver en él un *domus*, nuestra casa mayor. Su propuesta no congregará multitudes, pues hay en él una dignidad elemental, una discreción espiritual, un llamado silencioso que se encamina al corazón del ser individual e irrepetible. Ante la confusión que predomina, ante una razón que se reconoce insuficiente, Luis Barragán delimitó un espacio donde las nupcias del misterio y la alegría pueden resultar mediadoras en la manifestación de lo sagrado. Nada más elocuente que esta encarnación de la casa como un templo. Es la vuelta de un sentir originario —tal como lo veía María Zambrano— que revela y sostiene, ante nuestras vidas que pasan, el alma de lo que permanece ●



## Nodos

### El aniversario once del 11 de septiembre: diferenciar blancos de víctimas

● NAIEF YEHYA

El undécimo aniversario de los ataques contra las Torres Gemelas y el Pentágono tiene particular relevancia, ya que marca cambios importantes en la frustrante campaña bélica estadounidense en contra de un enemigo escurridizo e indefinible. La guerra contra el terror que nos ha impuesto Washington, y que ha arrastrado a buena parte de la humanidad en una vorágine de paranoia y violencia, se ha traducido en la destrucción del régimen talibán y del gobierno de Saddam Hussein, así como en agresiones de alta intensidad a Paquistán, Sudán y Yemen, entre otras naciones. Sin embargo, estas aventuras bélicas no han representado progreso alguno en la misión de los Estados Unidos. Lo que sí es claro es que, en su cruzada civilizadora, los Estados Unidos han recurrido al uso de la tortura, el secuestro y asesinato de «personas de interés» sin importar el país donde se encuentren, su nacionalidad o su relación con los actos presuntamente criminales de los que se les acusa.

Hoy se podría celebrar que el presunto responsable intelectual de los ataques (que nunca fue juzgado por ellos), Osama Bin Laden, fue asesinado sin oponer la menor resistencia el 2 de mayo de 2011, en su no tan secreto refugio de Abbotabad en Paquistán, y que el «principal arquitecto» de los ataques (en palabras de la Comisión del 9-11), Khalid Sheik Mohamed, probablemente pasará el resto de sus días en una mazmorra tropical. Aunque las tropas de la ocupación de la «coalición» han abandonado Irak, miles de «asesores» permanecen para proteger los intereses occidentales y defender a un gobierno sunita títere, afectado de contradicciones irresolubles. Afganistán sigue ocupado por 84 mil soldados estadounidenses a un costo de dos mil millones de dólares semanales, y los derrotados talibanes se fortalecen día con día y extienden su influencia, así como otros grupos sectarios avanzan en diferentes regiones del territorio de lo que alguna vez intentó ser un país. Es claro que, de abandonar al gobierno títere de Karzai, éste no durará ni un año en el poder.

Los autores intelectuales y arquitectos de la catástrofe humanitaria de proporciones demenciales que es la guerra de Bush-Obama quisieran imaginar que sus acciones provocaron ese fenómeno que se dio en llamar la Primavera Árabe: una serie de revueltas populares en contra de ciertos gobiernos totalitarios que comenzó en Túnez y se extendió a buena parte del mundo árabe. Es paradójico que Osama Bin Laden hubiera llamado antes a estos pueblos a liberarse de sus gobiernos corruptos y serviles con

los Estados Unidos. Túnez expulsó a su monarca, Ben Ali; Yemen pudo extirpar del poder a Abdulá Saleh, y Egipto logró deshacerse del despótico régimen de Mubarak —lamentablemente tomó su lugar, por elecciones libres, la Hermandad Musulmana. Éstos eran gobiernos clientes de los Estados Unidos; en cambio, Libia era uno de los gobiernos antagónicos a Washington, por lo que su liberación de la tiranía del desquiciado Muammar Kaddafi fue bienvenida. En cualquier caso, el gobierno libio ha caído en manos de sátrapas vengativos e incompetentes con enormes deudas y compromisos con la OTAN. Otro de los gobiernos hostiles a los Estados Unidos es Siria, una nación que está siendo desgarrada por una atroz guerra civil. En los demás países árabes donde hubo revueltas la represión se ejerce brutalmente contra quienes lucharon por la justicia y la democracia. Con lo que el Oriente cercano vive un crudo, ambiguo y sangriento despertar que amenaza con cobrar aún más vidas y ofrece pobrísimas posibilidades de que se materialicen mejores condiciones para la región.

En esta ocasión, el 11 de septiembre ha vuelto a caer en martes, como en aquel fatídico 2001. El martes, según el Corán, Alá creó la oscuridad. En este aniversario particularmente oscuro no contamos con las voces de dos extraordinarios pensadores que terminaron en bandos opuestos de la reflexión en torno a las ridículas y enfebrecidas guerras de agresión estadounidenses. Por un lado, el exizquierdista, hábil polemista y feroz enemigo de Henry Kissinger, Christopher Hitchens, quien murió el 15 de diciembre

de 2011, declaró su patriotismo exacerbado por su país adoptivo, se manifestó inmediatamente en contra de lo que denominó el *islamofascismo* y (como muchos otros cobardes que gustan de ver a otros pelear y morir por sus ideales) sumó su pluma incendiaria a la causa bélica. Hitchens manifestó su solidaridad por los soldados y policías y expresó su repudio por los intelectuales que trataban de minimizar o justificar los ataques al evocar factores sociales, pobreza, opresión o intervencionismo. Por el otro lado estaba Gore Vidal, fallecido el 31 de julio de 2012, quien inmediatamente se había lanzado a condenar la visión simplona que mantenían, y mantienen, tanto el gobierno como los medios masivos: «nos odian por nuestras libertades y democracia». Vidal fue de los primeros en criticar la demencial concepción de que podía declararse la guerra a un líder y a un puñado de seguidores, y no cualquier tipo de guerra, sino una «nueva guerra», «una guerra secreta» y «una guerra muy larga», como declaró George W. Bush. Para Vidal, las acciones de Al Qaeda eran la previsible reacción a más de seis décadas de ataques «preventivos», en forma de golpes de Estado, invasiones, extorsiones, genocidios y magnicidios, principalmente en contra de las naciones pobres con pasados coloniales. Vidal, con su poderosa crítica, era una pesada sombra sobre los homenajes rituales que enfatizaban el carácter mítico de los ataques y su validación de la guerra como una forma de venganza popular.

Este año, entre docenas de documentales reiterativos, emisiones lacrimógenas y complacientes, el canal

MSNBC dedicó toda la mañana del 11 de septiembre a retransmitir la cobertura televisiva de los ataques, «un evento de historia viva», sin comerciales pero también sin reflexión ni análisis, como un sórdido *rerun* macabro, un morbosos *revival* sin valor informativo, pero útil en tanto entretenimiento masoquista. No obstante, por primera vez este año únicamente los familiares de los muertos participaron en la ceremonia anual en la que se leen los casi tres mil nombres de las víctimas, y no fueron invitados ni tolerados políticos oportunistas. Aunque el evento

fue menos concurrido y más modesto que en años anteriores, al hacerlo más íntimo las familias dolientes reconquistaron el homenaje y éste se devaluó como botín político. De hecho, algunos canales televisivos lo ignoraron casi por completo. Esperemos que, a partir de ahora, la tragedia adquiera una legítima dimensión humana y que se pueda diferenciar entre víctima y blanco, como escribió Arno J. Meyer; sólo de esa manera el 9-11 dejará de ser un pretexto político y un espectáculo grotesco al servicio de los intereses hegemónicos de los Estados Unidos ●

XHUGP	104.3 FM	Puerto Vallarta
XHAUT	102.3 FM	Autlán de Navarro
XHUGC	104.7 FM	Colotlán
XHUGO	107.9 FM	Ocotlán
XHUGG	94.3 FM	Ciudad Guzmán
XHUGL	104.7 FM	Lagos de Moreno
XHUGA	105.5 FM	Ameca
XHUG	104.3 FM	Guadalajara





Av. Hidalgo 949, esq. Juan N. Cumplido, col. Centro, Guadalajara.

☎ (33) 3825-3014. Horario de atención: 12 a 21 horas, lunes a sábado excepto martes.



**LA PALABRA Y EL HOMBRE**  
Revista de la Universidad Veracruzana  
NÚMERO 21 - VERANO, 2012

**Carlos Fuentes**  
en la Universidad Veracruzana

*Dossier de escultura:*  
Adalberto Bonilla

De venta en Sanborns; Hidalgo 9  
y Clavijero 8 (Publicaciones Medina),  
Col. Centro • Xalapa, Veracruz, México



[www.uv.mx/lapalabayelhombre](http://www.uv.mx/lapalabayelhombre)

La Palabra y el Hombre  
@PalabayHombre

Universidad Veracruzana  
Diseño: Dirección General de Difusión U.V. D.G. Difusión



**OFERTÓN**  
**PASO DE GATO!!**

COMPRA DOZ REVISTAS  
POR \$100\*  
ENVÍO INCLUIDO

SOLICITA TU CATÁLOGO:  
daniela.pasodegato@gmail.com  
difusion@pasodegato.com

NOTA:  
\*PROMOCIÓN VÁLIDA  
CON LAS REVISTAS EN EXISTENCIA,  
NO APLICA EN LOS NÚMEROS:  
47, 48, 49 Y 50

Lectores Paso de gato  
5686-9232, EXT. 102

UNA TRADICION 100% TAPATIA

**Kamilos 333**  
DESDE 1975

LA CASA DE LA KARNE EN SU JUGO

Clemente Orozco #333 Santa Teresita  
Guadalajara, Jal.

Contamos con  
estacionamiento propio

Cartelera



Teatro Experimental de Jalisco  
Calzada Independencia s/n Núcleo Agua Azul

TODO Chile

El mejor teatro está en la fila



**Sin testear al otro lado**  
22 y 23 de noviembre,  
21:00 hrs.

**Villa + Discurso**

24 de noviembre, 21:00 hrs.  
25 de noviembre, 19:00 hrs.



**Cristo**  
29 y 30 de noviembre,  
21:00 hrs.

**Niñas araña**

1 de diciembre, 21:00 hrs.  
2 de diciembre, 19:00 hrs.



Costos:

\$120 general y \$100 con descuento

\$300.00 abono "Todo Chile"

(cuatro entradas individuales, una para cada espectáculo)

A la venta en taquilla y

[ticketmaster.com.mx](http://ticketmaster.com.mx)

INFORMES:

Tel. 3044 4320 ext.115

[artescenicasyliteratura@gmail.com](mailto:artescenicasyliteratura@gmail.com)

LIBRERÍA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

"Lo que vale es el espacio que resguardan entre sí las palabras.  
Importa que las palabras floten como nubes de lluvia. Y relampagueen."

Raúl Bañuelos

Escorza 83-A, Guadalajara,  
Jalisco, México. C.P. 44100  
Tels. 3826 8696 / 3827 2454



cultura UDG

Artes Escénicas  
y Literatura



[www.cultura.udg.mx](http://www.cultura.udg.mx)

Síguenos en:

